



# EL INGENIERO que no sabía SAJILAR

DEL CLUB DE CAMPO AL COMEDOR SOCIAL

(INSPIRADO EN UN HECHO REAL)

 SANCANDA

# **El ingeniero que no sabía bailar**

## **Del club de campo al comedor social**

(Inspirado en un hecho real)

Jesús Álvarez

Título: El ingeniero

© 2017, Jesús Álvarez

© De los textos: Jesús Álvarez

© Ilustración de portada: Martín Sati (<http://www.martinsati.com>)

Maquetación: Manuel Miranda J (<http://manuelmirandaj.es>)

1ª edición

Todos los derechos reservados

Jesús Álvarez Fernández es periodista y licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense. Puso en marcha la guía semanal de ocio juvenil de Sevilla Urbana 7 y fue durante catorce años jefe de la sección de Cultura de ABC de Sevilla.

*A todas las personas que perdieron su lugar en el mundo  
y a los que nunca perdieron su fe en sí mismos.*

*A la Orden de San Juan de Dios  
y a todos los trabajadores y voluntarios  
del comedor social de la calle Misericordia de Sevilla  
por la maravillosa labor que realizan a diario.*

# Índice

- [I. EL COMEDOR SOCIAL](#)
- [II. MARCOS](#)
- [III. CLARA](#)
- [IV. ÁLVARO](#)
- [V. LA BODA](#)
- [VI. EL DESPIDO](#)
- [VII. LAURA](#)
- [VIII. PABLO](#)
- [IX. EL DENTISTA](#)
- [X. LA QUIEBRA DE LA CAJA](#)
- [XI. PEDRO](#)
- [XII. LA AGRESIÓN](#)
- [XIII. LA CITA](#)
- [XIV. LA ORDEN DE SAN JUAN DE DIOS](#)
- [XV. EL BESO](#)
- [XVI. LA DENUNCIA](#)
- [XVII. EL ALCOHOL](#)
- [XVIII. EL AGRESOR](#)
- [XIX. EL TORERO](#)
- [XX. EL POLICÍA](#)
- [XXI. LA ÓPERA](#)
- [XXII. LA DETENCIÓN](#)
- [XXIII. EL PADRE DE PABLO](#)
- [XIV. LA INMOBILIARIA](#)
- [XV. LA RENDICIÓN](#)
- [XVI. EL SUICIDIO](#)
- [XXVII. LA RED SOCIAL](#)
- [XXVIII. LA FARMACÉUTICA Y EL PINTOR](#)
- [XXIX. LA MUERTE DE PEDRO](#)

## I. EL COMEDOR SOCIAL

Hacía frío y unas nubes cenicientas muy espesas habían ocultado el sol y dibujado sobre la blanquecina fachada del edificio amenazadoras sombras de penumbra. Álvaro avanzó hacia la cola con paso trémulo, casi arrastrando los pies, para detenerse una, dos, tres veces, antes de llegar a ella, como Cristo ante el Calvario. En cada una de esas tres paradas miró hacia atrás y hacia los lados temiendo que alguien lo viera. Oficinistas con chaquetas baratas, barrenderos vestidos de naranja y algunas mujeres mayores con abrigos de hace treinta años paseaban en ese momento por la calle de la Misericordia, donde se ubicaba la puerta del edificio al que unas cien personas pretendían entrar. Nadie conocido, se calmó Álvaro, mientras se subía el cuello y la capucha de su viejo anorak, regalo de Clara, y se ponía en la cola, cada vez más numerosa, de la que él formaba ya parte. El comedor social de la Orden de San Juan de Dios abría a la 1 de la tarde y aún faltaban algunos minutos para que la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, un pequeño pero admirable ejemplo de la huella arquitectónica que el Barroco había dejado en el centro de Sevilla, hiciera sonar su campana. Un solo ton y las puertas se abrirían y todas las personas que hacían cola, tanto jóvenes desgreñados que llevaban días, o semanas, sin acercarse a una ducha, como mayores desdentados que hablaban solos, como regañándose, entrarían al comedor a aplacar momentáneamente su sed y su hambre. La mayoría de ellos no se había metido nada en el cuerpo desde la noche anterior y sus estómagos lanzaban desde hacía muchas horas señales y sonidos de alarma.

Álvaro había cumplido 55 años, era ingeniero industrial y no tenía hermanos. Su padre, abogado del Estado, le había inculcado desde pequeño el amor a los libros y al Derecho, del que había sido durante treinta años un amante correspondido en prestigio y status profesional, pero él, a pesar de las esperanzas e ilusiones depositadas por su progenitor, se negó a prolongar una generación más la larga tradición jurídica familiar, la de su padre, la de su abuelo y la de su bisabuelo. De los libros y el Derecho, sólo se quedó con lo primero. Buen estudiante durante el colegio y el instituto, siempre le tiraron más la física y las matemáticas y no dudó en cursar una Ingeniería Industrial que le costó sangre, sudor, lágrimas, y ocho largos años, terminar. La especialidad que eligió, Automoción, tenía tres décadas antes, cuando él se licenció, excelentes salidas laborales y no tardó mucho en encontrar un trabajo bien remunerado en una fábrica de caja de cambios de Sevilla que suministraba piezas para una compañía automovilística francesa.

Aquella era la primera vez de Álvaro. Nunca antes había tenido que acudir a una institución de caridad cristiana para poder comer algo caliente. Durante sus veinte años de vida laboral, truncada cinco años antes por un ERE que fulminó a los profesionales más veteranos y mejor pagados de la empresa para sustituirlos por otros más jóvenes y peor remunerados, jamás había marcado la cruz de la Iglesia Católica en su declaración de la Renta. Normal: no creía en Dios y, menos aún, en la Iglesia, a la que identificaba con la riqueza y el boato del Vaticano y, aún peor, con los curas pederastas. La vida, o la mala vida, le habían conducido ahora a las puertas de una institución que dependía de ella para lograr un plato de comida.

En la fachada del edificio se podía ver, coronando la puerta principal, una sencilla imagen del Santo que daba nombre a la Orden que ese día le iba a dar de comer. Miró hacia arriba, a la representación de San Juan de Dios, y luego la dejó caer hacia las personas que le antecedían en la cola, sin dejar de preguntarse cómo había podido llegar hasta allí y qué es lo que él tenía en común con esa pandilla de drogadictos, borrachos y zumbados. ¡Perdedores! musitó para sí mismo

con desprecio, aunque no se movió de la cola, que cada vez era más larga. Cuando sonó la campana que anunciaba la una en la iglesia, la fila empezó a moverse y a introducirse en el edificio, como hormiguitas que vuelven al hormiguero tras una batida por la cocina acarreado miguitas de pan. Lo primero que vio Álvaro fue un zaguán limpio y ordenado, con plantas por todas partes y adornado por unos helechos gigantes y unas frondosas enredaderas que recortaban la puerta negra de hierro forjado a través de la cual se llegaba a un típico patio sevillano que tenía en el centro, sobre un discreto pedestal, una pequeña imagen de la Virgen, esculpida en madera.

Un voluntario de unos 70 años, con el pelo completamente blanco, ordenaba la cola y les daba paso hacia el patio, con una beatífica sonrisa. “Buenas tardes, pasen, por favor”, les decía educadamente. Así con uno, con otro, con otro, hasta que llegó a Álvaro. “¿Es la primera vez que viene aquí?”, le preguntó. El ingeniero había entrado como un zombi, sin mirar a nadie, como hacía a los 13 años con el portero del cine de su barrio, que acabó siendo un supermercado, cuando intentaba entrar en una película autorizada para mayores de 18. Con esa edad, e incluso algunos años después, estaba convencido de que si él cerraba los ojos, tampoco nadie le vería a él.

-Perdone –insistió el voluntario-, ¿es la primera vez que viene?

Detrás, se empezaron a escuchar algunos murmullos de impaciencia y un chaval de 25 años que aparentaba 10 ó 15 años más, le increpó:

-¿Está sordo, amigo?

Álvaro no se volvió para contestar al tipo impaciente y se limitó a decirle al voluntario: “Sí, es la primera vez, ¿hay algún problema?”. El hombre, un aparejador jubilado que colaboraba con la orden tres días a la semana, le cogió del brazo: “No hay ningún problema, señor, pero antes de pasar al comedor, debe hablar con Laura, nuestra trabajadora social, que le abrirá una ficha. Sólo serán unos minutos”.

-¿Una ficha?, ¿para qué? -preguntó, mientras el hombre le guiaba por un angosto pasillo hasta el pequeño despacho de la trabajadora social, en el centro de cuya pared principal, desnuda como un niño recién nacido, destacaba el logo más famoso de la Historia, una cruz, en este caso de madera oscura y de casi un metro de longitud.

Laura tenía el cabello negro y los ojos de color miel, y era muy blanca de cara. No tendría más de 40 años y era bastante alta y delgada, aunque no lo pareciera tanto al lado de Álvaro, cuya estatura alcanzaba el 1,90.

-Buenas tardes. Mi nombre es Laura Herrera y soy trabajadora social. A todos los usuarios de este servicio de la Orden de San Juan de Dios les abrimos una ficha con sus datos personales, cuya única finalidad es conocer su situación personal para tratar de ayudarles. Le aseguro que todos estos datos serán absolutamente confidenciales.

Laura no sonrió como el voluntario que le había conducido hasta allí, ni le había llamado señor. Ella no era voluntaria, cobraba un sueldo por su trabajo y trataba de hacerlo con la mayor profesionalidad posible.

-Verá –dijo Álvaro-, yo no necesito ayuda. Solo quería comer...

La mujer le clavó los ojos sin exteriorizar ninguna emoción.

-Esto no es un restaurante ni un bar. Solo damos de comer a las personas necesitadas y por eso debemos conocer algunos datos de nuestros usuarios. Nuestros recursos son limitados y tenemos que emplearlos bien. Espero que lo entienda.

Álvaro se movió en su silla, incómodo. Había tardado casi tres meses en tomar la decisión de acudir a un comedor social, no porque no lo necesitara antes sino porque le daba vergüenza acudir a una institución de caridad. Alguien le había hablado de este comedor y le cogía bastante cerca

de su casa, pero no esperaba tener que enfrentarse a un interrogatorio ante una sargenta con bata blanca para que le dieran un plato de comida.

-Verá –carraspeó-, le aseguro que no estaría ahora aquí si no lo necesitara, pero si hay algún problema, me voy.

Laura lo miró, esta vez con cierta condescendencia, o eso le pareció a él.

-No quiero que se vaya pero necesito que me dé su nombre y su profesión y me hable de su situación laboral y familiar y que me diga si percibe algún subsidio público. Serán unos minutos, nada más, se lo aseguro.

La trabajadora social no sonrió, pero parecía más relajada que al principio.

-Mi nombre es Álvaro Peña- empezó a decir él.

-¿Podría escribirlo? -le interrumpió ella, acercándole un papel.

Álvaro se sintió ofendido y humillado, confundido con un analfabeto, pero se mantuvo en la silla sin decir nada: no estaba en condiciones de exhibir su orgullo ni su amor propio. Al fin y al cabo, iba allí a que le dieran de comer gratis. Por otra parte, se consoló pensando que en la cola de fracasados que le precedía y de la que se sentía tan cercano emocional y físicamente como podría estarlo la Tierra de Saturno, habría muchas personas sin estudios o individuos de otros países que no sabrían escribir en español. De modo que prefirió no tomarse la pregunta como nada personal y empezó a rellenar el papel con la mejor letra que pudo. Eran unas diez preguntas que no le llevó mucho contestar. Cuando acabó, le pasó el papel a la trabajadora social, que empezó a leerlo. Observó cómo su rostro iba cambiando de color y encogiéndose gradualmente a medida que leía sus respuestas a las preguntas. Al final se llevó la mano derecha a la frente y agachó la cabeza.

-Bien, señor Peña. Le agradezco su colaboración. Ya puede pasar al comedor.



## II. MARCOS

Álvaro conoció a Marcos cuando empezó a estudiar en la Escuela de Ingenieros. Los dos tenían 18 años, muchas ilusiones en la cabeza y mucho éxito con las chicas. Marcos era bastante alto, aunque no tanto como Álvaro. De madre sueca y padre jerezano, había heredado el color de pelo y de ojos de su madre, rubia triguera de preciosos ojos azules casi transparentes, y el atractivo personal y la simpatía magnética de su padre, un tipo con un extraordinario don de gentes que ocupaba un alto cargo directivo en una de las principales bodegas de Jerez. Artífice de su expansión internacional a mediados de los años sesenta, viajaba mucho por toda Europa y fue en uno de esos viajes donde conoció a la que sería su mujer, una azafata de una compañía aérea europea de la que se quedó prendado la primera vez que la vio. Marcos, su retoño, tenía desde pequeño ese algo exclusivo tan difícil de adquirir que diferencia a una persona atractiva e interesante, incluso a una persona extraordinariamente atractiva e interesante, de un auténtico crack que como un meteorito intergaláctico lo revoluciona todo a su paso, alguien, en fin, muy especial, del que ellas se enamoraban y ellos querían, como fuera, su amistad. Les gustaba a todos, todos querían estar con él, pero Marcos sólo aceptó tener un amigo desde que entró en la universidad, un verdadero amigo, Álvaro. Con él se sentaba en clase, con él iba a la cafetería de la Facultad, con él entraba en la Biblioteca cuando había que hacer algún trabajo y con él estudiaba. Eran uña y carne, una pareja inseparable, envidiada y admirada.

Sin tener tanto carisma como su amigo, ni poseer una sonrisa tan subyugante como la suya ni ese saber estar ni esa forma de actuar ni ese saber decir lo que el otro está deseando oír que surgía de Marcos de una forma asombrosamente natural, Álvaro pertenecía por derecho al grupo inmediatamente inferior: al de los muy, muy interesantes. Moreno de ojos negros, como su padre, altísimo y con brazos poderosos que se trabajaba a conciencia practicando una hora diaria de natación, destacaba en el equipo universitario de baloncesto, donde jugaba de alero. Aunque en su clase apenas había seis o siete chicas, todas, sin excepción, habrían querido pasar una noche con él. Y alguna seguramente más de una.

Ni Marcos ni Álvaro buscaban novia. Se tenían el uno al otro y eso parecía bastarles, aunque eran jóvenes, les gustaba la juerga, y los sábados no perdonaban una fiesta universitaria o una noche de baile que solía acabar de madrugada en la cama de alguna joven aspirante a novia que mostraba sus primeros argumentos para el puesto.

Las matemáticas y la física siempre se les habían dado bien a los dos, pero el primer curso supuso un gran salto para ambos, más para Álvaro que para Marcos. Aunque se pasaba casi todas las tardes estudiando y venía de colegios privados muy exigentes, en junio se tropezó con los primeros suspensos de su vida académica. Su padre aprovechó el batacazo para tentarle de nuevo con un itinerario alternativo menos empinado, Derecho, pero él se mantuvo firme y demostró coraje y determinación para escalar la elevada montaña que no sin esfuerzo y con agujeros negros de desánimo y desesperación lograría coronar siete años más tarde. Cuando presentó su proyecto fin de carrera y logró su título de ingeniero, junto con su inseparable Marcos, que lo había acompañado a su mismo paso durante ese largo y accidentado viaje, su padre se sentía tan orgulloso de él como si hubiera sacado las oposiciones a abogado del Estado que él había superado treinta años antes.

Álvaro salió desorientado del despacho de Laura, la trabajadora social a la que tuvo que resumirle con respuestas escuetas los últimos cinco años de su vida y los mazazos que le había propinado, con razón o sin ella; el infierno, a fin de cuentas, que le había traído hasta allí.

Domingo, el voluntario jubilado que lo había abordado en el patio preguntándole si era la primera vez, lo esperaba fuera. ¿Cómo se llama?, le preguntó con la misma sonrisa beatífica que le sacó de quicio cuando estaba en la cola. Le dijo su nombre de mala gana y él le dijo el suyo. “Acompáñeme”, exclamó, y le condujo a través de otro pasillo y de otro patio más grande al comedor. Había ya mucha gente esperando a que les sirvieran y tres mujeres mayores que él con delantales blancos y gorros de ese mismo color trasteaban en varias ollas con macarrones, patatas aliñadas y pisto manchego en una estancia más pequeña, separada por una puerta de la sala donde se comía. A la derecha había una mesa con platos blancos baratos, pero limpios, y unos cubiertos de plástico de color blanco. Razones de seguridad, como en las cárceles, aconsejaban no poner tenedores o cuchillos afilados en manos de los comensales. Tuvo que esperar su turno durante varios minutos hasta poder coger uno de los platos y dárselo a una de las señoras de blanco, que lo llenó con un poco de los tres platos del día que se calentaban en las ollas, no sin antes preguntarle si había algo que no le gustaba. Él negó con la cabeza sin mirarle a los ojos. De bebida había agua y un refresco de cola de marca blanca. Él se sirvió agua y fue a sentarse al comedor con su plato y su vaso. La sala era bastante grande y contó unas veinte mesas con seis sillas cada una, tres de cada lado de la mesa. En total, ciento veinte, si no le fallaban las matemáticas. No había ninguna mesa vacía y fue a sentarse en la más lejana de la cocina, donde solo dos personas estaban comiendo. Se sentó en una de las esquinas sin decir nada, dejando dos sillas de por medio entre él y los otros dos comensales, a modo de distancia de seguridad, como la que marca la policía cuando acota la escena de un crimen. Aquí ese ficticio perímetro tendría un metro y medio como máximo y los dos tipos de la mesa, de unos sesenta años por lo menos y con una dentadura discontinua, lo saludaron con un leve gesto de cabeza sin dejar de comer. Él no respondió.

Pinchó uno de los macarrones y entonces le llegó un olor desagradable a ajo, procedente del otro extremo de su mesa. Allí estaba sentado un hombre con el pelo canoso y grasiento que exhibía en su rostro desvencijado, como los surcos que deja en la tierra un arado, las huellas del sol y del viento, las manchas y el poco favorecedor legado facial de estar y vivir en la calle que ninguna crema antiedad podría de ningún modo mitigar. Álvaro se sintió afortunado: él no vivía a la intemperie, tenía una casa, aunque a duras penas pudiera pagar los recibos de la luz y el agua y debiera un año de comunidad.

Abstraído en ese pensamiento consolador hasta cierto punto de que siempre hay alguien peor que tú, miró hacia otro lado con el macarrón aún pinchado en el tenedor de plástico y vio a una mujer muy mayor a la que le estaba llevando bastante tiempo comer. Un ostensible temblor en la mano derecha le hacía tan difícil pinchar las patatas como apuntar con un dardo al centro de una diana a diez metros de distancia y tanto o más difícil le resultaba llevarlas luego con tino a la boca, que abría y cerraba como las puertas de un supermercado del que sale y entra gente continuamente. Por el camino se perdían algunos trozos de comida, que caían a la mesa o al plato, pero nadie de allí le prestaba demasiada atención. Cada uno tenía sus problemas y allí solo iban a calmar sus estómagos.

Una ráfaga de aire procedente de alguna ventana abierta le trajo entonces un olor muy intenso a leche cortada procedente de la mesa que tenía enfrente y que estaba ocupada por seis hombres de distintas edades. Tres parecían jubilados, a otros dos les echaba su misma edad y el sexto, el que presentaba peor aspecto, con la cara amarillenta y la ropa más deteriorada, no debía tener más

de 25 años. Con esa edad, pensó Álvaro soltando en el plato el tenedor que aún no había llevado a la boca, conoció a Clara.

Se la presentaron en una fiesta, cuando ella apenas tenía 20 años. Estudiaba Enfermería, aunque su deseo era casarse y formar una familia numerosa, a la que ella cuidaría. Clara era morena, alta y delgada, con unos pómulos muy marcados, unos labios carnosos y unos ojos vivarachos de color canela que brillaban como antorchas en la noche. Esa chica con ángel que siempre estaba sonriendo y tenía cierto parecido con Audrey Hepburn, su actriz favorita, se convirtió rápidamente en la primera fuente de conflictos que tuvo que afrontar la indestructible amistad que se había forjado entre Marcos y él durante los siete años que compartieron aula en la Escuela de Ingenieros. La conocieron los dos a la vez y a los dos les gustó. Ella se fijó primero en Marcos, algo a lo que Álvaro estaba acostumbrado. Aunque a ambos les sobraban las chicas guapas, Clara era especial, diferente, una chica discreta y divertida que jamás decía más palabras de la cuenta ni hablaba nunca mal de nadie. Una chica atractiva que no era tonta, que sabía estar en los sitios y que destacaba siempre por encima de las demás sin que se le notara el esfuerzo. En definitiva, una bomba andante a punto de estallar en el epicentro de una pareja de amigos que hasta entonces nunca habían discutido por ninguna chica. Era normal para ellos hablar de una y de otra, de si le gustaba más o menos a uno o a otro y no era raro que Marcos le dijera: no hay problema, Álvaro, toda para ti, yo me voy con la amiga, o viceversa. El buen rollo que tenían y con el que gestionaban éste y otros asuntos susceptibles de convertirse en conflicto les habría durado seguramente toda la vida si Clara no se hubiera cruzado en sus caminos y las hubiera sacudido como un terremoto de intensidad diez en la escala Richter.

2

Álvaro no pudo meterse ni un trozo de comida en la boca, a pesar de que las patatas, el pisto y los macarrones que nadaban juntos en su plato tenían buena pinta y él apenas se había tomado un café en lo que iba de día. Su estómago, que llevaba más de una hora pitando, desde que se había puesto en la cola, reclamando algo sólido con lo que calmarlo, se le cerró de repente. Los olores no muy agradables a ajo y leche cortada que expelían algunos de sus compañeros de mesa le habían revuelto las tripas. El ingeniero aceptó la evidencia de que ese día no comería y se levantó de su mesa para irse. Temía, antes de entrar, que la experiencia no saliera bien, y así había sido, pero cuando había andado apenas unos metros en dirección a la puerta de salida, se le acercó un chico muy joven, de unos 20 años, que llevaba puesta una bata blanca como la que llevaban todos los voluntarios de la orden.

-Señor, ¿ha tenido algún problema con la comida?

Se hizo un silencio en el comedor y casi todos los comensales, unos veinte o treinta en ese momento, se volvieron hacia él, pendientes de la conversación. Álvaro giró su cabeza y grabó la escena en su retina: todos aquellos friquis, esa partida de fracasados sin futuro que habían arruinado sus vidas y vivían de la caridad ajena, estaban mirándole, expectantes, preguntándose si tendría algo malo la comida. A ninguno de ellos se lo debió parecer, porque unos la comían con avidez y otros, el resto, ya había vaciado su plato sin dejar un solo macarrón o trozo de patata por comer, mientras se preparaban para tomarse el yogur que había ese día de postre. Su plato seguía intacto en la mesa, aunque los dos tipos de la esquina ya se habían acercado a él con la intención de comérselo. Álvaro miró al voluntario, tras sostenerle la mirada, y se limitó a decir:

-No tengo hambre.

Luego salió escopetado de allí y recorrió el pasillo a paso ligero que conectaba al patio

principal, aunque cuando iba a enfilear el zaguán que le conduciría por fin a la calle, se encontró de frente con la trabajadora social, que acababa de salir de su pequeño despacho.

-Señor Peña, no se olvide de traerme mañana su currículum y su tarjeta del paro.

### III. CLARA

Clara era de esas chicas que sin ser guapas, o no extremadamente guapas, no podías dejar de mirar. Tenía estilo propio, era elegante, cualquier cosa le quedaba bien, desde unos vaqueros a una camiseta, y andaba y hablaba de una manera tan glamurosa que dejaba a Marcos y a Álvaro embobados. Cuando la conocieron tenía 20 años y estaba en el apogeo de su juventud. Aunque casi siempre sonreía y nunca se le oía quejarse ni hablar mal de nadie, como hacía la mayoría de las personas que los dos habían conocido hasta entonces, Clara había tenido una infancia dura, desprovista del cariño de sus padres. Su progenitor, un hombre hecho a sí mismo que no había podido estudiar, tenía un negocio de alquiler de grúas que le obligaba a viajar mucho y su madre, una mujer que tampoco había podido estudiar y a la que conoció cuando los dos eran adolescentes, cayó al poco de nacer ella en una depresión que iría a peor con los años y de la que nunca se curaría. Esa terrible enfermedad se fue complicando con patologías paranoides por el abuso de tranquilizantes y ansiolíticos, que la dejaban todo el día medio dormida o vagando como un zombi por el enorme caserón de trescientos metros cuadrados en el que vivían. Sin hermanos en los que apoyarse, a Clara la crío una niñera alemana muy mayor, demasiado estricta y poco empática que le enseñó, no obstante, a comportarse como una verdadera señorita en todo momento. La instruyó en cómo hacer sus deberes con una pulcritud intachable, en tocar el piano al nivel de un conservatorio de grado superior y en utilizar el cuchillo, el tenedor y la cuchara de postre como si tuviera que ir todos los sábados a algún almuerzo palaciego o a alguna exótica recepción diplomática; sin embargo, no le dio amor ni cariño, puesto que esas dos palabras no existían en el vocabulario básico de la vieja y eficiente niñera alemana. Enamorada de su padre ausente, que la colmaba de regalos suntuosos e inútiles cada vez que volvía a casa, lo que sucedía una o dos veces al mes como máximo y nunca por más de una noche, o de dos, Clara terminó sus estudios en un elitista colegio privado de Sevilla en el que se formaban los hijos de la alta burguesía de la ciudad, tras lo cual optó por estudiar Enfermería para cuidar a enfermos y a personas mayores. Su madre había fallecido algunos años por intoxicación medicamentosa, la expresión eufemística con la que un forense amigo de su progenitora maquilló un suicidio por sobredosis de pastillas que le habría impedido enterrarla en camposanto como habría sido su deseo.

En la fiesta en la que se conocieron Álvaro, Marcos y Clara, ésta bailó primero con Álvaro, el moreno gigantón, un tanto arrítmico y patoso, y luego con Marcos, el príncipe rubio de aspecto nórdico que se deslizaba por la pista de un baile con la elegancia y suavidad de un campeón olímpico de patinaje sobre hielo. A él besaría aquella noche y con él quedaría el sábado siguiente, para decepción y frustración de Álvaro, que ya se había enamorado de su forma de reír, de su sonrisa transparente y de su forma de rodearle el cuello con sus brazos, tan largos, dulces y delgados, durante el segundo baile de la fiesta.

El futuro ingeniero, al que le faltaba un año para acabar la carrera, aceptó la derrota con deportividad. No era la primera vez que una chica que le gustaba prefería a su amigo, pero nunca antes le había dolido tanto, tal vez porque nunca antes se había enamorado. Las mujeres habían sido para él hasta entonces un pasatiempo del que disfrutaba en dosis abundantes, gracias a su indudable atractivo físico. Sus ciento noventa centímetros cincelados por la natación y las pesas como una escultura griega (a más de una chica le recordaba al David de Miguel Ángel) habían hecho revolotear a su alrededor, a lo largo de toda su vida universitaria, una nube de chicas de todo tipo, guapas y menos guapas, altas y bajas, buenas y menos buenas, simpáticas y petardas,

entre las que había ido extrayendo los ligues y novietas que satisfacían sus exiguas exigencias afectivas y las necesidades fisiológicas propias de la edad.

Pero con Clara experimentó algo que no había sentido antes: la de no pensar en ninguna otra chica de las que se le ofrecían con regularidad, daba igual lo guapas o simpáticas que fueran o el culo o las tetas que tuvieran. El peor diagnóstico, pues, se confirmaba: se había enamorado de la novia de su mejor amigo.

1.

Álvaro salió del comedor social con más hambre de la que entró y con el firme propósito de no volver. La experiencia había resultado peor aún de lo que esperaba, porque todo lo que podía salir mal, salió mal: el interrogatorio de la estirada trabajadora social, que lo había tomado por analfabeto; el voluntario con la sonrisa santurrón que le sacaba de quicio y la pestilencia de algunos comensales. Y para colmo, el voluntario jovencito que lo había puesto en evidencia delante de todos los demás preguntándole si había algún problema con la comida.

El estómago le pedía alimento y anduvo durante cinco minutos hasta llegar al McDonalds de la Campana, en el corazón de la ciudad. Se asomó tímidamente, como si buscara a alguien, y vio a varias mesas pobladas de adolescentes, algunos con peinados raros, riendo y comiendo hamburguesas gigantes acompañadas de patatas fritas y coca-colas. También había algunos padres jóvenes con niños pequeños y cara de no haber dormido la noche anterior, tal vez porque a alguno de sus hijos le dio fiebre y tuvieron que pasar la noche en vela, cuidándolos. O tuvieron que llevarlos a Urgencias y esperar allí cuatro o cinco horas a que los atendieran, como era habitual en todos los hospitales de Sevilla, desde el inicio de la crisis. Él no tenía hijos y nunca tuvo que cuidar de nadie más que de sí mismo. Los veinte años que estuvo viviendo con Clara fue ella la que lo cuidó a él, la que le tenía la comida preparada en casa, cuando llegaba de la fábrica, la que le preguntaba cómo le había ido el día, la que le tenía toda su ropa lavada y planchada, perfectamente ordenada en el armario para que él se la pusiera, cuando hiciera falta. A Clara le había puesto una empleada doméstica dominicana, así se llamaba entonces, empleada doméstica, a lo que sus padres y abuelos llamaban simplemente criada, chacha, o sirvienta, palabras que se consideraron con el paso del tiempo humillantes e indignas y que habían sido sustituidas por otras más asépticas y políticamente correctas. Él también se beneficiaba, con edad ya de ser abuelo, de esa nueva moda de la corrección lingüística que recorría la Europa más desarrollada: a los pobres como él ya no se les llamaba así, ni pobres de solemnidad, sino personas en riesgo de exclusión social. Se lo había recordado Laura, la trabajadora social que había conocido una hora antes y que le recordaba vagamente a su mujer, no por su sonrisa precisamente, puesto que no torció la boca en ningún momento de la entrevista, sino por cierto parecido físico con ella y, sobre todo, por la economía con la que hablaba y el mínimo gasto de saliva. Una mujer de pocas palabras, algo ciertamente infrecuente.

El ingeniero hurgó sin éxito en los bolsillos de sus viejos y parcheados pantalones Polo Ralph Laurent, herencia de tiempos mejores en los que podía gastarse 400 ó 500 euros en una sola visita a la sección de Caballeros de El Corte Inglés. Buscó y rebuscó, pero no encontró ni un solo euro para comprarse una minihamburguesa con la que sofocar las quejas de su estómago y aguantar como fuera hasta la noche, en la que se comería una tortilla francesa a palo seco. En su viejo frigorífico, que ya había sufrido tres reparaciones, siempre había huevos, tomate y yogures, tres componentes básicos de su equilibrada dieta, pero que tenía medidos en dosis ajustadas para que le llegaran a final de mes. Cuando, contrariado, ya iba ya a salir del McDonalds en el que apenas

había puesto un pie, advirtió que una pandilla de adolescentes con surtida ferretería en la cara que ocupaba una mesa cercana a la puerta en la que él se encontraba, se ponían sus cazadoras, se levantaban de sus sillas y se marchaban. Un trozo de hamburguesa medio desecha y unas cuantas patatas fritas sobraron en una bandeja y se abalanzó hacia ellas rápidamente, antes de que llegara algún empleado y se las llevara. Nadie le vio hacerlo, o al menos eso creyó, y metió ese trozo pingoso de carne picada y ese racimo frío de patatas en una de las cajas de cartón vacías que sacó fuera rápidamente para comérselas en la calle.

2.

Clara estuvo saliendo con Marcos durante varios meses, pero él no era como Álvaro ni estaba dispuesto a renunciar por esa chica de cara angelical a su variada y exuberante vida sexual con algunas de las rubias, castañas o morenas poco o nada angelicales que se le ponían a tiro. Ya no las buscaba, como antes, pero tampoco tenía fuerzas ni ganas de rechazarlas. Y aunque Marcos era educado y discreto y se esforzaba por no humillar a ninguna de las chicas con las que salía, a veces sus precauciones fallaban. Y eso es lo que le ocurrió un día con Clara. Era un jueves y ella le había llamado para que le acompañara a la fiesta de cumpleaños que una compañera de clase celebraba en su casa. Él le había dicho que tenía que estudiar, pero al final ni ella fue al cumpleaños, que no se celebró por un problema familiar de última hora, ni él estuvo toda la tarde estudiando. Porque le había llamado “para celebrarlo”, al menos, eso le había dicho por teléfono, una voluptuosa peluquera con la que había estado un par de veces y que acababa de superar una entrevista para entrar a trabajar en el Corte Inglés como dependienta. Allí –le dijo- le pagaban mejor y tenía posibilidades de promoción. La peluquera, que tenía una melena roja rizada espectacular y cuyos exuberantes senos de la talla 95 le habían costado cientos de cortes de pelo a clientas gruñonas y amargadas, envidiosas de su juventud y de su belleza, estaba loca de contenta con la idea de abandonar el ingrato y monótono mundo de las peluquerías de señoras. Y se puso tan cachonda y eufórica que se acordó del príncipe nórdico. Él estaba estudiando cuando le llamó, pero no supo o no pudo decirle que no. Quedaron en un bar no muy conocido del centro de la ciudad para tomarse algo y entrar en calor, antes de darse el correspondiente revolcón en el asiento de atrás de su coche, pero un destino cruel quiso que Clara acabara también en ese bar con algunas de las amigas rebotadas del “no cumpleaños”. Con cualquier otra chica menos guerrera, Marcos podría haber defendido una cerveza imprevista con una compañera de clase de la que necesitaba unos apuntes o consultar alguna duda para el examen de cálculo infinitesimal, pero la peluquera pelirroja de melena fiera era toda ella el epítome de la lujuria, el sexo hecho mujer. Viéndola, con su ajustada falda negra muy por encima de la rodilla, con su escote de vértigo por el que desbordaban como el agua rebosante de una bañera sus llamativas prótesis de doscientas mil pesetas de entonces, y alzada toda su curvilínea anatomía sobre unos tacones negros de aguja que elevaban sus infinitas piernas hasta el cielo del deseo masculino, ninguna mujer, ni siquiera Clara, la menos larga y menos retorcida de todas las chicas que había conocido Marcos, podría pensar en una cita de amigos o de compañeros de clase. Él lo comprendió y se limitó a pedirle perdón. Ella aceptó sus disculpas con elegancia, pero puso fin a la relación. Clara no se andaba con medias tintas en materia sentimental y cuando tomaba una decisión, nunca daba marcha atrás.

## IV. ÁLVARO

Álvaro fue caminando lentamente hacia la Plaza del Duque y se sentó en un banco al sol para tomarse los restos de la hamburguesa que había rescatado de una mesa del McDonalds. Estaba fría, igual que las patatas, pero tenía mucha hambre. En cuanto salió del comedor y respiró aire libre, se le había abierto de nuevo el estómago. Durante su época de estudiante y antes de casarse, cuidaba mucho su dieta. Apenas tomaba dulces y nunca abusaba de las grasas: sabía combinar en su justa medida proteínas e hidratos de carbono y gracias a eso, y a su afición al deporte, especialmente la natación, mantuvo un cuerpo envidiable de los 18 a los 30. Incluso había ganado algunos casting para anunciar bañadores y ropa interior con los que obtuvo dinero extra para sus gastos. Dinero fácil, decía él, porque las sesiones de fotos no duraban más allá de una mañana o de una tarde. Su cuerpo escultural había aparecido en varios catálogos de moda interior de Zara, una marca en auge que le empezaba a hacer sombra a El Corte Inglés, y en varios de Asuntos Internos, una pequeña franquicia dedicada a la venta de calzoncillos para hombre que quebraría algunos años más tarde de que él ocupara la portada de la colección primavera/verano de 1982. El responsable de ese catálogo, un chico italiano con peinado ensaimada y más pluma que un abejaruco, le animó a hacer carrera como modelo y a dar el salto internacional, que es donde - decía él- se ganaba realmente dinero, hasta 3.000 dólares de entonces por sesión. Incluso se ofreció a ser su representante (“tú tienes algo”, le insistía) si estaba dispuesto a viajar a Milán, París y Nueva York, los tres lugares clave para cualquier modelo profesional, pero Álvaro rechazó sin dudar la invitación. Quería ser ingeniero industrial y vivir de eso. Además, la carrera de modelo era corta y con 30 ó 35 años ya estaría fuera de circulación, mientras que de ingeniero, se decía a sí mismo, podría ganarse bien la vida hasta su jubilación.

1.

El sol otoñal que le había acariciado la cara mientras se comía la hamburguesa se había ido hacia otro sitio y Álvaro empezó a sentir frío. Se levantó del banco, se subió el cuello de su viejo anorak y cogió la calle Laraña en dirección a su casa. Tenía trabajo pendiente: revisar ofertas de empleo, mandar algunos currículos, aunque ya sin demasiadas esperanzas, y hacer algunas llamadas. La salud de Álvaro se había deteriorado desde que Clara y él se separaron hacía menos de un año. Apenas podía dormir más de cuatro horas al día y sin ningún tipo de ingresos, sus últimos ahorros apenas le daban para comer caliente. Abusaba de los bocadillos de mortadela y chopped que compraba en alguno de los supermercados del centro, a 1,20 el cuarto, a veces, incluso a un euro, aunque cuando salían estas ofertas el color de la chacina era más oscuro, como si llevara más tiempo de la cuenta en el frigorífico y se hubiera secado en exceso. Tampoco su sabor era el mismo, pero se dejaba comer. Álvaro se conocía todas las promociones de todos los super en un radio de tres kilómetros a la redonda, igual de bien que se conocía el funcionamiento interno y los distintos componentes de una caja de cambio. Los conocimientos que durante veinte años estuvo aplicando a la ingeniería mecánica y que le habían reportado un nivel de vida más que aceptable, con ropa cara, nevera llena, comidas en restaurantes, coches de alta gama y viajes, no tenía más remedio que aplicarlos ahora a la ley de la oferta y la demanda de alimentos de primera necesidad, en un duro ejercicio de supervivencia no exento de malabarismos contables. Jamás se podría haber imaginado cuando trabajaba en la fábrica lo que se podía hacer con los ocho euros que antes se gastaba alegremente en una entrada de cine.



El pan, que antes apenas tomaba, ahora era gran parte de su dieta básica. Siempre compraba tres barras a 1,10 euros. Cuando llegaba a casa, cortaba cada una en cuatro trozos que iba congelando y descongelando hasta terminarse 12 bocadillos, que equivalían a 12 comidas, o 12 cenas. Cada bocadillo, si compraba la mortadela o el chopped a 1 euro el cuarto, le salía a 1,20 euros si metía solo un par de lonchas y a 1,30 si metía tres. La carne y el pescado quedaban fuera de su alcance, no así los huevos y los yogures de marca blanca, las otras dos patas fundamentales, junto con el pan y los embutidos más baratos, de su dieta habitual.

Aunque se negaba a ir a su médico de cabecera, al que conocía desde hacía muchos años y con el que había coincidido muchos domingos de los buenos tiempos en el Club de Campo, donde arquitectos, abogados, médicos, ejecutivos, profesores e ingenieros como él se reunían con sus familias para comer y practicar deporte al aire libre, sabía que su cuerpo, del que tan orgulloso se había sentido, empezaba a fallarle. Era raro el día que no le dolía el estómago, si no era ardentía, eran gases, o acidez, aunque algunas veces era una punzada terrible, como una aguja que le estuvieran clavando. Llevaba mucho tiempo sin poder ir al odontólogo y los dientes se le estaban estropeando. Las encías le dolían y le sangraban con frecuencia, de lo inflamadas que las tenía. La perfecta dentadura de la que antes presumía (Clara, que tenía algún colmillo atravesado, le decía, cuando eran novios, que podría anunciar dentífricos) iba camino de ser historia: le habían aparecido algunas caries y en la mayoría de ellos unas manchas amarillas como lunares, que supuso que tenían que ver con la falta de vitaminas. El pelo, que aún conservaba abundante y con pequeñas vetas plateadas en las sienes, había perdido su brillo, aunque procuraba lavárselo al menos dos veces a la semana. Su intestino fue el último órgano de su cuerpo en fallarle: atravesaba rachas de más de una semana sin ir al baño que le hacían sentirse muy pesado e incómodo, que alternaba con otras, sin embargo, en las que iba cuatro o cinco veces al día en las que parecía que se le había abierto un grifo en el ano por el que echaba unapestoso puré. Y le estaban saliendo en la cara algunas escamas blancas que atribuyó también a falta de vitaminas.

2.

A Marcos le costó meses aceptar que Clara lo dejara. Olvidarla le llevó toda la vida. Tras el desafortunado incidente con la peluquera, durante el cual ella demostró toda esa clase y elegancia que le hacía distinta de las demás chicas de su edad (se limitó a dejarle encima de la mesa, cuando ella se fue al servicio, un colgante de plata que él le había regalado), el amigo de Álvaro estuvo llamándola todos los días durante un mes para pedirle perdón. Ella no le respondía, esperando a que se cansara, pero él insistía e insistía. Al mes justo, ella le cogió el teléfono. Él le dijo que lo sentía mucho, que seguía enamorado de ella y le pidió llorando que lo perdonara y volviera con él. Ella le dijo con dulzura y sin levantar la voz que cualquier relación, de amistad, familiar o sentimental se basaba en el respeto y la confianza, y que ella ya no confiaba en él. Marcos entonces se humilló, cosa que no había hecho con ninguna chica, diciendo que sabía que él no valía nada al lado de ella. Clara lo frenó: “No es verdad. No digas eso. Simplemente eres diferente a mí, demasiado diferente para que esto pueda salir bien”. No tuvo que decir nada más, Marcos volvió a pedirle perdón y ella le dijo que lo perdonaba. Y luego colgó.

Álvaro también estaba enamorado de Clara, pero no quiso dar ningún paso hasta estar seguro de que esa historia con Marcos había terminado. Él era su mejor amigo, su único amigo, y tuvo que hacer de tripas corazón aguantando sus lloriqueos durante todo ese mes que estuvieron separados. Marcos sabía que a él también le había gustado Clara, pero no podía imaginar hasta qué punto ni que aún la amaba. Ella lo había elegido a él y pensó que allí había terminado la cosa

para Álvaro. Y después de la ruptura, durante un largo mes, Marcos utilizó a su mejor amigo como paño de lágrimas, mientras éste tuvo que reconcomerse por dentro cuando el otro le hablaba con ojos acuosos de lo linda que era Clara, de los detalles que había tenido que él, de lo buena que era en la cama y de lo feliz que lo había hecho. Tras escucharlo decir esas cosas durante tantos días seguidos, Álvaro llegó a la conclusión de que se había equivocado con Marcos y que Clara no era para él otra conquista más de su lista kilométrica, como había pensado hasta ese momento, sino que estaba realmente enamorado de ella. Como él mismo.

Tras la breve conversación telefónica en la que ella le dijo que no volvería con él, Marcos comenzó a aceptar la situación y a ser, poco a poco, el de antes. No quiso volver a quedar con la peluquera, a la que culpaba tontamente de su ruptura, pero empezó a salir de nuevo por la noche. En alguna de esas ocasiones, volvió a liarse con alguna chica, aunque sin comprometerse a más. Y ésa fue la señal que esperaba Álvaro para decidirse a dar un paso adelante y llamar a Clara. Quedaron varias veces y tuvo que hacer de nuevo de tripas corazón, porque ella no había olvidado del todo a su amigo, del que seguía enamorada, aunque tenía claro, al menos eso le decía, que no volvería nunca con él.

Clara era una mujer de pocas palabras pero solía cumplir lo que decía. Y Álvaro se aferró a eso y con paciencia de hormiguita fue construyendo una relación de amistad desde la que dar el salto a otro tipo de relación. Pasaron más de seis meses antes de que él la besara en un pequeño bar de copas del centro por la zona de la Giralda. Los dos habían tomado varias cervezas y una copa de vino tinto, lo que le ayudó, sin duda, a decidirse. Fue una maniobra rápida que a ella le cogió desprevenida, sin que le diera tiempo a reaccionar. No le dio tiempo a volverle la cara, pero tampoco hizo nada con sus labios, como si le besara una puerta. Él se despegó decepcionado y se quedó mirándola a los ojos, a apenas veinte centímetros de su cara. Ella le aguantó la mirada durante unos segundos que a él se le hicieron interminables, en los que la bola, tras haber dado en la cinta de la red, podría caer a cualquier lado. Era la bola de partido y él la vivió en cámara lenta, como si fuera la jugada repetida de una retransmisión de un encuentro de tenis, con una tensión infinita, pues sabía que ahí, en esos pocos segundos, en los que a ella apenas le había dado tiempo de pestañear un par de veces, se estaba decidiendo su vida, o al menos, una parte importante de su vida, la de si sería ella o no su compañera de viaje para el resto de sus días, puesto que si después de seis meses viéndose todas las semanas, a veces varias tardes durante varias horas, hablando y riendo, yendo al cine, cenando, tomando tartas de queso, Clara aún no sentía nada por él, nada parecido a lo que él sentía por ella, tendría que cerrar definitivamente la página más importante de los 25 años que llevaba en el mundo, la de la única chica de la que realmente se había enamorado.

Clara parpadeó por tercera vez con sus largas y frondosas pestañas y bajó la mirada lentamente desde sus ojos hacia su boca. Álvaro cerró entonces sus ojos y sintió sus labios cálidos sobre los suyos. Y pensó que aquel beso no sólo era lo mejor que le había pasado en su vida hasta entonces sino el principio de algo realmente indestructible.

3.

El piso en el que vivía Álvaro tenía unos ciento veinte metros cuadrados, repartidos entre un salón bastante amplio, una cocina de unos diez metros cuadrados, cuatro dormitorios, uno de ellos bastante grande, y dos baños. La vivienda estaba muy bien situada, cerca de la Plaza de la Encarnación, donde se levantaban las espectaculares setas de madera diseñadas por el arquitecto alemán Jurgen Mayer, en pleno corazón de la ciudad. La había comprado poco antes de casarse

con Clara por 10 millones de pesetas. Por aquel entonces, ya cobraba un buen sueldo como ingeniero de la fábrica. Era el tercero de un pequeño pero lujoso bloque de viviendas de tres plantas y seis pisos que estaba incrustado en una esquina de la plaza del Cristo de Burgos, de donde todos los Miércoles Santo salía en procesión un crucificado muy popular al que veneraban miles de sevillanos, que lo acompañaban con indecible devoción tanto a la salida, un poco antes de las 9 de la noche, como a la entrada en su capilla, seis horas más tarde. El piso tenía una amplia terraza con unas excelentes vistas a la iglesia que podría haber alquilado en Semana Santa por una considerable cantidad de dinero si no fuera porque la balconada de la casa se había deteriorado tanto por las lluvias, el paso del tiempo y la falta de mantenimiento que el suelo y algunas partes de la pared habían empezado a resquebrajarse. El resto de la casa estaba en mejores condiciones, pero había humedades en el techo por filtraciones de agua desde la azotea que él ya no tenía dinero para arreglar y que iban creciendo como setas. El piso, calificado de lujo cuando lo compró, tenía calefacción central de gas, distribuida por todas las habitaciones, pero no se atrevía a encenderla porque sus ahorros de supervivencia no le daban para pagar la factura. Lo mismo le pasaba con el termo de agua caliente que sólo ponía una vez a la semana. El resto de los días se duchaba con agua fría en un par de minutos o se lavaba por parroquias sin gastar nunca mucha agua. Había hecho sus cálculos y no podía permitir que ninguna de las dos facturas pasara de 15 euros al mes, para lo cual tampoco encendía apenas la tele. Las lámparas de la casa, en forma de candelabro, sólo tenían una bombilla operativa, por si se le olvidaba. El horno, el electrodoméstico que más electricidad consumía, llevaba años sin encenderlo, aunque tampoco es que tuviera mucho que meter en él. La peor factura, sin embargo, era la de la comunidad, 150 euros al mes, resultado de la fatal conjunción de tener muy pocos vecinos en el bloque, sólo seis, y una espectacular zona ajardinada que exigía un jardinero y mucha agua, por no hablar del ascensor, demasiado antiguo, que se estropeaba cada dos por tres. La de la comunidad fue la primera factura que tuvo que dejar de pagar cuando se fue Clara y vio que apenas le quedaba dinero para comer. Sus vecinos, que eran un matrimonio de funcionarios municipales con dos niños pequeños, un sastre ya jubilado, un delegado comercial cincuentón con tres hijos mayores, un directivo de una compañía de seguros, y un pintor de arte abstracto, le habían reclamado la deuda, que ascendía a cerca de 2.000 euros, de todas las formas posibles, por las buenas (“Álvaro, esto tenemos que solucionarlo”), por las regulares (“Álvaro, si esto no lo arreglas pronto, nos veremos obligados a hacer algo que de ningún modo nos gustaría hacer”), y por las malas, con requerimientos judiciales de pago, a las que se había opuesto únicamente Ricardo, el artista contemporáneo, un tipo de unos cuarenta años que vivía solo y hacía unos cuadros tan raros que casi nadie en Sevilla entendía y, por ende, compraba.

Todos sus vecinos, salvo el pintor, habían dejado prácticamente de hablarle y si se cruzaban con él en las escaleras, en el zaguán o en el ascensor, le volvían la cara como a unapestado, o simplemente miraban como si no hubiera nadie más allí dentro. Álvaro acabó acostumbrándose y trató de consolarse pensando que un día alguno de ellos podría acabar en su lado y entonces se daría cuenta de que a cualquiera le podía pasar.

Cuando llegó a casa aquel día, con solo media hamburguesa y unas pocas patatas fritas en el cuerpo, se fue directo al frigorífico y cogió un yogur. No había mucho más: cuatro huevos, un par de tomates y un cartón de leche. La mortadela que había comprado dos semanas antes, a menos de un euro el cuarto, en una tienda del barrio, se le había terminado.

## V. LA BODA

La boda de Álvaro y Clara se celebraría un año, dos meses, tres semanas, cuatro días y cinco horas después de su primer beso. Él llevaba la cuenta y a ella le divertía que se lo recordara. Fue una boda bastante sencilla con un número muy reducido de invitados. Los dos eran hijos únicos, apenas tenían primos y tampoco les sobraban los amigos. Aparte de sus padres y de algunos tíos ya mayores, Álvaro sólo invitó a Marcos. Su amistad había logrado superar el oleaje vertiginoso que supuso en la marea calmada de sus vidas la entrada impetuosa de Clara. No fue fácil: primero se tuvo que alejar Álvaro, cuando Marcos empezó a salir con ella. Luego, se tuvo que alejar Marcos, cuando su amigo empezó a salir con su ex. Marcos aceptó pronto, sin embargo, que Álvaro y Clara estaban hechos el uno para el otro y todo volvió a ser como antes. Tampoco Álvaro, tras ese doloroso paréntesis inicial, cuando Clara prefirió a su mejor amigo, volvió a tener celos de Marcos. Los tres se convirtieron en inseparables: salían juntos, comían juntos, iban al cine juntos y viajaban juntos. Álvaro, Clara, Marcos y su pareja de turno. En ese año y dos meses de noviazgo, Álvaro y ella conocieron a una cantante, una modelo, una camarera de un bar de copas y una actriz. Los tres sabían que la cuarta persona del grupo sería una incógnita de carácter variable, como en las ecuaciones de segundo grado, pero que ellos tres permanecerían siempre juntos. A la boda, Marcos se presentó con una chica muy delgada, no demasiado llamativa, que ninguno de los dos conocía. No era su tipo habitual, el de una mujer cañón que cortaba el hipo de los hombres con los que se cruzaba. Tenía 27 años, se llamaba Esther y era médico. Era una chica culta y divertida que no estaba demasiado pendiente de su aspecto y a los dos les cayó en gracia.

Aunque Clara se llevaba bien con casi todo el mundo, invitó únicamente a un par de amigas de la universidad. No tenía compañeros de trabajo porque no le había dado tiempo de buscarlos como enfermera. Álvaro quería vivir con ella cuanto antes y con el sueldo de él en la fábrica iban los dos sobrados. Clara quería formar una familia numerosa y tenía muy presente que cuidaría y criaría a sus hijos, de modo que no le preocupaba demasiado no trabajar, al menos, mientras sus hijos la necesitaran en casa. El ejemplo de su padre, al que apenas vio durante su infancia, unido al de una madre inestable y empastillada, atormentada por una ausencia, la de su marido, que acabaría provocándole la muerte, le perseguiría durante toda su vida como el modelo del que debía huir como del diablo. Un modelo muy diferente el de su familia al de la familia que pretendía construir con Álvaro. El padre de Clara ni siquiera asistió a la boda, excusándose en un problema con el vuelo que debía traerle a Sevilla desde Puerto Rico, donde tenía parte de sus negocios. Su ausencia la compensó, como siempre, con dinero. Con su regalo les dio para la luna de miel, un fabuloso crucero de lujo de quince días por el Mediterráneo.

1.

A la mañana siguiente Álvaro se despertó muy temprano, como todos los días. Su insomnio le hacía levantarse cansado, pero tras meses y meses sin dormir más de tres o cuatro horas seguidas, cada vez se levantaba peor, más fatigado y con menos fuerzas. Quería acercarse al mediodía al comedor social en el que el día anterior no había podido probar bocado y pasarle a Laura Herrera el currículum que le había pedido. Tras cinco años buscando empleo y varios trabajos-basura, el veterano ingeniero no abrigaba demasiadas ilusiones ni esperanzas en lo que pudiera hacer por él la atractiva trabajadora social. Ni siquiera se planteaba que le consiguiera un trabajo de guardia

de seguridad a seis euros la hora, o de jardinero. Él lo había intentado todo, pero no le salía nada. Había echado cientos de currículos en cientos de empresas, los dos primeros años para lo suyo, al principio para el sector de automoción, en el que él contaba con conocimientos sobrados y experiencia; más tarde, para cualquier cosa relacionada con ingeniería y consultoría en general. Tuvo decenas de entrevistas pero ninguna la superó. O era demasiado mayor, o no se ajustaba al perfil que estaban buscando, o estaba demasiado cualificado, o la remuneración que le podían pagar no se ajustaba a su experiencia, fueron algunas de las respuestas que recibió de los jefes de recursos humanos con los que se entrevistó. Tras dos años de noes y de “ya le llamaremos”, y una vez agotado el subsidio de desempleo, decidió hacer desaparecer de su currículo toda referencia a sus títulos académicos, cursos de formación de postgrado, etcétera, y se puso a buscar cualquier trabajo. Se presentó a entrevistas para administrativo, vigilante de museos, teleoperador y guía turístico, pero la competencia era muy grande y él no podía acreditar ninguna experiencia. La mayoría de sus competidores, veinte o treinta años más jóvenes que él, hablaban, además, algún idioma extranjero y él solo dominaba el inglés escrito a nivel de especificaciones industriales: si llegaba hasta el “listening” allí se quedaba. Durante su cuarto año en el paro, intentó trabajar como peón de limpieza en la empresa municipal de recogida de basuras, pero para hacerlo tenía que inscribirse en una bolsa de trabajo de la que formaban parte más de quinientas personas. Si no habías limpiado antes para el Ayuntamiento, aunque fuera en un contrato precario de dos horas al día durante medio mes, no podías sumar puntos; y, sin puntos, nunca podías subir en la bolsa a un puesto suficientemente bueno como para que te pudiera caer algún contrato de sustitución por una baja laboral o por vacaciones de verano. Y si no eras familiar de algún empleado (había cientos de ellos apuntados en la bolsa), era prácticamente imposible, según averiguó después, que contaran contigo para algo. Era un círculo vicioso, como el laberinto de Teseo. Sin solución ni salida.

Estuvo en la bolsa dos años y nunca le llamaron. Desde que lo despidieron de la fábrica, sólo una vez le habían puesto un contrato de trabajo por delante, si es que se podía llamar así a quince horas a la semana como jardinero de su comunidad, por 400 euros. Como debía casi 2.000 euros por los recibos de un año, le había propuesto al presidente hacerse cargo de la limpieza y acondicionamiento de las zonas ajardinadas. Al hombre le extrañó la propuesta (“¿usted sabe algo de jardinería?”, le preguntó, intrigado), pero no dudó en aceptarla, siempre que esa cantidad se aplicara íntegramente al pago de su deuda con la comunidad. No hacía ni un mes que en la última reunión de la comunidad, cuatro de los seis propietarios habían propuesto denunciarle ante los tribunales. El viejo sastre, que ejercía de presidente de la comunidad, había apelado a su humanidad para frenarlos: “Démosle tiempo hasta que encuentre trabajo”, pero la pareja de funcionarios municipales, el delegado comercial y el ejecutivo de seguros no atendieron a razones y se mantuvieron firmes: “No es nuestro problema. Si no puede pagar, que venda el piso y se vaya de alquiler”, dijeron, aunque ellos mismos sabían que el piso ahora no lo podía vender y, menos aún, en las condiciones en las que estaba.

Trabajando como jardinero, pensó el sastre, podría calmarlos a todos un poco, viendo que cada mes la deuda con la comunidad se iría reduciendo 400 euros. En menos de un año estaría saldada y aquel cuarteto de desalmados se callaría por fin, pero Álvaro finalmente no quiso firmar el contrato. Tenía muchas razones para firmarlo, no sólo económicas sino también de autoestima, de sentirse de nuevo útil para la sociedad, de ganar dinero otra vez, aunque fuera poco y cuidando plantas; pero tenía una, una sola, para no hacerlo. El día anterior a la firma del contrato se había presentado en su casa el jardinero de la comunidad, el joven que iba a perder su contrato para dárselo a él. Aunque no sabía la ruina que tenía encima el ingeniero y que él sería su sucesor en el

puesto de jardinero de la comunidad, el hombre, de treinta y pocos años, le suplicó con los ojos acuosos que por favor hiciera algo para que no lo despidieran. “Usted me tiene que comprender”, le dijo a Álvaro, tras explicarle que tenía dos niños pequeños, de 3 y año y medio, de los que les enseñó sendas fotos que sacó tembloroso de su cartera. Luego le dijo que su mujer estaba en paro, que apenas tenían para comer y que esos 400 euros eran sus únicos ingresos. Que si los perdía ahora, no sabría qué iba a pasar con sus hijos y que incluso Servicios Sociales podría quitárselos. El hombre se puso a llorar y Álvaro lo consoló, lo escuchó, se mordió la lengua y le dijo: “No se preocupe, hablaré con el presidente”. Y al día siguiente, cuando bajó a la casa del sastre para firmar el contrato, tal y como habían concertado, le dijo que no, sin explicarle la verdadera razón, por temor a que lo despidieran alegando cualquier otro motivo. “Tengo un dolor en la espalda muy fuerte y no me voy a poder agachar”, mintió.

El sastre lo miró con desdén como a un vago que se hubiera inventado una excusa para no tener que trabajar.

2.

-Señor Peña, su perfil profesional y laboral no es el más extendido entre los usuarios de este comedor.

Laura se había puesto unas gafas muy grandes de pasta, de color negro, de las que se habían puesto de moda ese otoño y que le hacían parecer una profesora de universidad a punto de iniciar su clase. Vestía una bata blanca de médico y la vieja silla de oficina sobre la que estaba sentada la balanceaba rítmicamente con movimientos pendulares, de un lado a otro de la mesa, acompañados de imperceptibles chirridos. Por la ventana de su pequeño despacho se filtraban algunos rayos de sol que iluminaban la estancia con una luz confortable y acogedora. Era la una de la tarde y unas cincuenta personas, la mayoría hombres, acababan de entrar a comer.

-Tenemos muchas personas sin estudios o sólo con el graduado escolar, personas con problemas mentales, mendigos, drogadictos, alcohólicos, personas sin hogar que viven en la calle, trabajadores de la construcción en paro, e incluso administrativos y conserjes con sueldos tan bajos que no llegan a final de mes y que tienen que venir aquí a comer, pero es usted el primer ingeniero que tenemos.

La trabajadora social dijo esto quitándose las gafas y separando los ojos de los papeles que tenía encima de la mesa.

Aquella mañana Álvaro se había levantado con un dolor muy familiar, casi crónico, localizado en la boca del estómago. No era demasiado intenso, pero la punzada iba en aumento. Tampoco había desayunado.

-Verá –carraspeó él-, me dijo ayer que le trajera mi currículum y toda la documentación que tuviera sobre mi vida laboral. No sé si podría ayudarme a buscar un empleo o simplemente tenía curiosidad...

Laura se removió en su silla, incómoda.

-Señor Peña, mi curiosidad es absolutamente profesional. Y, por supuesto, intentaré ayudarle, como hago con todas las personas que vienen aquí. Aunque su caso es bastante especial.

Álvaro torció levemente el tronco y se tocó el estómago con su mano derecha.

-¿Le duele algo?

-No. Solo tengo un poco de hambre.

-Ayer entró en el comedor, pero se fue y no comió. ¿Me podría decir por qué?

-Se me quitó el hambre.

-Espero que no le pase eso hoy.

-Yo también lo espero. Gracias.

Álvaro se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. A punto de abrirla, ella exclamó: “Señor Peña. Si no le importa, me gustaría seguir charlando con usted mañana. ¿Le parece bien a la 1?”.

El ingeniero no respondió pero asintió desde lejos con la cabeza.

Tras atravesar un angosto pasillo y el bonito y frondoso patio de la Virgen, llegó al comedor. Las mismas tres mujeres del día anterior faenaban con las ollas y llenaban el plato de varias personas. Uno de ellos debía ser un mendigo. Tenía el pelo negro, muy sucio, con algunas vetas canas, y la barba blanca, de apóstol del Nuevo Testamento. Vestía una vieja y raída chaqueta de color indefinible dos tallas más grandes. Los pantalones, llenos de lamparones, también le estaban grandes. Los zapatos, rotos, iban a juego.

Había sopa de tomate y Álvaro pensó que algo caliente le vendría bien a su estómago. Una de las voluntarias le ofreció también un huevo con patatas fritas y croquetas, que él rechazó. Aunque la pinta era excelente, sabía que no podía tomar fritos, si no quería que su estómago le amargara el día. Sí aceptó un yogur y una pera de postre.

Con su sopa y su postre fue a sentarse a una de las esquinas, la menos poblada de la sala. Eran casi las 2 de la tarde y la mayor parte de la gente había comido a la 1, la hora a la que abrían el comedor. Muchos no tenían nada para desayunar y llegaban con mucha hambre a esa hora y hacían cola desde las 12,30. Todos iban comiendo por riguroso orden de llegada. El mendigo que tenía barbas de apóstol había pedido los dos platos completos y el postre y entró en la sala poco después que Álvaro. Aunque tenía todo el sitio del mundo y más de veinte mesas vacías, eligió en la que estaba sentado él. No se puso justo en la silla de enfrente sino en una esquina de la mesa, dos sillas más lejos de Álvaro. Aunque estaban situados apenas a unos tres metros el uno del otro, no había contacto visual directo. El hombre empezó a tomarse la sopa sin decir nada, igual que Álvaro, pero mucho más rápido. Cuando acabó, antes de meterle mano a las patatas fritas, le dijo:

-Es la primera vez que le veo por aquí.

A pesar de su aspecto deplorable, no despedía mal olor. En realidad, no despedía ningún olor.

Álvaro no dijo nada, como si no le hubiera escuchado, pero el hombre siguió hablando, como si tampoco esperara respuesta.

-Yo llevo ya cuatro años comiendo aquí, desde que lo abrieron. Vivo cerca y me coge de paso. Todo está limpio y la comida es buena.

El ingeniero siguió con su plato, tomando las cucharadas con parsimonia, saboreándolas. Desde que se había ido Clara de casa, no se tomaba una sopa tan rica.

-Hay bastante control en este comedor. Es el mejor de Sevilla. A los borrachos no les dejan entrar. Antes iba a otro de unas monjas en Triana y era muy distinto. Allí entraba todo el mundo que quería y a veces había numeritos. Un borracho que la armaba o algún tío con el mono que se había metido alguna mierda en el cuerpo y que tiraba un plato, o se ponía a dar gritos. Una vez uno sacó una navaja porque otro le había manchado. Aquí no pasa esto. A todo el mundo lo fichan. Seguro que ya conoce a Laura. Pues a esa nunca se le escapa nada. Lo controla todo, dónde has estado, dónde vas, si cobras alguna ayuda o no. Anda que no es larga. Se lo digo yo.

El mendigo ya había engullido el huevo frito y las patatas y le metía mano al yogur. Comía dos o tres veces más rápido que Álvaro, que iba a empezar a comerse la pera.

-Los voluntarios de aquí son bastante buenos. Hay algunos capullos muy estirados pero la mayoría son buena gente ¿Conoces a Domingo?

Álvaro recordó la sonrisa beatífica que le sacaba de quicio.

-Pues ese tío es un monstruo. Siempre trae chokolatinas, las debe comprar él, porque aquí

nunca hay chocolate. La mayoría de lo que hay en este comedor lo donan los super, Mercadona, El Corte Inglés, el Carrefour. Y el Banco de Alimentos, esos también dan mucho. Son buena gente. Van pidiendo por ahí a los que le sobran para traérselo aquí. A mí Domingo siempre me da chokolatinas. El tío siempre está sonriendo. Ya te diré quién es, aunque no te va a hacer falta. Cuando veas a un tío sonriendo, es él.

Álvaro escuchaba al mendigo, aunque siguiera mirando a su plato. Mientras él hablaba, pudo acabar su pera y su yogur. Entonces se levantó de la silla, colocó la bandeja en su sitio, tiró los desperdicios en una bolsa de basura que estaba junto a una de las puertas y se marchó. El tipo lo miró desde la mesa, le hizo un gesto con la mano de despedida y le sonrió. Su dentadura parecía un camino abandonado, una cosa por allí, otra cosa por allá. Los numerosos huecos de sus encías le daban un aspecto tierno, casi infantil. ¿Qué edad tendría ese hombre? pensó entonces Álvaro, tras saludarlo desde lejos, poco antes de irse.

3.

Álvaro siempre había aparentado menos edad de la que tenía. Cuando tenía 30 le echaban 25. Cuando cumplió 40, parecía que tenía treinta y pocos. Cuando se casó con Clara, aún parecía el David de Miguel Angel, pero pronto ese parecido fue difuminándose. Sus horarios de trabajo en la fábrica, en la que pronto fue ascendiendo y adquiriendo mayores responsabilidades, no le dejaban tanto tiempo libre para nadar. Y Clara, que era casi tan delgada como Audrey Hepburn y llevaba luchando contra esa exagerada delgadez desde que era adolescente, intentaba ganar algunos kilitos con comidas más calóricas (la tarta de queso) a las que él, pronto, se fue acostumbrando. Y, poco a poco, casi sin darse cuenta, su cuerpo fue ablandándose y un discreto depósito de grasa se le fue acumulando alrededor de su cintura y de su abdomen. Como era tan alto, con la ropa podía disimular ese pequeño flotador, pero cuando llegaba el verano y tocaba ponerse el bañador, la cosa era distinta. Clara, sin embargo, a pesar de la tarta de queso y de las albóndigas con tomate que se metía entre pecho y espalda, mantenía su talla de adolescente, una 36, que para una chica de su estatura, 1,70, era casi como una 34.



## VI. EL DESPIDO

Cuando cumplió los 50, poco antes de ser despedido, Álvaro aún aparentaba 40, apenas tenía arrugas y conservaba su abundante pelo negro y liso. Pero todo cambió de forma vertiginosa desde que abandonó la fábrica. Le empezaron a salir bolsas debajo de las ojos, que perdieron brillo, como su pelo, cada vez más encrespado y canoso. La piel de los párpados comenzó a descolgarse y a achicarle los ojos y el óvalo de la cara a deconstruirse y desdibujarse. Esos diez años que hasta entonces no aparentaba parecía que le habían caído a plomo, de repente. Clara, su mujer, tenía entonces 47 pero aparentaba 40, como mucho. Y durante sus veinte años de matrimonio apenas había engordado un par de kilos que le vinieron francamente bien a su cara y a su cuerpo. Su madurez era esplendorosa, aunque no tenía mucha gente que se lo dijera. Su padre había muerto cinco años antes de un infarto, dejando tantos bienes como deudas. Su suegro también había fallecido de un derrame cerebral poco tiempo después y su suegra, la madre de Álvaro, con Alzheimer en fase avanzada, había seguido su camino cuatro años después, sin acordarse de quién era Álvaro ni de quién había sido ella. Tampoco tenían amigos, salvo Marcos, que vivía en Barcelona y al que apenas veían, aunque Álvaro y ella hablaban con él por teléfono con frecuencia y se felicitaban los cumpleaños y la Navidad. Marcos se había casado con la médico, tenían dos hijos y habían establecido su residencia en la bella capital catalana, porque allí tenía su sede central la fábrica de coches en la que trabajaba y en la que ocupaba un puesto parecido al de Álvaro en la suya. Sin hermanos y sin hijos, a pesar de que lo intentaron durante muchos años y se sometieron a carísimos tratamientos, Clara y él estaban solos en el mundo: sólo se tenían el uno al otro.

Al ingeniero lo despidieron poco antes de Navidad. Tenía un buen despacho y diez personas a su cargo, la mayoría ingenieros como él, aunque todos más jóvenes, en torno a la treintena. Lo llamó el director de Recursos Humanos y entró alegre a su despacho, situado en el ala opuesta de la fábrica, pensando en que le iba a comunicar un ascenso. Su jefe inmediato, el director técnico de la empresa, se prejubilaba, y él era la persona más reconocida y con más méritos para sucederle. Todos sus compañeros lo daban por hecho desde hacía años. Había llegado, por fin, su momento, después de tanto tiempo. El justo premio a una brillante carrera, a la que había dedicado diez horas diarias durante veinte años de su vida.

-Siéntate, Álvaro, por favor.

Al jefe de personal, de unos 40 años, siempre lo había visto sonriente, pero en aquel momento tenía cara de haber salido de un funeral.

-La empresa ha sido vendida esta mañana a un fondo de inversión catari.

-¿Cataqué?

El ingeniero se quedó sorprendido. Sabía que los pedidos de cajas de cambio habían disminuido por la recesión económica, pero así estaba todo. Pensaba que era cuestión de aguantar, como en la crisis del 93.

-Catari, de Catar. Es un país que está...

-Ya sé donde está Catar, joder. Es que no te había escuchado bien.

-Como te decía, Álvaro, la empresa estaba en venta y una de las condiciones que pusieron los compradores para hacerla efectiva era una reducción de personal del 60 por ciento y una reducción salarial del 30 por ciento. Dicen que somos muchos y que cobramos demasiado.

Álvaro se frotaba los ojos sin creérselo: no sólo no le iban a ascender sino que le iban a bajar el sueldo.

-La dirección de la empresa elaboró una lista con las bajas que exigen los nuevos dueños y te informo que tú estás en ella. No sabes cuánto lo siento.

-¿Cómo dices? ¿Que estoy en la lista? ¿Que me vais a despedir?

Álvaro entró en shock, se levanto de la silla y empezó a dar vueltas por el despacho. Y empezó a gritar:

-¿Cómo os atrevéis, cabrones? ¡Yo ayudé a que esta empresa tuviera éxito! Cuando llegué apenas hacíamos 200 cajas de cambio al día. Ahora hacemos 2.000. Mi departamento es el que más reconocimientos ha recibido por parte de la dirección de la empresa durante estos veinte años. ¡Tengo mi despacho lleno de diplomas!

El director de Recursos Humanos le pidió por favor que se calmara y se sentara.

-Sé que es así. El departamento de control de calidad que tú diriges ha sido el más valorado por la dirección. La fiabilidad de nuestros productos es la que nos ha permitido crecer y ser competitivos en el mercado exterior, lo que ha tenido su reflejo en tu nómina y en la de todas las personas que has tenido a tu cargo. Pero los tiempos han cambiado. Los nuevos dueños tienen intereses en otros muchos sectores, como trenes de alta velocidad y barcos, y ya cuentan en Singapur con un departamento de control de calidad para todo su holding. Nos dijeron que tirarían de ellos y que no necesitaban ese departamento. Sé que no es justo, pero ellos mandan. Son los nuevos dueños de la empresa.

-¡Singapur! exclamó él, volviendo a sentarse en la silla y rascándose la cabeza con la mano derecha.

-Sí. ¡Singapur, Álvaro! Todo el tema administrativo también lo van a canalizar desde allí. Esto es la globalización.

1.

Por tercer día consecutivo y por tercera vez, Álvaro fue al comedor social de la Orden de San Juan de Dios. Los dos días anteriores se había acostado con la decisión tomada de no volver. Aunque le había gustado mucho la sopa de tomate, acostumbrado como estaba a latas baratas y bocadillos de mortadela que le estaban haciendo polvo el estómago, no le atraía la idea de tener que responder a las preguntas de Laura ni la de aguantar a ningún pelmazo como el mendigo apóstol; pero ese firme propósito de no volver más allí fue perdiendo intensidad desde que se despertó por la mañana y acabó desapareciendo hacia la una de la tarde, cuando empezó a entrarle hambre. De modo que a la una y cuarto estaba de nuevo plantado frente a la puerta del despacho de la trabajadora social. No confiaba mucho en que pudiera ayudarle a buscar trabajo, pero allí estaba otra vez, a sabiendas de que le metería los dedos y hurgaría en sus malos recuerdos a la menor oportunidad. Ella estaba atendiendo a otro usuario, pero no tuvo que esperar mucho.

-¿Cómo está, señor Peña? Me alegra saber que ya es capaz de tomar un plato en este modesto comedor, aunque solo sea una sopa de tomate.

Álvaro se acababa de sentar en una silla de madera, de tijera, que le recordó a las que tenían los cines de verano a los que iba con sus padres cuando era niño. Llevaba puesta una camisa blanca con los cuellos oscurecidos por el uso, un jersey negro de lana gorda que le daba un aire hippy, y unos pantalones de hilo grises que en sus primeros años de vida habrían resultado elegantes, pero que habían ido perdiendo el color, la caída y el apresto por el excesivo número de lavados. Los zapatos, también muy gastados, eran unos mocasines sin adornos ni hebillas que alguna vez fueron negros y que ahora tenían un color grisáceo.

-Tiene usted unos informadores excelentes en este recinto, doña Laura. ¿le pasan informes

todos los días o solo un par de veces a la semana?

La trabajadora social se irguió, molesta, en su silla.

-Espero que no se sienta vigilado, señor Peña. Y para su conocimiento y tranquilidad, le diré que no me pasan informes de lo que comen los usuarios, aunque su caso es muy atípico y tal vez por eso una de las camareras me comentó esta mañana lo de la sopa de tomate. Otra me dijo ayer que en todos los años que llevamos abiertos usted era el primer usuario que se había sentado a comer y no había comido nada. Aparte de esos comentarios, no tengo ninguna otra información al respecto ni recibo ningún tipo de informes.

Álvaro se sentía agotado porque seguía sin poder dormir más de cuatro horas seguidas y así llevaba ya todo un año, pero a pesar del cansancio y de la falta de energía reparó en los labios de Laura por vez primera. Eran carnosos y tras ellos se escondían unos dientes bonitos, blancos y bien alineados.

-Doña Laura, no tiene por qué darme ninguna explicación, pero se lo agradezco y doy el tema por zanjado.

La trabajadora social hizo una mueca de agrado que le marcó unas arruguitas en la comisura de la boca. No era una chica joven, pero conservaba un gran atractivo para estar en la frontera de los cuarenta.

-Señor Peña, veo que tiene usted un piso en propiedad de cuatro dormitorios en la Plaza del Cristo de Burgos. ¿No había pensado en alquilar alguna habitación para obtener algunos ingresos? Nosotros podríamos ponerle en contacto con estudiantes de fuera de Sevilla que podrían estar interesados. Los precios que se pagan por una habitación en esta zona de la ciudad pueden rondar los 400 euros. Con ese dinero, o con 800 euros si alquilara dos habitaciones, podría mejorar sus condiciones de vida.

Álvaro pensó en decirle “oiga, señora, ¿por qué no me pregunta antes?”, pero se limitó a decir: “Ya lo hice”. “¿Y qué pasó?”, preguntó ella, a lo que él respondió: “Lo tuve que echar”.

La trabajadora social le preguntó si volvió a intentarlo. Él respondió que sí, pero que volvió a tener problemas. “Al final me di cuenta de que no soy capaz de compartir mi cocina ni mi cuarto de baño con un extraño, que no tengo paciencia para hacerlo”.

Laura se quitó las gafas y las puso encima de la mesa. Se frotó el extremo interior de los ojos con los dedos índice de cada mano.

-Tal vez debería fijarse mejor en los pros de este tipo de soluciones. Hay mucha gente que no tiene más remedio que alquilar una habitación de su casa y que se adapta a esta situación e incluso acaba agradeciéndola, porque tiene compañía. Usted vive solo y nosotros podemos ayudarle a conseguirlo de nuevo.

Álvaro hurgó entonces en los bolsillos de su viejo anorak y sacó un par de papeles. Con un manotazo que resonó en la madera como una bofetada, los puso con fuerza encima de la mesa. Después separó la mano lentamente de la superficie y se la volvió a meter en el bolsillo.

Eran dos fotos. Laura se puso las gafas y las ojeó. En la primera se veía el techo de una habitación, con una gotera de tono entre negro y verdoso por la que filtraba un goteo incesante que iba a parar a un cubo, colocado en el suelo. En la segunda se veía un váter roto por la mitad y una bañera resquebrajada llena de grietas y de agujeros negros que le daban un aspecto inquietante, como si Jason y Freddy Krugger hubieran tenido allí su pelea final con todo tipo de herramientas afiladas. La ducha, muy vieja y oxidada, tampoco tenía pinta de funcionar muy bien.

Ella le devolvió las fotos sin decir nada. Luego volvió la vista a los papeles que tenía encima de la mesa, documentos de la vida laboral y profesional de Álvaro, su brillante currículum, sus abultadas declaraciones de la Renta y los saldos en rojo, cinco años después, de todas sus cuentas

corrientes, buscando una explicación. Y tras unos segundos de silencio, exclamó: “Señor Peña, ¿quiere pasar al comedor?”

Álvaro asintió con la cabeza, se levantó lentamente de la silla y se dirigió con paso cansino, casi arrastrando los pies, a la puerta del despacho, situada a su espalda. Allí se giró y le dijo a la trabajadora social:

-Puedo volver mañana, si quiere.

2.

El cierre del departamento de control de calidad que dirigía Álvaro no fue el único de la ciudad, ni de Andalucía ni de España. En 2011 se habían cerrado miles de empresas y destruido un millón y medio de puestos de trabajo. El día que le comunicaron el despido fue uno de los peores de su vida, pero no el peor, que fue el día que vio a Clara, por primera vez, cogida de la mano de Marcos. El segundo peor, o el primero junto con éste, fue el día que murió su padre. Un silencioso derrame cerebral lo fulminó en pocos minutos. Una muerte repentina, desavisada. Una mañana estás bien, vas al banco, pasas por la frutería como cualquier otro día, haces tus recados, saludas al vecino del cuarto en el ascensor, llegas a casa, te duchas, te pones a comer, bromeas con tu mujer sobre cualquier cosa, le dices que hay una película que quieres ver, quedáis en verla juntos el sábado después de comer, y por la tarde, algunas horas después, estás muerto. Muerto total. Y ya no podréis ver juntos esa película ni ir a esa exposición de la que te habían hablado tan bien esa misma mañana. La muerte no avisa, o no avisa siempre. Al padre de Álvaro no lo avisó: se sentó después de comer en su sillón favorito, como hacía todos los días, a ver un documental de animales con el que solía dar una cabezadita. Fue su última cabezadita. Una vena estalló en su cerebro y la sangre que transportaba lo inundó por completo. Tres minutos después, el corazón se le había parado. Como un apagón eléctrico. Se fue la luz, pero para siempre.

La muerte no se esconde, vive con nosotros, nos rodea a diario, en los periódicos, en los telediarios, en la calle, en nuestro bloque de viviendas, o en el de al lado. Pero hasta que no nos toca directamente es como si no existiera. Sabemos que nos vamos a morir, pero vivimos como si eso no fuera a ocurrir. Aunque le quería y le estaba muy agradecido por todo lo que había hecho por él, el fallecimiento de su padre fue para Álvaro uno de los peores días de su vida no sólo porque ya no lo vería más ni podría volver a hablar con él, sino porque fue el día en que las balas de la muerte le silbaron en los oídos, el día de la pérdida de la inocencia, el día en que caes en la cuenta de la fragilidad de la existencia, en que tú también morirás, que un día te sentarás en tu sillón favorito a ver la tele y te explotará otra vena en la cabeza (¿eso no se hereda?), o sufrirás un dolor intenso en el pecho mientras estás en el cine viendo una película y la muerte va conquistando impertérrita tu corazón y tus arterias. O peor aún: un día te saldrá un bultito en la espalda, o una mancha en la cara, o mearás sangre, o te dolerá un brazo, o te cansarás mucho subiendo las escaleras de casa, o empezarás a perder peso. La muerte puede ser lenta, pero es algo que nunca falla.

Cuando Álvaro llegó a casa el día que lo despidieron, se acordó mucho de su padre. Lo echaba de menos muchas veces, pero ese día mucho más que otras veces. ¿Qué le habría dicho él? Seguramente le habría dado algún buen consejo. O se habría cagado en la globalización. O diría: ¡cabrones, ellos se lo pierden! O simplemente le habría dado un abrazo con su cuerpo diminuto, consumido por el paso del tiempo. O le habría estampado dos besos en la cara, acompañados de dos palmaditas de consuelo. Cualquier cosa procedente de su padre le hubiera reconfortado. Clara, su mujer, no le dio ninguna palmadita, ni le dio ningún consejo, pero lo abrazó y lo consoló.

“Encontrarás trabajo, Álvaro -le dijo-. No te preocupes. Todo se arreglará”.

## VII. LAURA

Laura se había recogido el pelo aquel día en una coleta y tenía cara de no haber dormido bien. Aunque apenas se maquillaba para ir al trabajo, ese día ni siquiera se había pintado la línea del ojo. Con la cara lavada, a Álvaro le parecía aún más joven y atractiva.

-Señor Peña, me dijo ayer que la experiencia de compartir su vivienda con un extraño no fue satisfactoria para usted y que no ha vuelto a alquilar ninguna habitación, a pesar de su precaria situación económica. ¿Ha intentado alguna vez vender su piso?

-No, ninguna vez.

-¿Podría decirme por qué?

-Tengo mis razones, pero son personales.

-¿Personales?

-Sí. Usted no las entendería.

-Señor Peña, usted tiene un piso bastante grande y muy buen situado, aunque su estado ahora mismo no sea el óptimo, por las imágenes que me mostró ayer. Tenemos algunos fontaneros, albañiles y pintores que colaboran con la Orden y que podrían adecentarlo.

La trabajadora social se tocó la patilla de sus gafas negras gigantes y siguió hablando.

-Naturalmente usted no tiene dinero, pero si se compromete a poner en venta el piso, la Orden adelantaría el pago de los arreglos hasta que usted pudiera vender la vivienda y devolvérselo. Aunque los precios de la vivienda han bajado un 40 por ciento desde el inicio de la crisis, creo que esta operación le permitiría afrontar los próximos años con alguna esperanza.

¡Esperanza! Esa palabra era una de sus favoritas, pero había desaparecido hacía tiempo de su diccionario. Había perdido la esperanza, poco a poco, día a día, desde que perdió su empleo. Esperaba volver a encontrar trabajo, esperaba envejecer junto a Clara, esperaba tener buena salud hasta los 70, como su padre, pero esas esperanzas no se cumplieron. Había agotado sus reservas de esperanza. Estaba seco por dentro.

-¿Usted qué es lo que espera?

La trabajadora social se removió en su silla. No era una pregunta que le solieran hacer los usuarios del comedor. Se lo pensó durante unos segundos.

-Espero poder ayudarle, como a todos los demás.

El ingeniero la miró a los ojos. Sí, tenía cierto parecido con Clara, un aire, ese ángel en la cara, ese brillo en la mirada.

-No me refería a mí, ni a los demás, sino a usted. ¿Afronta su vida con esperanzas? ¿Qué es lo que espera de la vida?

Laura lo miró. Por mucho que se empeñara en decirlo, él no era como todos los demás.

-Espero lo que todo el mundo, supongo.

-¿Todo el mundo?

-Ya sabe: hacer algo por los demás. Mejorar un poco las cosas. Aprender y llegar a viejo teniendo la sensación de que tu vida ha servido para algo o para alguien.

-¿Usted tiene a alguien?

Ella se quitó las gafas y se frotó los ojos antes de contestar.

-No, aunque lo tuve. Murió.

Álvaro la miró a los ojos y apreció en ellos una dolorosa melancolía.

-Lo siento, ¿hace mucho?

-No. Un año.

-Yo también tuve a alguien.

-¿Murió?

-No. Ella vive pero me dejó hace un año. Ella es la razón.

-¿La razón?

-La razón para no querer vender el piso. Allí vivimos durante más de veinte años. Allí están todos mis recuerdos, los mejores momentos de mi vida. Allí nos amamos, reímos, lloramos, nos caímos y nos levantamos. En fin, allí vivimos. Lo he perdido todo, no tengo nada ni a nadie y eso es lo único que me quedan: los recuerdos. Hoy es lo único que me ata a la vida. No tengo nada más. Si lo vendiera y me fuera a otro sitio, perdería ese último hilo con el mundo.

-¿Por qué le dejó?

Laura se arrepintió al momento de haberle hecho esa pregunta. Jamás planteaba ese tipo de cuestiones a los usuarios del comedor, pero con Álvaro era diferente. Tenía curiosidad.

-Perdóneme, señor Peña. No tiene por qué decirme nada. Creo que cuando surgen los problemas, es cuando el amor, el cariño, la lealtad, la amistad o como quiera llamarle, deben demostrarse. Mi marido tuvo una terrible enfermedad. Lo vi consumirse delante de mis ojos, lo vi desaparecer poco a poco, pero siempre estuve a su lado, hasta el último día. Cada mañana y cada tarde perdía algo de sí mismo, no me refiero sólo a algo físico, el pelo, la musculatura, los dientes, incluso la piel, sino a algo de su espíritu, de su personalidad. Era como si cada uno de esos cabellos, dientes o trozos de piel que iba perdiendo por culpa del cáncer se llevaran también algo de su alegría, de su sentido del humor, de sus ganas de reír. La enfermedad lo fue convirtiendo en otra persona muy diferente a la que había conocido y de la que me había enamorado. Se convirtió en alguien cabreado con el mundo, que no entendía por qué eso le estaba pasando a él y que la pagaba con los que tenía a su lado, con los que más le querían. Consideraba su enfermedad una injusticia. Como si la vida fuera justa.

## VIII. PABLO

La dolorosa confesión de Laura y el recuerdo de Clara le habían cerrado el estómago, pero se había propuesto meter algo caliente en el cuerpo aquel día. Y desde el patio donde estaba la Virgen le llegaba un agradable olor a puchero. Se acercó al comedor buscando la sopa de tomate, pero encontró un puchero con trocitos de pollo al que daba vueltas una voluntaria con un gorro blanco en la cabeza. Le ofreció su plato sopero que ella llenó hasta arriba. Le dio las gracias. Era como si hubiera adivinado que era lo único que iba a comer, aparte del yogur y la pera. Se sentó en la misma esquina vacía del segundo día. En el comedor no habría más de quince personas y no reparó en ninguna de ellas, ensimismado como estaba en el recuerdo de la conversación anterior. Pero una de ellas sí reparó en él. Vestía un plumífero azul bastante gastado y unos vaqueros rotos por la pernera. Tenía el pelo castaño, cortado a cepillo, y barba de varios días. Era un antiguo empleado de la fábrica. Tendría unos 45 años y había estado trabajando en el departamento de Control de Calidad. Él no era ingeniero sino informático y Álvaro lo había despedido dos años antes de que cerraran esa división de la compañía y de que a él también lo despidieran.

El hombre ya había comido el puchero y la ensalada y cogió su yogur y se dirigió con paso balbuceante hacia la esquina donde estaba sentado Álvaro, dando cuenta de su plato. Se sentó frente a él, pero su jefe ni lo miró. Estaba absorto dándole vueltas a los garbanzos con la cucharita de plástico.

-¡Sorpresa! -espetó. Tenía los ojos brillantes, como si hubiera bebido un par de copas.

Álvaro despegó los ojos del plato y reconoció al instante a Pablo Chacón. Casado y sin hijos, al menos la última vez que lo vio. Estuvo trabajando con él cinco años. Era un gran informático, de los mejores de la empresa, pero tenía problemas con el alcohol y con los horarios, por este orden. Álvaro no tuvo mucha paciencia con él: le sacó una tarjeta amarilla el primer día que llegó tarde oliendo a vino y diciendo tonterías. Al segundo día, pocas semanas después, lo expulsó del departamento. Le dijo al director de Recursos Humanos que no podía tener a nadie así en su equipo, que era un mal ejemplo para los demás. Le pusieron a otro que no era tan bueno, cobrando la mitad, y a Pablo no lo reubicaron sino que lo despidieron ese mismo día. La indemnización fue irrisoria: el despido fue declarado procedente y él no llevaba mucho tiempo en la fábrica. Eso había ocurrido dos años antes de que cerraran su departamento. Desde entonces no lo había vuelto a ver ni sabido nada de él. Habían pasado siete años.

-Hola, Pablo.

Estaba claro que a ninguno de los dos le había hecho gracia verse allí, pero Pablo había ido a buscarlo desde la otra punta del comedor.

-No esperaba encontrarte aquí, jefe -dijo con una sonrisa sarcástica.

-Sólo quiero acabar de comer e irme. Y no me llames jefe.

-¿Ah, no? -se extrañó Pablo-. ¿Y cómo quieres que te llame? Así te llamaba antes, jefe.

El hombre parecía bebido.

-Ya no soy tu jefe ni soy el jefe de nadie. Hace mucho de eso.

-Siete años, cuatro meses y tres días, exactamente.

Álvaro dejó de mirar el plato y lo miró a los ojos por primera vez.

-De acuerdo, Pablo. Di lo que tengas que decir. Pero date prisa porque no tengo mucho tiempo.

-Ah, ¿con que no tienes mucho tiempo, eh? ¿Y a dónde tienes que ir? ¿Tienes alguna entrevista de trabajo?

El informático se había enterado del cierre de su antiguo departamento y del despido de



Álvaro y al verlo allí supuso que su situación debía ser casi tan mala como la suya. El ingeniero se mordió los labios y agachó levemente la cabeza, condescendiente. La verdad es que no tenía ningún sitio a donde ir después y le sobraba el tiempo.

-¿Qué tal te van las cosas, Pablo?

El hombre cerró los ojos y eliminó de su cara la sonrisa sarcástica con la que había iniciado la conversación. Hablaba con dificultad y la cabeza se le movía de un lado a otro, como si en cualquier momento se le pudiera descolgar del tronco.

-Sin blanca. Me bebí todos mis ahorros. No he vuelto a trabajar. La crisis y la forma en la que salí de la fábrica no me ayudaron.

-Lo siento. Quizá debiste pedir ayuda a alguien.

-¿Sí? ¿A alguien como tú?

Álvaro puso los brazos encima de la mesa.

-Yo soy ingeniero, no psicólogo.

-¡Ingeniero! Jaja.

Álvaro lo miró como si fuera a desenfundar un revólver en ese momento.

-Cuando lideras un grupo -dijo Pablo- debes hacer también un poco de psicólogo, da igual que seas ingeniero, filólogo o informático. Un buen jefe se preocupa por las personas que tiene a su cargo. Si se sienten a gusto, te aseguro que rinden más.

-No recuerdo ningún comentario tuyo que me hiciera pensar que no estuvieras a gusto en nuestro equipo. Ya sabes que no soy psicólogo y, menos aún, adivino.

-Estaba a gusto, pero tenía problemas con la bebida. ¿No lo sabías? ¿No me echaste por eso?

-Te eché no porque bebieras sino porque eso repercutía en tu trabajo. Todos tenemos problemas en casa, pero debemos dejarlos allí y no meterlos en la oficina.

Álvaro se llevó la mano derecha al estómago. Le había dado una punzada, esta vez de las fuertes.

-¿Te pasa algo?

El hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

-Los seres humanos no somos perfectos. Y no siempre podemos aparcar los problemas en casa. ¿A ti nunca te ha pasado?

-No lo recuerdo. No -aseguró convencido el ingeniero.

-Eres la única persona que conozco que asegura eso. Y creo que a todos los que no somos tan fuertes como tú se nos debería dar una segunda oportunidad.

Álvaro estaba escuchándolo pero seguía pensando que había actuado correctamente con Pablo y que el único responsable de su salida de la empresa fue su subordinado con su comportamiento poco profesional.

-Te di una segunda oportunidad, pero no la aprovechaste. A las dos semanas volviste a cagarla. Llegaste tarde y medio borracho al trabajo.

Pablo lo miró con rabia y empezó a gritarle en medio del salón.

-¡A cagarla! ¿Eso crees? ¿Por qué no me preguntaste es día qué había pasado ni por qué había bebido? ¡Te limitaste a echarme sin pedir ninguna explicación! -gritó-. ¿Es eso ser un buen jefe?

La tensión se había desbordado entre los dos como una presa sobre la que hubiera caído el diluvio universal.

-Por lo que uno bebe es cosa suya. Yo era el responsable de tu trabajo, no de tu vida personal fuera de la fábrica.

-¡Pues al menos alguna vez me hubiera gustado que me preguntaras!

Los que rodeaban a Pablo y a Álvaro en el comedor dejaron de comer y se levantaron

expectantes, por si había gresca.

-¿Sabes qué, jefe capullo? -gritó entonces Pablo-. Dos semanas antes le habían detectado un tumor en el páncreas a mi madre. Inoperable. Y la noche anterior, mi mujer me había abandonado. Me encontré una nota sobre la cama de nuestro dormitorio. Su armario estaba completamente vacío, se había llevado toda su ropa.

Álvaro se calló y agachó la cabeza. ¡Qué iba a decir ahora, siete años después! ¿Darle el pésame por su madre o por su divorcio? Pablo seguía gritando.

-Estaba perdido, desorientado y tenía problemas con la bebida desde hacía un año. Bebía para olvidarme de todo. Aquella noche bebí durante casi toda la noche y por eso llegué tarde al trabajo. No podía con mi cuerpo. Tal vez debería haber llamado por teléfono y decir que tenía lumbalgia o migraña, pero mis padres me enseñaron desde pequeño a no decir mentiras para salir del paso. Por eso fui. Y esa enseñanza me costó mi empleo aquel día.

Álvaro cabeceó ligeramente, de arriba hacia abajo, como asintiendo. Luego le ofreció agua, que él rechazó con un gesto desdenoso.

-Creo que tus padres tenían razón. Hiciste bien en no mentir. Al final habría sido lo mismo o aún peor. Habrías llegado tarde otra vez y en un estado no apto para trabajar.

Álvaro silabeó el eufemismo “no-ap-to-pa-ra-tra-ba-jar”. Y añadió: “Y si no estabas apto para trabajar, tampoco debías cobrar de la empresa”.

Pablo asintió con la cabeza, de arriba abajo e hizo un gesto de desaprobación mordiéndose el labio superior. Luego se levantó de la mesa muy serio, le señaló con el dedo índice de su mano derecha y le gritó de nuevo, en medio del comedor: “Eres don perfecto, ¿eh? ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿En qué mundo crees que vivimos, jefe capullo? Yo me río de tus putas normas. Todos se ríen de ellas, incluso los que las pusieron. ¿Es que aún no te has dado cuenta? ¿No te largaron a ti también de la fábrica, a pesar de no faltar ni un puto día a tu trabajo?”

La mayoría de los usuarios del comedor que estaban allí en ese momento, quince hombres ya mayores y una mujer un poco más joven, habían dejado momentáneamente sus platos y sus asientos en cuanto escucharon la palabra “capullo”. Y como cuando en el colegio se iniciaba una pelea, se levantaron e hicieron una especie de corro en torno a los contendientes. Álvaro también se levantó desafiante.

-Así que yo soy el responsable de todos tus males, ¿eh? La culpa de que estés aquí en este comedor es mía, ¿verdad? Y quieres pegarme, ¿no?, para desahogarte, ¡Pues pégame, hijo de puta! ¡pégame ahora, cabrón! -le gritó, enfurecido.

Al otro se le hinchó una vena en el cuello, cogió algo del bolsillo trasero de su pantalón con su mano derecha, cerró el puño y se abalanzó sobre él. Entonces un hombre de cuerpo diminuto de unos 70 años que estaba presenciando la escena se interpuso entre ellos. El viejo tenía el pelo blanco, no demasiado abundante pero largo, y por la coronilla y los dos laterales del cráneo le asomaban como cráteres, por encima de la orejas, dos finos mechones de plata que le caían hacia atrás como estalactitas que una pequeña coleta tensaba. Tenía barba de tres días y la cara arrugada como un pergamino.

-Dejadlo los dos por favor. Ya está bien. Os vais a matar y os arrepentiréis.

El hombre lo dijo extendiendo sus pequeños brazos hacia cada uno de ellos a modo de rompeolas, aunque por la tremenda diferencia de estatura respecto a los contendientes sus extremidades superiores apenas les llegaban a la altura de la cintura.

Pablo no debió esperarse la intervención del anciano de la coleta porque reculó dos pasos y se guardó en el bolsillo trasero de su pantalón la navaja que había sacado. Después, pareció tranquilizarse. Álvaro también se calmó, pero se quedó mirándolo muy fijamente. El otro le

aguantó la mirada, sin decir nada. El público vio entonces que no iba a ver sangre y volvió a sus mesas, lentamente, arrastrando los pies, a acabar su comida. Álvaro salió entonces de la sala con la cara encendida y los puños apretados y cuando pisó de nuevo la calle, respiró hondamente y empezó a tranquilizarse. Luego empezó a toser. Y entonces se preguntó a sí mismo con rabia cómo dos personas tan diferentes, una eficiente y cumplidora con su trabajo como él, que dejaba fuera de la oficina todas sus emociones y que jamás se había pedido una baja laboral en veinte años, podía haber acabado en el mismo sitio que otra como Pablo, que un día podía llegar bebido a la oficina y otro darse de baja por una supuesta depresión o porque se había dado un golpe en la cabeza en su casa con una puerta. No le parecía justo. Él había respetado todas las normas y cumplido con todas sus obligaciones, nunca había faltado un día a su deber y había hecho siempre lo correcto. ¿Y de qué le había servido?

1.

“Encontrarás trabajo, no te preocupes”, fueron las cinco palabras que pronunció Clara cuando Álvaro le contó que le habían despedido. Solo esas cinco palabras. Él tenía entonces 50 años recién cumplidos, un piso en el centro con la hipoteca casi pagada, un BMW 320 de siete años y todos sus ahorros invertidos en acciones preferentes de la caja de ahorros más importante de España. Conocía desde hacía más de quince años al director de la sucursal donde tenía domiciliada la nómina y todos sus recibos. Se llamaba Rodrigo. Era un tipo de su edad, con la cabeza rapada al cero, bajito pero fuerte, con unos brazos y unos hombros musculosos, que usaba unas gafas de pasta de carey de Armani que le daban un aspecto metrosexual. Algunas veces se lo había encontrado corriendo por el parque de María Luisa a las 7 de la mañana, cuando a Álvaro le dio también por hacer footing para tratar de recuperar parte de su condición física de antaño. Había contratado muchos productos financieros con él, desde depósitos a plazo fijo a otros de renta variable, pero poco antes de que lo despidieran de la fábrica, Rodrigo lo había llamado por teléfono personalmente para ofrecerle las preferentes. Le dijo que era un producto nuevo que iba a salir, que era la bomba y que solo podía ofrecérselo a sus mejores clientes. Una oportunidad única de la que se iban a beneficiar muy pocas personas y que él le ofrecía por ser un buen amigo y cliente. Álvaro le dijo que tenía que pensarlo, que no quería asumir muchos riesgos, pero Rodrigo le insistió en que se pasara por el banco para explicárselo. Pero date prisa, le dijo, porque me lo van a quitar de las manos y esto tiene un límite. Pocos días después, el ingeniero se pasó por el banco y el director de la sucursal le explicó que las acciones preferentes se remuneraban con un interés de casi del 8 por ciento anual. “En doce años y medio, habrás duplicado tu inversión, le dijo, y sin hacer nada ni asumir riesgos jugando en Bolsa”. Álvaro le preguntó cuanto tiempo tendría que tener ese dinero allí como mínimo y el director le explicó que el producto no era un depósito a plazo, sino “deuda perpetua”, lo que quería decir que la entidad financiera no le devolvería nunca el dinero, porque eran acciones, pero que a partir del quinto año podría venderlas en la Bolsa. “¿Pero quién va a querer vender unas acciones que le garantizan una remuneración tan alta?”, añadió. El ingeniero no estaba convencido del todo, pero Rodrigo le insistió: “Álvaro, ésta es una oferta limitada y yo mismo voy a comprar preferentes. Puedes estar tranquilo. Tendría que quebrar la caja para que perdiéramos el dinero y tenemos unos beneficios anuales de más de 300 millones de euros”. Luego le pasó un informe oficial de la propia caja con los resultados económicos del año anterior, en el que se declaraba, en efecto, esa espectacular cifra de beneficios. Y de esa manera, presionado por el director, acabó convenciéndose y cancelando todos los productos financieros que tenía con la caja, más otros que tenía en otro

banco, para invertir los 300.000 euros que sumaban entre todos ellos en las acciones preferentes. Eran los ahorros de toda su vida. “Has tomado una buena decisión que te va a rentar casi 25.000 euros al año”, le felicitó Rodrigo con una gran sonrisa, cuando firmó la operación.

Álvaro había podido ahorrar esa gran cantidad de dinero porque aunque llevaba un elevado tren de vida, con viajes con su mujer fuera y dentro de España, cenas en restaurantes caros, el carné de socio de uno de los mejores y más caros clubes deportivos de Sevilla, apenas tenía vicios: no bebía salvo una copa vino en las comidas, no fumaba, no jugaba salvo Lotería en Navidad y no era putero como algunos de sus compañeros de la fábrica ni se gastaba dinero en ninguna otra adicción. También había podido ahorrar 300.000 euros durante sus veinte años de vida laboral porque no había tenido hijos. Clara y él los buscaron durante muchos años pero no vinieron. Se hicieron todo tipo de pruebas. Se sometieron a costosos tratamientos de fertilidad que les obligaban a copular en días determinados y a horas intempestivas, e incluso contrataron con un laboratorio líder del sector varias fecundaciones “in vitro”, pero todos esos intentos fracasaron. Después de diez años luchando por ser padres, la única opción que les dio la medicina para hacer realidad su sueño era un vientre de alquiler, pero en España no estaba regulada entonces y tenían que irse a Estados Unidos a contratar a alguna mujer que quisiera pasar por ese trance, sin la seguridad de que el procedimiento fuera convalidado finalmente en España. La adopción de algún niño chino o ruso también se la plantearon sin demasiada emoción, como último recurso, pero no llegaron a iniciar nunca los trámites por un dramático caso de un compañero de su trabajo. Su mujer y él se habían traído con muy pocos trámites y en muy pocos meses un niño mexicano de 7 años, pero les fue imposible reeducarlo. Venía con tantos traumas y con tantos vicios adquiridos durante sus primeros y duros años de vida en un orfanato que no consiguió adaptarse a los comportamientos más civilizados de los colegios y hogares españoles y tuvieron que “devolverlo” a su país de origen al año de traérselo, con depresiones ambos.

Clara no pudo, pues, formar la familia numerosa con la que había soñado toda su vida y que contrarrestara la soledad de hija única en la que se había criado, con un padre ausente y una madre desequilibrada y empastillada; y Álvaro, al que los niños también le gustaban, tampoco pudo conseguir un heredero que perpetuara su sangre y su apellido y que pudiera ocuparse de él cuando fuera viejo. A cambio, ambos habían podido conocer medio mundo, dormir bien por las noches, no tener más preocupaciones que las normales de una pareja de recién casados, no volver a pisar un colegio o un hospital infantil, y una bonita suma de dinero en el banco.

Tras el shock inicial por lo inesperado e injusto de la situación, Álvaro se tomó los primeros meses en el paro como algo parecido a unas vacaciones. Después de tantos años en la fábrica, afrontando proyectos atractivos, pero también marrones y preocupaciones, se dio cuenta de que los días tenían 24 horas y no las 12 ó 14 que le dejaba libres su empleo. Y no era lo mismo: ahora tenía tiempo para casi todo, para disfrutar de esas pequeñas cosas que hacen que la vida merezca la pena y que había olvidado por completo durante veinte años, como ir al cine por la tarde, hacer footing a las 11 de la mañana y no a las 7 con un frío que pela, o salir a dar una vuelta por el centro al mediodía, sin estar pendiente del reloj. Antes solía llegar a casa a las 8 de la tarde, que era ya de noche en otoño y en invierno. Ahora podía disfrutar de los largos días de Sevilla en primavera y podría viajar con Clara en cualquier época del año. Esto último lo puso en práctica muy pronto: a los dos meses de salir de la fábrica y con una indemnización de 100.000 euros en el bolsillo, una vez descontados los impuestos, se fueron a Nueva York a pasar una suerte de segunda luna de miel. No hicieron ahorros: fueron a un gran hotel en el corazón de Manhattan que les costaba 300 euros por noche y comieron y cenaron en los mejores restaurantes de la Quinta Avenida. También vieron casi todos los musicales de Broadway y se permitieron coger un avión

en el viejo aeropuerto de La Guardia para visitar las cataratas del Niágara, en territorio canadiense.

Antes de volver a España, Álvaro quiso llevar a Clara a Tiffanys, donde Audrey Hepburn desayunó con diamantes, y renovar allí sus votos de matrimonio con un espectacular pedrusco de oro y zafiros que le costó 15.000 dólares y con el que quiso celebrar también, por adelantado, sus bodas de plata. Alquilaron una limusina con un chófer negro que los llevó por Brooklyn y Queens, y sobrevolaron desde un helicóptero el formidable skyline de Manhattan, con sus cuatrocientos rascacielos de acero y cristal, y la Estatua de la Libertad. Fue un viaje inolvidable y el inicio del fin para Álvaro de la mejor etapa de su vida.

2.

Faltaba casi un mes para la Navidad, pero las calles del centro de Sevilla la anunciaban ya con una iluminación sencilla y austera, lejana a más no poder del esplendor y abundancia de kilovatios de los años del boom inmobiliario, cuando casi todos los ayuntamientos, por pequeños o endeudados que estuvieran, competían desafortunadamente, como si les fuera la vida en ello, por ofrecer las luces más caras e impactantes. En los tiempos en los que el dinero no importaba (“el dinero público no es de nadie”, decía entonces una ministra socialista), cientos de miles de euros que había que pedir a los bancos se iban cada año en adornar las calles de todas las ciudades con miles de bombillas de colores, colocadas sobre cientos de cables que cruzaban los edificios y se enseñoreaban también por las ramas de algunos árboles. La crisis económica había depurado estos excesos y el presupuesto público destinado a este menester se había reducido más de la mitad, a pesar de lo cual más de cuarenta calles del casco histórico y de algunas barriadas populosas anunciaban la Navidad de manera luminosa, ahora sí, con bombillas de bajo consumo. El Ayuntamiento de Sevilla había tenido que pedir ayuda a los comerciantes para que pagaran una parte de la factura y la mayoría de ellos habían aceptado colaborar. Estaba comprobado que la iluminación navideña aumentaba el consumo familiar: la luz y las compras iban, pues, de la mano, aunque la supresión de la paga extra de Navidad a los funcionarios había hecho más daño a los comerciantes que diez años de apagones o sin luces navideñas.

El comedor social también anunciaba la llegada de la Navidad con una sencilla tira de luces blancas que había colocado en su puerta principal, en forma de arco, junto a la imagen del fundador de la Orden. El número de usuarios había aumentado con la crisis de una forma exponencial, y su perfil, antes marginal, de personas sin hogar o con problemas mentales o de adicciones varias, se había extendido a parte de las antiguas clases medias, empobrecidas por el paro, las fuertes bajadas salariales y la brutal pérdida de valor de las propiedades inmobiliarias. Quien se hubiera comprado un piso en 2006 ó 2007 y lo quisiera vender en 2013, porque se hubiera quedado en paro, lo cual le había sucedido a cuatro millones de españoles durante ese período de tiempo, con el dinero obtenido por la venta, en el caso de que lograra materializarla, sólo tendría para liquidar la mitad de su hipoteca. La otra mitad tendría que seguir pagándola, pero sin dinero para hacerlo, porque muchos se veían obligados a elegir entre comer tres veces al día o pagar el préstamo. El que eligiera comer todos los días, perdería tarde o temprano su vivienda. El número de desahucios, judicialmente denominados “lanzamientos”, como los penaltis en el fútbol, se había multiplicado por tres y había “lanzado” a la calle, a dormir en casas de familiares misericordiosos, infraviviendas de alquiler o plazas y cajeros automáticos, a personas que algunos años antes trabajaban en oficinas con aire acondicionado, salían a cenar los sábados, iban al cine a ver la última de Spielberg o Scorsese, y veraneaban en la playa. Todas las familias

se habían ajustado el cinturón y reducido sus gastos mensuales, pero a algunas no les daba para llegar a final de mes o para pagar los recibos de la luz, del gas o del agua.

Álvaro llegó aquel día al comedor un poco más tarde de lo habitual. Una muela se le había infectado y el dolor no le había dejado pegar ojo en toda la noche. En la farmacia más cercana a su casa, de la que era cliente asiduo desde hacía veinte años, la propietaria, Doña Carmen, una sexagenaria que siempre iba muy arreglada, con peinado de peluquería y pendientes y collares de plata, le facilitaba desde hacía unos meses ibuprofeno, ansiolíticos y analgésicos. El primer día que Álvaro fue allí a pedir una aspirina sin ningún euro en el bolsillo para pagarla, ella se la dispensó sin que él le dijera nada. ¿Cómo es la mirada de una persona que llega a una farmacia sin dinero? La misma de las personas que iban al comedor social, la mirada del miedo y de la derrota. Una mirada desesperada, sin vida, casi de fuera de este mundo. Cuando ya no tienes nada, nada puedes perder y eso se nota en la forma de mirar. Álvaro no tenía nada y la farmacéutica se dio cuenta. La primera vez que ocurrió, él le dijo bajito, agachando la cabeza, cuando le sirvió una caja de aspirinas: “¿Me lo podría apuntar, por favor?”. Y ella, aún más bajito, para que no se enterara ningún otro cliente, le dijo: “No se preocupe”. Cuando llegaba a casa, él anotaba en una lista todo lo que le había pedido porque esperaba poder saldar su deuda algún día. Y aquella mañana, antes de ir al comedor, apuntó de nuevo en su cuaderno de notas unos analgésicos y unos antibióticos “para el dolor de muelas”, junto a la fecha en que lo había pedido. La lista empezaba a ser larga, pero él nunca se saltaba un apunte.

Laura se lo encontró en un pasillo del comedor y le pidió que pasara un momento a su despacho. La trabajadora social se había puesto unos pendientes de aro muy llamativos que le alargaban los rasgos de la cara. Su óvalo facial era perfecto y la tersura de su mandíbula y de su cuello eran más propias de una veinteañera en la flor de la vida que de una mujer a punto de cumplir los 40. Estaban sentados el uno frente al otro, separados por una mesa barata de madera clara.

-Ayer no se comió usted el postre, lo único que nunca se había perdido hasta ahora, ni el yogur ni la pera, dos productos muy buenos para su dieta.

Álvaro se revolvió en su silla.

-¿Es usted también nutricionista?

Ella esbozó una tímida sonrisa, la primera que le dedicaba. Sus dientes eran pequeños, pero muy blancos y perfectamente alineados.

-Siempre procuramos que la comida que servimos aquí, en la medida de nuestros limitados recursos, sea sana y equilibrada.

-Le aseguro que no tengo ninguna queja de la comida ni he escuchado ninguna de los demás usuarios. Aunque si la escuchara, tampoco se lo transmitiría, teniendo en cuenta lo que nos cobran por ella.

Laura volvió a sonreír. En este trabajo no tenía muchas oportunidades de mantener este tipo de conversaciones.

-¿Se lleva bien con los demás usuarios de estas instalaciones? ¿Tiene algún problema con alguno de ellos?

Álvaro se acordó de la discusión que había mantenido el día anterior con su exempleado en medio del comedor.

-Le aseguro que ninguno que me impida comer mi yogur y mi pera.

-¿Está usted seguro?

-Completamente. Ayer no tenía mucha hambre.

-¿Le importaría hablarme de su trabajo? ¿a qué se dedicaba exactamente en la fábrica?

Álvaro no tenía muchas ganas de recordar su vida laboral en ese momento, pero empezaba a gustarle hablar con Laura. Aunque hacía muchas preguntas, sentía que lo hacía con respeto y con una intención, no sabía exactamente cuál, que no era frívola ni banal. Bajo esa aparente frialdad de forense que realiza la autopsia de un cadáver, veía algo cálido y acogedor en su mirada que le despertaba una extraña confianza.

-El departamento que dirigía en la fábrica controlaba la calidad de las cajas de cambio. Teníamos un mapa de cien puntos estratégicos que revisábamos periódicamente, en función de las innovaciones y mejoras que incorporábamos al producto. Chequeábamos todas las cajas de cambio que se producían allí antes de que fueran enviadas a su destino.

-¿Cómo era su relación con las personas que tenía a su cargo?

-Puramente profesional. No salíamos a tomar cervezas ni hacíamos reuniones fuera de la oficina.

-¿Se llevaba mal con alguno de ellos, por alguna razón?

-No, que yo recuerde. De todas maneras, llevarse bien o no con ellos no era algo relevante para mí. Lo que era relevante es que hicieran bien su trabajo. Que yo les cayera bien o ellos me cayeran bien a mí era algo secundario. Allí no íbamos a hacer amigos.

-Usted no tiene padres ni hermanos. Y está separado. ¿Tampoco tiene amigos?

Álvaro se acordó de Clara y de Marcos y tardó algunos segundos en contestar.

-Tenía un amigo, pero no trabajaba en la fábrica. Estudiamos juntos la carrera, pero él hace mucho tiempo que vive en Barcelona.

-¿Es ingeniero, como usted?

-Sí, pero con una gran diferencia.

-¿Cuál?

-Él tiene trabajo y yo no.

Ella se tocó las gafas y prosiguió el interrogatorio.

-¿Hace mucho que no habla con él?

-Me llama con frecuencia.

-¿Se ha interesado por su situación económica?

Álvaro empezó a tamborilear sobre la mesa con los dedos de su mano derecha.

-Sí.

-¿De qué manera?

-Me manda dinero.

-¿Mucho dinero?

-El dinero suficiente para saldar mis deudas y poder vivir sin tener que venir aquí.

-Con lo poco que usted come aquí, pensaba que venía por mí -bromeó ella.

Álvaro sonrió. También era la primera sonrisa que le dedicaba a Laura, aunque había sido ella la que se la había arrancado. La improvisada forense tenía sentido del humor.

-Es verdad que últimamente he perdido parte de mi apetito, pero no las ganas de venir aquí, a pesar de sus interrogatorios.

La trabajadora social se quitó las gafas y le lanzó una mirada penetrante.

-Si hay alguna pregunta que no quiera contestar, le ruego que no la conteste. Esto no es ningún interrogatorio, señor Peña.

-Usted hace bien su trabajo y hace bien sus preguntas.

-¿Por qué no acepta el dinero que le envía su amigo, aunque fuera como un préstamo?

-Razones personales.

-¿Le importaría ser más concreto?

-Creo que mi amigo quiere ayudarme porque se siente culpable. Y no quiero quitarle ese peso aceptando su dinero. De todas maneras, aunque lo hiciera por cualquier otro motivo, tampoco aceptaría su dinero.

-¿Culpable?

-Esa pregunta no se la voy a contestar ahora, en virtud de su ruego anterior.

La trabajadora social se rascó la frente suavemente con la mano derecha.

-Le noto algo raro en la cara, como si la tuviera un poco hinchada. ¿Le ocurre algo?

-Es una muela que me duele bastante. Anoche apenas me dejó dormir.

La trabajadora social cogió el móvil que tenía encima de la mesa e hizo una llamada. Cruzó unas breves palabras con su interlocutor y colgó rápidamente.

-Mañana le verá un odontólogo. Ahí está la dirección y la hora de la cita -le dijo, tendiéndole una tarjeta.

-Muchas gracias, pero no será necesario- se excusó él.

-Las cosas de la boca son muy peligrosas. Pueden infectarse y afectar a órganos vitales. Y no se preocupe por el dinero, él lo hace desinteresadamente. Usted no es el único paciente que le enviamos.



## IX. EL DENTISTA

El dentista tenía su consulta en la calle Virgen de Luján, en Los Remedios, un barrio residencial de Sevilla donde vivían muchos médicos, abogados e ingenieros. Esa calle, de más de veinte metros de ancha y de más de un kilómetro de largo, era una de las arterias principales del barrio, que lo comunicaba por un lado con un pequeño parque, llamado de los Príncipes, y por otro con un puente sobre el río Guadalquivir que lo colocaba a pocos minutos del centro de la ciudad. El barrio, creado en los años cincuenta del pasado siglo, había crecido mucho durante varias décadas, convirtiéndose en uno de los destinos preferidos de la clase media-alta de la ciudad. Los pisos eran, en general, grandes, y de buena calidad, y en torno a la gente que vivía en ellos, de alto poder adquisitivo, había florecido un enjambre de comercios de todo tipo y de franquicias de calidad que se multiplicarían durante los años ochenta y noventa, con el desarrollo económico. Sin embargo, la crisis había obligado a cerrar a muchos de ellos y el precio de los pisos había caído en esa zona a la mitad en cinco años.

Álvaro contó más de veinte locales cerrados con un cartel de “se alquila” o “se vende” antes de llegar a la dirección que le había apuntado Laura en la tarjeta. Aquella fría mañana de diciembre se había lavado el pelo y duchado cuidadosamente, aunque con agua fría, porque el termo, a pesar de sus muchos intentos, no se quiso encender. Llevaba tiempo sin arrancarlo, duchándose con agua fría, para no gastar más gas de la cuenta, y se habría atascado. El ingeniero que chequeaba hacía pocos años sofisticadas cajas de cambio de última tecnología para una de las principales marcas de coches del mundo no fue capaz de encontrar la avería y tampoco tenía dinero para llamar a nadie para que lo reparara.

Álvaro quería causar buena impresión en la consulta o, al menos, no llamar mucho la atención entre los demás pacientes y se había puesto un viejo abrigo verde de paño austriaco que localizó en el armario y que se encontraba en bastante buen estado. De los zapatos, unos mocasines negros clásicos de una conocida marca italiana, que debieron costar en su tiempo más de ciento veinte euros, no se podía decir exactamente lo mismo, pero eran los mejores que tenía. Para ir al comedor social se ponía otros más baratos y en peor estado, pero mucho más cómodos para caminar, a pesar de que el desgaste del tacón, tras dos años de uso intensivo, le hacía a veces resbalar. Con los martinelli no se resbalaba pero le apretaban mucho el empeine y los dedos pequeños del pie.

Cuando llegó a la consulta, cinco minutos antes de la hora concertada, sólo había un paciente esperando. Una chica con bata blanca y zuecos de medio tacón que no debía tener más de 20 años le había abierto la puerta y señalado con una sonrisa dentífrica la sala de espera. Le sonaba la cara del hombre, pero no lograba averiguar de qué. Vestía una gabardina muy gastada de color verde y unos pantalones azules de paño. Cuando lo llamaron y se dirigió a la puerta de caoba rojiza de madera maciza detrás de la cual le esperaba el dentista, lo reconoció por su forma de andar, arrastrando el pie izquierdo por una ostensible cojera. Lo había visto en el comedor social al lado del mendigo apóstol.

Entretuvo la espera hojeando una revista del corazón en la que futbolistas y jóvenes valores de concursos de las televisiones privadas cuyo trabajo consistía en exhibir todos los días su zafiedad y falta de formación, enseñaban a sus nuevas novias y novios, tan horteras como ellos, en alguna playa paradisíaca o saliendo de llamativos deportivos cargados de bolsas de marcas de moda muy conocidas y caras. Todos eran jóvenes y todos o casi todos eran agraciados físicamente, pero la mayoría, pensó Álvaro, ni habrían pisado la Universidad. Pero estaban viviendo sus quince

minutos de gloria y se habían convertido en modelos sociales del triunfo y del éxito.

Al rato de hojear varias revistas, todas ellas muy parecidas, y un poco asqueado por la mayoría de sus fotografías, la chica le hizo pasar. El odontólogo era un hombre de unos 60 años, calvo, no muy alto, con gafas redondas tipo John Lennon y que le apretó la mano con fuerza al saludarlo. Le hizo sentarse en el potro de tortura, y mientras su joven ayudante le puso un babero blanco debajo del cuello, el hombre cogió unas pinzas de metal con espejo y empezó a hurgar con ellas por todos los recovecos de su boca.

-¿Cuánto tiempo hace que no va al dentista? -le preguntó.

-Dos años y medio -pudo contestar él, cuando le sacó las pinzas de la boca.

-Ummm. La muela que le duele tiene una caries como una catedral y está empezando a pudrirse. No sé cómo ha podido soportar el dolor, pero debe llevar más de un año así.

Álvaro asintió levemente con la cabeza.

-Hay que extraerla antes de que infecte a las que tiene alrededor. Veo también un inicio de caries en otras siete piezas, además de una gingivitis aguda que puede degenerar en piorrea en cualquier momento. Si eso pasara, perdería casi todos los dientes. Debería haber venido antes.

A Álvaro también le hubiera gustado ir antes, pero no tenía dinero para pagarle.

-Hoy voy a extraerle la muela que tiene peor y le empastaré tres de las otras siete que tiene cariadas. Tardaremos una hora y media aproximadamente. El viernes próximo le haré el resto y le pondré un tratamiento contra la gingivitis para evitar males mayores.

El odontólogo se puso unas gafas y una mascarilla verde y empezó con la extracción, que requería una mayor dosis de anestesia, para continuar luego con los empastes.

-Me ha dicho Laura que es usted ingeniero industrial, especializado en cajas de cambio.

Álvaro tenía la boca abierta, en la que el odontólogo introducía todo tipo de pinzas y tenazas para realizar su trabajo. No podía, pues, contestarle, pero el hombre seguía con la conversación, en realidad, monólogo, como si tal cosa. Como hablaba a través de la mascarilla, tenía que elevar el tono de la voz para que su paciente lo escuchara.

-Cuando estudiaba bachillerato, me planteé estudiar Ingeniería, como usted. Se me daban muy bien las matemáticas y la física, pero el dibujo técnico me costaba mucho. ¿A usted no? Supongo que no. Yo es que no tenía visión espacial. Mi padre era dentista y al final opté por seguir sus pasos. Esta consulta la puso él hace cincuenta años. Estuvimos trabajando juntos casi veinte años, prácticamente hasta que murió de un infarto. Aún no era muy viejo, sólo tenía 73 años.

Cuando dijo esto, empezó a rascar con una pinza una de las muelas cariadas. Lo hizo durante cerca de un minuto y con tanta intensidad como si esperara encontrar petróleo. Finalmente pudo eliminar toda la caries y empezó a empastar, continuando la conversación.

-En fin, me hubiera gustado ser ingeniero de caminos y diseñar puentes y cosas así, pero me quedé en dentista, ya ve, arreglando otro tipo de puentes. Uno se acostumbra a todo.

Álvaro seguía con la boca abierta y sin poder hablar. En caso contrario, tal vez le habría dicho que cuesta más acostumbrarse a no poder ducharse con agua caliente o a estar en casa por la noche, en invierno, tiritando, con tres mantas encima, porque no tienes dinero para poner la calefacción. O que cuesta más acostumbrarse a tener que ir a un comedor social para poder meter un plato caliente en el cuerpo. O a comer bocadillos de foie-gras o mortadela todas las noches. En cualquier caso, le estaba muy agradecido por curarle la boca sin cobrarle un solo euro.

-Ahora las cosas están mucho peor -continuó el odontólogo-. Los que nos han gobernado han tirado el dinero de nuestros impuestos en aeropuertos sin aviones, megalómanas ciudades de las artes y las ciencias, monumentos absurdos y ostentosos como las Setas, y en infraestructuras carísimas e innecesarias como el tren de alta velocidad, con las que se han enriquecido muchos

políticos y nos han arruinado a todos los demás. Y como se han gastado todo el dinero, ahora le han bajado el sueldo a todo el mundo: profesores, policías, funcionarios, enfermeras, médicos... Mi hija estudió durante nueve años en la universidad para ser médico de familia. ¿Sabe cuánto gana?

Alvaro miraba al dentista, que estaba frente a él, con su mascarilla puesta, a muy pocos centímetros de su cara, manipulándole la boca.

-Mil ochocientos euros, incluyendo las guardias. Es una vergüenza. Y para pagarle menos, le han reducido la jornada un 25 por ciento, aunque está todo el día pringada, porque los horarios se los van cambiando cada semana, sobre la marcha. Mi hija tiene muchos compañeros en paro que se están yendo a trabajar a Inglaterra y Francia. ¡Cuánto talento desperdiciado y cuánto gasto en formación del que se benefician otros países!. 1.800 euros, exclamó el hombre, de nuevo. ¿Sabe usted cuánto gana aquí un concejal del Ayuntamiento? El que menos, 2.500. Y van por allí cuando les da la gana, nadie los controla. Y muchos no han acabado ninguna carrera universitaria y conozco algunos que ni el bachillerato. ¿Usted cree que merece la pena estudiar, encerrarte en tu juventud en un cuarto de estudio, esforzarte para tener una vida mejor? Está claro que en España no. Se están cargando a la clase media, que es la que hace que los países se desarrollen económicamente, sean prósperos y seguros, y tengan instituciones democráticas. La corrupción y la mala gestión van a acabar con todo eso. Y pueden traer algo peor: algún tipo de dictadura o un líder populista como Hitler en Alemania. ¡Dios nos libre de eso!

El odontólogo llevaba más de una hora liado con la boca de Álvaro, sin parar de hablar y de hacer preguntas y de contestárselas. Por fin, remató el tercer empaste y se quitó la mascarilla verde que le cubría media cara. Accionó después el botón del respaldo del sillón articulado, que recuperó lentamente la posición vertical. “Ya puede enjuagarse la boca”, le dijo a Álvaro, que estiró un poco su cuello, dolorido de la postura. Luego bebió un poco de agua de un vaso que retuvo unos segundos en su garganta y derramó después sobre el diminuto lavabo que tenía a su izquierda.

-Bien, creo que por hoy hemos terminado. Vuelva el viernes que viene a la misma hora. Ha sido un placer poder conversar con usted.

Tenía todavía una parte de la boca dormida, por el efecto de la anestesia. Pero con la muela que le quitó el doctor, se fue también el dolor y Alvaro salió de allí mucho mejor de lo que entró, pese al zumbido que le había dejado en los oídos la hora de cháchara del dentista. Al salir a la calle, le dio un ataque de tos. Era su segundo invierno sin calefacción en el piso y no se le acababa de curar un catarro que había cogido a principios del otoño. La primera semana le dolía la garganta, la segunda no paraba de estornudar y la tercera empezó a toser. Esa tos era cada vez más ronca y no se le quitaba. Hacía frío y se subió el cuello de su abrigo y empezó a andar en dirección a su casa. Le quedaban cuatro kilómetros, unos cuarenta minutos, para llegar. Siempre le había gustado andar y recordó sus paseos con Clara los sábados por la tarde, o los domingos por la mañana, durante casi veinte años. Solían ir desde casa al Parque de María Luisa, a través del barrio de Santa Cruz y de los jardines de Murillo. En primavera los naranjos estaban en flor y todo el centro de la ciudad olía a azahar y era un banquete para los sentidos recorrer a su lado las callejuelas de la zona monumental de Sevilla y el parque en el que Bécquer compuso algunos de sus mejores poemas. Una de las cosas que más le gustaba a Álvaro de ella es que no le gustaba cotillear ni meterse en los asuntos de los demás. No le importaban quiénes eran sus vecinos ni con quién entraban ni salían, ni a dónde, ni cómo, ni a qué horas. Era educada, discreta y generosa. Sin que él lo supiera, sacaba de su armario ropa que él ya no se ponía, o se ponía poco, y la llevaba a la parroquia, que la distribuía entre las personas que la necesitaban. Siempre era ropa buena y en

buen estado. También ayudaba a Cáritas con dinero en efectivo, que sacaba todos los meses de lo que él le pasaba para los gastos de la casa. Apenas discutían, salvo por el tema de los niños. Ella quería una familia numerosa y a Álvaro eso le daba igual, aunque la apoyó en todos los tratamientos que se hicieron y que les tuvieron ocupados durante más de diez años. Cuando todo terminó y hubo que arrojar la toalla, la tristeza se apoderó de Clara y desapareció de su cara esa sonrisa soleada con la que antes afrontaba todas las cosas cotidianas. Dejó poco a poco de ser la misma y ya no calentaba tanto la casa, pero sin ser la Clara de antes, la Clara con la que había sido tan feliz, seguía siendo la persona que le alegraba la vida y a la que amaba.

Llevaba doce meses sin verla, se había esfumado de su vida por una decisión que ella había tomado y que él se había comprometido a respetar. Las últimas palabras que le dijo se le clavaron como puñales en su cabeza: “No me busques, Álvaro. Prometémelo. Dame tu palabra”. Tenía motivos para pedírselo y él se la dio. Y como siempre que había dado su palabra, la cumplió. Habían pasado 365 días desde entonces, 365 días y 365 noches, pero no hubo ni un solo día ni una sola noche de esas 365 en la que él no pensara en ella, en la que no abriera la puerta de casa, como aquel día que venía del dentista, en la que no deseara encontrarla allí, en el salón, esperándole. Había mantenido esa esperanza día a día, semana a semana, mes a mes, desde hacía un año, pero sabía que cada día que pasaba sería más difícil que eso sucediera. Se agarraba a esa remota ilusión con todas sus fuerzas, consciente de que cuando la perdiera, si la perdía, la vida dejaría de merecerle la pena.

1.

Laura lo abordó antes de que entrara en el comedor y le pidió que le acompañara a su despacho. Aunque llevaba puesta su bata blanca habitual, ese día hizo algo que no había hecho antes. Había sacado su silla al centro de la habitación y había colocado la otra silla, en la que se solía sentarse él, a menos de un metro de distancia y sin ninguna mesa de separación. Hoy no llevaba pendientes y se había dejado el pelo suelto. Lo tenía liso, muy brillante, como recién lavado, y le caía hasta varios dedos por debajo de los hombros. Por primera vez podía oler su perfume, una suave fragancia de rosas, o eso le pareció a Álvaro.

-¿Qué tal le fue con Pepe?

-¿Pepe?

-Sí, el odontólogo.

-¿Ah! Muy bien. Me quitó la muela y se me fue el dolor. También me hizo tres empastes. Tengo que volver el viernes que viene para otros cuatro. Le estoy muy agradecido.

Álvaro tosió entonces varias veces, con una tos muy ronca.

-¿Es tos desde cuándo la tiene?

-Es un catarro. Me pasa todos los inviernos -mintió.

-Debería ir al médico. Conozco a uno...

-No tiene importancia, ya le digo, pero muchas gracias.

La trabajadora social quitó la mano del teléfono, que volvió a meter en el bolsillo de su bata blanca.

-Señor Peña, ¿le importa que hablemos de esa persona que conoce usted en el comedor?

Álvaro se agitó en la silla.

-¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

-Me dicen que tuvo un incidente con él. ¿Me puede contar qué pasó?

Álvaro se tocó el lóbulo de una oreja, incómodo.

-Se llama Pablo, es informático, y trabajó para mí en la fábrica hace nueve años. Lo despedí. No lo veía desde entonces.

-¿Por qué lo despidió?

-Era el mejor informático de la fábrica, pero tuvo problemas personales y ya no cumplía con su trabajo.

-¿Problemas personales?

-Usted debió ser policía en su vida anterior.

Laura no utilizaba carmín pero sus labios brillaban. Y los entreabrió.

-Continúe, por favor.

-Sí, eso me dijo en el comedor. Yo nunca entré en los problemas personales de las personas que trabajaban conmigo.

-¿Le insultó a usted en el comedor?

-No lo recuerdo.

-¿Intentó agredirle?

-No.

-¿Cree que si se volviera a encontrar con él, lo intentaría?

-No lo sé.

-Podría concertar una entrevista con los dos en mi despacho para que arreglen sus diferencias.

-No creo que sea necesario ni que a él le apetezca volver a hablar conmigo.

-Verá, señor Peña, las personas que vienen aquí tienen problemas de todo tipo. Han sufrido traumas durísimos que les han marcado su vida. Algunos se han quedado muy tocados, otros han sufrido mucha violencia en la calle y también han ejercido la violencia. Usted también lo está pasando mal, pero usted no es como ellos, aunque coma y beba con ellos. Tiene normas, tiene códigos que le han funcionado a lo largo de su vida y, además, nunca ha vivido en la calle. A ellos esos códigos, si los tuvieron, no le funcionaron, y usted no se puede imaginar lo que hacen algunas personas, si se les puede llamar así, con los mendigos o los que viven en la calle. Y ya sabe que la violencia genera violencia.

Álvaro seguía con atención las palabras de Laura y los gestos que hacía con la muñeca derecha como si le estuviera dando una y otra vez la vuelta a su reloj.

-¿Pablo vive en la calle? No tenía ni idea.

-A Pablo su vida se le empezó a torcer hace más de ocho años, pero hace casi un año perdió el contacto con su familia por culpa del alcohol y hace cinco meses lo desahuciaron del piso en el que vivía. Desde entonces vive en la calle. No me puedo imaginar lo que habrá padecido en estos cinco meses viviendo y durmiendo a la intemperie pero le aseguro que esas experiencias pueden cambiar a cualquiera. Tenía un buen trabajo, un buen coche, una buena casa y una esposa. Ahora no tiene nada y es una especie de vagabundo. Y parece que él piensa que la vida se le torció desde que usted lo despidió. En fin, que le atribuye una parte de culpa.

Álvaro cruzó los brazos y los apretó contra su estómago en un gesto defensivo. La imagen que tenía de su ex empleado, al que dos días había desafiado en medio del comedor, delante de quince o veinte personas, había cambiado radicalmente.

-De acuerdo. Concierte la entrevista.

-Será mañana a las 12. Hablé con él hace un rato y está de acuerdo en que hablemos los tres.

-¿En serio? ¿Cómo sabía que aceptaría?

-Eso forma parte de mi trabajo, señor Peña.

## X. LA QUIEBRA DE LA CAJA

Tras el viaje a Nueva York, Álvaro empezó a buscar trabajo. Pensaba que con sus conocimientos y la experiencia acumulada en la fábrica durante tantos años, no tardaría mucho en encontrar algo. Echó currículos en empresas de ingeniería relacionadas con la automoción, primero en Sevilla, luego en Málaga, más tarde en Madrid y, por último, en Barcelona, Bilbao y San Sebastián. Solo de una lo llamaron para darle las gracias por interesarse por su compañía y decirle a continuación que estaba sobrecualificado para los puestos de trabajo que tenían disponibles. Pasaron algunos meses hasta que la llamaron de otra. En esta le dijeron que era demasiado mayor, que buscaban “alguien más joven, al que pudieran formar”. Cuando llevaba ya un año en paro, le llamaron para una tercera entrevista, pero le ofrecieron un trabajo no de ingeniero sino de perito, cuyo sueldo inicial era de 1.200 euros al mes, casi lo que cobraba de subsidio de desempleo. Cuando preguntó por las posibilidades de promoción, le dijeron que el contrato era de cuatro meses, una sustitución por una baja de maternidad.

A medida que fue comprobando descorazonado que no había ofertas de trabajo en España para un ingeniero industrial de más de 50 años de edad, lo intentó en Alemania, pero exigían el B2 de alemán. Álvaro pertenecía a una generación de españoles que no sabía idiomas y a la que no le hizo falta saber inglés, francés o alemán para poder ganarse la vida. En la fábrica le bastaba con el poco inglés que había estudiado en el colegio para entender algunos de los manuales de especificaciones técnicas que le llegaban.

Así fueron pasando los meses hasta que el paro se le acabó. La indemnización también se le estaba acabando: el viaje a Nueva York, el diamante que le regaló a Clara, el club, la hipoteca de la casa, la hipoteca, un poco más pequeña, de un apartamento en la playa que se habían comprado un año antes de que lo despidieran, se la estaban comiendo poco a poco. La enfermedad de su madre, que exigía una enfermera las 24 horas del día, se había ventilado la herencia de su padre en poco menos de cinco años. Un día se lo explicó a su mujer y Clara, a la que nunca le había faltado de nada en la vida, primero con su padre, y luego con Álvaro, le dijo que se ajustarían el cinturón, que reducirían gastos todo lo que fuera necesario, que se adaptarían. Álvaro intentó tranquilizarla: “Las acciones preferentes nos producen unos intereses de casi 25.000 euros al año. Si vendemos el apartamento de la playa, podremos tirar con ese dinero hasta que encuentre trabajo. Solo tendremos una hipoteca”. Ella propuso también quitarse del club.

Hicieron todo eso, menos vender el apartamento de la playa. Los bancos apenas concedían préstamos y nadie lo quería comprar. Bajaron el precio tres veces en tres meses, hasta un 50 por ciento por debajo de lo que les costó, pero ni aún así lograron venderlo. El IBI y los gastos de la comunidad eran elevados y tenían que seguir pagándolos.

Y como todo lo que puede salir mal, a veces sale mal, la caja de ahorros en la que tenían invertidos todos los ahorros de su vida quebró a los pocos meses, de manera que perdieron sus únicos ingresos en ese momento: los casi 25.000 euros de intereses por año que les habían prometido.

Cuando salió en televisión la noticia de la quiebra y de la intervención del Gobierno en la caja, Álvaro fue a la calle a buscar a Rodrigo, el director de la sucursal que le había ofrecido ese producto financiero de forma insistente, incluso poniéndose a él mismo como inversor para que no hubiera ninguna duda de su fiabilidad. En la sucursal había otro director, que le dijo que Rodrigo había sido despedido. Se había abierto una investigación judicial y no podría tomar ninguna decisión respecto a su dinero hasta que no se resolviera, aunque le recordó que su producto estaba

vinculado a la situación económica de la caja y que todos los preferentistas tendrían que asumir, por tanto, importantes pérdidas.

Ese fue, tal vez, el tiro de gracia para Álvaro, porque a partir de esa noticia, la inesperada evaporación de los ahorros de su vida, su carácter cambió. Del mismo modo que Clara se había vuelto más triste y melancólica tras intentar de forma infructuosa quedarse embarazada, él se volvió irascible y amargado. Siempre estaba de malhumor, indignado contra el mundo, aunque al final la que lo pagaba era Clara. Empezaron a discutir por tonterías y el sólido edificio que habían construido durante un año y medio de noviazgo y veinte años de matrimonio empezó a resquebrajarse. Las cuentas no salían y comenzaron los problemas para pagar algunos recibos. Aunque habían reducido muchos gastos, no tenían ingresos y apenas les quedaban ahorros. Álvaro intentó entonces trabajar de cualquier cosa, administrativo, teleoperador, reponedor de supermercado, vigilante de seguridad, pero preferían siempre a gente joven que no protestaba por los 6 euros por hora que les pagaban, ni solía ponerse mala o cogía varios catarros en invierno o tenía problemas de espalda o de lumbares, como los mayores de 50.

Pero después de intentarlo y de intentarlo, y de asomarse al abismo de la desesperación, logró un trabajo como vendedor de seguros. Una conocida compañía italiana había puesto un anuncio en infojobs buscando agentes de ventas. Superó la entrevista, pese a carecer de experiencia comercial alguna, y lo incluyeron en un grupo de cinco personas, todos mayores de 45 años, a los que la crisis o unos directivos avariciosos o incompetentes habían arrebatado su empleo anterior. Eran cuatro hombres y una mujer. Un perito electrónico, un profesor de Música, un filólogo, un arquitecto y una periodista. Su jefa de equipo, a la que tenían que reportar sus actividades, tenía treinta y pocos años y era la mujer de uno de los jefazos de la compañía. No les hicieron ningún contrato laboral para no tener que pagarles la cotización a la Seguridad Social, pero sí les hicieron firmar un papel al que denominaban “contrato mercantil”, según el cual recibirían un fijo de 400 euros al mes si cubrían los objetivos de ventas marcados. Además, recibirían una comisión del diez por ciento de cada póliza suscrita. Su jefa no les facilitó ninguna cartera de clientes ni ningún plan de trabajo: simplemente los mandó a la calle a hacer seguros, en eso consistía, al parecer, su trabajo de liderazgo. En la jerga del sector vender en la calle, sin cartera de clientes, se denominaba “a puerta fría” y era el trabajo más temido y odiado por cualquier comercial. Se trataba de ir puerta por puerta a casas y oficinas a tratar de vender las pólizas. En la calle hacía frío, aunque fuera verano, y la mayoría no te recibían o no te daban tiempo a que les explicaras nada en cuanto decías que eras un vendedor de seguros. “Gracias, pero no me interesa” era la respuesta estándar que podían encontrarse. También era la más amable.

Álvaro estuvo visitando polígonos industriales en barriadas perdidas o en pueblos de la provincia ofreciendo todo tipo de seguros, pero era muy difícil colocar uno. Muchas de estas pequeñas empresas habían tenido que reducir tantos gastos que ni siquiera estaban aseguradas. Otras tenían seguros mínimos y tan baratos que era imposible competir en precios. La jefa de equipo, que no salía de su despacho ni les ayudaba en nada, obligaba a los cinco vendedores, Álvaro entre ellos, a reportarle todos los días el número de visitas que habían hecho, a qué lugar, a qué empresas o particulares y con qué resultados. No tenían contrato laboral, pero les exigían como si lo tuvieran. “Tienes que hacer más visitas al día”, “así no vas a cubrir los objetivos del mes”; “hay que ser más agresivos”; “no se puede aceptar un no por respuesta”; “no te puedes rendir a la primera”, “si no cubres los objetivos, hay cinco millones de parados ahí fuera”, eran algunas de sus frases repetidas por su jefa de equipo. A la chica sólo le faltaba darte con un látigo en la espalda como a los galeotes de Cervantes y decirte: “¡Vende, esclavo!”.

Álvaro llegó a trabajar diez horas diarias, incluidos sábados, durante un mes, tratando

desesperadamente de cubrir los objetivos de ventas que le habían puesto. Unos objetivos disparatados para la situación del mercado y para los productos que ellos vendían. A pesar de ello, logró vender algunas pólizas y le faltó poco para cubrir objetivos. El día 1 la jefa de equipo, con sus operaciones en la mano, le comunicó en su despacho que no podría pagarle los 400 euros de ese mes, tal y como estaba estipulado en su “contrato”. Álvaro le recordó todas las horas que había trabajado durante esas cuatro semanas y el esfuerzo extraordinario que había realizado visitando polígonos, oficinas y casas particulares, más de cuatrocientas visitas, dijo, pero la chica no se inmutó. “No es suficiente. Este mes tendrás que hacer algo más para cobrar los 400 euros”, le dijo, con el gesto en la cara de quien está oliendo una mierda. Álvaro tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella y estrangularla allí mismo, sobre la mesa de caoba rojiza de su bonito y comfortable despacho. Pero se conformó con decirle: “¡Eres una mierda de jefa, una mala persona y una negrera que se cree que está en Alabama en el siglo XIX, pero yo no soy tu esclavo, zorra!”, tras lo cual sacó de su bolsillo su “contrato” mercantil y lo rompió delante de sus narices. La jefa, acostumbrada a que muchos de sus agentes acabaran yéndose de la empresa hartos de sus modales despóticos, pero no, ni mucho menos, de esa manera, se quedó encogida en su sillón de piel sin decir nada frente al gigante desgarrado que tenía enfrente y que la acababa de llamar zorra y negrera.

Pocos días después, Clara le dijo a Álvaro que ella podría ponerse a trabajar. Había que pagar las facturas y la hipoteca, pero él se opuso. Llevaba más de veinte años manteniendo el hogar familiar y no estaba dispuesto a aceptar que no podría seguir haciéndolo, a menos que cambiaran mucho las cosas. Ella no quiso insistir, pero pasado un mes se lo volvió a decir. Álvaro le gritó que no, enfurecido: “¡Saldremos adelante, joder! ¡Déjame tranquilo!”. Era la primera vez que le hablaba así. Clara volvió a recular para evitar una nueva discusión, pero siguió dándole vueltas a esa idea en su cabeza.



## XI. PEDRO

Álvaro se presentó en el comedor de la Orden de San Juan de Dios un poco antes de las 12, la hora acordada y aceptada por él para el careo con Pablo, su ex empleado, con Laura de árbitro del encuentro. Ni en la peor de sus pesadillas se habría imaginado hace apenas cinco años, cuando él era el jefe de departamento de Control de Calidad de la fábrica de automoción más importante de Sevilla, que acabaría coincidiendo con su brillante informático en un comedor social para poder llevarse a la boca algo caliente, un comedor social, por añadidura, de una orden religiosa, él que siempre había sido ateo y consideraba como Marx a todas las religiones, en general, y a la católica, en particular, el opio del pueblo. Es verdad que allí nadie le había preguntado nunca por sus creencias religiosas ni le habían obligado a ir a ninguna misa ni a tratar con ningún cura para dejarle pasar al comedor. Laura jamás le había hecho ninguna mención al respecto.

La noche anterior, aprovechando su insomnio crónico, tuvo tiempo de sobra para darle vueltas a ese desagradable episodio de su vida laboral que inevitablemente saldría a colación en la entrevista con Pablo. Él siempre se había considerado una persona justa y un jefe ecuánime. En su equipo de doce personas, del que formaba parte Pablo antes de que lo despidiera, no dio trato de favor a ninguno ni tampoco lo contrario. Estaba seguro de que no le hizo “mobbing” a nadie de su gente, al menos de forma consciente. Allí no tenía amigos ni enemigos, aunque sí se llevaba mejor con algunos que con otros por razones exclusivamente profesionales. Quienes entendían mejor sus planes y le ayudaban a ejecutarlos con rapidez y eficacia, lo cual no se podía decir de todos los miembros del departamento, eran los del primer grupo, con los que se llevaba mejor, y Pablo estaba entre ellos hasta que empezó a beber y a dispersarse. Fue perdiendo la confianza en él poco a poco, pero no recordaba haber tenido ningún problema con el informático antes de los dos incidentes que causaron su despido. Aquello era una fábrica que tenía que producir cajas de cambio y ganar dinero, no un colegio en el que se avisaba a los padres cuando los alumnos se portaban mal. A nadie le gustaba tener que despedir a alguien, pero si consentía esos comportamientos o esa falta de respeto al trabajo, como llegar tarde y borracho, los demás acabarían haciendo lo mismo. Al menos eso pensaba Álvaro cuando lo despidió.

Cuando llegó al comedor, después de una larga noche en vela, Laura estaba en su despacho, esperándoles. Había colocado una tercera silla en el centro de la habitación, formando una especie de triángulo.

-Pase, señor Peña, y siéntese. El señor Chacón debe estar a punto de llegar. ¿Ha dormido bien esta noche?

-No muy bien.

La trabajadora social miró al ingeniero. A sus 55 años, mantenía una mandíbula prominente y una cara cuadrada, viril, como la de un superhéroe de Marvel. Tenía 15 años más que ella y grabadas en su rostro arrugas más profundas que las que propias de su edad, las arrugas que no se curan con cremas o botox, las arrugas que produce el dolor y las huellas de lo vivido, que aquilataban su mirada. La tristeza que reflejaban sus ojos le atraía a Laura como un imán.

Mientras esperaban a Pablo, se pusieron a hablar de la Navidad. Ella le dijo que la Navidad le recordaba la infancia, las vacaciones escolares, veinte días de alegría, de ver películas en la tele y esperar los regalos de reyes. No le gustaba ir al colegio. A Álvaro tampoco. De mayor la Navidad fue para ella una etapa para hacer viajes, para leer, para hacer balance de lo conseguido y plantearse nuevos objetivos, hasta que murió su marido. Había muerto la pasada Navidad y ya ninguna Navidad sería igual para ella.

Álvaro le preguntó cómo y cuándo lo había conocido. Laura le habló de una cita a ciegas cuando ella tenía 30 años. Una amiga se empeñó en presentárselo. “Él se acababa de separar: era ingeniero aeronáutico. Muy alto, casi como usted”, le dijo. “Era muy divertido, siempre estaba gastando bromas, me hacía reír. Para él fue un flechazo, eso me dijo, yo me enamoré de él, poco a poco, de su risa, de sus manazas, de lo patoso que era andando, de su pelo negro despeinado. Los buscamos pero no tuvimos hijos, aunque él los quería más que yo. Luego un día empezó a dolerle la espalda, nada importante, alguna contractura, me dijo. No le dio importancia, ni yo tampoco. Pero no se le quitaba. Y entonces fuimos al médico”.

Laura respiró hondo y siguió hablando.

-Tras muchas vueltas y pruebas, le detectaron un tumor en el páncreas. No era muy grande, pero ya se le había extendido. No había nada que hacer. Le quedaban seis meses de vida como máximo. Y entonces vino la agonía, una larga agonía. El cáncer lo consumió por dentro. Perdió treinta kilos, a razón de un kilo cada semana. Fueron unos meses terribles, larguísimos, especialmente el último, sin poder levantarse de la cama, con parches de morfina por todas partes para combatir los dolores. No quería que muriera, incluso hubiera dado la vida por él, pero al final su muerte fue una liberación. No podía verle sufrir así.

Un enorme silencio se hizo en la habitación y ambos se miraron a los ojos sin decir nada. Estaban el uno al frente del otro, sentados en dos pequeñas sillas, a poco más de un metro de distancia, en el centro de la sala. Álvaro giró su cuerpo hacia ella lentamente y abrió sus enormes brazos. Ella también los abrió y se hundió en los suyos y dejó descansar su cabeza sobre su hombro derecho, sin decir nada. Él cerró los ojos y ella también, y estuvieron abrazados durante más de un minuto. En silencio. Hacía un año que no abrazaba a nadie ni nadie le abrazaba. A Laura tampoco. Al menos así. Su cuerpo menudo se perdía en la inmensidad del cuerpo de él. Laura olía muy bien, a rosas recién cortadas. Tenía su cuello y sus pequeñas orejas a pocos centímetros de su boca. Álvaro olía a campo y a tierra mojada. Si alguien hubiera entrado en el despacho de Laura en ese momento y los hubiera visto abrazados, los dos con los ojos cerrados, oliéndose, no sabría qué pensar. Tampoco ellos.

La tercera silla se quedó vacía toda la mañana. Pablo no acudió a la cita ni fue después al comedor. No había manera de localizarlo porque el informático vivía en la calle y no tenía teléfono.

Aquel día Álvaro tomó por primera vez el menú completo, dos platos y postre. Puchero andaluz y huevos fritos con patatas, rematados por un yogur y una manzana roja. El abrazo cálido de Laura le había devuelto el apetito y todo le supo mejor que otras veces. El comedor estaba a tope y todas las mesas de ocho estaban completas. Sólo había un sitio libre en la suya, justo a su lado, y allí se fue a sentar con su bandeja el anciano de la coleta que separó a Pablo y a él dos días antes en el comedor.

El hombre empezó a tomarse el puchero a cucharadas rítmicas y muy rápidas. Tenía hambre, pero no tenía más de cuatro o cinco dientes, como muchos de sus compañeros, que agradecían a la Orden de San Juan de Dios que tuviera en cuenta esas limitaciones para masticar a la hora de diseñar sus menús. El comedor tenía unos recursos limitados, procedentes de donaciones y subvenciones, cada vez menores por la crisis, y no se podía permitir comprar pescado, salvo en Nochebuena y Navidad. Las verduras, los huevos, las frutas y las legumbres eran los alimentos que más le llegaban y la base con la que las cocineras preparaban sus platos. Lo que faltaba de una cosa lo suplían con otra y todo lo cocinaban con esmero y con limpieza, como en un buen restaurante.

-Está bueno esto -le dijo el hombre, cuando dejó limpio el plato.

Álvaro asintió con la cabeza.

-Parece que no tiene usted muchos amigos por aquí y que no le cae bien a todo el mundo...

El ingeniero aún saboreaba las últimas cucharadas del puchero, a pesar de que había empezado a comer varios minutos antes de que el hombre se sentara a su lado.

-¿A qué se dedica? Bueno, se dedicaba...

-Ingeniero industrial.

-¡Oh, ingeniero industrial! Suena bien. Guau, es el primer ingeniero que viene aquí. Me conozco a casi todos. Verá, soy uno de los veteranos de este comedor, vengo desde que lo abrieron hace cuatro años. Y no recuerdo haber conocido a ningún ingeniero industrial.

Álvaro apuraba su plato sin poner en marcha sus cuerdas vocales.

-Yo soy músico. Toco el violín. En la calle. Me suelo poner por Tetuán, un poco antes de llegar a la Plaza Nueva. Quizá me haya visto alguna vez. ¿Le gusta la novena sinfonía de Beethoven? Es mi especialidad, aunque también me gustan Falla y Albéniz, el repertorio español.

El hombre empezó entonces a tararearla con su voz ronca. Era fácilmente reconocible. El anciano de la coleta habría perdido facultades pero conservaba el oído.

-Otra de mis especialidades es la Serenata nocturna, de Mozart. Seguro que le suena.

Y volvió a tararearla. A Álvaro le sonaba.

-Sí, bonita música. La escuché en un concierto de la Sinfónica de Sevilla en el teatro de la Maestranza hace mucho tiempo. La dirigía Klaus Weise, un tipo muy teatral, que debía perder dos kilos en cada concierto, de cómo se movía y agitaba todo el cuerpo. Era todo un espectáculo verlo dirigir. Fue un gran concierto- dijo él.

-22 de marzo de 1994. Sí, un gran concierto.

-¿Estuvo allí? ¿Lo vio? -le preguntó Álvaro.

-Sí, estuve allí. Había diez violines sobre el escenario. Yo era uno de ellos.

-¿Fue músico de la Sinfónica?

-Sí, durante quince años. Era emocionante tocar en ese teatro ante 1.800 personas. Antes había tocado en el Teatro Real y en el Auditorio Nacional, dos sitios impresionantes. Y los aplausos del público al final del concierto eran un chute de adrenalina, como un orgasmo. Es difícil de imaginar, es algo que engancha.

-Mi nombre es Álvaro. ¿Cómo se llama usted?

-Pedro. Me llamo Pedro Lora.

-Gracias por su intervención del otro día. Si no llega a ser por usted, no sé qué hubiera pasado. Tuvo usted mucho valor para ponerse en medio.

-Debe tener cuidado con Pablo, aunque no es mala persona. Lleva tiempo viniendo por aquí y he podido hablar con él varias veces y le aseguro que no lo es, pero algo no le funciona bien en su cabeza. O no le funciona bien todos los días. Hay días que ni me habla, como si no me conociera. Otros, en cambio, es muy simpático conmigo y se muestra como un ser realmente encantador. Hace unos meses que le desahuciaron de su casa y que vive en la calle. Desde entonces tiene más días malos que buenos.

El ingeniero quiso cambiar de conversación.

-¿Se jubiló hace mucho de la Sinfónica?

-No. Tuve que dejarlo mucho antes. Artrosis.

El hombre levantó las manos, se las puso a la altura del pecho y se las enseñó, con las palmas vueltas. Tenía los dedos deformados a la altura de las falanges, como una masa de pan que alguien hubiera retorcido. Los bultos le daban un aspecto informe.

-Dios me debió castigar por algo malo que hice, porque enviarle esa enfermedad a alguien que

vive de sus manos, con apenas 50 años de edad, no es justo.

Álvaro retiró la mirada de sus manos y la puso en sus ojos. Los tenía negros y soportaban como podían el peso de la piel de los párpados que los había ido achicando hasta convertirlos en dos rayitas.

-¡Fue un gran concierto, Pedro! ¡Yo fui uno de los que le aplaudió!

-¿Iba mucho al Maestranza? ¿Qué tipo de música le gusta: barroco, italiana, alemana?

-No soy muy entendido. A la que le gustaba más era a mi mujer, que hasta tocaba el piano. Ella sacaba el abono y yo la acompañaba siempre que podía. Pero muchas veces iba sola y luego me contaba lo que había visto. Con ella podría haber hablado durante horas de música. Hubieran disfrutado mucho.

-Lo siento de veras. ¿Hace mucho que murió?

-No, no. Ella no ha muerto. Me dejó hace un año.

-Comprendo....Mi pareja murió hace quince años y yo entré en caída libre Empecé a tocar en la calle, a pesar de mi artrosis, para no estar todo el día en casa, dándole vueltas a la cabeza. La gente es buena y no te exige mucho. Te aplauden, incluso. Aunque solo sean tres personas, esos aplausos me hacen sentirme bien y que todavía sirvo para algo. No es lo mismo que en el Maestranza, pero yo tampoco soy el mismo. La vida me fue despojando de todo mi ego de músico virtuoso. Me creía el rey del mambo porque sabía tocar el violín. Me tendría que haber conocido entonces. ¿Sabe que gané varios premios de música? Incluso fui concertino invitado en la Scala de Milán. La artrosis cortó mi carrera en mi mejor momento artístico.

1.

Álvaro se sentía ya como un inútil. Después de la discusión con Clara, a la que le gritó y miró de una manera de la que él mismo se asustó, una mirada horrible, malvada, que no había tenido nunca hasta entonces, se ponía el despertador a las 6 y media, como cuando iba a la fábrica, cogía su viejo BMW 520 arañado y abollado por todas partes, y se iba a buscar trabajo. Había hecho un listado de empresas de todo tipo y las visitaba por un orden que marcaba previamente la noche anterior. Preguntaba siempre por Recursos Humanos, salvo en bares, restaurantes o tiendas, donde pedía hablar con el encargado. En pocas empresas pasaba de la recepción, donde alguna secretaria resabiada, tal vez porque Álvaro no era el único que buscaba empleo y preguntaba por Recursos Humanos, le decía que en este momento no tenían ninguna oferta de trabajo y se limitaba a recogerle el currículum que él traía cuidadosamente grapado, poniendo cara de cagalástima, como diciendo: ¿Dónde irá éste? ¿No sabe que en España no hay trabajo ni para los jóvenes que salen de una carrera universitaria?

En los comercios y bares todo era más rápido: se limitaba a dejarle al camarero o a la dependienta el currículum. En un burger king, la encargada, de no más de 30 años, lo citó para una entrevista al día siguiente. Examinó su currículum, al que él había podido convenientemente todas las referencias universitarias y su experiencia laboral de más de veinte años como jefe de Control de Calidad en la fábrica. No aparecía por ningún lado que fuera ingeniero y sus estudios en la enseñanza reglada se habían quedado en el bachillerato. Había metido unos cursos de mecanografía y contabilidad que había hecho con dieciocho años, el verano antes de empezar en la universidad, por si le salía un puesto de administrativo. Ese verano su padre le había presionado mucho para que hiciera Derecho y él hizo los cursos, de apenas tres meses en una academia privada, para demostrarle que estaba dispuesto a no ir a la universidad y ser contable.

-Oiga, aquí dice que usted tiene 53 años.

-Sí, es cierto. ¿Hay algún límite de edad para trabajar aquí?

-No, pero es que en su currículum no figura ninguna experiencia laboral. ¿No ha trabajado nunca en nada?

Álvaro no había caído hasta ese momento en lo extremadamente pobre que había dejado su currículum.

-Umm. En realidad, sí –se le ocurrió decir-, pero en empresas que no me hicieron ningún contrato laboral. Siempre he estado en la economía sumergida –improvisó-.

-Ya. Verá. Con esta edad y sin ninguna experiencia laboral que pueda acreditar, le va a ser muy difícil encontrar trabajo. Aquí preferimos contratar a gente joven, como usted se habrá dado cuenta, porque es un trabajo duro e intenso en el que no se para ni un minuto. Verá. La gente come hamburguesas a todas horas. Yo no me lo podía imaginar hasta que empecé a trabajar aquí.

La chica le devolvió entonces su currículum y siguió hablando.

-Cualquiera de estos chicos y chicas tiene ya más de veinte o treinta contratos a sus espaldas y saben arrimar el hombro. Y si no lo hacen, van a la calle. ¿Ve el chico moreno alto que está en el mostrador, cobrando un pedido a la mujer rubia?

Álvaro lanzó su mirada hacia el mostrador.

-Es arquitecto. Tiene un contrato de 20 horas a la semana. Se le da muy bien la cocina. Es pinche pero si sigue así le ascenderemos pronto.

Al ingeniero no le extrañó que un arquitecto trabajara de camarero o de pinche de cocina. Conocía más casos. Y él era ingeniero y estaba allí con la encargada de una hamburguesería pidiéndole trabajo.

-¿Y ve a la chica morena que está cobrando los pedidos? Hizo Filología Inglesa. Es bilingüe y con los guiris se entiende de maravilla. Tiene un contrato de 12 horas, pero si sigue así, en cuanto haya alguna baja, se lo voy a ampliar. Hay un chico que me está fallando en las mesas y se lo voy a reducir.

Álvaro miró al arquitecto y a la filóloga inglesa y luego la miró a ella durante unos segundos. Y de repente le salió por la boca todo lo que pensaba como un vómito que te sube inesperadamente por el esófago desde la base del estómago.

-¿Te crees la reina del mambo porque eres la jefa de un arquitecto y una filóloga y puedes despedirlos cuando te dé la gana? ¿Te gusta ejercer ese pequeño y triste papel de capataz cortijera en esta jodida hamburguesería?

La chica se quedó pálida sin saber qué decir. No se esperaba esa contestación de una persona que podría ser su padre y que había ido allí a pedirle trabajo.

-Pues no olvides una cosa -añadió-. De ti también prescindirán cuando dejes de serles útiles o haya que colocar a un familiar del jefe o a la hija de un amigo. No tendrán piedad de ti y para hacer tu trabajo sólo hace falta tener tus mismas carencias y debilidades, tu misma pequeñez. Y hay muchas personas así en el mundo.

Transcurrieron los días, las semanas y los meses, sin cambios ni esperanzas, y una mañana, cuando se subió al coche para iniciar su ruta diaria de búsqueda de empleo, meticulosamente fijada la noche anterior, no pudo más y estalló. Álvaro nunca había llorado delante de Clara: no era una persona sentimental, no lloraba con las películas románticas, ni con el dolor físico. Ni siquiera cuando tuvo que expulsar una piedra de tres centímetros del riñón. Primero fueron unas cuantas lágrimas que le nublaron los ojos, antes de arrancar el coche; pero luego empezó a llorar desconsoladamente, como un niño cuando le duele algo y no sabe por qué, ni por qué a él. Un llanto desesperado sobre el volante de su coche, en absoluta soledad. Un llanto que le hizo sentir

que se ahogaba y que no le llegaba aire a sus pulmones. Un llanto brutal y desgarrador que le brotó del alma como una fuente y que recorrió todas sus venas hasta inundarle el corazón. Estuvo así varios minutos sentado en su viejo coche hasta que poco a poco se fue tranquilizando y dejando de llorar.

## XII. LA AGRESIÓN

En el comedor no supieron nada de Pablo hasta el día siguiente. Otro usuario que lo conocía, un hombre de unos cuarenta años que vivía entre cartones en una plaza cercana, le dio su paradero a Laura y ella se lo comentó a Álvaro nada más llegar. El relato era confuso, pero de algo no había duda: estaba en un hospital. Laura llamó a todos hasta que dio con él. No llevaba ninguna identificación encima, pero por la descripción debía ser Pablo. “Unos chavales le han pegado una paliza, pero no sé nada más”, le dijo al ingeniero, que le preguntó si iba a avisar a su familia.

-Perdió el contacto con su padre y su hermana hace tiempo por sus problemas con el alcohol -dijo ella-. No me dejó ningún teléfono de nadie cuando le hice la ficha, pero intentaré averiguarlo. De todas maneras, no creo que quieran saber nada de él. Acabaron muy mal.

La trabajadora social se metió en su despacho a hacer esas gestiones. También tenía entrevistas pendientes con tres personas nuevas que habían llegado ese día al comedor. Uno de ellos era un chaval bastante joven que no hablaba español. Era polaco y no debía tener más de 22 ó 23 años. Estaba extremadamente delgado y no tenía buena cara, aunque allí lo raro era tenerla. Todos llegaban al comedor después de un largo calvario, de un proceso de pérdidas, de trabajo, de familia, de vivienda o de pareja, agravado a menudo con drogas, alcohol, abuso de pastillas, desnutrición y problemas mentales. Un pésimo cóctel que a menudo acababa mal. De las más de dos mil fichas que había abierto Laura en los cuatro años que llevaba trabajando en el comedor, había tenido que cerrar unas cuatrocientas. Uno de cada cinco usuarios había muerto durante ese tiempo, aunque eso no era noticia en ningún periódico ni en ningún otro medio de comunicación, ni siquiera en las redes sociales. Algunos habían muerto en la calle, por frío, a pesar de los planes municipales activados los peores días del invierno para recoger a todos los sintecho y llevarlos a dormir a albergues. Algunos se resistían y se escondían de la Policía Local o de los voluntarios de varios ONG que salían a buscarlos. La mayoría de esos cuatrocientos habían muerto por diferentes enfermedades, por pulmonías, por infartos, por tumores que no se trataban, o no de la forma adecuada. Su salud, después de vivir varios años en la calle, estaba muy deteriorada y casi cualquier infección los podía llevar a la tumba. Tampoco les gustaba ir al hospital y cuando ya iban, muertos de dolores, era demasiado tarde. Muchos eran mayores, aunque el sufrimiento y el desgaste reflejados en sus caras les hacían parecer más viejos de lo que en realidad eran.

No era el caso de Pablo, que tenía 45 y aparentaba incluso menos. Sólo llevaba cinco meses en la calle y aún no se le notaban. Otros cinco meses más y su aspecto lo delataría. Tres meses en la calle podían equivaler a un año fuera de ella y dos años contaban como diez. Laura lo comprobaba casi a diario.

Álvaro no se lo pensó y se presentó en el hospital. Era el segundo más grande de la ciudad, situado en su zona norte, con más de tres de mil camas, y que cubría un área donde vivían más de doscientas mil personas. En Sevilla los hospitales tenían nombre de vírgenes y este llevaba el nombre de la más famosa de Sevilla, la Virgen Macarena, de cuya basílica le separaban menos de trescientos metros.

A diferencia de otros países como Estados Unidos, donde había que tener un seguro privado o pagar una astronómica factura para recibir asistencia médica, la sanidad en España era gratuita y universal, una conquista de la que muchos españoles se sentían orgullosos y a la que se dedicaba una parte importante de sus impuestos. La calidad de esa atención universal, que incluía a inmigrantes y personas de otras nacionalidades, se había resentido mucho por la crisis económica. Los recortes se habían cebado en la salud, uno de los capítulos más caros, junto con la educación

y las pensiones, de los presupuestos públicos. Álvaro se dio cuenta nada más entrar. En Urgencias se amontonaban decenas de personas esperando ser atendidas y a esa hora no había más de seis médicos, completamente desbordados, dedicados a ellas. Muchos eran residentes sin demasiada experiencia y tenían una reducción de jornada del 25 por ciento porque no había dinero para pagarles el sueldo íntegro, que ya había sufrido durante los años anteriores varias rebajas importantes. La gente lo sabía y no culpaba a los médicos y enfermeras, que hacían lo que podían con muy pocos medios, sino a los políticos y a los gestores del hospital. Aunque cualquier persona se ponía nerviosa cuando se la hacía esperar cuatro o cinco horas para ser atendida y podía pagarla con algún médico o auxiliar clínico. Las protestas eran numerosas pero en general pacíficas, aunque en casos excepcionales se había insultado o agredido físicamente a algún sanitario.

Preguntó a una enfermera que había en recepción por Pablo Chacón. La mujer empezó a mirar en el ordenador, pero no lo encontró. “No está aquí -le dijo-. Pregunte en el Virgen del Rocío”. Ese hospital, situado en la zona sur de la ciudad, era el más grande de Sevilla con más de cinco mil camas. También el mejor, con varias unidades como la de Quemados que eran modelo y referencia en toda España.

Álvaro le explicó que el hombre no llevaba documentación y que ingresó la noche anterior. Al parecer, le habían dado una paliza. Espere un momento, dijo la chica, volviendo a buscar en el ordenador. “Sí, aquí lo tengo. Una persona sin identificar. Politraumatismos. Un mendigo”.

“¡No es un mendigo!”, protestó él. “Comprendo -dijo ella- ¿Es usted un familiar suyo?”. “Sí”, mintió. “De acuerdo, rellene por favor esta ficha”. La relleno y le dio una identificación. “Planta 3, habitación 342, en el ala oeste. Al fondo a la derecha tiene un ascensor”, le indicó la mujer.

La habitación 342 tenía tres camas y estaba ocupada por tres pacientes. Un hombre de unos cuarenta años con la mirada vidriosa y el rostro amarillento ocupaba la más cercana a la puerta. Tenía muy mal aspecto y se le marcaban los pómulos y todos los huesos de la cara, como si le hubieran absorbido la grasa con un aspirador. A su lado había una mujer muy bajita de esa misma edad que le cogía la mano y trataba de calmarlo. El hombre se quejaba de que le dolía algo: ay, ay, ay, decía. Al hombre le habían abierto una vía en el brazo conectada a un bote de suero. En la cama siguiente había otro hombre, éste bastante mayor que el primero, de unos 65 ó 70 años. Una mujer con el pelo blanco muy corto estaba a su lado, junto a otra mujer más joven, de unos 35 años, que debía ser su hija y que estaba sentada en una silla enfrente de la cama, hojeando una revista. El hombre necesitaba la ayuda de una vía conectada a su nariz para poder respirar. Lo hacía con dificultad, como si le faltara aire. Tampoco tenía buen aspecto.

En la cama más cercana a la ventana, al fondo de la habitación, estaba Pablo. Álvaro lo reconoció por el pelo, muy abundante, de color castaño. Pero lo que había debajo era absolutamente irreconocible: su cara era como una patata, llena de bultos, heridas y moratones. Tenía un derrame muy aparatoso en el ojo derecho y el párpado, muy hinchado, se le estaba cerrando. El otro ojo no estaba mucho mejor. Junto a la boca también tenía moratones y un corte muy aparatoso en el labio inferior.

Se acercó a su cama y lo saludó con un simple “hola, Pablo”. El informático intentó levantar un poco la cabeza pero desistió con gesto de dolor. Luego, con apenas un hilo de voz, le dijo:

-¿Qué haces tú aquí, jefe capullo?

-Como ayer no viniste al comedor, a nuestra entrevista, he tenido que venir aquí.

-Ah, la entrevista... Umm. La comecocos -dijo, en referencia a Laura.

Álvaro le preguntó qué había ocurrido.

-Parece que te ha pasado un camión por encima.



-¡Uff!- exclamó él con gesto dolorido.

-¿Sabes quiénes te hicieron esto?

-No, sólo sé que eran unos chavales muy jóvenes. No tenían pinta rara y tampoco eran cabezas rapadas ni llevaban esvásticas, al menos, que yo viera. Eran unos chavales normales.

A Pablo le costaba mucho hablar.

-Pareces Rocky después del combate con Apolo Creak -bromeó Álvaro.

El informático sonrió, aunque le dolía toda la cara y cualquier movimiento le hacía ver las estrellas.

-Sí, pero él había ganado un millón de dólares después de esa pelea, ¿no?

-Sí, y tenía a Adrian para curarlo.

El informático volvió a sonreír.

-Llevo mucho tiempo solo pero cuando vas a un hospital, echas de menos no tener a una Adrian que te quiera. Tiene tirilla que el único que haya venido a verme seas tú. ¿Pero para qué cojones has venido?

-Ya te lo he dicho. Teníamos una cita. Solamente hemos cambiado el lugar.

-Sí, jaja. La entrevista. Sólo falta la comecocos.

-Ella va a venir a verte también, pero tenía mucho trabajo. Hoy han llegado tres nuevos.

-¿La comecocos va a venir a verme? ¡No jodas! Antes me levantaba tías así de buenas. Antes de empezar a beber y todo eso.

Se hizo un silencio y Álvaro se acordó del olor de Laura.

-Y aparte de lo de la cara, ¿tienes alguna otra lesión?

-Tengo un golpe muy fuerte en la espalda. Entonces perdí el conocimiento. Al parecer, hay una costilla rota. Me dijo el médico que unos centímetros más a la derecha y me hubieran roto el bazo y de eso sí que me podría haber muerto desangrado.

-Verás cómo te recuperas. Espero que cuando salgas de aquí, pongas una denuncia.

-¿Para qué? Estoy seguro de que eran menores de edad y no les va a pasar nada. Y si los denuncio, pueden volver a buscarme a la plaza.

-No te preocupes por eso. Ya pensaremos algo, pero tienes que denunciar. Laura también me lo ha dicho.

-Ya veremos. Álvaro. La comecocos está muy buena- dijo ya sin fuerza.

Cuando salió del hospital, Álvaro empezó a toser. Esa tos ronca que no se le quitaba. Los ataques le daban cada vez con más frecuencia y cada vez le duraban más. Una tos tan fuerte que a veces le hacía vomitar. Ya de camino para su casa, sintió pena por Pablo, el tipo que dos días antes le había increpado y amenazado con una navaja. Solo todo el tiempo, en la habitación de un hospital, sin nadie que le hiciera compañía o le atendiera si necesitara algo, un vaso de agua, por ejemplo. ¿Y si tuviera los brazos escayolados por un accidente o por una enfermedad mala que le dejara sin fuerzas para coger una cuchara y llevársela a la boca? ¿Quién le daría entonces de comer?. Tendría que pedirselo a una enfermera, pero ellas no daban abasto, igual que los médicos, por culpa de los recortes. A Álvaro le dio un poco de pena Pablo, pero también se dio pena a sí mismo. Si a él le pasara algo, si esa maldita tos degenerara en algo grave: ¿quién iría a verle o a cuidarle?

1.

Al día siguiente, había más nuevos en el comedor, pero la noticia entre los veteranos era la brutal agresión sufrida por “el informático”, como conocían todos allí a Pablo. Uno de ellos, el

mendigo que tenía las barbas blancas y frondosas de un apóstol del Nuevo Testamento, se sentó en su mesa.

-Hola, ingeniero. ¿Se ha enterado de lo del informático? Dicen que está muy mal, que le han partido no sé cuantos huesos y que puede palmarla.

Pensaba decirle que no, que aparte de los golpes en la cara, solo tenía una costilla rota y un golpe en la espalda y que no la iba a palmar, pero le dejó hablar.

-Pues yo conozco a quienes le han hecho eso. Son unos niñatos. Son 5, todos con menos de 18 años. Todos los fines de semana se meten con algún indigente, aunque nadie los denuncia. Tienen miedo a hacerlo, por si luego los sueltan y se encuentran otra vez con ellos.

Álvaro se había propuesto convencer a Pablo para que denunciara a sus agresores y estaba dispuesto a acompañarlo a la policía, pero comprendía sus temores. El informático vivía en la calle y se los podría volver a encontrar algún día. El mendigo apóstol siguió hablando.

-Hace un año intentaron quemar a uno que venía por aquí. Lo cogieron en un cajero automático de estos cerrados, le rociaron con gasolina y le echaron una cerilla. El hombre se salvó de milagro, pero no cogieron a los tíos. Igual fueron los que le pegaron al informático, aunque también hay una pandilla de nazis que hace lo mismo.

Luego se le acercó Pedro, el músico de la Sinfónica.

-Álvaro, ¿sabe usted lo del polaco?

El ingeniero no sabía nada.

-Ayer vino a comer aquí un joven polaco de veintipocos años, un crío que apenas tenía barba. No sé si se fijó. Un tipo alto y muy delgado.

Álvaro lo había visto y se había fijado en lo estaba extremadamente delgado que estaba. Parecía salido de un campo de concentración nazi.

-El tipo comió aquí, pero luego se encontró mal y se fue al hospital. Por lo visto en Urgencias tardaron bastantes horas en atenderle. Tampoco le encontraron nada grave y lo enviaron por la noche a un albergue municipal. A las dos horas murió. No saben de qué.

2.

Laura le preguntó por Pablo y él le explicó cómo había ido la visita al hospital. Estaban en su despacho. Ella tenía un hueco en su agenda y le había pedido que pasara. El ingeniero le describió sus lesiones y calculó que estaría unos quince días hospitalizado hasta que pudiera volver a andar. Eso al menos le había dicho una enfermera a la que le preguntó porque ningún médico apareció por allí durante el tiempo que él estuvo en la habitación. La trabajadora social le agradeció la visita.

-Señor Peña, no tenía por qué haberlo hecho. Y menos aún desde lo que pasó en el comedor el otro día. Pero no se puede imaginar el bien que le habrá hecho esa visita a Pablo. Sentir que le importas a alguien.

Laura lo miró a los ojos fijamente cuando dijo esto. Él le aguantó la mirada.

-¿Por qué no me llama Álvaro? Es como me llama todo el mundo aquí. Álvaro o el ingeniero.

-De acuerdo. Ál-va-ro. Es un bonito nombre. Me gusta.

-Si no le importa, yo la llamaré también Laura, a partir de ahora. Es otro bonito nombre.

La trabajadora social esbozó una sonrisa, la tercera de la temporada.

-Uff, gracias, el doña Laura me hacía sentirme muy mayor.

Ella llevaba el pelo recogido esta vez y se había pintado una línea negra muy fina en el ojo. Álvaro se fijó en su boca: tenía los labios brillantes, más grueso el inferior que el superior, y los

dientes blancos y pequeños. Cuando sonreía, se apreciaba que los dos centrales superiores los tenía un poco separados, lo cual le daba un aire travieso.

-¿Y el polaco?

-El chico apenas hablaba español y no pude hacerle una ficha completa, pero sufría un problema grave de desnutrición.

A Laura le cambió la mirada. En sus ojos se coló la noche de repente.

-No soy médico, pero no es el primer caso que he visto por aquí y los sé detectar. Debería llevar meses sin comer nada decente. También bebía. El alcohol y la mala alimentación es un cóctel mortal. Me hubiera gustado hacer algo más por él, pero cuando llegó aquí, ayer, ya estaba muerto.

### XIII. LA CITA

Cuando Álvaro llegó al comedor por primera vez, sus problemas económicos habían tocado fondo. Durante el último año había intentado sin éxito vender el apartamento de la playa y le habían llamado del banco. Él les explicó su situación y ellos le ofrecieron una renegociación de la hipoteca reduciendo la cuota mensual de 400 a 200 euros, alargando diez años el plazo de amortización. Él les dijo que tampoco podría pagar esa cantidad, pero el banco no aceptó su no por respuesta y al tercer mes de impago le notificaron los primeros trámites judiciales para la ejecución de la hipoteca. El banco se quedaría el apartamento, aunque eso no saldaría su deuda. La legislación española, a diferencia de la norteamericana, no contemplaba la dación en pago. Seguiría debiéndole dinero por algo que ya no era suyo.

Poco antes de que Clara lo abandonara, había volado por completo el dinero de la indemnización y seguía pendiente de su demanda judicial sobre las acciones preferentes en las que había invertido los ahorros de toda su vida. El abogado que había contratado, y que se llevaría el 15 por ciento de lo que él percibiera en caso de que el juez fallara a su favor, le advirtió de que el tema tardaría bastante tiempo en resolverse.

Seguía mirando ofertas de empleo, pero tras casi cinco años de búsqueda infructuosa, encontrar un empleo, del tipo que fuera, le parecía algo imposible. Marcos, su único amigo, que trabajaba en la fábrica de SEAT en Martorell, le había enviado dinero varias veces durante el último año, pero él se lo había devuelto. Al principio era una cuestión de orgullo, de no reconocer lo mal que estaba, pero luego se fue convirtiendo en algo más, en una cuestión de dignidad, de amor propio. Clara estaba con él. Llevaba un año sin saber nada de ella, sin buscarla ni llamarla, como le había prometido el último día que estuvieron juntos, pero Marcos se lo había dicho. No le había dado muchas explicaciones, simplemente dijo: “Clara está aquí”. Él le preguntó cómo estaba y Marcos le dijo que estaba “bien”. Álvaro no quiso preguntar más y su amigo tampoco dijo nada más, ni si Clara había preguntado por él o si los dos estaban juntos como pareja, o si tenían planes de futuro, aunque él supuso que sí. Sabía que Marcos se había separado de Esther algunos meses antes de que Clara se fuera de casa. Y sabía que Marcos no había olvidado, a pesar del tiempo transcurrido, más de veinticinco años, desde que rompieron su noviazgo. Durante esas dos décadas y media habían hablado muchas veces y cuando le preguntaba por su matrimonio, Marcos le decía siempre lo mismo: “Uno no se casa con quien quiere, sino con quien puede”. Y añadía: “Te envidio, Álvaro. Tú sí te casaste con quien quisiste”.

Cuando se hicieron amigos en la universidad, todas las chicas iban detrás de Marcos, el príncipe nórdico. Él podría haber elegido a la que quisiera, pero se quedó enganchado con Clara, que lo abandonó cuando descubrió su historia con la peluquera. Llevaban pocos meses juntos y Clara no tardó mucho en superarlo con Álvaro, su mejor amigo, que también estaba enamorado de ella. Pero él no lo superó, o no lo superó del todo. Estuvo con muchas mujeres después, se tiró a las chicas más guapas de la facultad, se benefició a camareras despampanantes, chicas gogó, modelos, actrices que te hacían volver la mirada por la calle, incluso se casó con la médico, la más discreta de todas, pero ninguna le dejó huella. Al menos esa huella. Nunca la olvidó.

Álvaro no podía aceptar el dinero de Marcos, aunque tuviera que pasar hambre o vivir en la calle. La idea de que Clara estuviera con él le envenenaba la sangre, por un lado, pero por otro le tranquilizaba. Era una sensación extraña y contradictoria. Aunque seguía enamorado de ella y daría cualquier cosa porque volviera a su lado, saber que Marcos cuidaba de Clara le hacía sentirse mejor, o menos mal. Sabía que su amigo la quería y la trataría bien. En cierto modo, sentía

que no tenía nada que reprocharles a ninguno de los dos. Clara se había ido por su culpa y Marcos le podía ofrecer una vida mejor. En cierto modo, se repetía la historia, un cuarto de siglo después, con los mismos protagonistas pero con diferente desenlace. Marcos la perdió entonces; ahora la había perdido él.

1.

Laura y Álvaro habían quedado en la puerta del hospital Virgen Macarena ese sábado para hacerle una visita a Pablo. Eran las 12 de la mañana y lucía un sol radiante, sin ninguna nube acechándolo. La temperatura era baja, en torno a 7 u 8 grados, pero al sol se estaba bien. Ella se lo había propuesto el día anterior en el comedor y él había aceptado. “Si no tienes ningún otro plan después, te invito a comer”, le dijo. Álvaro no estaba seguro de si aquello era una cita o no, pero se preparó como si lo fuera. Se lavó el pelo, se afeitó muy bien y se puso el mismo abrigo de paño verde con el que fue al odontólogo. Lucía sus mejores galas, las pocas que le quedaban en su armario como recuerdo de tiempos mejores.

A Álvaro se le notaba la edad en las bolsas que le habían salido debajo de los ojos, cada vez más grandes y profundas, tras esos cinco últimos años de sinsabores, pero mantenía su mirada brillante y penetrante y una sonrisa bonita, a pesar de lo que había descuidado su dentadura últimamente. La cara se le empezaba a descolgar por debajo de las orejas y su óvalo facial comenzaba a desdibujarse y a perder las líneas y tensión juveniles, pero se trataba de una flaccidez aún incipiente. Su buena planta y sus 190 centímetros de estatura le hacían seguir siendo un tipo apuesto, atractivo, a pesar de todo.

Aquel día fue la primera vez que vio a Laura fuera del comedor y sin su bata blanca. Llevaba puestos unos vaqueros negros, un jersey de cuello alto de color azulina y una cazadora negra de piel, con el cuello de borrego. Calzaba unas zapatillas de deporte azul, a juego con el jersey, tipo “converse” con el talón alto de los que te cubren varios centímetros por encima del pie. Llevaba el pelo recogido en una coleta, se había puesto un poco de brillo en los labios y una línea de ojos muy fina y discreta. Con la cara lavada y esa vestimenta, parecía más joven de lo que era, pensó Álvaro cuando la vio llegar a la puerta del Virgen Macarena.

La habitación del hospital parecía el camarote de los hermanos Marx. Álvaro contó hasta diez personas dentro, dos niños pequeños incluidos, que debían ser familiares de los dos compañeros de cuarto del informático. Cuando llegaron a su cama, abriéndose paso entre aquella ruidosa marea humana, vieron que Pablo estaba dormido. A Laura se le saltaron las lágrimas cuando vio que tenía la cara como una patata. Sus párpados estaban tan inflamados que no se le veían prácticamente los ojos y dos grandes moratones sanguinolentos le cruzaban hasta la boca, tan hinchada y deformada que apenas se le distinguían los labios. En la frente también tenía dos heridas de unos cinco centímetros cada una que le habían cosido con varios puntos de sutura.

Se quedaron varios segundos mirándolo sin decir nada, hasta que él abrió un ojo. Luego, lentamente, abrió el otro. En ese tenía un derrame que le cubría hasta la pupila.

-Hola- dijo con un hilito de voz.

Los dos se habían puesto cada uno a un lado de la cama.

-¿Cómo estás? Te veo mejor que ayer- trató Álvaro de animarlo.

-¿Tú crees? La verdad es que apenas me puedo mover. Pero ya puedo ir al cuarto de baño solo. Antes tenía que llevarme una enfermera.

Laura le preguntó qué tal dormía por la noche. Él le dijo que no muy bien. Por los dolores, aclaró.

-Me han tenido que subir la dosis de nolotil.

-¿Y puedes comer algo sólido?

-Sí, ya sí, dijo él, aunque no muy sólido, porque me cuesta, mucho masticar. Sopas, purés y cremas. Pero están todas muy ricas, casi como las del comedor. Creo que aquí voy a engordar-bromeó.

Álvaro volvió a sacar a colación el tema de la denuncia. Laura le dijo que los dos irían con él a la Policía. Él los miró a los dos y exclamó: “Gracias por vuestra ayuda, pero no me parece buena idea. Como a esos tíos los suelten y me vean por ahí, me van a matar, esta vez sí”. Laura miró a Álvaro asintiendo con la cabeza. Él se acercó entonces a la cabecera de la cama porque el ruido en la habitación, con los niños correteando entre las camas, era cada vez más alto: “Si los denuncias, no puedes volver a dormir en la calle. Eso está claro. Incluso aunque no los denuncies, porque te pueden volver a pegar. ¿Por qué no te vienes a mi casa?” .

Pablo se quedó perplejo.

-¿A tu casa? ¿Estás loco?

-Es un piso grande, tendrás tu dormitorio y tu cuarto de baño -dijo él-. Te advierto que tengo goteras en el salón, que todo está bastante deteriorado y que no tengo dinero ni para poner la calefacción, pero por lo menos estarás a salvo. Sólo serán unos meses, hasta que todo se arregle.

El informático se resistió.

-Mira, no me debes nada. Siento mucho lo del otro día en el comedor. Perdí los papeles, a veces me ocurre, pero tú no tienes la culpa de lo que me pasa. Eso fue hace mucho tiempo. Y no tienes que hacer esto. Es mi problema, no el tuyo.

Esa expresión era la misma que había utilizado Álvaro durante su discusión con el informático en el comedor.

-Lo sé, Pablo. Te ofrezco mi casa porque quiero que denuncies a los que te han hecho esto y porque no quiero que se lo vuelvan hacer a nadie más. Pero aunque no los denuncies, quiero que vengas. Hasta que todo se calme.

Los dos se quedaron mirando a Pablo y él a ellos. Formaban un extraño triángulo.

-De acuerdo. Te haré caso. Y pondré la denuncia.

Cuando salieron del hospital, Laura se agarró del brazo de Álvaro y le dijo que dónde le apetecía comer. “Decídelo tú”, dijo él. Hacía dos años que Álvaro no iba a un restaurante y ella eligió uno cerca del hospital llamado Antojo, en una calle que daba a la Alameda de Hércules, la zona con más ambiente de la ciudad. Había decenas de bares de todo tipo y salas de conciertos frecuentadas por gente joven y talluditos bohemios. El soho sevillano, como algunos le llamaban.

En Sevilla, cuando hacía buen tiempo, que era casi siempre, la gente se tiraba a la calle. La crisis había hecho descender mucho el gasto en bares y restaurantes, pero no el número de personas que los visitaban. La gente salía igual que antes, aunque gastara mucho menos. Con la llegada de los malos tiempos, los bares de tapas, una tradición en la ciudad, se habían impuesto sobre los clásicos restaurantes. De los que habían sobrevivido, raro era el que no había abierto una zona de tapas con mesas altas y taburetes para que la gente no se asustara por los precios. Las zonas destinadas en esos restaurantes a mesas de cubierto y mantel minguaban de año a año, como los compradores de periódicos.

El establecimiento al que Laura llevó a Álvaro en la calle Calatrava era uno de ellos. Había cambiado la carta y metido una gran variedad de tapas que costaban entre 2,80 y 4 euros, para tranquilidad de sus clientes. El ingeniero había ido con Clara a muchos restaurantes mucho mejores que ese durante los buenos tiempos, pero allí se sentía como un niño con zapatos nuevos, después de tanto tiempo sin pisar uno. Tenía una decoración minimalista y mesas y sillas de

distintos tamaños y colores que le daban un aspecto verdaderamente original. Laura le propuso que compartieran una botella de Rioja y él aceptó. Luego pidieron un par de tapas cada uno.

-Que fueras a verlo el otro día al hospital fue un gran detalle por tu parte, pero lo de hoy me ha dejado perpleja, Álvaro. Muy pocos le habrían ofrecido una habitación de su casa a una persona así, que no es amiga tuya y que dos días antes quería pegarte.

Era la primera vez que ella le hablaba de tú.

-Es solo una solución temporal, hasta que se calmen las cosas- se excusó él.

Laura tenía los ojos brillantes y saboreaba con parsimonia la copa de vino que le acababan de servir.

-También fue un gran detalle por tu parte haber ido hoy a verlo al hospital -dijo él- Me lo dijiste el otro día: es importante sentir que le importas a alguien. Y en lo que a mí respecta, que hayas querido invitarme a comer hoy también ha sido otro gran detalle por tu parte.

-¿Sabes qué? Me recuerdas un poco a mi padre, aunque él era bastante mayor que tú. Los dos tan educados, tan cultos, tan correctos. Era un buen tipo. Como tú.

-Dices eso porque apenas me conoces. No creas que soy tan bueno ni tan educado. Y hace siete años despedí a Pablo.

-Tenías tus motivos para hacerlo.

-Si hubiera sido tan bueno, debería haberle ayudado con sus problemas, en vez de quitármelo de en medio.

-Todos tenemos problemas y tú no eras responsable de los suyos.

-No, pero podría haberle preguntado.

-Sí, admito que eso no hubiera estado mal.

Laura volvió a llenar su copa y la de Álvaro.

-¿Siempre le fuiste fiel a Clara? -cambió de tema.

-Eso sí que es una pregunta directa.

-Me dijiste hace un momento que apenas te conozco. Sólo intento arreglar eso.

-¿Te vas a creer todo lo que te diga?

-Claro, ¿por qué ibas a mentirme?

-¿Para mostrar una mejor versión de mí mismo?- sonrió él.

-No creo que te importe mucho lo que piense la gente de ti.

-No estoy hablando de lo que la gente piense de mí, sino lo que tú pienses.

-¿Y te importa?

-Sí.

Ella le devolvió la sonrisa mientras daba cuenta del vino.

-¿Me vas a contestar a la pregunta o no?

-Sí, le fui fiel.

-¡Lo sabía! Mi intuición no me suele fallar.

-¿Y qué más te dice tu intuición de mí, aparte de que le fui fiel a mi mujer?

-Que tienes un secreto. Algo que escondes, que no quieres que se sepa. Algo muy personal.

-¿Algo cómo qué?

-No lo sé. Tú nunca mientes, pero tampoco dices toda la verdad.

-¿Qué no miento? Hoy he dicho que era familiar de Pablo.

-Jaja. Eso fue una mentira piadosa. Hasta la chica de recepción se dio cuenta.

Álvaro apuró su segunda copa de vino. Hacía más de un año que no bebía otra cosa que no fuera agua o leche.

-Cuando salí el otro día del hospital pensé en quién iría a verme si me tuvieran que hospitalizar

como a Pablo. Y me di cuenta de que no tenía a nadie, de que estaría tan solo como él. Creo que por eso voy a verlo todos los días, por miedo a ser él.

Laura deslizó lentamente su mano sobre la mesa hasta alcanzar la de Álvaro. La cogió y empezó a acariciarla suavemente.

-No estarías solo. Yo iría a verte.

Ella sonrió con los ojos achispados y él se acordó del abrazo de hacía unos días en su despacho. Del olor de su cuello y de su piel. Rosas recién cortadas.

-¿Dirías que eres mi hija a la de recepción?

-¿Tu hija? Noooooo. Serías un padre demasiado joven o yo una hija demasiado mayor. Diría mejor tu mujer.

Álvaro empezó a toser. Ella se rió y le llenó un vaso de agua que había en la mesa.

-¿Qué te parece si vamos ahora al cine? Me han hablado de una francesa muy buena que ponen en el Avenida.

-¿De qué va?

-Unos amigos celebran su 50 cumpleaños con una barbacoa en casa de uno de ellos. Son amigos desde la adolescencia. A cada uno de ellos le ha ido la vida de una manera. Unos están casados, otros separados, la mayoría tienen niños y hay uno, solo uno, que no se ha casado y que no tiene niños ni pareja estable.

-¿Gay?

-No, por lo visto al tío le va la marcha. Es el que mejor se conserva de toda la pandilla. Hace deporte, tiene unos buenos abdominales, viste ropa de marca y tiene un deportivo. Y siempre sale con mujeres veinte o treinta años más jóvenes que él. Es una comedia.

Salieron del restaurante y se fueron andando en dirección a los únicos cines de Sevilla que daban películas en versión original. Pasearon durante veinticinco minutos por la calle Torneo, una calle paralela al río Guadalquivir que daba a la isla de la Cartuja, cuyo hermoso paseo fluvial era frecuentado casi todo el año por corredores y ciclistas. El sol de invierno era agradable y no hacía demasiado frío. Álvaro también hacía más de un año que no iba al cine y cuando apagaron las luces en la sala y empezó la proyección, se hundió en su butaca con una sensación extrañamente placentera, la de olvidarse de su vida y de sus problemas. Una sensación que le duró dos horas.

Cuando salieron del cine, ya era de noche. Llevaban casi siete horas juntos, que a él se le habían pasado volando.

-¿Te ha gustado la peli?- le preguntó ella.

-Me he reído mucho cuando el tío, para impresionar a la jovencita y que no note que tiene vista cansada, decide memorizar la carta del restaurante al que la va a llevar a cenar.

-Sí, esa escena es muy divertida. Había memorizado la del restaurante de al lado y nada de lo que pedía lo tenían. El camarero no entendía nada.

-La cara de la chica era todo un poema. Debía preguntarse si a él le habían dado otra carta.

-Es curioso –dijo ella- siempre queremos aparentar lo que no tenemos, en vez de aceptarnos tal y como somos.

Laura tenía su coche en el hospital y él se ofreció a acompañarla, pero ella rehusó.

-Tú tienes tu casa aquí al lado y ya hace un poco de frío. Tienes que quitarte esa tos,

Álvaro- insistió.

Él empezó a toser en ese momento.

-¿Ves? Es que siempre tengo razón- sonrió ella.

-De acuerdo. Me voy para casa. Ha sido un día genial, de verdad. Me has vuelto a hacerme



sentir importante.

-Tú también a mí....

-¿Sabes qué? Me encanta que me tutees.

-Sí, y a mí que me dejes de llamar Doña Laura -rió.

-No lo volveré a hacer. Te lo prometo.

Estaban parados en la puerta del cine. Ella le hizo un gesto con la mano para que bajara un poco la cabeza desde su 1,90 de estatura y acercara su cara un poco a la suya.

-Señor Peña, aún es usted un hombre atractivo -le susurró al oído.

Luego le rodeó el cuello con sus manos y le dio un beso en la cara, dejando sus labios descansando en ella durante varios segundos. Álvaro respiró hondo. Su cuello y su piel olían a rosas.

2.

Hechizado por ese olor, volvió a casa dando un paseo. Las calles del centro estaban iluminadas con adornos navideños. Todas las tiendas estaban abiertas y exhibían sus luminosos escaparates, vestidos con sus trajes de gala, como soleado reclamo para sus clientes. Se veía a mucha gente pasear por las aceras. Personas mayores que caminaban despacio, personas como él, acompañados de sus parejas, y también niños, muchos niños, de la mano de sus padres. Empezaba a hacer frío cuando llegó al portal. Aunque el bloque disponía de un viejo y carísimo ascensor, tenía la costumbre de subir por las escaleras. Llegó asfixiado a la puerta, metió la llave y entró. La casa estaba helada, se quitó el abrigo de paño verde y fue rápidamente a buscar una manta para ponérsela por encima. Luego entró en la cocina. Observó una incipiente gotera en el techo, aún en estado embrionario, que se unía a una gran familia anterior. Como tenía la azotea encima, cuando llovía las canalizaciones no daban abasto, bien porque estuvieran atascadas, bien porque sus conductos no estuvieran en perfectas condiciones, lo cual producía filtraciones en forma de setas que iban adquiriendo con el paso de los días una tonalidad verdosa. La comunidad debía reparar esas goteras y garantizar la impermeabilidad de la azotea para que eso no se repitiera, pero a él le daba vergüenza pedirlo. Debía los recibos de un año.

Cogió un cartón de leche del frigorífico y se sirvió un vaso. Le apetecía tomarse un cola-caó para entrar en calor, pero eso era un lujo para él, como poner la calefacción. Algunas compañías eléctricas y de gas tenían “bonos sociales” para estos casos que permitían a sus beneficiarios descontarse hasta el 90 por ciento de la factura. Se lo dijo Laura cuando le abrió la ficha en el comedor e incluso se ofreció a tramitarlos. Cuando cogió la leche, observó que la luz del frigorífico no se encendía. Era un viejo frigorífico de la marca alemana AEG, que le costó cerca de 100.000 pesetas veinte años antes. Ahora se le había quedado demasiado grande para lo poco que tenía que enfriar: yogures, leche, huevos y poco más, pero seguía funcionando como el primer día. Hasta ese día. El motor se había parado. La lavadora se le había roto algunos meses antes y el arreglo le costaba 150 euros, una cantidad prohibitiva para él. Desde entonces se lavaba la ropa a mano en la bañera, a pesar de que se le estaba resintiéndole la espalda y de que se le estaban agrietando las manos del roce con el agua fría.

Calentó la leche, le echó dos cucharadas de azúcar y se fue con el vaso al salón. Por fin había tenido un buen día.

3.

Del mismo modo que a Clara no ser madre la sumió en un estado de melancolía que le hizo perder parte de su alegría y la volvió triste y ensimismada, a Álvaro perder su trabajo sacó de su interior sus peores demonios e inseguridades. Se volvió un tipo antipático, cínico y a ratos malhumorado. El amor que él sentía por su mujer no se había deteriorado durante esas dos décadas de convivencia, pero sí el amor que sentía por sí mismo. Cada semana o cada mes que pasaba sin encontrar trabajo le hacía sentirse un inútil que no podía mantener el nivel de vida de su familia, mientras su lastimada autoestima iba dejándose trozos cada vez más grandes por las sillas y las mesas de todas las empresas y compañías que le rechazaban. A pesar de la erosión de su economía doméstica, Clara jamás hizo nada o dijo nada que le diera argumentos a su marido para considerarse a sí mismo así. Pero esa idea había germinado en su cabeza y le estaba corroyendo por dentro. Por esa razón, tras más de tres años en paro, que ella le propusiera ponerse a trabajar lo interpretó equivocadamente como la confirmación de su inutilidad por parte de la persona que más quería, la única en el mundo que le importaba. Y reaccionó primero con malestar, como el que te provoca que tu jefe dude de tu capacidad para llevar a cabo tu cometido, y luego con furia. Una furia ciega como respuesta a una ofensa.

Clara estaba descubriendo cosas de Álvaro que no le gustaban, pero lo amaba con todas sus fuerzas, o con todas las fuerzas que le quedaban, y atribuyó su mal carácter, su mal humor y sus cajas destempladas al mal momento por el que estaban pasando. Todo lo que podía salir mal les había salido mal: el despido, la infructuosa búsqueda de empleo, el desastre de las acciones preferentes, el apartamento de la playa.. Cuando se agotó el paro, la situación económica familiar empezaba a resultar angustiosa y Clara, con 47 años, no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados mientras la amenaza de un desahucio se vislumbraba en el horizonte. Y así, a pesar de la hostilidad iracunda con que reaccionó su marido ante esa posibilidad, se puso a buscar trabajo, pensando que él acabaría por entenderlo e incluso agradecerse.

Aunque acabó los estudios de Enfermería pocos meses antes de casarse, Clara nunca había trabajado en la calle y casi todo lo que había aprendido en la universidad se le había olvidado. Empezó a buscar empleo en puestos de trabajo menos cualificados como el de cajera de supermercado o dependienta, pero su edad se erigía en un obstáculo insalvable. En los comercios, tiendas y grandes superficies, solo querían chicas jóvenes, con buena presencia. Clara aún la tenía, pero no podía disimular su edad. Más tarde pensó en hacer de niñera, pero la crisis había reducido el número de niños y el dinero del que disponían los padres para su cuidado. Los abuelos habían asumido ese papel y las personas muy pudientes que se podían permitir una o varias “nannys” las reclutaban siempre con experiencia, cosa de la que ella carecía.

Descartada la opción niñera, la mujer de Álvaro se interesó por un sector en auge, el de las personas mayores. El envejecimiento de la población y la mayor esperanza de vida remaban a su favor, pero pudo comprobar con desilusión que el mercado laboral de la atención y cuidado de ancianos estaba en Sevilla en manos de mujeres latinoamericanas. Eran casi como una hermandad: todas estaban conectadas y se pasaban los clientes y las nuevas oportunidades. De modo que a Clara, después de meses de tocar aquí y allá sin ningún resultado, de intentarlo en comercios, grandes superficies o centros geriátricos, solo le quedaba una opción: limpiar. No era el trabajo que hubiera preferido desarrollar y no en vano lo había colocado como su última opción, pero el desenlace de sus gestiones le condujo exactamente allí. Y en esa empresa especializada en oficinas y urbanizaciones de lujo no le ponían pegos por no ser joven, por no tener experiencia o por no ser latinoamericana. La contrataron por horas, a 8 euros cada una. Todo sin que Álvaro se enterara. Clara sabía que pondría el grito en el cielo, de saberlo; pero se consideraba en la obligación de hacerlo para sacar adelante a su marido. Él había estado más de veinte años

trabajando 9 ó 10 horas al día para los dos y ahora le tocaba a ella. No era lo mismo una cosa que otra, tampoco ellos eran los mismos, sino veinticinco años más viejos, pero ella no había elegido las circunstancias y se hacía esta composición de lugar: Si Álvaro no se enteraba de que ella iba a trabajar, porque él también salía todas las mañanas a buscar trabajo, y los horarios en la contrata de limpieza eran de 8 a 3, tampoco tendría por qué enterarse de que con los 700 u 800 euros, según el mes, que podría ganar, iría pagando recibos pendientes y llenando el frigorífico. Para que él no sospechara, había pensado decirle que se había apuntado a unas clases gratuitas de taichí de 2 a 3 de la tarde para relajarse y combatir la osteoporosis.

3.

Cuando todo tu gasto mensual lo tienes medido hasta el último céntimo de euro, como le pasaba a Álvaro, un imprevisto es una catástrofe. El recibo del IBI, una factura energética más elevada de lo esperada o la simple avería de un electrodoméstico se convierten en armas de destrucción masiva de tu economía. Cuando se le estropeó la lavadora algunos meses antes, le dieron ganas de llorar, pero no lo hizo y tomó una decisión: vivir sin ella, lavando la ropa a mano, como hacían nuestras abuelas o muchas mujeres en la India. Pero el frigorífico era imprescindible para sobrevivir. Que le hubiera ocurrido en pleno invierno le daba algo más de tiempo para buscar el dinero de la reparación que si esta tragedia doméstica hubiera acaecido en verano, con 40 grados en la casa. Ahora, toda ella, era casi como un frigorífico.

En el comedor había aquel día cocido de berenjenas y habichuelas y ensaladilla rusa. La cocinera le llenó el plato hasta arriba y con él se dirigió a su esquina favorita, como todos los días. Los malos olores que al principio le habían cerrado el apetito e impedido comer ya no le hacían efecto. En cierto modo, se había acostumbrado, aunque él procuraba mantener su higiene personal todos los días por encima del estándar medio de allí. Pedro, el músico, lo vio desde lejos y se cambió de mesa para comer con él.

-Hola, ingeniero.

-Hola, Pedro.

El músico que había tocado en el teatro Real y que ahora lo hacía en la calle Tetuán llevaba cuatro años yendo al comedor y se conocía a todo el mundo y todas las historias que habían ocurrido allí y, por primera vez, Álvaro se interesó por ellas.

-Pedro, ¿conoce a toda esta gente?

A su alrededor había unas diez o doce mesas en las que daban cuenta del cocido y la ensaladilla unas cuarenta o cincuenta personas.

-A todos no, porque siempre hay nuevos. Pero a casi todos. ¿Qué quiere saber?

-Cuénteme alguna de sus historias.

Pedro se sintió halagado y se acarició la coleta.

-Bueno, ninguna es como la suya, todo un ingeniero industrial especializado en automoción, pero hay de todo. A mi derecha, en la mesa justo que está detrás, ¿ve a un hombre con el pelo blanco, muy alto, con perilla, que parece Don Quijote?

Álvaro miró disimuladamente.

-Veo a un hombre con el pelo blanco y con perilla, aunque no sé si es muy alto, porque está sentado.

-Pues es casi tan alto como usted. Ya lo verá cuando se levante.

-¿Y quién es?

-Se llama Eric, es francés. Debe tener mi edad, unos 70 años. Es médico.

-¿Médico?

-Sí. No vaya a creer que es el único aquí que ha estudiado. Trabajó como reumatólogo en un hospital de su país durante 17 años, pero perdió su trabajo. Hace tres años vino a Sevilla para cuidar a su hijo, enfermo de cáncer, y ayudar a su nuera. Vivía en la casa de él.

-¿Tenía una casa aquí?

-El no, su hijo. El caso es que la nuera lo echó de allí, cuando murió su hijo y se tuvo que alquilar un minúsculo apartamento en el centro, muy viejo y deteriorado, por 220 euros. La pensión que le quedó en Francia es de sólo 475 euros, así que figúrese lo que le queda para comer, pagar la luz, el agua, la comunidad...

Álvaro se acordó de la pareja de funcionarios que tenía debajo, del ejecutivo bancario y de sus otros vecinos que querían echarlo de su casa, si no pagaba los recibos.

-¿Y no tiene ahorros el francés?

-Si los tuvo, se los comió. Aquí no viene nadie que no lo necesite.

-Bueno, el primer día me contó Laura que poco antes de llegar yo no dejaron pasar al comedor a una pareja que venía de comprar ropa y no sé qué más. Traían las bolsas de El Corte Inglés.

-¿Laura? ¿Se refiere a la trabajadora social?

-Sí.

Pedro sonrió con mirada pícaro.

-Ese caso es excepcional. De todas maneras ¡a quién se le ocurre ir al Corte Inglés de compras y luego venir aquí con las bolsas! ¿Quiere que le presente a Eric? Es un tío muy majo.

-Ahora no, en otro momento.

El músico pasó a otro tema.

-¿Ve el hombre calvo que está sentado a su lado, de unos 50 años?

-¿Uno con la nariz torcida?

-Torcida y bien grande, sí. Se llama Juan Carlos. El tipo tenía una próspera empresa de instalación de material de riego y 12 empleados en nómina, antes de la crisis. Tuvo que cerrarla hace tres años porque ya no podía pagar los salarios. Hacienda, a la que le debe bastante dinero, le ha embargado las cuentas y su mala situación económica hizo que su esposa se divorciara de él. O él de ella. Ahora no tiene ingresos y vive en un coche.

Álvaro empezó a pensar que lo del frigorífico no era tan grave.

-El que está a su lado, justo detrás de mí -continuó Pedro-, es hijo único de un constructor bastante conocido. Desde los 19 años trabajaba en las empresas de su padre, viajaba por medio mundo, tenía visa de empresa, vivía en un inmueble de lujo y conducía un deportivo. Como Cristiano Ronaldo.

-Bueno, tampoco exagere.

-Usted me entiende. En 2009 la compañía dio un petardazo dejando fuertes deudas. Ahora vive en una caravana y viene todos los días aquí a comer.

4.

Álvaro iba al hospital todos los días a ver a Pablo, pero el informático tenía muchos cambios de humor: algunos días lo recibía con una sonrisa de oreja a oreja y se mostraba locuaz y dicharachero, como una persona feliz, dentro de lo que cabe; otros, sin embargo, se mostraba antipático y amargado. Había días, incluso, en que no le hablaba, como si estuviera en otro planeta. Álvaro lo achacó a las lesiones de la cabeza y no se lo tomaba a mal. Se sentaba en una silla y se ponía a leer, como si fuera su hermano mayor, delante de los ruidosos familiares de sus

otros dos compañeros de habitación, que siempre tenían allí a sus esposas, a sus hermanos, a sus padres o a sus hijos dando la brasa. No quería que Pablo se sintiera solo ni que se lo pareciera a los demás. Y si necesitaba un vaso de agua, una revista o ayuda para ir al cuarto de baño, ahí estaba él para prestársela

Durante una de sus visitas, apareció, por fin, un médico. Era un joven de unos 35 años, con un asombroso flequillo que le caía sobre la frente y casi le acariciaba las cejas. Se acercó a Pablo y le examinó el fondo de los ojos con su diminuta linterna, le pidió que abriera la boca para meterle unas pinzas con la que examinó la garganta y luego empezó a tocarle por la zona donde tenía la costilla fracturada. Y como suele pasar con los médicos, alcanzó pronto el sitio justo en el que el informático no pudo de dejar de emitir un lastimero ¡ay!. El lugar exacto donde se concentra todo el dolor. Luego le tocó la espalda y la pierna izquierda.

Cuando acabó el reconocimiento, el joven facultativo le indicó a Álvaro con una leve señal que le acompañara fuera de la habitación.

-¿Es usted familiar?

-No.

-¿No tiene ningún familiar en Sevilla?

-Tiene una hermana y su padre, pero perdieron el contacto hace un año.

-Ya. O sea, que usted es la única persona a la que le puede interesar su estado de salud.

-No la única, pero si la única que está en este momento aquí -aclaró él, pensando en Laura, Pedro y algún otro compañero del comedor.

-Bien. La costilla rota no me preocupa ni los moratones de la cara. Todo eso volverá a su sitio. Tardará un poco, pero volverá.

-¿Qué es lo que le preocupa?

-Debieron tirarlo por una escalera porque tiene los moratones en forma de rodillo a lo largo de todo el cuerpo. Uno de los golpes que se dio con uno de los escalones le ha provocado una pequeña lesión en la médula. Es probable que le quede una cojera en la pierna izquierda.

-¿Se va a quedar cojo?

-Podría haber sido peor. Un poco más arriba y se hubiera quedado en una silla de ruedas.

Álvaro cerró los ojos durante un par de segundos y puso un gesto de decepción.

-Hay otra cosa -dijo el médico-. El ojo derecho. Los animales que le hicieron esto le clavaron algún objeto punzante, seguramente un sacacorchos. He pedido la visita del oftalmólogo que pasará la semana que viene, porque ahora mismo solo tenemos tres en todo el hospital y estamos desbordados, porque han rescindido todos los contratos eventuales. Aunque no soy especialista, le puedo decir que lo más probable es que no recupere la visión de ese ojo. Los daños son muy graves y tiene la córnea destrozada.

A Álvaro la segunda mala noticia lo dejó mudo.

-Convendría que se lo fuera diciendo, o al menos, que lo fuera preparando. Ver con un solo ojo es muy diferente a poder ver con los dos. Para alguien que trabaje mucho con ordenadores es realmente incómodo y, además, castiga mucho al ojo bueno.

-De acuerdo, doctor. Se lo diré.

-Otra cosa. Su amigo es un poco raro y ciclotímico, ya sabe, con muchos cambios de humor, pero es un tipo muy valiente. Ninguna enfermera ni yo lo hemos visto nunca quejarse y le aseguro que no hay dosis de nolotil en el mercado que pueda paliar por completo el dolor que debe sentir ahora mismo en ese ojo.

-Gracias por la información.

-De nada.

Álvaro volvió rápidamente a la habitación, donde en ese momento, por primera vez que él recordara, no había ninguna esposa, cuñada, hijos o padres de los otros dos pacientes.

-¿Qué te ha dicho el doctor?

-Nada, que todo va según lo previsto. Estas cosas, ya se sabe, son lentas.

-Ya. Digo de mi ojo.

-Que tiene que estar doliéndote mucho y que no te quejas nunca. Que eres el paciente más valiente de todo el hospital.

Pablo hizo desde la cama una mueca que aspiraba a ser un esbozo de sonrisa, que se quedó en eso, un esbozo.

-¿Lo voy a perder?

-El oftalmólogo va a pasar a verte la semana que viene. A ver qué opina -comentó Álvaro quitándole importancia.

-¿Y él qué dice?

-Él no es oftalmólogo.

-¿Pero qué dice?

-Que lo puedes perder.

Él le hizo entonces un gesto con la mano a Álvaro para que se acercara más a su cara. Quería decirle algo pero no quería que se enteraran sus dos compañeros de habitación.

-¿Sabes qué? El del fondo, el que tiene la cara tan amarilla, tiene un cáncer de páncreas. Le dan dos meses de vida. Y el viejo que está aquí a mi lado tiene el pulmón hecho misto. No creo que ninguno de los dos salga de aquí. Vivo, quiero decir.

## **XIV. LA ORDEN DE SAN JUAN DE DIOS**

Laura tenía vocación de trabajadora social desde que era adolescente, cuando empezó a leer a Dickens. Sufría muchísimo, muy especialmente con los niños, y lloraba a lágrima viva en los capítulos más espeluznantes, pero estaba enganchada a sus libros. A los 18 ya se los había leído todos, agotado muchas cajas de clínex y matriculado en la Escuela de Trabajo Social de Sevilla, una carrera de tres años que le permitiría ejercer profesionalmente esa vocación de servicio a los más desfavorecidos. Cuando salió de la universidad, estuvo trabajando para la Diputación Provincial de Sevilla durante algún tiempo, pero de manera discontinua. Le hacían contratos de seis meses, la dejaban seis meses en paro, y la volvían a llamar, para otros seis meses. Conseguir una plaza fija de funcionario era un sueño inalcanzable. Se había presentado varias veces a las oposiciones pero las plazas se las llevaban siempre los interinos, un grupo muy numeroso que llevaba muchos años allí y que había entrado en la administración provincial por enchufes familiares o afinidades políticas con el partido que gobernaba en la Diputación. El enchufismo y la endogamia estaban muy extendidos en todas las instituciones y los “candidatos locales”, apadrinados por el catedrático del departamento, que los tenía de becarios a su servicio desde que empezaron el doctorado, también se llevaban las plazas de profesores en las universidades.

El trabajo de Laura consistía en visitar familias en riesgo de exclusión social, evaluar su situación y canalizar los recursos públicos disponibles para ayudarlas. No sólo eran familias con graves problemas económicos las que visitaba. En su campo de actuación se incluían también familias con discapacitados a su cargo o con mayores dependientes, familias desestructuradas porque el padre era alcohólico o drogadicto, o estaba en la cárcel, o familias con hijos en edad escolar que no iban al colegio. En estos últimos casos, las instrucciones que tenía eran tajantes: si no se garantizaba la escolarización efectiva de los niños, se cancelarían todas las ayudas económicas y se iniciarían los trámites legales para retirarle la custodia a los padres. Esos eran los casos que más temía Laura: tener que separar a los hijos de sus progenitores.

Ella había visto de todo y conocido casos que harían frotarse los ojos al mismísimo Dickens: casos de niños en pobreza extrema que se alimentaban de las cortezas de patata que conseguían en los contenedores de basura, casos de desnutrición severa propios de la posguerra, e incluso había conocido a hijas prostituidas por sus padres, o violadas por ellos desde los 12 ó 13 años hasta los 17 ó 18 con el consentimiento, o el conocimiento, de sus madres. En esos casos el envío a centros de acogida o la retirada de la custodia, si los hijos aún eran menores de edad, era inmediato.

También los servicios sociales cometían a veces errores irreparables que provocaban un sufrimiento inaudito a personas inocentes. Una compañera de Laura en la Diputación fue testigo de uno de ellos, cometido con una limpiadora de las Tres Mil Viviendas, un barrio muy problemático de Sevilla, líder en delincuencia y tráfico de drogas, a la que se le retiró al custodia de sus dos hijos pequeños, de 6 y 4 años de edad, por sus problemas con el alcohol. La mujer demostró al poco tiempo que estaba rehabilitada y un juez ordenó dar marcha atrás en el proceso de preadopción de los niños por parte de una familia de Dos Hermanas, localidad muy próxima a Sevilla. La Audiencia reconoció que los niños tenían que volver con su madre biológica, a la que Sara e Iván, como se llamaban sus hijos, daban entonces por muerta, pero el juez de familia consideró “irreversible” el proceso, tras vanos intentos de restablecer la unidad familiar.

La mujer, que se llamaba Carmen, estuvo más de diez años tratando de recuperar a sus hijos, pero solo obtuvo dinero: una indemnización judicial de 1,7 millones de euros por el “error” cometido, aunque esa cantidad nunca llegó a cobrarla, porque la Junta de Andalucía, responsable

de este terrible desaguisado, recurrió en última instancia ante el Tribunal Constitucional. Antes de que el recurso se fallase, la mujer murió de un cáncer de pulmón, que fue “consecuencia directa o indirecta del sufrimiento soportado”, según reconoció finalmente la Audiencia.

Desde muy joven Laura formaba parte de algunas comunidades cristianas de base que trabajaban en barriadas populares. Aunque la cúpula de la Iglesia dejaba mucho que desear, ella era consciente de que las parroquias eran los centros desde donde podía ayudar más a los demás, a través, principalmente de Cáritas, y empezó a colaborar con algunas de ellas, de forma desinteresada. Con el inicio de la crisis, precisamente cuando más trabajadores sociales hacían falta porque se habían multiplicado el número de familias que lo estaban pasando mal, la Diputación dejó de llamarla. No había dinero para contratos temporales, le dijeron. Sin embargo, a los pocos meses, el superior de la Orden de San Juan de Dios en Sevilla, que la conocía por su labor altruista en las parroquias, le ofreció un empleo como trabajadora social para un comedor que iban a abrir en el centro de la ciudad, en un antiguo convento de la orden. El sueldo era inferior al que cobraba en la Diputación, pero era un contrato indefinido “mientras podamos mantener abierto el comedor”. Ella aceptó sin dudarle y no se arrepintió, aunque durante esos cuatro años que llevaba allí había visto de todo, principalmente gente a la que la vida se le había torcido en algún momento, a menudo por sus propias decisiones, y que ya no había logrado enderezarla. Apenas disponía de recursos económicos propios para ayudarles, salvo para el pago de algún recibo de la luz o del agua, pero sí los podía conectar con la red de servicios sociales de las distintas administraciones. También les gestionaba pensiones no contributivas, salarios sociales y ayudas familiares. Por desgracia, no siempre podía conseguirlos, porque se habían recortado casi todas las partidas sociales y se concedían menos de la mitad de las que había algunos años antes.

1.

Laura sabía gestionar bien su estrés y no se bloqueaba en el trabajo, aunque cuando llegaba a casa por la noche necesitaba tomarse una copa de vino y desconectar de los casos que llevaba. Había estado varios días muy atareada con entrevistas a los nuevos que llegaban y de reuniones con sus jefes de la Orden y no había podido volver a ver a Álvaro desde que se despidieron a la puerta del cine. El olor a campo que desprendía él, cuando le besó la cara, lo tenía grabado, sin embargo, en su cabeza.

-Hola Álvaro, ¿quieres pasar? Ahora tengo un rato libre.

En su despacho, que se le antojaba antes una especie de sala de interrogatorios, Álvaro se sentía ahora a gusto. Su perspectiva del comedor había cambiado.

La trabajadora social le preguntó por Pablo y él le relató la conversación con el médico y la posibilidad de que se quedara cojo y sin un ojo. También cómo se había tomado él la noticia y lo que le había dicho el doctor acerca de los dolores que había soportado sin quejarse. El paciente más valiente del hospital.

-Es sorprendente, Laura. Nunca le he escuchado a Pablo durante todos estos días en el hospital ningún comentario acerca de los salvajes que le hicieron eso. Es como si no les guardara ningún rencor. Realmente este hombre está hecho de otra pasta.

-Sí, es sorprendente. Yo estaría muy cabreada con ellos. No obstante, en cuanto le den el alta, vamos los tres a poner la denuncia.

-Sí. Tienen que pagar por lo que han hecho.

-Por supuesto. Por cierto, me han dicho que se te ha estropeado el frigorífico de tu casa.



-¿Cómo te has enterado?

-Secreto profesional –sonrió-. Tenemos un voluntario muy apañado que nos ayuda en mantenimiento, cuando se nos estropea algún aparato en la cocina. Le voy a decir que vaya a verlo a ver si lo puede arreglar, si es que tiene arreglo.

-Te lo agradezco mucho, pero déjalo. No lo puedo pagar.

-No te preocupes. Tenemos una partida para esas cosas y este año no la hemos agotado todavía. No se nos han estropeado demasiadas todavía. Ha habido suerte.

-Gracias, Laura.

La trabajadora social le sonrió con los ojos

-Domingo, otro de nuestros voluntarios, me ha comentado que dispone de una lavadora en casa que no utiliza. La tenía en un apartamento que tiene alquilado, pero los nuevos inquilinos, una pareja joven, ya tenían una y no la querían. ¿Te vendría bien?

Álvaro se miró los nudillos. Los tenía agrietados y ásperos de lavar en la bañera con agua fría, por no hablar de la espalda, que la tenía molida.

-La verdad es que me vendría genial. ¿Cómo sabes que no tenía lavadora?

-No lo sabía....

-¿Alguna cosa más?

-¿Necesitas algo más?

-No, gracias. Ya no tengo más electrodomésticos.

2.

En el comedor tenían ese día lentejas y pescado frito. Álvaro se fue a la esquina preferida con su bandeja, donde el músico le estaba esperando. Pedro le advirtió de que las lentejas estaban demasiado saladas y el pescado demasiado frito. Si un mes no les llegaba el dinero o las donaciones de alimentos no eran suficientes, los cocineros no podían hacer milagros, aunque trabajaran para una orden de Dios, y se las aviaban como podían para no dejar sin comer a nadie. Una de las maneras era aprovechando más de la cuenta el aceite con el que se freían los huevos o el pescado, lo que producía esa impresión de estar demasiado frito, a pesar de lo cual todos los usuarios del comedor lo consumían con el mismo ansia que si se hubiera hecho con aceite virgen extra recién salido de la almazara.

-Álvaro, ¿quiere saber algo más de nuestros compañeros de mesa?

Pedro se rascó la cabeza. Ya había terminado de comer, pero no tenía prisa. Nadie le estaba esperando. A ninguna hora ni en ninguna parte.

-Mire a su izquierda.

Álvaro le hizo caso y vio a un hombre de unos cincuenta años con la cabeza rapada que cogía el tenedor como si fuera un bate de béisbol.

-Se llama Juan. Apenas he hablado con él un par de veces. Le recomiendo que no se acerques mucho, porque está loco. No sé qué enfermedad tiene, esquizofrenia, paranoia o lo que sea, pero mira muy raro. Dicen que mató a su mujer cuando era joven porque se lo dijo el demonio. El tío escuchaba voces dentro de su cabeza. Ha estado recluido veinte años y salió hace poco. Está muy medicado, pero como un día se le olvide tomar la medicación, va a armar la de San Quintín.

Álvaro se quedó con su cara y se propuso seguir su consejo.

-A su lado hay sentado otro que está también como un cencerro, el del pelo gris cortado a cepillo. No sé cómo se llama, pero dicen que mató a su hijo de 20 años, que debía estar tan loco como él. Por lo visto, fue en legítima defensa, el hijo lo apuñaló siete veces antes de que él lo

matara. A su madre también la había apuñalado.

-Supongo que les unen las aficiones comunes y por eso se sientan juntos...

Pedro empezó a reír.

-Esas aficiones acabarán matándolos. Álvaro, aparte de ellos dos ya no veo a ningún otro asesino aquí. Pero sí veo a unos cuantos alcohólicos y heroinómanos en fase de desintoxicación. Los alcohólicos suelen ser los de mayor edad, los drogadictos los más jóvenes.

Álvaro se acordó de Pablo: él estaría en el primer grupo.

-Oiga, Pedro, ¿usted por qué viene aquí?

Fue una pregunta que le salió de repente, sin pensarla, y de la que se arrepintió al instante. Incluso hizo un gesto con la mano, como diciéndole que lo olvidara. El músico se quedó pensando durante unos segundos antes de dar su respuesta.

-Seguramente para poder hablar con alguien. Lo de comer es lo de menos: con lo pequeño que soy, como lo que un pajarito y me puedo apañar con un bocadillo. Pero en casa solo tengo las paredes y la soledad me vuelve loco.

-Más que el hambre- dijo Álvaro, que se levantó de la silla y le puso la mano en el hombro con un gesto de confianza, antes de coger su bandeja y vaciarla en la papelera.

3.

A la mañana siguiente, una vez terminada su ruta diaria de búsqueda de empleo, saldada una vez más sin éxito, el ingeniero fue a la calle Tetuán a ver tocar a Pedro. No sabía exactamente el lugar donde se ponía, ni si era la misma esquina cada día, de modo que se recorrió la primera travesía comercial de Sevilla de un extremo a otro, empezando desde la Plaza Nueva, donde tenía su sede el Ayuntamiento. Algunos operarios municipales ataviados con cascos blancos y chalecos reflectantes de color amarillo empezaban a instalar al principio de la calle, a unos quince metros de altura, aupados por una grúa de color naranja rematada por una especie de ascensor, parte del cableado eléctrico del que colgarían en pocos días las luces navideñas. Era la calle peatonal más transitada de Sevilla y la preferida por músicos, acróbatas, mimos y estatuas humanas para ofrecer sus principales números al público. Había mucha gente de todo tipo yendo de un lugar para otro, pero eran pocos los que a esa hora tenían tiempo de pararse a contemplar algún espectáculo de malabarismo o la interpretación de una partitura de música clásica. Hacia la mitad de la calle, tras cruzarse con un joven violinista y un maduro flautista tipo perroflauta, vio a Pedro con su violín. Llevaba puesto un gastado frac de color negro, debajo del cual llevaba una camisa de manga larga que alguna vez debió ser blanca y que ahora tiraba a grisácea, con sus pequeños cuellos almidonados y una pajarita negra anudada a ellos. Sus viejos zapatos, de color negro, brillaban como estrellas en una noche de verano. Estaba tocando una pieza muy conocida, "El amor brujo" de Falla, y un pequeño corrillo de unas siete u ocho personas se había formado frente a él para escucharle. Álvaro se quedó detrás para que no lo viera, pero desde esa posición de retaguardia pudo constatar que Pedro se defendía bien, pese a su artrosis, con la famosa composición española que el ingeniero había escuchado varias veces en el teatro de la Maestranza, en compañía de Clara. Tal vez en alguna de ellas, cuando era quince o veinte años más joven, estuviera el propio Pedro sobre el escenario, tocando junto con sus compañeros de la Orquesta Sinfónica, frente a mil ochocientas personas, que les aplaudirían al acabar el concierto. Ese día, cuando acabó de tocar, fueron sólo los siete u ocho del corrillo los que le aplaudieron durante unos breves segundos, antes de soltar en su plato algunas monedas. Cuando se fue su público, se acercó Álvaro a felicitarlo.

-Pedro, toca usted muy bien. Debería hacerlo en alguna sala de conciertos.

El viejo músico se ajustó un poco la coleta.

-Ande, ande. ¿Vio usted al violinista que tocaba al principio de la calle?

El ingeniero asintió con la cabeza.

-¿Le gustó como tocaba? ¿le gustó más que yo?

-No, claro que no.

-Pues se llama Dimitri, es ruso y ha tocado en la Filarmónica de Moscú. La verdad es que toca mucho mejor que yo. Es un buen tipo. A veces nos vamos juntos a tomar una cerveza por algún bar de la zona, cuando acaba nuestra jornada laboral. Siempre me invita él porque saca mucho más dinero que yo. El tío, ya le digo, toca divinamente, como yo tocaba antes de la enfermedad- dijo mirándose los dedos.

-También he visto a un flautista con rastas.

-Ah. Ese es de Escocia. Se llama Collin y realmente sabe sacarle partido a un instrumento con tan pocos registros musicales como la flauta. Es otro que se apunta a las cervezas de después, aunque éste bebe tres veces más que nosotros y las coge de todos los colores. Se le pone la nariz roja y Dimitri y yo nos burlamos de él, aunque Collin jamás se ofende. Apenas sabe español, igual es que no se entera de nada. La verdad es que es buena gente –añadió-, aunque un poco excéntrico: lo he visto en pleno invierno tocando con una falda escocesa. Y en verano, con el calor que hace en Sevilla, lo he visto tocar al sol y ponerse rojo como un salmonete. A estos guiris del norte les encanta el sol. Como en sus países siempre está lloviendo o nublado.

Álvaro le preguntó cuánto tiempo llevaba ahí, en esa esquina. “Tres horas”, le dijo. “Aún me quedan otras cinco, aunque entre medias iré a comedor a tomarme algo caliente”. El ingeniero quería saber en realidad cuándo empezó a tocar en la calle. “Más de siete años”, confesó. Álvaro le preguntó que cuánto sacaba al día tocando. “Puf, ahora no más de nueve o diez euros. La gente está muy tiesa con la crisis. Antes, sacaba el triple. Todo el mundo soltaba un euro, había gente incluso que dos. Ahora te dejan veinte céntimos, los que te dejan algo”.

El músico le preguntó a Álvaro si tenía algo que hacer después. El ingeniero negó con la cabeza: tiempo era lo único que le sobraba. “Me gustaría enseñarle algo”, dijo. “De acuerdo”, asintió Álvaro.

Pedro guardó su violín en su caja, recogió el plato y levantó el campo. Ventajas de no tener jefe, ni contrato, ni horario fijo, ni Seguridad Social. Y lo condujo hasta su casa. Vivía cerca de allí, en un viejo edificio situado en una callejuela cercana a la Plaza del Duque, una de las más emblemáticas de la ciudad y que hasta principios de los años sesenta del pasado siglo albergaba un precioso palacio del siglo XVIII, perteneciente a una familia de la aristocracia sevillana, los Sánchez-Dalp, que la piqueta municipal de la época redujo a escombros, para escándalo e indignación de todos los amantes del patrimonio arquitectónico-histórico de Sevilla, que no eran muchos entonces ni lo eran tampoco ahora. Sobre el solar que quedó libre, una vez retirados los escombros, se levantó el primer Corte Inglés de la ciudad, un mastodóntico edificio de cinco plantas que acabó ocupando toda una manzana, salvo un pequeño mordisco en una de las esquinas que pertenecía a una tasca de más de cien años y no más de cien metros cuadrados que no se rindió ante las golosas ofertas económicas de su poderoso vecino. Una minúscula cuña de tradición y sevillanía, pues no hay nada más sevillano que una tasca cutre, en medio de la apabullante y glamurosa modernidad comercial que representan esos grandes almacenes.

El inmueble donde vivía Pedro no tenía ascensor y el viejo músico debía subir todos los días tres plantas de catorce peldaños cada una para llegar a su vivienda. Lo hizo despacio, descansando en cada planta unos segundos para tomar aire. Álvaro tenía 20 años menos y la

diferencia se notaba, porque él subía los escalones casi de dos en dos y no tuvo que pararse para descansar. “Está en forma, ingeniero”, le dijo Pedro medio asfixiado y con la respiración entrecortada, cuando alcanzaron por fin su puerta. Entraron en el destartado apartamento de Pedro y Álvaro pudo ver en una estantería muy larga que ocupaba, desde el suelo al techo, toda una pared del salón de la casa, la increíble colección de discos que había ido atesorando el músico. El ingeniero calculó que allí habría más de tres mil vinilos. “Esto es lo que quería enseñarle. No creo que haya nadie en Sevilla que tenga más discos de música clásica que yo. Muchos de ellos tienen cuarenta o cincuenta años y le aseguro que suenan tan bien o mejor que cualquier CD, para que luego digan que las cosas viejas no valen”.

Álvaro no era melómano, pero le impresionó esa extraordinaria acumulación de música, tanto que empezó a ojear por las estanterías los títulos de algunos discos. Había óperas, zarzuelas y casi todas las grabaciones antiguas, todas de gran calidad, de las mejores orquestas y solistas del mundo, desde Karajan a Bernstein, pasando por Mutti, Barenboim o Metta. Pedro recordaba todas ellas, los años en que se grabaron, la compañía que las produjo y el lugar físico donde se encontraban entre esos miles de discos que reposaban en las estanterías, sin necesidad de ningún GPS. Y se lo demostró.

-El día que le conocí en el comedor, me habló de un concierto de la Sinfónica en el Maestranza al que fue con su mujer. Fue el 22 de marzo de 1994. Tocamos la “serenata nocturna” de Mozart, una de sus piezas favoritas. ¿Lo recuerda?

Álvaro asintió con la cabeza y el anciano de la coleta se dirigió a un extremo de una de las estanterías y entre cientos de discos escogió uno. Luego se acercó a donde estaba el ingeniero y se lo enseñó.

-Esta es la mejor interpretación que se ha hecho de la “serenata nocturna” de Mozart. Es una grabación de 1968 de la Filarmónica de Berlín, una de las mejores orquestas del mundo, dirigida por Karajan. Sabemos que no era buena persona y que traía fritos a sus músicos con sus caprichos y extravagancias, pero era un genio de la música de los que nacen dos o tres en cada siglo en todo el mundo. Hacía que cada instrumento empastara con los otros en una perfecta sincronía.

Álvaro se quedó anonadado con la explicación de Pedro.

-¿Tiene tocadiscos en su casa?

El ingeniero tenía, en efecto, un viejo tocadiscos y algunos vinilos de los años setenta y principios de los ochenta, aunque no los ponía desde que Clara se fue de casa porque era ella la que más lo escuchaba.

-Me gustaría que se lo quedara. Creo que lo disfrutará tanto o más que yo. Aquí, como ve, tengo muchos discos y no lo echaré de menos. De la “serenata nocturna” debo tener al menos cinco o seis grabaciones distintas.

Álvaro aceptó el regalo. “Muy agradecido”, le dijo.

## XV. EL BESO

Laura y Álvaro volvían al hospital, como el sábado anterior, para ver a Pablo. El paciente estaba más animado y con mejor aspecto, dentro de lo que cabe. Aprovechando que ella fue al servicio, el informático trató de guiñarle un ojo, cosa que a duras penas pudo hacer porque aún tenía los párpados insensibilizados.

-Oye, ¿qué tal con la comecocos?

Álvaro ladeó la cabeza y encogió la boca, como diciéndole de qué hablas.

-Aunque ella es más joven y más guapa que tú, no hacéis mala pareja. Y a mí no me importa que te las traigas a casa e incluso se quede a dormir -dijo, sonriendo y poniendo hacia arriba el pulgar de su mano derecha.

-Hombre, muchas gracias. Eres muy considerado.

El médico dijo que en cuatro o cinco días le daría el alta. Había evolucionado bastante bien de sus lesiones. La costilla se le estaba soldando correctamente y la cara empezaba a recobrar lentamente su aspecto anterior a la paliza. El ojo derecho lo tenía inyectado en sangre, aún muy inflamado, y el oftalmólogo que había pasado a verlo el día anterior confirmó que era irrecuperable. Pablo ya se había mentalizado.

La cama del hombre de la cara amarilla estaba ocupada ahora por otra persona, un chico joven que había sufrido un accidente de moto. Tenía contusiones por todo el cuerpo y algunos huesos rotos, pero lo peor era la lesión en la médula. Iban a hacerle más pruebas pero tenía mal pronóstico. El hombre que estaba antes en su cama, el del cáncer de páncreas, había fallecido el día anterior.

Cuando salieron del hospital, Laura le propuso que fueran a tomar unas tapas por el barrio de Santa Cruz. Hacía sol y un día de invierno muy agradable. Estuvieron en un pequeño bar lleno de turistas, cerca del antiguo hospital de los Venerables, sede de una fundación cultural y de un centro de exposiciones de pintura del barroco. Allí podían verse cuadros de Velázquez, Murillo, Pacheco y Roelas, entre otros. Álvaro apenas pidió un montadito de jamón y una copa de vino. Le dijo a Laura que no tenía mucha hambre, aunque simplemente no quería hacerle mucho gasto. Él estaba acostumbrado a pagar siempre en los bares y restaurantes y se veía extraño en el papel inverso. Laura lo notó pero prefirió no insistir para que no se sintiera incómodo. Hablaron de todo un poco. Álvaro le habló de cómo eran sus padres y ella de los suyos. El ingeniero le dijo que ser hijo único tenía sus ventajas y sus inconvenientes: máxima atención, pero también máxima exigencia. “A los hijos únicos nos cuesta más compartir”, dijo. Laura no tenía ese problema: eran cuatro hermanos.

Tomando un vino en un bar o hablando con Laura, Álvaro se olvidaba momentáneamente de sus problemas. O los enfocaba de una manera menos dañina para su autoestima. El comedor social le había abierto los ojos: es verdad que estaba arruinado, que no encontraba trabajo, que en su casa no podía poner la calefacción y que su frigorífico daba pena verlo, pero ahora veía cosas que no veía antes: había muchos que estaban peor que él. Y algunos mucho peor. Por ejemplo, el compañero de habitación de Pablo, el motorista con la médula rota. O el que ocupaba antes su cama, más joven que él y ya fuera de circulación.

-Laura, el otro día soñé.

-¿En serio? Pues vaya noticia. Yo sueño todos los días.

-Pues yo hacía un año que no soñaba.

-¿Pero qué dices?

-Sí, dormía, algo, no mucho, pero no soñaba. Debía ser que me daban vuelta tantas cosas en la cabeza que no cabía ninguna más, ni un sueño.

-¿Y te acuerdas de qué soñaste?

-No, no me acuerdo, pero soñé. Y fue algo grande. Seguro.

-Debe ser una sensación extraña. Lástima que no lo recuerdes.

Álvaro se tocó el lóbulo de la oreja.

-Tal vez soñé contigo. Fue el sábado por la noche, después del día que estuvimos comiendo en un bar de la Alameda y fuimos al cine a ver esa película francesa.

Ella se acarició la barbilla.

-Si soñaste conmigo, espero que fuera un sueño agradable y placentero. Un bonito sueño.

-Me levanté muy descansado y muy contento, como hacía muchos meses que no me pasaba, así que seguro que lo fue.

Laura le lanzó una mirada divertida, pensando qué tipo de sueño habría sido.

-A veces, cuando me despierto después de un sueño muy intenso, estos sueños que se te pegan al cuerpo y que parecen tan reales, los apunto en un cuaderno que tengo en mi mesita de noche para que no se me olviden.

Álvaro le devolvió la mirada anterior.

-A partir de ahora voy a hacer eso para poder contártelo después.

-Hazlo, por favor. Y luego me lo cuentas.

Ella se tocó el pelo con cierta coquetería.

-Y si soñaste conmigo, ¿qué tipo de sueño te hubiera gustado tener?

Al ingeniero le gustaba el juego y se le ocurrían varias respuestas.

-Un viaje.

-¿Un viaje los dos solos?

-Sí.

-¿A dónde?

-A una playa.

-Muy original.

-Una playa en la que no hubiera gente. En la que estuviéramos solos, en la que nadie estuviera pendiente de nosotros.

-No creo que en una playa normal la gente estuviera pendiente de nosotros. No somos famosos sino personas normales. ¿Y qué más?

-¿Qué más qué?

-¿Qué más te gustaría que pasara en tu sueño?

-Puesssss daríamos un paseo por la tarde y veríamos la puesta de sol.

-¿Y qué más?

-Puesssss estaríamos charlando como ahora.

-¿Y ya está?

-¿Te parece poco?

-Para ser un sueño, no me parece gran cosa.

-Puessssss te abrazaría.

-Menos mal, esto se va poniendo interesante.

-Y te olería.

-¿Me olerías?

-Sí, el cuello. Tu piel huele a rosas.

-¿Y qué más?

-Tal vez te daría un beso.

-¿Tal vez?

-Bueno, te lo daría.

-Este sueño me empieza a gustar más...

-Un beso largo.

-¿Ah, sí?

-Sí, los besos, si son largos, mejor.

Álvaro se detuvo ahí. No quería colarse o pasarse de frenada.

-¿Algo más?

-Con un beso largo, ya sería un sueño casi perfecto para mí.

Laura acercó su silla a la de Álvaro e inclinó el cuerpo hacia delante, poniendo su cabeza a pocos centímetros de la suya.

-Hace un año que no le doy un beso largo a nadie.

-Yo tampoco.

Se lo dijo mirándole fijamente a los ojos. Luego ella bajó la mirada hasta sus labios. Y unos segundos después, los besó. Él los apretó suavemente y ella hizo lo mismo durante varios segundos. A continuación, abrió un poco la boca y recorrió sus labios con la punta de la lengua, saboreándolos. Así estuvieron más de un minuto, ajenos a todo lo que tenían a su alrededor y a los demás clientes del bar. Cuando por fin despegaron sus labios, ella se lamió los suyos con su lengua y dijo: “¡Qué beso más rico!”.

## XVI. LA DENUNCIA

El día que le dieron el alta a Pablo, Álvaro y Laura estuvieron en el hospital ayudándole con todos los trámites. El doctor del flequillo asombroso le apuntó en un papel toda la medicación que se tenía que tomar y cada cuánto tiempo. En la lista había de todo, aunque predominaban los antiinflamatorios, los analgésicos y los relajantes musculares. “Necesita dormir bien durante al menos un par de semanas para poder recuperarse de todas sus lesiones”, le advirtió. La noche anterior Álvaro le había preparado el que sería su dormitorio y que él venía utilizando como una especie de salita de estudio y de estar. Allí trasteaba con su viejo portátil sobre una mesa-camilla muy agradable para el invierno. Solo tuvo que añadirle una cama individual, que sacó del cuarto de invitados, para convertir esa estancia de la casa en un dormitorio completo, el segundo más grande de la casa.

Laura había llevado al hospital una pequeña maleta que le había comprado para que guardara todas sus cosas, que no eran muchas, a las que había añadido ropa limpia del ropero del comedor, que le vendría muy bien en esta época del año, y un par de zapatos. En la ambulancia que lo trasladó al hospital, tras la paliza, había perdido los que llevaba puestos. Pablo le dio las gracias a Laura y se los puso inmediatamente. Luego salió por su pie de la habitación, aunque cojeando ostensiblemente de la pierna derecha. La trabajadora social también le había comprado un parche de color negro para que se lo pusiera sobre el ojo que había perdido. Se lo ató a la cabeza y se miró a un espejo: ¡Je,je, parezco un pirata!

Antes de llegar a su nuevo hogar, los dos le acompañaron a la comisaría de Policía más cercana, situada cerca de la basílica de la Macarena, para poner la denuncia contra sus agresores. No tuvieron que esperar mucho, como antaño, cuando perdías horas en este trámite: casi todas las denuncias se ponían ahora por Internet de manera inmediata. El policía que los atendió los hizo pasar a un pequeño despacho y le preguntó al informático cómo había sido la agresión y si vino precedida de alguna provocación previa.

Pablo se vio obligado a recordar esos duros momentos, pero lo hizo sin que le temblara la voz. “Estaba durmiendo en una de las esquinas de la plaza de los Azahares, debajo de unos cartones porque esa noche hacía bastante frío, cuando escuché unas voces y unas risas. Eran una pandilla de chavales de 16 ó 18 años. No vi a más de cinco. Iban bien vestidos, unos chavales normales. Uno de ellos empezó a mearse encima de mí y los demás empezaron a insultarme, diciéndome “escoria”, “basura” “parásito”, “vago”, “hijodeputa” “muérete” y cosas así”.

A Laura y Álvaro no les había contado eso y Pablo los miró, como disculpándose. Luego tragó saliva y respiró hondo, mientras el policía lo apuntaba todo en su ordenador.

-¿Le golpearon entonces?

-Sí. Recuerdo la quemazón de la cara y también la sangre que me caía, pero hubo un golpe en la cabeza más fuerte que los anteriores que me hizo perder el conocimiento y ya no recuerdo nada más.

-Dicen los médicos que recibió un golpe en el ojo derecho con un objeto punzante, como un sacacorchos. ¿Lo recuerda?

-Sí, pero no me dio tiempo a verlo.

El policía completaba la denuncia sin separar los ojos de la pantalla.

-¿Cree que reconocería a los agresores si los volviera a ver?

-A uno de ellos, sí.

-Bien, vamos a buscar en nuestros archivos a todas las personas con antecedentes por este tipo



de violencia y le vamos a llamar para ver si reconoce a alguna. Me tendrá que dar su teléfono para que lo podamos avisar.

Pablo negó con la cabeza, no tenía número de teléfono ni familia que le pudiera recoger un recado, pero Laura salió al quite de inmediato, dando el suyo.

-De acuerdo. También intentaremos hacer un retrato-robot de su agresor con un programa informático, en el caso de que no pueda identificarlo en las fotos que le enseñemos.

El policía imprimió la denuncia y le dio una copia a Pablo para que la firmara. El informático miró el papel con su único ojo sano y la firmó.

1.

Después de salir de la comisaría, los tres tuvieron la sensación de haberse quitado un peso de encima. “Has sido muy valiente y has hecho lo correcto”, le dijo la trabajadora social. “Espero que los cojan”, dijo Álvaro. “Y que los castiguen como se merecen”, añadió Laura.

Cruzaron el arco de la Macarena y enfilaron la calle San Luis, en dirección a la casa de Álvaro. Pablo tenía que andar muy despacio, cojeando de la pierna izquierda. Era un paseo agradable por una calle estrecha, muy transitada a esa hora, a la que daba nombre la iglesia barroca de San Luis de los franceses, una preciosa capilla del siglo XVII. Pasaron por varios puestos de frutas, pajarerías y pequeñas tiendas y comercios, antes de llegar a la Plaza del Pumarejo, donde un antiguo palacio del siglo XVIII, abandonado a su suerte, había sido ocupado por un grupo de jóvenes de estética abertzale que habían hecho de él su hogar, después de echar abajo la puerta, ante la indignación de los vecinos, que le pedían al Ayuntamiento y a la Policía mano dura contra los ocupas. En esa plaza, frecuentada por familias y por niños, siempre había indigentes y drogadictos que tenían a cuarenta metros un centro de dispensación de metadona. Pablo se fijó en uno de ellos que estaba bebiendo una botella de cerveza. Tal vez lo conocía o tal vez había dormido alguna vez en esa plaza. Ni Álvaro ni ella quisieron preguntar.

Unos quinientos metros más adelante se encontraron con la plaza de San Marcos, a la que daba nombre otra iglesia del mismo nombre. Esa plaza tenía un ambiente muy diferente: niños con sus bicicletas, madres y padres con sus bebés y algunas personas mayores sentadas en los bancos.

Siguieron por la calle Bustos Tavera hasta la iglesia de Santa Catalina, otra joya del barroco que se caía a pedazos y llevaba cerrada siete años. Y cinco minutos más tarde llegaron al bloque de pisos donde vivía Álvaro. Tenía una bonita placita ajardinada y un portal espacioso, de edificio antiguo y lujoso. Costaba mucho creer que ahí pudiera vivir alguien que visitaba a diario un comedor social. Laura se fijó mucho en todos los detalles del hall, el sofá de piel para la visitas, los buzones de madera maciza, el ascensor y la casetilla del portero, recuerdo de los buenos tiempos en los que aún no había porteros automáticos. “¿Quieres subir?”, le preguntó Álvaro sin mucha convicción. Le daba vergüenza enseñarle su casa en el estado en el que se encontraba, pero no podía reconocerlo. Ella se dio cuenta y rechazó cortésmente la invitación. “Gracias, pero tengo un poco de prisa. Y vosotros tendréis trabajo ahora hasta que se instale Pablo”, dijo.

El informático le sonrió: “Vale, Laura, puedes irte, pero puedes venir siempre que quieras. Incluso te puedes quedar a dormir”. La trabajadora social le devolvió la sonrisa.

El piso del ingeniero era el tercero derecha. Cuando abrieron la puerta y el informático vio el gran salón que tenía la casa, dijo: “¡Vaya choza, ingeniero! ¡Qué bien te pagaban en la fábrica!”. Álvaro no dijo nada y lo condujo a su dormitorio. Sobre la cama había unas sábanas limpias dobladas y unas mantas. En medio estaba la mesa camilla y detrás había un armario, que Álvaro

abrió.

-Aquí puedes guardar tu ropa.

La casa era muy fría y en ese momento no debía hacer más de 8 ó 10 grados.

-Siento el frío, pero la calefacción no funciona. Y si funcionara, tampoco podría ponerla.

-Tranquilo, Álvaro, que yo no vivía en el palacio de Buckingham.

-Puedes utilizar el cuarto de baño que está aquí al lado. La ducha está un poco rota, pero funciona. El agua caliente solo la pongo un día a la semana. La chica que me cocina y me limpia la casa está indispuesta esta semana, así que tendrás que recoger tus cosas después de utilizar el baño y dejarlo todo como estaba -le dijo con ironía.

“Gracias”, le guiñó un ojo, el bueno, Pablo. “Por cierto, ¿me puedes prestar tu ordenador?”. El ingeniero se acordó del viejo portátil de su dormitorio, pero antes le preguntó para qué lo quería. “Llevo años pensando en crear una red social para cofradieros y me voy a poner manos a la obra inmediatamente”.

Al poco rato, apareció el ingeniero con el aparato.

-Joder, ¿este cacharro de qué año es? Seguro que su sistema operativo es Windows XP o incluso uno anterior- se rió.

-Pues lo siento, pero es el único que tengo. Lo que tampoco tengo es conexión a Internet.

-No me digas. ¿Un problema con el banco, eh? Pues necesito Internet para bajarme algunas cosas que voy a necesitar. Pero no hay problema: usaremos la conexión de tus vecinos.

Pablo no parecía que llevara meses viviendo en la calle ni tan poco tiempo sin dejar de beber, cuatro meses, según le había dicho Laura.

-Veo que estás bastante recuperado y con ganas de trabajar.

-Sí. Lo tengo todo en la cabeza. Creo que va a ser un éxito.

Álvaro se sentó a su lado, junto a la mesa-camilla.

-¿Te puedo hacer una pregunta?

-Como si estuvieras en tu casa...

-¿Cuánto tiempo fuiste alcohólico?

Pablo cerró los ojos tratando de recordar.

-Un alcohólico lo es toda su vida, pero llevo ya casi cinco meses sin probar ni una gota de alcohol. Y pienso que no voy a volver a caer en eso. Precisamente porque no se me olvida lo que hice ni lo que me hizo sufrir el alcohol.

-¿Cuándo empezaste a beber? -insistió.

-Sin darme cuenta, poco a poco. Desde dos años antes de dejar la fábrica me tomaba tres o cuatro copas al día. Una caía siempre antes de acostarme. Luego, bebí bastante más, más del doble, y empezaba antes, a media mañana. En total, calculo que estuve bebiendo unos nueve años aproximadamente.

La fortaleza mental de Álvaro, que no había caído en ninguna adicción, ni siquiera durante ese último año de desastres y desgracias, le había hecho sentirse superior a Pablo y a todos los que, como él, sucumbían al alcohol o a otras drogas para tratar de olvidar sus problemas. Sin embargo, no veía nada en el informático, una persona que empezaba a conocer, que no pudiera pasarle a él alguna vez, en un momento dado. Ya no estaba tan seguro de lo fuerte que era o creía ser.

-Pues he leído que el alcohol va comiéndote las neuronas. No parece que ese haya sido tu caso. Las tienes bastante activas.

-¿Tú crees? Tengo mis días, ¿eh? No sé si las neuronas, pero desde luego te va comiendo la vida, las ilusiones y las fuerzas para remontar. Es el peor anestésico que existe: te inmoviliza y no te permite avanzar.

-Pues respecto a lo de Internet, todos mis vecinos tienen ADSL menos yo.

-Y todos tendrán una clave de seguridad, pero eso no va a ser ningún problema. Recuerda que soy informático.

Pablo hizo un gesto de dolor cuando se sentó, junto a la mesa-camilla, pero rápidamente se recuperó y arrancó el ordenador. Pronto empezó a trastear con el cacharro, quejándose de lo lento que era y de la poca memoria que tenía.

-¡Joder, vaya antigualla!

2.

El día anterior el técnico del que le había hablado Laura había ido a casa de Álvaro a ver el frigorífico y llevarle la lavadora de Domingo. Tenía unas gafas negras de pasta no demasiado grandes, el rostro pálido y una perilla negra muy fina que parecía dibujada con un compás de tinta china. Aunque andaría cerca de los 35, tenía cara de niño. El frigorífico tenía una avería en el compresor que el hombre le reparó en menos de una hora, aunque tuvo que salir a comprar una pieza de repuesto. Cuando acabó, el motor volvió a sonar y la luz a encenderse.

-¿Listo! Estos antiguos electrodomésticos alemanes son la leche. He visto algunos AEG con más de cuarenta años que siguen funcionando. Ahora ya nada se hace así, todo está pensado para que tengas que cambiarlo a los cinco o siete años.

-Fatiga de materiales.

-¿Cómo dice?

-Perdone, estaba hablando para mí. Tenía una asignatura en la carrera que se llamaba fatiga de materiales y que hablaba de todo eso, de la resistencia y duración de las cosas. Y me lo ha recordado

-¿Es usted ingeniero?

-Sí.

-Yo empecé a estudiar Ingeniero Industrial cuando salí del instituto, pero no aprobé ni una asignatura y me echaron de la Escuela. Me fui a peritos y ya no era tan difícil.

-¿La acabó?

-Sí, aunque tardé cuatro años. Y estuve trabajando durante ocho en una pequeña empresa de frío industrial. Pero llegó la crisis y nuestro mejor cliente quebró. Era una cadena de supermercados. Su ruina nos arrastró a nosotros. Nos dejaron muchas facturas sin pagar y no pudimos sobrevivir. Ahora me dedico a arreglar electrodomésticos.

-¿Y cómo le va?

-No me va mal. Antes la gente los tiraba y se compraba uno nuevo, cuando se estropeaban. Casi todos los técnicos de electrodomésticos se quedaron sin trabajo durante la época del “boom” y tuvieron que buscarse la vida en otra cosa, pero ahora es al revés. El arreglo de electrodomésticos, los talleres de zapatería y los de costura son sectores en expansión. La crisis me ha permitido ganarme la vida con estos arreglos y dar de comer a mi hijo pequeño.

El hombre le dejó la lavadora funcionando.

-Le aseguro que ésta, que tiene quince años menos, no le va a durar tanto como el frigorífico, pero le hará el avío durante dos o tres años.

Álvaro le dio las gracias y le ofreció una propina de 5 euros, que era todo el dinero del que disponía, según sus metódicos cálculos, para sobrevivir ese día y el siguiente.

El técnico rechazó el billete con la mano y en su lugar le tendió una tarjeta.

-Si se le estropea algo y los de la Orden no pueden ayudarle, llámeme a ese teléfono. No le cobraré nada, salvo el material que necesite para el arreglo, aunque espero que no me tenga que llamar.

-Yo también lo espero. Es usted muy amable. Muchas gracias.

3.

La primera noche en su nuevo hogar, Pablo cayó a plomo en la cama y no se despertó hasta diez horas después. En el hospital apenas había podido pegar ojo durante las tres semanas que estuvo hospitalizado porque sus compañeros de habitación hacían mucho ruido por la noche. Si les dolía algo mucho de repente, daban un grito desgarrador; si no era mucho, pero el dolor no se pasaba, se quejaban con un ay, ay, ay no muy alto pero muy seguido, con el que tampoco era posible conciliar el sueño. El hombre mayor que tenía a su lado, el del pulmón destrozado, roncaba mucho y eso tampoco le dejaba dormir. Eran ronquidos largos e intensos que hubieran despertado a una marmota en invierno. Por la mañana Pablo intentaba dormir, pero entonces eran los familiares de sus compañeros de habitación los que no le dejaban. Nunca se callaban, hablaban mucho y de todo, y a veces muy alto, aunque era peor cuando venían los niños, que se ponían a corretear y a gritar por la habitación.

Álvaro, que apenas podía dormir cuatro horas seguidas, y a las siete de la mañana, como muy tarde, ya estaba en planta, se asomó varias veces a la puerta de la habitación de su invitado, que dormía plácidamente como un bebé. Sin el parche en el ojo se hacían más visibles en su rostro amoratado la brutalidad y la maldad humanas. Le dio pena despertarlo y se fue a la cocina a tomar un café. Luego salió de casa a buscar trabajo, aunque cada día con menos convicción.

Pablo no quiso volver al comedor hasta recuperarse del todo y Álvaro le preguntó al día siguiente a la cocinera si podía llevarse una ración para él en un táper de plástico. La cocinera le dijo que cómo no y se la preparó. Álvaro no era creyente, pero le estaba muy agradecido a la Orden de San Juan de Dios. Había encontrado un plato de comida caliente todos los días, pero sobre todo había encontrado compañía en muchos de sus compañeros de mesa. Laura era un caso aparte: ella le había hecho sentirse vivo de nuevo. Como hacía un año que no se sentía.

Cuando llegó a casa, Pablo seguía en su habitación, trasteando con el ordenador. Le dejó el táper encima de la mesa y le trajo un plato y dos cubiertos. "Tomátelo ahora, aún está caliente".

El informático sacó su único ojo vivo de la pantalla y abrió rápidamente el táper para volcarlo. Comió con voracidad, como si no hubiera desayunado.

-Estaba muerto de hambre: es que no he desayunado-, se disculpó.

Álvaro le explicó dónde estaba el café y le garantizó que en el frigorífico siempre habría leche, huevos, yogures y peras, su fruta favorita, además de barata.

-Gracias, Álvaro. ¿Sabes que tienes un vecino muy generoso?

-¿Sí?, -se sorprendió él-. ¿Quién?

-Petardo254. No ha puesto clave de seguridad. Estoy navegando con su red.

-No sé quién puede ser, pero en cuanto se dé cuenta de que le estamos chupando minutos de su conexión, la pondrá.

-Es posible, pero si eso sucede, descifraré su clave. De momento, no hace falta.

A Pablo se le vía muy ilusionado con su proyecto:

-La red social permitirá conectar a todos los semanaseros de Sevilla. Y estoy trabajando en una aplicación para móviles que permitirá conocer en tiempo real la posición de todas las cofradías, el público que hay en cada lugar en ese momento, etcétera, además de todos los

nombres de todos los hermanos de todas las cofradías, sus datos más curiosos, su historia. Todo lo que uno quiera saber sobre las hermandades. ¿Qué te parece?

Álvaro no estaba muy puesto en redes sociales. Ni siquiera tenía cuenta en Facebook.

-¿Y cuánta gente tendría que apuntarse a esa red para que tú pudieras ganar dinero con ella?

-Si se conectaran cien mil personas, bastante.

-¿Cien mil personas? Eso es mucha gente.

Sí, pero en Sevilla todo el mundo es de alguna hermandad. La gente aquí es muy friqui con las cofradías. Y esta red va a ser tan friqui como ellos.

4.

Eran las diez en punto de la mañana y Álvaro y Pablo estaban sentados en el pequeño despacho del subinspector Ramírez, de la comisaría de Policía del distrito Macarena, donde días antes habían puesto la denuncia. El ingeniero se había ofrecido a acompañar al informático y éste se lo agradeció. Aunque trataba de disimularlo, se le notaba nervioso. Tenía que ver cientos de fotos entre las cuales podría estar la del chaval que le clavó un sacacorchos en un ojo y le había dejado de por vida con un parche de pirata. Tenía grabada en su cabeza esa cara de odio y esa mirada de perro rabioso, de modo que estaba seguro que lo reconocería si lo viera. El subinspector era un señor de unos 55 años con grandes gafas marrones de pasta y un abundante bigote negro y blanco. Antes de enseñarles las imágenes de los sospechosos en la pantalla de un ordenador, el hombre había comentado que las agresiones a personas que vivían en la calle, mendigos, indigentes, etcétera, habían aumentado mucho con la crisis. Y también el número de personas de ideología ultra que las cometían, aunque la mayoría de estos actos delictivos no se denunciaban por miedo a posibles represalias.” La mayoría de las víctimas no tenían familia ni personas que los apoyaran”, dijo el policía. Pablo miró entonces a Álvaro.

El agente le pidió al informático que se sentara con él frente al ordenador para que fuera viendo imágenes de los delincuentes que tenían fichados. Por la pantalla empezaron a desfilan un montón de rostros que no le decían nada. Todos, o casi todos, tenían aspecto de criminales consumados. Todos, o casi todos, tenían tatuajes o pendientes. Muchos eran cabezas rapadas. Pablo seguía mirando pero negaba con la cabeza una y otra vez, a medida que pasaban las fotos. El policía le preguntó qué ocurría.

-Eran chavales normales. No parecían delincuentes. Me temo que no los vamos a encontrar en ninguna ficha policial.

El subinspector le pidió que tuviera calma, que todavía quedaban fotos por ver. Pablo siguió viéndolas durante unos diez minutos. Acabó agotado y decepcionado. El policía le pidió que se tomara un descanso y que volviera en un rato para hacer el retrato-robot del cabecilla del grupo, el que le clavó el sacacorchos.

Álvaro y Pablo salieron fuera de la comisaría y se pusieron al sol. Hacía frío en la calle, pero se estaba mejor que dentro.

-No vamos a dar con ellos. No tienen antecedentes.

Álvaro le pidió paciencia y volvieron al despacho. Con la ayuda de un programa informático, Pablo y el subinspector lograron un retrato-robot del agresor. Tenía la cara de cualquier adolescente, la de un chaval bien parecido pero en el que ningún rasgo físico destacaba por encima de los demás. Los ojos los tenía muy abiertos, como con gesto enfadado, y la boca estaba en tensión, como a punto de hablar. O de gritar. O de insultar. El pelo lo tenía bastante largo y las patillas eran anchas y generosas, en forma de hacha.



## XVII. EL ALCOHOL

Muchos de los usuarios del comedor no tenían familia o habían perdido el contacto con ella, como Pablo. Tras ser despedido de la fábrica y que su mujer lo abandonara, sus problemas con el alcohol fueron en aumento. La pérdida de su madre, a la que estaba muy unido, como consecuencia de un cáncer, marcó el inicio de su caída en el abismo de tinieblas en el que llevaba casi siete años. Fue como si le dejara de interesar el mundo y solo pudiera superar esa apatía y desinterés por todo lo que rodeaba bebiendo. Bebiendo hasta perder la conciencia e incluso el placer de beber, porque beber, hasta cierto punto, hasta cierta dosis, era un placer, un inmenso placer; pero superada esa dosis ideal, se convertía en otra cosa. Todas las adicciones se parecían mucho: de tanto insistir y abusar, se acababa por dejar de disfrutar con ellas. Había que seguir tomándolas, pero perdían su poder lúdico, su magnetismo irresistible, su extraordinaria capacidad para hacer gozar más de la vida y de hacerle sentir al que las consume que el mundo era mejor con ellas de tu lado. Los ricos se drogaban para divertirse y los pobres para olvidar, pero si no andaban listos a los ricos les pasaba igual que a los pobres y acababan haciéndolo para perder la memoria y olvidarse de sí mismos. El mendigo apóstol, uno de los compañeros de mesa de Álvaro en el comedor, era un tipo normal, con un trabajo normal en una ferretería, con una mujer normal, que cuidaba de su familia, y dos hijos normales, que iban al colegio. Un tipo normal al que las máquinas tragaperras habían arruinado la vida. Empezó a echar monedas en ellas como tantas otras personas hacen en los bingos o en los casinos: por la posibilidad cierta de ganar dinero. Pero cuando cruzas la frontera de la ludopatía o la de cualquier adicción, ya no sabes para qué juegas ni por qué te drogas. Ganar dinero deja de ser la motivación para jugar. Como el jugador de Dostoievski, el mendigo apóstol jugaba por la adrenalina que le producía la incertidumbre de la suerte, por no saber lo que iba a pasar, y el hecho de ganar o perder pasaba, desde ese momento, a un segundo plano. De hecho, a un ludópata le da igual ganar o perder porque nunca va a dejar de jugar hasta que pierda. En esa íntima pulsión humana radica la sostenibilidad y rentabilidad de todos los casinos y máquinas tragaperras del mundo. Esa era la base del negocio. Los profesionales del juego, los peores enemigos de los casinos, no actúan así: ellos tienen un plan, con unos objetivos que tratan de alcanzar a través de una estrategia. Los ludópatas no tienen ningún plan ni estrategia más allá de jugar hasta quedarse sin dinero, sin familia y sin nada.

Pablo había estado bebiendo durante seis años seguidos hasta que perdió todo eso, pero llegó a ese punto de lucidez que pocos alcohólicos llegan a alcanzar en vida, ya que suelen morir antes. El informático vio que su vida ya no era mejor con el alcohol y tuvo el coraje y la determinación de dejar de beber en vez de dejarse morir. Y se agarró a un proyecto, a una ilusión. Por el camino vio desaparecer a algunos de los compañeros de botella con quienes compartió esa adicción, de cuyos restos nadie quería hacerse cargo. Laura se lo había contado a Álvaro porque le había tocado tramitar alguno de esos casos antes de trabajar en el comedor.

El ingeniero se acercó de nuevo a su dormitorio para preguntarle qué tal estaba. Él le dijo que bien y le pidió que se sentara. Eran las diez de la noche, cada uno acababa de comerse un bocadillo de salchichas con un vaso de agua y los dos estaban sentados en la mesa-camilla del salón con un par de mantas por encima para combatir el frío. Los dos llevaban puesto un gorro en la cabeza que Álvaro había comprado en los chinos por un euro. Parecían los actores de un anuncio de solidaridad navideña o de caridad cristiana del tipo “ponga a un mendigo en su mesa”. Pablo llevaba puesto el parche y aún asomaban en su cara las huellas de la paliza recibida.

-Cuando vivía con mi mujer, llegaba borracho a casa. La única actividad a la que me dediqué,

después de perder mi trabajo, fue la de destruirme, la de no dejar rastro de mí mismo. Perdí a mis amigos, perdí a mi padre, a mi hermana y a mi mujer. ¿Tú por qué perdiste a la tuya?

Álvaro no había hablado de eso con nadie, ni siquiera con Laura. Pero él fue el que había empezado preguntándole a Pablo por su alcoholismo.

-Después de agotar el paro y de estar tres años buscando trabajo, Clara me dijo que ella se pondría a trabajar. La primera vez que me lo sugirió le dije que ni hablar, que yo seguiría siendo el sostén económico de los dos, como hasta ese momento. Al mes me lo volvió a decir. Las facturas nos agobiaban y nuestros ahorros se estaban acabando. La situación empezaba a ser desesperada y ella insistió. Y fue la primera vez en mi vida que le grité. Y la última. ¿Te lo puedes creer? Habíamos discutido algunas veces, pero jamás ninguno de los dos había dicho hasta entonces una palabra más alta que la otra.

-¿Te dejó por eso?

-No, aunque yo estaba siempre malhumorado y cabreado con el mundo y empezaba a pagarlo con ella. En aquella segunda ocasión se calló y no dijo nada, pero no era difícil adivinar en su cara lo mal que le había sentado mi reacción. A los dos meses, fui a llevar mi currículum a una empresa de oficinas de Sevilla-1, donde había visto que buscaban ingenieros e informáticos. Me había retrasado con otras cosas y se me había hecho un poco tarde. Serían las doce del mediodía cuando crucé el hall en dirección a recepción para presentar el currículum y hablar con alguien de Recursos Humanos. Y fue al fondo, junto a la zona de ascensores, donde me pareció ver a Clara.

Álvaro respiró hondo y Pablo intuyó su dolor.

-Llevaba el pelo recogido y tenía puesta una bata verde con el nombre de una contrata de limpieza. ¿Clara? me pregunté. Me acerqué y era ella. Había bastante gente a su alrededor. Hombres trajeados que salían del ascensor. Mujeres vestidas con falda y chaqueta que subían a hacer alguna gestión en alguna de las muchas oficinas que había en el edificio. Vendedores, conserjes, estudiantes... Había de todo. Cuando vi a Clara limpiar la puerta del ascensor con una bayeta blanca, la ira se apoderó de mí y le di una bofetada. Fue una reacción violenta, automática, sin pensar. Ella cayó al suelo. En ese momento, todo el mundo que pasaba cerca del ascensor se quedó paralizado, mirándome, y se hizo un terrible silencio en el hall. Un vigilante de seguridad vino corriendo hacia mí. Yo también me quedé paralizado y horrorizado por mi reacción. Jamás le había puesto una mano encima a Clara. Ni a Clara ni a nadie. Del labio inferior de mi mujer brotó un hilito de sangre que lentamente se deslizó hasta su barbilla. Me tiré al suelo, le pedí perdón e intenté ayudarla a levantarse, pero el guardia que había alcanzado mi posición me lo impidió. “Señor, déjela en paz o llamo a la Policía”, me dijo.

Pablo vio que a Álvaro se le hundían los ojos al recordar la escena. Y que le costaba mucho hablar.

-Me quedé mirando a Clara, pidiéndole de nuevo perdón. El vigilante se había puesto entre los dos. Ella logró levantarse sin mi ayuda y fue entonces cuando me miró de una manera que nunca olvidaré. Su mirada duró apenas unos segundos pero desde el primero de ellos supe, sin ningún género de dudas, que la había perdido. Había perdido a mi mujer, la única persona que me importaba en la vida. Lo único que me quedaba. El vigilante me expulsó del edificio y pocas horas más tarde, Clara llegó a casa con una maleta vacía, la llenó con toda la ropa que había en su armario, y se fue. Durante ese tiempo intenté hablar con ella desesperadamente, me puse de rodillas, le supliqué que me perdonara, pero ella no dijo nada, ni un reproche, ni un insulto, ni un comentario. Nada. Sólo al final, cuando acabaron mis ruegos, me dijo: “Álvaro, no me busques. Prométémelo. Dame tu palabra”. Esas fueron sus únicas y últimas palabras. Y yo se la di.

-¿Y qué pasó después? -preguntó Pablo.



-No me puso ninguna denuncia por malos tratos ni puso ninguna demanda de separación, ni me pidió ni un solo euro en concepto de nada. Salió de la casa en la que había vivido durante veinte años, una casa que también era suya, con una pequeña maleta. Ligera de equipaje, como decía Machado.

-¿Y no has vuelto a saber nada de ella?

-A las dos semanas me llamó Marcos, ofreciéndome dinero. No era la primera vez. Y le respondí lo mismo. Le di las gracias y le dije que no lo necesitaba. Entonces es cuando me dijo que Clara estaba en Barcelona y que estaba bien. No me explicó nada más, pero tampoco hacía falta.

-¿Crees que están juntos?

-Marcos siempre estuvo enamorado de ella, aunque jamás interfirió en nuestra relación. Yo lo estropeé todo y no tengo derecho a quejarme.

-¿Y desde entonces no sabes nada más?

-Marcos me llama cada semana para preguntarme qué tal estoy y si necesito dinero. Creo que es Clara la que le insiste en ese tema. Pero yo siempre le digo lo mismo. Y él siempre me dice después: "Clara está bien". Y yo siempre le doy las gracias. A pesar de que ya ha pasado un año, me despierto todas las mañanas pensando en ese día, en lo que pasó, en mi forma de actuar. Arrepentirse no sirve de nada y es frustrante no poder dar marcha atrás.

-Tal vez sea mejor así, Álvaro. O tal vez ella necesite más tiempo para volver a hablar contigo. O para perdonarte. Y tú también tienes que perdonarte a ti mismo por lo que pasó.

Álvaro agachó un poco la cabeza.

-Eso es casi más difícil. Tuve muchas pesadillas con esa escena durante meses. Unas veces la mataba, otras ella era la que me mataba a mí. En algunas, yo la mataba y luego me tiraba por una ventana. Afortunadamente, se me están pasando.

Pablo agarró a su compañero de piso por un brazo y trató de consolarlo.

-Tú tienes mucho menos que perdonarte que yo. Yo he malgastado un montón de dinero por culpa del alcohol que ahora me vendría muy bien. Me he ido de putas, me he pegado a navajazos en los bares con otros borrachos como yo, he llegado a casa tambaleándome decenas de veces. Y he insultado a mi mujer y la he puesto en ridículo delante de otras personas. He hecho todas las cagadas que te puedas imaginar. Las peores cagadas del mundo. Y cuando fui consciente de eso, ya era tarde. Mi mujer me había dejado y yo ya había jodido mi vida. Pero en realidad nunca es tarde del todo. Aún estoy vivo: de milagro, pero sigo vivo. Y puedo intentar cambiar algunas cosas. No volveré a avergonzar a nadie ni avergonzarme a mí mismo. Quiero recuperar la vida que tenía antes. No con mi mujer, claro, porque eso ya no es posible, pero quiero tener mi propia casa, poder comprarme un libro o ir al cine o a la playa, esas cosas sencillas que dan la felicidad y que el alcohol me arrebató.

Álvaro empezó a toser. Una tos mala.

-Yo lo único que no he perdido durante este último año es la tos- bromeó.

1.

Al día siguiente, cuando salió de casa, Álvaro se encontró a pocos metros de su portal a la farmacéutica. Como siempre, la mujer iba perfectamente peinada, como recién salida de la peluquería. Era una mujer aún atractiva que le saludó cariñosamente.

-No tiene buena cara, señor Peña -dijo.

El ingeniero se excusó diciendo que no había dormido muy bien la noche anterior y la mujer le

pidió que se pasara por la farmacia a por algún tranquilizante o algún somnífero suave. Álvaro le agradeció su ofrecimiento. Cuando Clara se fue, tuvo que empezar a tomar unos antidepresivos que la farmacéutica le recomendó. También le ofreció unas pastillas para dormir, que él rechazó, a pesar de que no pegaba ojo. Los antidepresivos le resultaban imprescindibles porque sin ellos muchos días no tendría fuerzas ni para levantarse por las mañanas. Pedro le había presentado en el comedor a un hombre que había estado dos años sin salir de su cama. El tipo contó que esa decisión, la de no salir de la cama, tenía precedentes familiares. Su abuelo paterno y un tío suyo, por parte de madre, también habían pasado, al parecer, largos períodos en cama sin ninguna enfermedad física que los justificara. Todo estaba en la cabeza, decía el hombre, señalándose la sesera con el dedo índice, y contando que un día, sin más, algo le dijo ahí dentro que no se le ocurriera salir de la cama. El hombre ya no quería saber nada del mundo exterior y así se lo comunicó a su madre, que no debió de extrañarse tanto a la vista de los antecedentes. Tenía 22 años y dejó de ir a la Facultad y de salir por las noches con sus amigos. No solía recibir en el dormitorio pero en determinadas circunstancias admitía alguna visita. Estuvo así un año, hasta que un día, sin saber cómo, logró salir de su dormitorio. Y luego de la casa. Y así volvió a la vida, como si nunca la hubiera abandonado. Veinte años después tuvo una recaída y volvió a refugiarse en su cama, el único sitio donde se sentía seguro. Entonces tenía 42 años, una mujer y un hijo de 9. A su esposa no le sorprendió porque poco antes de casarse se lo advirtió: “Llegará un día en que vuelva a la cama y no quiera salir de allí. Me pasó con 22 años y me volverá a a pasar”, le había dicho. La mujer se asustó, pero él la tranquilizó. “Son cosas de familia”.

Pero esta segunda vez tuvo peores consecuencias que la primera. Aunque duró casi lo mismo, un año y medio aproximadamente, perdió su trabajo de contable en una empresa de transportes. Los médicos de la Seguridad Social empezaron concediéndole bajas laborales por distintos conceptos como “estrés”, “fatiga emocional”, “fobias”, “miedo insuperable” y “depresión”, que fueron alternándose en el tiempo. La primera baja era por fobias, a las que seguía luego un miedo insuperable, que acababa finalmente en estrés y depresión; pero transcurridos ocho meses sin que el paciente mostrara ningún deseo de volver a trabajar ni tampoco signos de ninguna enfermedad mental, le obligaron a incorporarse a su puesto de trabajo. Él se negó entonces a salir de su cama y lo despidieron sin indemnización ni derecho a paro. A los doce meses de esto, ya con una situación económica desesperada y con una orden de desahucio de la casa familiar, donde vivía con su mujer y su hija, el hombre se levantó un día de la cama y salió tranquilamente de la habitación, como si nada hubiera pasado. Su mujer acabaría abandonándolo y él terminaría en el comedor social de San Juan de Dios.

## XVIII. EL AGRESOR

Al día siguiente, Laura volvió a preguntar a Álvaro por Pablo. El ingeniero le dijo que estaba bien, trabajando mucho con el ordenador.

-Dice que está a punto de terminar de diseñar una app para móviles que le va a hacer de oro.

-¿Y de sus lesiones cómo está?

-Su costilla está curada y las heridas y contusiones de la cara casi también. No se quita en todo el día el parche que le regalaste. No veas el cariño que le ha cogido.

Ella sonrió y le preguntó por la sesión de fotos en la comisaría.

-No pudo identificar a nadie. Dice que está seguro de que ninguno de los que le pegaron está fichado por la Policía.

El fin de semana anterior otro grupo de jóvenes le había dado una paliza nocturna a un usuario del comedor, mientras dormía en una céntrica plaza de la ciudad. El hombre había sido atacado, al parecer, con una barra de hierro y uno de los agresores le había herido en un ojo con un objeto punzante, posiblemente un sacacorchos. “Son los mismos”, dijo Álvaro, cuando Laura se lo contó. “La policía no tiene a ningún sospechoso, pero dice que va a extremar la vigilancia por las noches en las plazas donde se ponen los sintecho”, comentó ella.

El ingeniero volvió a casa con su “táper” del comedor. Pablo estaba trasteando con el ordenador en su dormitorio. “Traigo comida. Está caliente”, dijo él. El informático cerró la pantalla rápidamente y se fue al salón. Álvaro no quería contarle nada de la nueva paliza a un indigente y encendió la televisión, un viejo aparato que no estaba en la lista de sus electrodomésticos favoritos. Faltaba poco para las 3, la hora del telediario, y en la 1 ponían un programa de cotilleos sobre la vida privada de los famosos, que tenía bastante más audiencia que los informativos. A la gente le interesaba más el embarazo de una cantante, los problemas con la Justicia de un futbolista famoso o la ruptura sentimental de una pareja de actores norteamericanos que las malas noticias económicas, o de políticos corruptos, con cuentas millonarias en Suiza, que solían dar los telediarios. Mientras Pablo devoraba el puchero y la ensaladilla que el ingeniero le había traído del comedor, Álvaro se estaba tomando un yogur natural azucarado de marca blanca. Los dos estaban mirando la tele sin prestarle demasiada atención, cuando el informático dejó de repente de comer y señaló con el brazo a la pantalla. “¡Es ése!”, dijo, casi atragantándose. “¿Quién?”, preguntó Álvaro. “¡Ése, el chico del pelo largo y de las patillas!”, repitió Pablo. En la pantalla aparecía un conocido torero posando en su cortijo sevillano con su mujer y sus dos hijos. Álvaro había señalado al mayor de los niños. ¿Lo conoces? preguntó. “Sí, es el cabecilla de la pandilla, el que se me meó encima”.

1.

Laura, Álvaro y Pablo volvieron a la tarde siguiente a la Comisaría de la Macarena donde el informático había puesto la denuncia. Los atendió el subinspector Ramírez. “Sé quién es la persona que me agredió”, le dijo. “¿Lo ha vuelto a ver?”, preguntó el hombre.” Sí, lo vi ayer”. “¿Dónde?” “En la tele”, contestó él. “¿Cómo?”, preguntó el policía.” En un programa de cotilleos de la 1”, explicó el informático. “¿Está usted seguro?” Totalmente, agente”. “¿Sabe su nombre?” “Sí. Rafael Montoya”. “¿El torero?” No, su hijo mayor”.

El policía dejó de escribir en el ordenador y se frotó los ojos.

-¿El hijo del torero es el que le dio la paliza?

-Era el líder del grupo que me la dio. El que hablaba, el que daba las órdenes. Estoy seguro. El subinspector le preguntó si había algún otro testigo y Pablo le dijo que no.

-Estábamos solos, ellos cinco y yo.

-Bien, si está tan seguro, veremos qué puedo hacer.

Laura saltó como una leona:

-¿Que qué puede hacer usted? ¡Pues detenerlo!, ¿no?

-Mire, señora. Estamos hablando de una familia muy conocida en Sevilla. Si lo detuviera, la noticia saldría no sólo en ese programa de cotilleos sino en todos los telediarios nacionales y antes debemos asegurarnos bien de lo que pasó. Estaba muy oscuro, el señor Chacón podría haber bebido y confundirse de persona.

Pablo acercó su cabeza a la del policía, como cuando un futbolista se encara con otro en el campo tras recibir una patada por detrás.

-Llevo cuatro meses sin probar ni una sola gota y lo vi claramente, sin ningún género de dudas. Es posible que también pueda identificar a sus amigos, pero a éste lo he identificado claramente como el líder de esos cabrones.

-De acuerdo. Hablaré con el juez. Le avisaré cuando él esté aquí para que proceda a su identificación.

-Gracias, subinspector -dijo Laura.

La trabajadora social salió indignada de la comisaría. “Es de una familia muy conocida, es de una familia muy conocida. ¿y qué? Si el chico le ha dado una paliza, tendrá que responder por ello, ¿no?. Menuda policía tenemos”. Álvaro intentó calmarla: “Cálmate. Todo se arreglará. Lo van a llamar a declarar. Está claro que este policía no quiere problemas, pero me parece que se ha equivocado de profesión”...

## **XIX. EL TORERO**

Todo el que quería destacar en Sevilla, lo que en el argot sevillano se llama figurar, tenía que ser hermano mayor de alguna cofradía, ser pregonero de la Semana Santa, hacerse presidente del Sevilla o del Betis, o salir de rey mago en la Cabalgata de Reyes. Eran los puestos más estratégicos de la ciudad, los que tenían más visibilidad social, por encima incluso del alcalde o de cualquier otro cargo público. Aparte de ellos, si había algo en Sevilla que se veneraba, muy por encima de médicos, investigadores o científicos, era un torero. Si Bill Gates hubiera nacido en Sevilla, seguramente no se le hubiera apreciado tanto como a una figura del toreo. En la ciudad se respetaba mucho a los futbolistas y a los cantaores, pero los toreros estaban un escalón por encima en el ranking de popularidad y de reconocimiento social. Eran los primeros de la lista.

Rafael Montoya, ya retirado, había sido uno de los grandes toreros de Sevilla. Había nacido en el arrabal de Triana y la pasión por el toreo había prendido en su cabeza desde que era muy pequeño. Procedía de una familia humilde y con 11 años se apuntó a una escuela taurina. Pocos años después, gracias a su talento con la muleta, logró abrirse camino como novillero sin padrinos ni ayudas de nadie. Tuvo que torear varias temporadas por apenas cuatro duros en plazas portátiles, verbenas y ferriuchas de mala muerte de pueblos perdidos en el mapa para ir haciéndose un nombre. Lo logró. Con 16 años ya le llamaban “el nuevo Manolete” y el día que tomó la alternativa en la Plaza de Toros de la Maestranza cortó dos orejas a su segundo toro, algo que no había logrado jamás ningún otro torero el día de su estreno. Hubiera salido a hombros por la Puerta del Príncipe, el mayor reconocimiento que puede lograr un torero en Sevilla, de no ser por su poco acierto con la espada en el primero de su lote. En el segundo atinó y se hizo con los dos apéndices del astado. No tardaría mucho en abrir las puertas de la gloria y de la Maestranza porque a partir de ahí su carrera despegó como un cohete y se convirtió en una de las grandes figuras del toreo en España.

Llenaba todas las plazas a donde iba y su caché crecía proporcionalmente a su fama. Moreno, guapo, con buena planta y muy valiente, era la viva imagen del triunfo que todo el mundo quería ver y todas las mujeres tocar. Estuvo toreando treinta años en los mejores cosos de España y América, de los cuales, al menos, diez, fue el primero del escalafón en número de corridas y número de orejas cortadas. Se hizo millonario y se compró un cortijo y una ganadería, que es lo que hacen los toreros de éxito antes de casarse con una modelo, una cantante o la hija de un ganadero, como fue su caso. Supo retirarse a tiempo, cuando la gloria aún le reservaba su sitio en la historia, y se convirtió en uno de los personajes más respetados de Sevilla. Montoya era el hombre al que todo el mundo quería invitar a su fiesta o a su acto benéfico, otra cosa muy característica de la ciudad, y con 60 años recién cumplidos se dedicaba a la cría de reses bravas en una finca de diez mil hectáreas cercana a Sevilla que se había comprado a base de sangre, sudor y lágrimas y de darle pellizcos a la muerte. Tuvo tres cornadas muy graves y de las tres salió entero. Y estuvo presente cuando un toro de 600 kilos le metió el pitón por el ojo a otro conocido torero de Jerez, amigo íntimo suyo. Las imágenes de la espeluznante cornada dieron la vuelta al mundo. El diestro estuvo a punto de morir, pero los toreros son de otra pasta, de la materia de la que están hechos algunos sueños, y logró milagrosamente sobrevivir. El ojo que le arrancó el toro de cuajo se lo tapaba con un parche negro, como el de Pablo. Cuando salía a la plaza, todo el mundo le aplaudía, antes de que saliera el toro.

1.

El comedor social se llenaba en Navidad. Se trataba de una época en la que nadie quería estar solo y en la todo el mundo se sentía obligado a ser feliz o a ser un poco menos infeliz de lo habitual. Para Álvaro la visita al comedor se había convertido en el mejor momento del día. Aún recordaba su primera vez, sus prevenciones, su miedo a ser descubierto por alguien conocido, su escasa empatía con los demás, incluso el asco que le dio alguno de ellos por ese olor a leche cortada que le impidió comer nada durante aquella primera visita. Pero aunque apenas habían pasado dos meses, todo eso le parecía ya muy lejano. Se había hecho amigo de Pedro, el músico; le caía bien a las cocineras, que le llenaban hasta arriba el plato; se había reencontrado con Pablo, el informático, a quien había acogido en su casa, y había conocido a Laura, la trabajadora social.

El primer día, cuando le abrió la ficha, soportaba sus preguntas como un terrorista chiíta las de un oficial americano en Guantánamo y le irritaba tener que dar tantas explicaciones para que le dejaran pasar al comedor; pero luego, a medida que la fue conociendo, empezó a disfrutar de esos interrogatorios. Ella había puesto también de su parte, porque se había salido del papel de antipática interrogadora para ponerse más de una vez en el lugar del interrogado, y durante las últimas entrevistas no se había comportado como el médico con su paciente sino como un amigo con otro amigo, gracias a lo cual había podido averiguar algunas cosas de su vida personal, como las relaciones con sus padres, su temprana vocación social o la muerte trágica de su marido por una terrible enfermedad. Y todo lo que había ido descubriendo de ella no había hecho sino aumentar esa curiosidad inicial que sintió al conocerla, a la que no era ajena en absoluto ese cierto parecido físico con Clara y ese ángel a lo Audrey Hepburn que despedía su mirada. Ni esa distancia (señor Peña, doña Laura) que los dos se habían marcado desde el principio para ir socavándola sin prisas pero sin pausas.

Los dos últimos sábados con Laura habían sido para él los mejores días del año, casi los dos únicos días buenos que podía recordar del peor año de su vida, el año en el que perdió a su mujer y acabó de hundirse en la miseria. Todavía en alguna parte de su corazón aleteaba alguna remota esperanza de que Clara volviera con él y lo perdonara.

En su despacho y con su bata blanca, Laura lo esperaba. Cuando él entró, acercó su silla al centro de la habitación para que la mesa no se interpusiera en su contacto visual.

-¿Cómo está Pablo?

-Está bien. Mucho mejor. La cara la tiene ya bastante recuperada. Creo que en una semana volverá al comedor.

-¡Qué bien! ¿Y se adapta bien a vivir contigo en tu casa?

-Sí, bastante bien. Él tiene su dormitorio y yo el mío. Y cada uno tiene su cuarto de baño.

-Eso ayuda, desde luego.

-Y está todo el día en su cuarto, trabajando con el ordenador en su red social.

-Genial. Tener un proyecto entre manos es mejor que cualquier antidepresivo. ¿Hay alguna novedad del tema de la denuncia?

-No, que yo sepa.

-¿Crees que van a investigar al hijo del torero?

-Eso espero. Pablo estaba seguro de que era él.

-No sé, me da mala espina. Sin antecedentes, un adolescente de buena familia. Además, muy conocida en la ciudad. No es fácil que se atrevan con todo eso. Si esto hubiera ocurrido en Madrid o Barcelona, quién sabe, pero Sevilla es como un pueblo grande, donde todo el mundo se conoce.

-Por eso pienso que lo van a coger. Es difícil mantener un secreto tan gordo en una ciudad

como ésta. Tiene que haber otros testigos, personas que lo hayan visto. Estaba claro que no era la primera vez.

-Ojalá tengas razón.

-Ojalá.

-Umm. ¿Sabes qué? Me han pasado dos entradas para “Madama Butterfly” este viernes en el teatro Maestranza. ¿Te gustaría acompañarme? Bueno, no te he preguntado siquiera si te gusta la ópera.

-La verdad es que hace más de tres años que no voy a un concierto en directo.

-¿Y...?

-Me encantaría.

-¡Perfecto! El viernes nos vemos a las 8,20 en la puerta del teatro. El concierto empieza a las 8,30.

Cuando Álvaro llegó a casa, encendió su viejo tocadiscos y puso el disco que le había regalado Pedro para ir abriendo boca. “La serenata nocturna” de Mozart le recordaba a Clara.

## XX. EL POLICÍA

El subinspector Ramírez buscó en la base de datos del Cuerpo cualquier cosa que tuviera que ver con Rafael Montoya, el hijo del torero. Negativo. Nunca había sido detenido por la Policía Nacional ni por la Guardia Civil ni su nombre figuraba en ningún expediente judicial abierto en España. Como suponía, el chaval no tenía antecedentes: estaba limpio. Luego llamó a un amigo suyo que trabajaba en la Policía Local para preguntarle si el chico tenía alguna multa de tráfico o había participado en algún incidente nocturno o altercado del que la Policía Local hubiera realizado algún atestado oficial, aunque no hubiera llegado finalmente a ningún juzgado. A veces ocurría: alguna pelea o riña tumultuaria, como lo definía el Código Penal, de la que luego nadie presentaba denuncia y se archivaba sin más. Si aparecía algo, lo que fuera, tendría alguna pista por la que empezar.

“¿Tú qué crees?”, le preguntó el juez que instruía el caso, tras leer la denuncia de Pablo en la que identificaba al hijo de Montoya.

El togado, que llevaba dos años destinado en el Juzgado de Menores de Sevilla, era un hombre de unos 50 años, alto, bien parecido, elegante, pelo blanco abundante, al que le encantaban los toros y Rafael Montoya. Había sido un juez de vocación tardía, puesto que había ejercido la abogacía en un bufete madrileño durante quince años antes de prepararse, ya talludito, las oposiciones a Judicatura, que sacó con uno de los primeros números. El hombre no podía ocultar que era de Madrid por su acento, aunque también podría haber sido de Valladolid o de Burgos. Los funcionarios del Juzgado le habían puesto el mote de don Eses, no sólo porque no dejaba de pronunciar una, a diferencia del resto de sus compañeros, que se comían las eses finales y las desintervocálicas de los participios, como determina el uso lingüístico en Andalucía, sino que la arrastraba durante un par de segundos de una forma un tanto cómica. “Él siempre decía “traígame usted los papeless” en vez del más andaluz “miarma, lo papele”.

El policía le dijo al juez que no veía ningún motivo para que la víctima mintiera, pero que lo investigaría. No sería la primera denuncia falsa que alguien ponía contra una celebridad o contra el hijo de una celebridad.

-Ramírez, no digo que este individuo mienta, pero este caso me da mala espina. Sin testigos, un indigente, un niño rico y un torero. Tenemos que andar con pies de plomo. Hay que conseguir algún indicio antes de llamarlo a declarar. El chico vendrá con su padre y con un ejército de abogados caros que nos van a poner la cabeza hecha un bombo.

-Por supuesto, señoría.

-Por no hablar de los periodistas, que van a convertir esto en un circo.

Don Eses sabía de lo que hablaba. Él había sido uno de esos abogados caros que sacaban de quicio a cualquier juez o fiscal. Sabía que el testimonio de la víctima tenía varios flancos vulnerables: era un indigente, podría haber bebido aquella noche o tomado alguna sustancia, y era de noche, o sea, estaba oscuro. Y el hijo del torero podría buscarse una coartada fácilmente. Con dinero, él lo sabía bien, todo era más fácil. Y fue precisamente por eso, por la adulteración de unas pruebas y por la compra de un falso testigo por parte de uno de sus clientes por lo que decidió dejar de ejercer la abogacía. Defendía a un alto ejecutivo de una importante multinacional de una acusación de acoso laboral y sexual de su exsecretaria. El testimonio de la chica era coherente y parecía sincero, pero unos investigadores sin escrúpulos que el tipo había contratado a sus espaldas compraron un testigo que desmontó sus tesis y la presentó ante un jurado como una persona inestable y desequilibrada. Y no contentos con eso, los investigadores presentaron



también unos emails falsos, según los cuales, era la chica la que estaba obsesionada con su jefe, un hombre de reputación intachable que contribuía a multitud de causas benéficas, como se encargaría de subrayar don Eses con su depurada y persuasiva dialéctica. El tipo era culpable pero salió absuelto. La chica quedó como una zorra mentirosa y acabó tirándose una noche al canal de Isabel II. Cuando, meses después, averiguó por casualidad que el testigo y los emails estaban manipulados, denunció a su cliente y decidió pasarse a la otra acera e impartir justicia. No quería seguir contribuyendo a esa farsa de justicia en la que unos siempre tenían las de ganar frente a los otros.

## XXI. LA ÓPERA

Puntual y perfumado llevó Álvaro a la puerta del teatro Maestranza, donde un numeroso grupo de personas muy bien arregladas, la mayoría de mediana edad, se disponía a entrar en el moderno coliseo. El ingeniero repetía el ochentero abrigo austríaco de paño verde de la cita anterior y los viejos e incómodos zapatos italianos de color negro que le habían torturado los dedos de los pies y a los que había tratado de sacar brillo. Pablo le había ayudado con algunos complementos, como una bufanda azul, que había rescatado de un armario y que le daba un toque de distinción. “Llega a la hora que quieras. Esta noche no te voy a esperar despierto”, bromeó su compañero de piso, que llevaba varios días seguidos de muy buen humor.

Laura llegó a los cinco minutos vestida con un elegante traje de chaqueta de color gris y aupada diez centímetros sobre unos finos zapatos negros de tacón de aguja. Se había arreglado más de lo habitual: se había puesto colorete en las mejillas y maquillado los ojos con un poco de pintura azul. También se había pintado los labios de color rojo. Estaba realmente bella, pensó Álvaro nada más verla.

Cuando entraron en el impresionante hall del teatro, el ingeniero lo miraba todo, las lámparas, los sillones, las escaleras, las cristalerías, la zona de tiendas, tratando de recordar aquellas lejanas noches de invierno y primavera en las que él venía con Clara a ver alguna ópera. Todo parecía estar igual, en el mismo sitio, como si nada hubiera cambiado, pero a él todo le parecía distinto. Ya no era la misma persona y tampoco estaba Clara. Sonó el primer aviso (“señoras, señores, faltan cinco minutos para que comience la representación”) y rápidamente fueron a buscar sus asientos. El patio de butacas estaba completamente lleno y en la terraza, que allí se llamaba “paraíso”, tampoco cabía un alfiler. En total, había mil ochocientas personas. La alta burguesía sevillana se mantenía fiel a su coqueto teatro lírico desde que se inauguró en 1991, un año antes de la Exposición Universal. Aunque todavía no era un público muy entendido, como el del Real o el Liceo, pues apenas había podido ver más de dos o tres “traviatas”, “toscas” o “bohemes”, sí era un espectador cálido y entusiasta que suplía con pasión sevillana, no exenta de novelaría, su evidente falta de experiencia. En Madrid y Barcelona llevaban siglos viendo óperas, pero a los sevillanos, que solo llevaban veintipocos años, esto les daba igual. Ellos se consideraban igual de entendidos y si algún madrileño o barcelonés de cuarta generación liceísta se le ponía a vacilar al respecto, no dudaban en recordarle que más de cien óperas del repertorio universal estaban ambientadas en Sevilla, lo que no se podía decir ni de Madrid ni de Barcelona.

La obra que vieron Álvaro y Laura transcurrió al modo sevillano con un público cuyo entusiasmo indescriptible le llevó a interrumpir con aplausos un aria, o a aplaudir como los hinchas del fútbol o los fans de un cantante de pop el final de un fraseo, en medio de la representación, lo que no sucedía en ningún otro teatro español o europeo de primer nivel; pero ese era justamente el hecho diferencial del Maestranza y lo que hacía que los directores musicales que venían a Sevilla se acostumbraran a tener que parar a la orquesta hasta que los vehementes “hooligans” sevillanos dejaban continuar la obra.

Quienes no se quejaban jamás del público sevillano eran los cantantes. Todos ellos, ya fueran españoles, italianos, franceses, rusos, alemanes o norteamericanos, sabían que en la Scala de Milán o en el Real de Madrid corrían el riesgo de ser abucheados por el sector más ultra del público si tenían una mala noche, mientras que en Sevilla lo más que les podía pasar es que no los aplaudieran en medio de la representación y que lo hicieran “sólo” al final. Por esa razón, todos querían venir aquí, donde el triunfo estaba prácticamente asegurado, y se hacían lenguas de lo

“maravilloso” y “cariñoso” que era este público del sur, hasta el punto de que algunos de ellos, los que más actuaban en la ciudad, se hicieron tan adictos al aplauso en medio de la representación que empezaron a considerar fríos y descorteses a los entendidos aficionados centroeuropeos que tenían por costumbre, desde hacía tres siglos, dar su veredicto inapelable sólo al final de cada acto.

En el tercero y último de “Madama Butterfly”, Laura empatizó tanto con la protagonista, cuando descubrió que su amante y padre de su hijo se había casado con otra, que las lágrimas empezaron a brotar lentamente de sus ojos hasta acabar desbordándose como un grifo abierto y embravecido, a medida que Butterfly avanzaba inexorablemente hacia su trágico destino. La preciosa música de Puccini adornaba los últimos y desgarradores lamentos de la geisha japonesa y Álvaro pudo ver entonces con el rabillo del ojo que cuando ésta se despedía de su pequeño dormido, cogía el cuchillo y se iba detrás de un biombo a darse muerte, la cara de la trabajadora social estaba completamente bañada en lágrimas.

Un público lloroso y emocionado rompió en aplausos poco antes de la apoteosis final impidiendo a la orquesta hacerse oír en sus últimas notas. Cayó por fin el telón después de tres horas de sufrimiento y Álvaro, al que no se le había escapado ni una lágrima, le pasó un pañuelo de papel a la trabajadora social, que lo agarró con una mano húmeda, sin poder dejar de llorar. El público se había puesto en pie a aplaudir y los gritos de ¡bravo! ya no dejarían de escucharse en el teatro durante los siguientes cinco minutos.

En el bar donde repostaron tras la representación, en el barrio del Arenal, muy cerca del teatro, el ingeniero le preguntó a Laura si siempre se emocionaba tanto en la ópera. No, me pasa sólo en esta, dijo ella, ya recuperada, aunque luego matizó. “En la Traviata también”. Ciertamente había muchas óperas en las que la protagonista moría, bien por su propia mano, como en “Madama Butterfly”, bien por la de alguna enfermedad o virus oportunista que la iba consumiendo a lo largo de la representación hasta dejarla exánime. Realmente antes de que cayera el telón alguien tenía que morir; si no era ella, tenía que ser él en un lance heroico asociado al hecho amoroso, o vilmente asesinado por los proactivos enemigos de Cupido.

A Álvaro le había emocionado mucho más ver llorar a Laura a moco tendido que ver a Butterfly renunciar a su vida y a su hijo por Pinkerton, un capullo norteamericano que llevaba tres años sin dar señales de vida.

-Te había visto reír, tampoco mucho, la verdad, pero nunca te había visto llorar.

-Ay, yo soy muy llorona, aunque nunca lo hago en público, salvo en la ópera. Pensarás que soy una tonta pero llorar me sirve para liberar la tensión. Es como abrir un tapón de una bañera que empieza a desbordarse. ¿Tú cómo liberas la tensión?

-No lo sé. A veces le pego un puñetazo a la pared, aunque siempre me hago daño en los nudillos y eso también me genera tensión, sobre todo si tengo que ir después a Urgencias a que me curen.

-¿Nunca lloras?

Álvaro no quiso recordar sus lágrimas de rabia e impotencia en su coche alguna mañana, antes de salir a buscar trabajo.

-No lo sé, no lo recuerdo. Tampoco es que tuviera motivos para hacerlo. La vida me iba bien, tenía un buen trabajo y vivía con la persona de la que estaba enamorado. Eso fue hasta que cumplí los 50.

-¿Y después?

-Después la vida me ha dado algún motivo para llorar.

-Comprendo...

-Tú eres todavía joven, pero cuanto mayor te haces, más te cuesta aceptar tus limitaciones y llega inevitablemente un momento en que sientes que lo mejor ya pasó y que a partir de entonces tu vida ya solo puede empeorar. Es una sensación descorazonadora. Cuando sientes eso, te quedas vacío por dentro y sin ganas de luchar.

-¿Y no debería ser al revés? Cuanto mayor eres, más deberías relativizar las cosas y darte cuenta de que no merece la pena sufrir demasiado por nada. Sobre todo por nada que no tenga arreglo.

Álvaro se fijó en las manos de Laura, que aleteaba revueltas, mientras hablaba. Tenía los dedos largos y finos, muy transparentes. Le parecieron unas manos realmente bonitas.

Ella también se fijó en las manos de él. Las tenía fuertes, con dedos largos y velludos. Le parecieron manos muy viriles y protectoras.

-¿Recuerdas cuándo fue la última vez que lloraste, Álvaro?

-Sí.

La mirada del ingeniero se había teñido de tinieblas. Laura le agarró la mano y él se la apretó.

-Hace un año, cuando Clara se fue de casa.

-¿Te gustaría contármelo?

Álvaro hubiera preferido no hacerlo, pero comprendía que ella quisiera saberlo. La trabajadora social le había cogido la mano.

-Clara se había puesto a trabajar de limpiadora. No me había dicho nada porque sabía que me opondría. Me la encontré por casualidad en la oficina donde trabajaba. Yo había ido a dejar un currículum. Cuando la vi con su uniforme y unos guantes limpiando un ascensor, se me partió el corazón. Me dio pena ella, pero yo me sentí un inútil, un fracasado.

-¿Por qué?

-Porque era por mi culpa. O eso pensé. Ella estaba limpiando la mierda de los demás por mi culpa, por no haber sabido yo mantener mi empleo ni la economía familiar.

-Sabes que no fue culpa tuya. Ni tú la obligaste a trabajar ni tú perdiste tu trabajo por tu culpa.

-Bueno, ahora empiezo a pensar que no, pero durante mucho tiempo me he culpado por eso, por quedarme en paro y no lograr otro empleo.

-¿Y qué pasó después de verla?

-Me acerqué a ella. No sabía si tenía ganas de llorar o de pegarle un puñetazo a la pared y romperme los nudillos, pero al final le di una bofetada.

Laura no se esperaba esa reacción de Álvaro, pero no soltó su mano.

-¿Por qué le pegaste?

-No lo sé. Sentí una quemazón por dentro, pero fue un impulso del que me arrepentí al instante. Ella cayó al suelo. Le pedí perdón e intenté ayudarla a levantarse, pero un vigilante de la oficina se interpuso entre nosotros y me lo impidió.

-¿Y después?

-Me tuve que ir. Cuando llegué a casa me puse a llorar todo lo que no había llorado en los 25 años anteriores. No conseguía calmarme. En mi cabeza martilleaba la mirada de Clara. La mirada de alguien a quien había perdido y que jamás volvería conmigo.

-¿La volviste a ver?

-Sí, en casa. Solo un momento. Metió sus cosas en una maleta y se fue. Me hizo prometerle que no la buscaría.

-¿Y no la has buscado desde entonces?

-No. Además, sé que está bien. Está con Marcos, mi amigo, en Barcelona. Él siempre la quiso y ahora está cuidando de ella. Yo soy el responsable de todo lo que ha pasado y quien la ha

lanzado a sus brazos. Ni siquiera estoy enfadado con él. Sólo estoy cabreado conmigo mismo.

Laura empezó a acariciar la mano de Álvaro con las yemas de sus dedos.

-¿Por eso no quieres aceptar el dinero que te ofrece Marcos?

-No puedo aceptarlo. Ya te lo dije una vez.

-¿Crees que lo hace para no sentirse culpable de estar con tu exmujer?

-Pienso que me ofrece el dinero porque me aprecia, por ayudarme, como yo lo haría por él.

-Me dijiste una vez que tú no lo aceptabas por no quitarle un peso de encima.

-Es que tengo que salir de esta por mis propios medios. Si no, no habrá merecido la pena todo lo que estoy pasando.

-¿Por qué los hombres sois tan orgullosos?

-No lo sé. Yo soy así.

Laura admiraba el coraje de Álvaro, a pesar de sus errores.

-Álvaro, quiero pedirte algo muy importante.

El ingeniero enarcó las cejas..

-Mientras no sea dinero...

-Quiero que vayamos a bailar.

-¿Bailar?

-Sí, me encanta bailar. Cuando bailo es como si saliera de mí misma y me olvidara de todo. Es como volver a la infancia. Ser otra vez una niña. Reírte por tonterías. No sentir el peso de la vida. Desafiar la ley de la gravedad. Y quiero bailar contigo.

Álvaro vio una expresión de felicidad en el rostro de Laura y sintió envidia de ella.

-No sé bailar. Nunca he bailado.

-Da igual. Yo te enseñaré.

Fueron a bailar a un garito de la Alameda, lleno de veinteañeros y algún treintaño. Álvaro confirmó sus sospechas: era un ser absolutamente arrítmico. Movía los pies y el cuerpo al margen de la música, de una forma mecánica, sin gracia, como un robot. Laura era todo lo contrario: sus pies, sus brazos, sus caderas, se balanceaban armónicamente, de una manera natural, al son de la música. Su cuerpo fluía con ella, se dejaba llevar, como si la acariciara. Álvaro no sabía bailar, pero ella no se separó de él ni un segundo, se reía y lo hacía reír, lo agarraba por la cintura, le daba vueltas, colgaba los brazos de su cuello y acabó imitando sus movimientos robotizados.

Después de una hora bailando, Laura, sonriente, le susurró al oído:

-Tengo que pedirte otra cosa. ¿Me la concederás?

-Si has conseguido que yo baile, si se le puede llamar así, no hay cosa que no pueda hacer por ti.

-Quiero que duermas conmigo esta noche.

Laura estaba realmente bella con la cara lavada, después de que el último acto de Madama Butterfly diluyera toda la pintura y el colorete.

La trabajadora social vivía en un apartamento en la Alfalfa, cerca de donde vivía Álvaro y del casco histórico de Sevilla. A menos de diez minutos a pie estaba la catedral y a menos de un cuarto de hora el barrio de Santa Cruz, el lugar favorito de los guiris que visitaban la ciudad. El apartamento era de nueva construcción, con calefacción central, de techos amplios y ventanas correderas de aluminio, pero solo tenía un dormitorio y un pequeño cuarto de baño. Por 500 euros al mes no se podía pedir más.

Llegaron a su casa a las tres de la madrugada. Habían estado tomando un vino después de cenar en un bar de copas cuya media de edad no era de 25, como la mayoría de los que uno podía encontrar un fin de semana en Sevilla, sino de 35 ó 40. A pesar de eso, Álvaro se sentía el abuelo

del local, y probablemente lo era, aunque saber que esa noche la pasaría con una mujer tan atractiva como Laura, que aún no había cumplido los 40, le hacía sentirse bien. Por primera vez en mucho tiempo volvía a recuperar parte de su autoestima, tan lastimada por los acontecimientos que había vivido.

Ella lo cogió de una mano y lo condujo al dormitorio. No encendió ninguna luz, pero no hizo falta porque la luz de la luna penetraba a través de la ventana y proyectaba sombras sobre la habitación. Le hizo sentarse en la cama y le pidió que lo esperara: “Voy a pasar al cuarto de baño. Enseguida vuelvo”. Realmente él no sabía qué hacer, si quitarse la ropa o no quitársela. Si meterse en la cama o no meterse. Si esperarla de pie o seguir sentado. Si esperarla en la puerta del cuarto de baño, o no esperarla. Finalmente se levantó, se quitó los zapatos y empezó a dar vueltas nervioso por el cuarto. La temperatura era agradable, pero él no sabía qué hacer.

La puerta del baño se abrió y Laura entró por fin en la habitación. Se había quitado el vestido de la ópera y solo llevaba puesto un sujetador y unas bragas de color negro. En la penumbra de la habitación Álvaro entrevió un cuerpo fino, estrecho y armónico, un cuerpo aún joven, con unas piernas largas y delgadas. El pelo se lo había soltado.

-¿Te importa que nos metamos en la cama? Tengo un poco de frío -dijo ella.

-Claro -dijo él, tras lo cual empezó a quitarse la ropa, que colocó cuidadosamente en una silla. Se metieron debajo de un edredón nórdico y Álvaro se quedó boca arriba, sin moverse ni decir nada, mirando al techo del dormitorio. Ella se puso de perfil, mirándolo a él.

-¿Tienes sueño?

Álvaro no tenía sueño y sabía que tampoco lograría pegar ojo con ella medio desnuda al lado, aunque lo tuviera.

-No.

-Yo tampoco.

Entonces ella empezó a acariciarle la cara como a un animal herido, despacito, suavemente, recorriendo con sus dedos largos y finos sus mejillas, su barbilla y su cuello. Álvaro cerró los ojos y se dejó hacer. Luego ella bajó las manos con suavidad hacia los hombros y los brazos de él, acariciándolos, como dibujando pequeños círculos en su piel. Se entretuvo un instante en su pecho, enredando los dedos en su vello, para descender a continuación hacia su abdomen. En ese momento, acercó su cara a la suya y le besó, primero en los labios, luego en la cara y por último en la oreja, que empezó a lamer con su lengua. Las yemas de sus dedos descendieron entonces hasta sus calzoncillos tipo boxer. Metió la mano por debajo y empezó a acariciarle el pene, que creció y dobló su tamaño casi de repente. Ella giró su cuerpo hacia abajo y le bajó los calzoncillos hasta los tobillos. Él le ayudó entonces a quitárselos con un movimiento rápido de cadera y de brazos. Laura se irguió luego sobre la cama y se sentó frente a él. Se quitó el sujetador y las bragas, cogió su mano derecha, le mojó los dedos en su boca y la acercó a sus pezones, que se habían puesto duros como botones. Luego la bajó a su pubis húmedo y cálido. El jugueteó con sus dedos con movimientos rítmicos, hacia un lado y hacia otro, hacia arriba y hacia abajo. Ella se tumbó boca arriba, cerró los ojos y empezó a gemir, lo que le animó a él a seguir. A los pocos minutos, ella alcanzó el orgasmo, con pequeños espasmos que la sacudieron por dentro, como descargas eléctricas. Él no quitó su mano de allí hasta que terminó de moverse.

Ella sonrió, se colocó boca abajo, frente a él, y le metió la lengua en la boca. Fue un beso muy largo y húmedo. Luego echó su cuerpo hacia atrás y buscó su pene con su vagina. Cuando se rozó por fin con él, echó el culo un poco hacia delante y con su mano izquierda agarró el miembro inflamado de Álvaro y lo introdujo dentro. Y ya acoplados el uno al otro, empezó a cabalgar sobre él, al principio despacio y luego más rápido. Álvaro intentó prolongar todo lo posible ese

momento, pero estaba muy excitado y se fue enseguida. Ella notó como se derramaba dentro. Su semen era muy abundante y estaba caliente.

Después ella se acurrucó y lo abrazó. Él también la abrazó, aunque ninguno de los dos dijo nada.

## XXII. LA DETENCIÓN

La Policía Local de Sevilla tampoco tenía a Rafael Montoya en sus ordenadores. Ni una multa de tráfico, ni un incidente con nadie. Nada. Estaba limpio. El subinspector le había puesto vigilancia, sin resultado. Si el chico era un lobo con piel de cordero, era imposible haber actuado con tanto cuidado y sin dejar rastro. El policía tenía una corazonada sobre el caso, pero de ahí a pensar que el hijo del torero se convertía en el rey del mambo los sábados por la noche pateando mendigos y meándose encima de ellos, había un largo trecho por recorrer. Una de las primeras cosas que hizo fue buscar testigos, personas que hubieran visto algo la noche de autos, y se fue a la plaza de los Azahares. Fue llamando a las puertas de todas las viviendas desde las que comprobó que existía contacto visual con el rincón de la pequeña plaza donde la víctima había sufrido la agresión. No eran muchas, solo cinco, y se identificó como policía. Todos los vecinos lo atendieron amablemente y los cinco recordaron los gritos desesperados de alguien y unos golpes muy fuertes como el de una puerta de un coche que se cierra muy violentamente. Sin embargo, cuando se asomaron a las ventanas ya no vieron nada, salvo a un hombre con la cabeza ensangrentada, revolviéndose en el suelo de dolor. El cuarto vecino dijo que llamó a una ambulancia y a la Policía, que tardó casi quince minutos en llegar, según él.

Le quedaba hablar con el quinto, la vivienda más cercana al lugar de los hechos. Le abrió la puerta una mujer muy mayor a la que le temblaban las manos, como si tuviera Parkinson. Le dijo que era policía y que solo quería hacerle un par de preguntas. La mujer aceptó hablar con él. Ella recordaba perfectamente aquella noche porque no podía dormir y se había asomado al balcón a respirar un poco de aire puro. “El insomnio -le dijo-, que no me deja pegar ojo”, mientras le indicó al subinspector que la acompañara al balcón. Desde allí la anciana siguió hablando y le dijo que fue ella la primera que avisó al 112 cuando vio a una pandilla de chavales meterse con un pobre indigente al que ella mujer había visto por allí otras veces. “Era un muchacho de unos 40 años al que le bajaba un bocado todos los días. Era muy amable y tenía mucha educación, aunque había días en que parecía otra persona. En la cara se le veía lo mucho que había sufrido, especialmente en la mirada. A cualquiera de nosotros se le puede torcer la vida, ¿verdad?”, le dijo al policía.

Ramírez le enseñó entonces una foto del informático y ella lo reconoció. “Sí, es él, pobre muchacho, lo que le han hecho esas bestias”.

-¿Vio a los atacantes?- la cortó el policía.

-Sí, los vi desde aquí.

-¿Me los podría describir?

-Eran cinco chicos, bien vestidos. Muy jóvenes. No tenían mala pinta para nada.

-¿Recuerda exactamente qué pasó?

-Le dijeron algo al indigente, no pude escucharlo desde aquí. Él les contestó y les hizo frente, porque uno de ellos se puso a hacerle pis encima. Hay que ser vil y muy mala persona para hacer eso, ¿no cree?

-¿Y qué pasó después?

-Luego los chavales empezaron a insultarle y a pegarle.

-¿Sabe si llevaban algún objeto punzante, como un sacacorchos?

-No, no lo sé. Desde aquí no lo vi.

-Le voy a enseñar una foto de una persona y quiero que la mire bien y me diga si le suena su cara de algo.



El policía le enseñó una foto de Rafael Montoya que había sacado de su facebook.

-¿Le suena?

La mujer se puso unas gafas muy pequeñas, cogió la foto y la miró detenidamente. Luego encogió el cuerpo en posición defensiva y se llevó una mano a la cabeza:

-Sí, me suena.

-¿De qué?

-Era el chaval que hizo pis encima del indigente.

-¿Está usted segura, señora?

-Sí, estoy segura. Éste fue el único al que vi. Era de noche, estaba oscuro, pero a ese lo vi. Parecía el líder del grupo y no mostraba ninguna pena. Era el que lo insultaba: le dijo basura y escoria. Lo pude oír perfectamente. Era muy tarde y no había nadie más en la calle.

-Por la descripción de la víctima, el agresor estaba de espaldas a donde estamos. ¿Cómo le pudo ver la cara desde aquí?

-Sí, estaba de espaldas, pero yo le grité y le dije: “Déjalo en paz, animal, ¿por qué le haces eso?”

-¿Y él qué hizo?

-Se volvió hacia mí, hacia el balcón, y me miró. Y ahí pude verle la cara. Esa mirada de odio nunca la había visto y menos en un chico tan joven.

-¿Le dijo algo?

-No, sólo se me quedó mirando. Y luego me señaló con el dedo. Yo entonces entré en casa y llamé a la Policía que, por cierto, tardó en cogerme el teléfono. Cuando volví al balcón, el chico y sus amigos ya se habían ido y el muchacho estaba tumbado en el suelo en un charco de sangre, a unos quince metros de allí, junto a esa escalera.

La mujer le señaló con el dedo una escalera que había en un extremo de la plaza, junto a una pequeña iglesia.

1.

A la mañana siguiente, dos policías se presentaron en la finca de Rafael Montoya, con una orden de detención contra su hijo mayor. No había periodistas: don Eses había logrado que no se filtrara a la prensa y se realizara todo con discreción. El padre preguntó a los policías qué había hecho su hijo y los agentes le dijeron que podía acompañarles, si quería, y que el juez le explicaría todo. También le dijeron que llamaran a un abogado. Montoya hizo rápidamente una llamada y quedó con su letrado en la puerta de los Juzgados. A su hijo se lo llevaron esposado en un coche-patrulla.

El caso de Rafael Montoya hijo lo llevaba un juez de menores porque el chico aún no había cumplido los 18 años de edad. Con la Ley de Menores la máxima pena a la que se podía condenar a un menor en España era a ocho años de internamiento en un centro para “menores infractores”. Los jueces y los fiscales se las habían visto con asesinos múltiples y con violadores compulsivos de compañeras de instituto a los que no podían apartar de la sociedad más de ese tiempo y la reincidencia criminal de algunos de ellos a su salida a la calle suscitaba de cuando en cuando un intenso debate en la opinión pública y los medios de comunicación sobre si sería conveniente o no endurecer las penas en determinados casos.

El hijo de Rafael Montoya tenía el aspecto de cualquier adolescente de clase alta. Llevaba el pelo largo, muy cuidado, vestía ropa de marca, zapatos ingleses, y no podía evitar ese aire a niño pijo que ha estudiado en colegios privados y que ya conoce media Europa, pese a no haber

cumplido aún los 18. Era casi tan alto como Álvaro, pero más delgado y de complexión más débil. No debía hacer mucho deporte.

El despacho del juez era un cuchitril con aspecto de leonera. Todo olía a viejo y los papeles y expedientes inundaban la mesa barata de Ikea y las cuatro o cinco estanterías de detrás; y como ya no cabían en ninguna de ellas ni en ninguna otra parte, había papeles por el suelo, ordenados en pequeños montones. El juez podría desbaratar alguno y alfombrar el suelo con ellos, si se levantara de golpe y no mirara hacia abajo. Había un ordenador antediluviano sobre la mesa y la secretaria del Juzgado tenía otro en otra mesa muy cercana, que chocaba con la puerta.

Montoya estaba acompañado de su padre y de un viejo abogado de gafas redondas y bigote blanco. La madre del joven se había quedado en la finca, junto con su otra hija de 12 años. Don Eses tenía ganas de empezar cuanto antes la declaración.

-Señor Montoya, le he ordenado traer aquí para que preste declaración en relación con un caso que estamos investigando ocurrido la noche del sábado 10 de noviembre en la Plaza de los Azahares. Se trata de una agresión a una persona que estaba durmiendo en esa plaza, entre unos cartoness. ¿Le suena de algo lo que estoy diciendo?

-No- dijo el chico.

-Me lo imaginaba.

El torero miró a su hijo con cara de no comprender nada, mientras el juez extrajo de una carpeta que tenía sobre la mesa unas fotografías.

-Por favor, mire estas fotografías y dígame si tampoco le suenan.

El chico cogió las fotos que le pasó el juez y empezó a verlas una a una. En ellas se veía la cara deforme y destrozada de un hombre desde distintos ángulos, desde un perfil, desde el otro, de su frente y de su nuca; y luego detalles de las dos heridas en el cráneo, que requirieron varios puntos de sutura, y la peor, la del el ojo derecho, totalmente cerrado y bañado en sangre, provocada con un sacacorchos. También se veían fotos del abdomen y de la espalda con tremendos moratones. Las fotos eran espeluznantes. Eran de Pablo a la mañana siguiente de la paliza.

Cuando el torero vio las imágenes, se revolvió en su silla, se echó las manos a la cabeza y miró a su hijo con aflicción, implorando que le dijera que no había sido él quien había hecho eso.

-No me suenan de nada estas fotos- dijo el chico, convencido.

El juez se quitó las gafas y se rascó la barbilla.

-Verá, señor Montoya, si usted colabora, acabaremos antess.

-No sé de qué me está hablando- insistió el chico, con frialdad, mirando desafiante al juez.

-De acuerdo. Tengo aquí el testimonio de la víctima de esta agresión que le identifica claramente a usted como el cabecilla de la pandilla que lo agredió en la noche de autoss. ¿Quiere que se lo lea? Yo no tengo prisa.

El chico negó con la cabeza.

-Y tengo otro testimonio de una testigo ocular que lo vio todo desde el balcón de su casa y que también lo ha identificado en el lugar de los hechoss. ¿Quiere que se lo lea también? La declaración la firmó ayer.

El chico agachó la cabeza y miró a su padre. El padre miró al abogado.

-¿Nos va a decir qué ocurrió esa noche en la plaza de los Azahares y qué hacía usted allí?- preguntó el juez.

-¿Qué quiere saber exactamente?

El tono inicial desafiante había desaparecido bajo el peso de las pruebas testificales y se había convertido de repente en un tono más humilde y cooperativo.

-¿Hacia qué hora llegó esa noche a la plaza?

-No lo recuerdo, pero era ya bastante tarde.

-¿Había bebido alcohol o tomado algún tipo de droga?

-No lo recuerdo.

El torero miraba a su hijo, tratando de darle ánimo.

-¿Con quién iba?

-Con varios amigos.

-Dígame sus nombres.

-¡No soy ningún chivato!

El torero agarró con violencia a su hijo por el brazo. “Di los nombres, joder”, le espetó.

El chico se soltó, hizo como que se alisaba la camisa y miró a su padre con desprecio. Luego dijo en un tono muy bajo de voz, como para que nadie le escuchara.

-Son amigos del colegio y del club.

-¿Puede repetirlo más alto?- insistió el juez.

-Alejandro Escalante, Pablo Abascal, Borja Hernández y Felipe Fernández de Villagodio-  
repetió con desgana.

-¿Para qué fueron a esa plaza aquella noche?

-Para asustar un poco a los mendigos y vagabundos. Siempre había muchos por allí.

-¿Por qué?

-Son escoria.

El juez miró al detenido y se tocó la patilla de las gafas.

-¿Y cómo los asustaban? ¿Qué les hacían?

-Bueno, solíamos quitarles los cartones con los que se protegían del frío. Nos reíamos un poco de ellos.

-¿Les meaban encima?

-A veces.

El padre agachó la cabeza, conmocionado.

-¿Y qué ocurrió esa noche?

-Vimos a un mendigo que estaba durmiendo entre unos cartones al lado de un banco. Le meé encima y el hombre nos desafió. “Méate encima de tu puta madre”, me dijo. La verdad es que era un mendigo con un par de cojones, porque nosotros éramos cinco.

La taquígrafa hizo una mueca de asco pero no dejó de transcribir su declaración.

-¿Con qué le golpearon?

-No le golpeamos.

-¿Me toma el pelo?

-Solo lo zarandeamos un poco y Alejandro le dio un empujón y se cayó al suelo, pero no le golpeamos.

El juez le volvió a pasar las fotos de la cara destrozada de Pablo.

-¿Cree que esto es fruto de un empujón?

-No.

-¿Entonces?

-Ya le digo que nosotros no fuimos.

-¿No llevaba usted un sacarcorchos y se lo clavó en el ojo?

-No.

-¿Cuánto tiempo le estuvieron pegando?

-No le pegamos, pero estuvimos allí unos cuatro o cinco minutos.

-¿Le dijeron algo?

-No lo recuerdo.

-¿Le dijeron “puta escoria”, “basura” y “muérete”?

-Es posible.

El abogado también se había puesto pálido y el torero emitía señales de abatimiento frente a lo que estaba escuchando.

-Usted considera que los mendigos son eso y que ustedes le hacen un favor a la sociedad pegándoles y librándoles de ellos, ¿no es cierto?

El abogado agarró por el brazo a su defendido, diciéndole que no contestara esa pregunta, pero éste se soltó con pereza.

-Sólo les meamos encima y les insultamos, aunque si intentan pegarnos, entonces nos defendemos, pero esta gentuza no debería estar por la calle. Son vagos, parásitos y malas personas que avergüenzan a sus familias. Son como las cucarachas.

Tras la declaración, el juez dictó una orden de internamiento en un centro de menores infractores para Montoya y sus cuatro amigos. El abogado protestó, pero de nada le sirvió. “Presente un recurso ante la Audiencia -le dijo don Eses-. Tiene un plazo de diez días”. El torero no se explicaba lo que acababa de pasar. Dos policías esposaron al joven y lo condujeron hacia fuera. El padre quiso acompañarlo hasta el furgón policial pero cuando salieron del juzgado se vieron sorprendidos por una nube de periodistas y fotógrafos, que les esperaba en la calle con un ramillete de cámaras y micrófonos. Alguien de los juzgados debía haber dado el soplo de que el hijo de Rafael Montoya, el famoso torero sevillano, estaba declarando ante un juez. Muchos curiosos, especialmente personas mayores, se habían agolpado en torno a la puerta de los Juzgados. Los periodistas de algunas cadenas les metieron las alcachofas al padre y al hijo, buscando declaraciones, durante los cincuenta metros que tenían que recorrer hasta llegar el coche-patrulla. “¿Es verdad que le pegaste una paliza a un mendigo? ¿Por qué le pegaste, Rafael? ¿Habías bebido? ¿Estabas drogado? ¿Salíais a cazar mendigos todos los sábados?”, le preguntaron. El hijo del torero aceleró el paso y empezó a insultar a los periodistas: “Hijos de puta, iros a tomar por culo. Dejadme en paz”, gritó con los ojos rabiosos. El torero no pudo despedirse de su hijo, que tuvo que entrar en el furgón policial al trote, llevado casi en volandas por los dos policías, entre el enjambre de periodistas y curiosos.

Cuando el chico entró en el furgón policial, los periodistas y sus micrófonos se dirigieron inmediatamente hacia él. “Señor Montoya, ¿sabía lo que hacía su hijo los fines de semana? ¿Le pegaba solo a mendigos o también a otros colectivos desfavorecidos? ¿Su hijo es nazi, señor Montoya?”. Rafael tampoco contestó a ninguna pregunta, pero tardó casi un minuto en alcanzar su coche, junto con su abogado. El chófer arrancó rápidamente el Mercedes blanco, mientras un grupo de mujeres que había ido allí a curiosear empezó a aplaudirle, coreando la palabra “torero”, “torero”...

Montoya respiró aliviado y le preguntó al abogado en la parte trasera del coche: “¿Qué crees que puede pasar? ¿Se podría evitar el juicio si llegamos a un acuerdo con el fiscal?”. El letrado no parecía muy convencido: “Podemos intentarlo, pero el mendigo al que atacó ha perdido un ojo. Pueden caerle ocho años de internamiento por eso”. “¡Ocho años! Joder!” se quejó Montoya. “Pues menos mal que a Rafa aún le quedan unos meses para cumplir los 18. Si esto hubiera ocurrido, dentro de unos meses le habrían caído diez años de cárcel como mínimo. Ha tenido suerte”, añadió el letrado.

El torero no veía la suerte por ningún lado y no se explicaba el comportamiento violento de su hijo con los mendigos, aunque cuando estaban ya cerca de la finca, tras unos minutos sin decir

nada, pegó un respingo en el coche, como movido por un resorte, y golpeó a la parte inferior de su puerta con el puño, como si acabara de recordar algo.

-¿Qué pasa, Rafael? –le preguntó su abogado, alarmado.

-¡Maldita sea!

-¿Qué ocurre?

-¡Tengo que hablar con mi hijo!

2.

Alvaro y Pablo vieron aquella noche en el telediario, mientras cenaban en casa su bocadillo de mortadela con su correspondiente vaso de agua, una pieza de un minuto en la que se veía al torero y a su hijo salir de los juzgados, entre una constelación de cámaras y micrófonos. El titular que aparecía sobrepasado sobre las imágenes decía: “El hijo del torero Rafael Montoya, acusado de dar una paliza al mendigo que perdió un ojo”. Después salieron otras imágenes con las detenciones de los que le acompañaban, otros chavales como él. La información decía que eran cinco los detenidos, pero que la investigación seguía abierta. También hablaba de una banda de adolescentes que atacaba a indigentes en el centro de Sevilla y que actuaba desde hacía más de un año.

El ingeniero observó el gesto de incredulidad del informático.

-El policía ha cumplido con su trabajo, Pablo. Estos tíos ya no le van a pegar a nadie más. Mereció la pena poner la denuncia.

El informático se rascó la nariz:

-Esperemos que no los suelten dentro de unos meses, pero sí, tienes razón, hicimos bien en poner la denuncia, aunque no sé por qué los periodistas me llaman mendigo. Jamás he pedido dinero en la calle a nadie.

Luego se escucharon unas declaraciones en directo del agresor, antes de entrar en el furgón policial, en las que gritaba: “¡Soy inocente!”.

Álvaro miró a Pablo para descubrir en su rostro algún sentimiento o emoción. Debía ser duro revivir ese momento, pero él estaba aparentemente tranquilo.

-¿No tienes miedo?

El informático no le contestó.

3.

Un periódico local tituló así al día siguiente su crónica sobre la detención de Rafael Montoya: “El hijo del torero, un sacacorchos y un ojo menos”.

El periodista que la firmaba, un veterano de la información de tribunales, se había hecho con la declaración judicial, cuyo contenido reproducía casi literalmente. Aunque aseguraba que el detenido había negado las acusaciones y haberle clavado ningún sacacorchos al mendigo, un testigo ocular y la propia víctima lo habían reconocido sin ningún género de dudas. La noticia de la detención de la banda que lideraba el hijo de Rafael Montoya conmocionó a toda la ciudad, empezando por sus círculos más elitistas, donde sentó como una bomba nuclear. Los que pegaban a los mendigos y les clavaban sacacorchos no eran delincuentes criados en barriadas de la periferia con padres alcohólicos o en prisión sino hijos de jueces, catedráticos y toreros que estudiaban en carísimos colegios privados, sabían idiomas y acabarían licenciándose en prestigiosas universidades extranjeras. Esos chicos que luego volverían con sus títulos y sus

idiomas a por su recompensa: los mejores puestos de trabajo en la Administración y en las empresas privadas. La superioridad moral de la élite de la ciudad había sido puesta en tela de juicio.

Hubo debates en televisión y en la prensa. Hablaron psicólogos, psicoterapeutas, educadores, trabajadores sociales, sacerdotes. Algunos decían que los que lo tienen todo, no valoran nada. Otros que la violencia gratuita es la salida fácil a la falta de valores éticos y morales. Unos denunciaron la deshumanización de la sociedad, que estigmatiza a los que nada tienen. Algunos se acordaron de “La naranja mecánica”; otros de “La jauría humana”. Unos hablaban de xenofobia social, otros de insensibilidad, incluso de resentimiento de clase, pero la mayoría no podía dar ninguna explicación razonable de por qué unos chavales a los que la vida les sonreía salían los sábados por la noche no a divertirse con sus amigos o a ligar con las chicas de su edad, sino a mearse encima de los indigentes. Tal vez es que simplemente no hubiera ninguna explicación.

4.

Al día siguiente de la detención de Rafael Montoya hijo y sus colegas, Pablo decidió volver al comedor social. Tenía la cara casi como antes de la paliza, quitando las cicatrices de la frente y el parche en el ojo que le había regalado Laura. La trabajadora social lo saludó efusivamente cuando lo vio y le pidió que pasara a su despacho antes de entrar en el comedor. Pablo cojeaba del pie derecho.

-Pablo, me alegra mucho verte. ¿Qué tal estás?

-Bien. Me duele un poco el ojo, pero bastante bien.

Ella le miró la cara con detenimiento.

-Te veo muy bien -mintió-. ¿Tu padre se ha puesto en contacto contigo?

-No. Ya sabes que acabamos mal.

-¿Te gustaría que lo llamáramos?

-No lo sé, Laura.

-Yo creo que sería un buen momento para intentar un acercamiento.

-¿Por qué?

-Porque hace ya cinco meses que no pruebas ni una gota de alcohol. Creo que ahora la cosa podría funcionar.

Pablo se rascó la cabeza.

-¿Tú crees?

-Sí. Y todo lo que ha pasado también debería acercaros. Es una oportunidad.

-Sí, es posible.

-Podríamos concertar la entrevista aquí en mi despacho, si te parece bien. O si prefieres quedar a solas con él, puedes llamarlo directamente. Como prefieras.

-Si lo hicieras tú y estuvieras presente, sería más fácil -dijo el informático.

-De acuerdo. Lo llamaré esta tarde. Me tienes que dar su teléfono. Cuando estuviste en el hospital, intentamos avisarlo, pero no teníamos su teléfono ni pudimos averiguarlo.

-De acuerdo.

-¿Qué tal la convivencia con Álvaro?

-¿El ingeniero? ¡Vaya tipo raro!

-¿Por qué lo dices?

-Siempre pensé que era un tipo insensible y egoísta al que le importa un carajo todo lo que no sea su culo. Pero me equivocaba.

-Ah, ¿no? -dijo ella para sonsacarlo.

-Cuando me despidió hace siete años, yo quería matarlo. Y ahora ha sido la única persona que se ha preocupado por mí, junto contigo. No le puedo estar más agradecido.

Laura sonrió.

-Tú también le has hecho muy bien a él.

-¿Sí?

-Sí. Ahora se le ve más relajado.

-¿Relajado? Siempre me está regañando con lo poco que como y no veas lo pesado que se pone con el ordenador. Que si estoy todo el día con el ordenador, que si me voy a quedar ciego.

Laura no se imaginaba a Álvaro haciendo el papel de padre de Pablo. Y menos aún el de madre

-Por cierto, ¿cómo va esa red social para capillitas? -cambió de tema.

Él cambió el gesto y sonrió. Realmente solo le faltaba un pañuelo en la cabeza para parecer un capitán pirata.

-¡Viento en popa! Ya la estoy terminando. Creo que va a ser un éxito. Y entonces solo vendré aquí de visita.

-Eso sería estupendo. Espero que no te olvides de nosotros.

Pablo soñaba con poder hacerlo.

-Pasa ya al comedor. Debes tener hambre.

-¿Sabes, Laura, que todas estas semanas que no he podido venir Álvaro me ha llevado la comida a casa en un táper que le pedía a la cocinera?

-No tenía ni idea.

-¿Qué te parece?

-Me parece que el ingeniero te cuida mucho.

-Sí, tú también te has dado cuenta...

Pablo le lanzó una mirada cómplice a la trabajadora social y ésta se la devolvió con una sonrisa.

Cuando llegó al comedor, los más veteranos se acercaron a saludarlo y a preguntarle cómo estaba. Algunos sabían lo que le había pasado, otros no. El informático había vuelto.

El músico de la Sinfónica se acercó a su mesa.

-Pablo, está usted hecho una mierda, si no le ofende que se lo diga...

-Hombre, muchas gracias, Pedro.

-Aunque podría estar peor.

-No me diga.

-Claro que le digo. ¿Se acuerda del hombre que siempre estaba hablando de su madre?

-Claro que me acuerdo. El tipo ese tan raro. El que estaba oliendo siempre pegamento.

-El mismo. Claudio. Trabajó de ferroviario durante muchos años. Luego le dio por beber y acabó aquí.

-Eso de beber me suena. Claudio, sí.

-Pues vivía en la calle y murió el fin de semana pasado. Dicen que de frío. O de un infarto. Lo encontraron pajarito debajo de unos cartones en la plaza de San Martín, muy cerca de aquí.

Pablo había compartido alguna vez cartones en alguna plaza. Y también algún brik de vino Don Simón.

-Claudio no era tan mayor...

-No, no creo que tuviera ni 60, pero tenía el hígado hecho polvo. ¿Y quién coño le iba a hacer un trasplante a un tipo así?

-Siento lo de Claudio. Era un buen tipo, aunque con poca fuerza de voluntad.

-Bueno, como todos los que comemos aquí. Aquí de eso vamos cortito.

Pablo se calló. Él llevaba cinco meses sin beber y eso, a su juicio, demostraba bastante fuerza de voluntad. Y lo que estaba trabajando con la red social y la app cofradiera también demostraba su deseo de cambiar, aunque eso le costaba menos que el esfuerzo diario y titánico de no caer de nuevo en la bebida.

2.

A los pocos días estalló un petardo en el portal del bloque de la casa de Álvaro. Era cerca de la 1 cuando en el silencio de la noche se escuchó el estruendo, que retumbó como una bomba en todo el edificio. Muchos de los vecinos del ingeniero estaban durmiendo, aunque no él, por su insomnio, ni Pablo, que trabajaba en el ordenador. El sastre, los jueces, el ejecutivo de seguros, el pintor contemporáneo, todos se despertaron alarmados por el ruido, encendieron las luces de sus viviendas y se asomaron a la ventana que daba a la pequeña plaza privada ajardinada. Allí no había nadie: el que había tirado el petardo ya se había ido, pero le había dado tiempo de dejar una pintada con grandes letras en el portal, escrita con un spray rojo, que decía “Mendigos=Basura. Iros a otra parte”



## XXIII. EL PADRE DE PABLO

Laura había llamado al padre de Pablo para decirle que su hijo quería verle. El hombre aceptó tener la entrevista en su despacho a las 12. Una hora antes ya había llegado el informático. Laura le preguntó si estaba preparado. Él le dijo que no, pero que daba igual.

Manuel tenía unos 75 años y era médico de familia, aunque ya estaba jubilado. Aparte de Pablo, tenía otra hija, casada, con la que el informático tampoco se hablaba.

El hombre llegó un poco antes de la hora convenida y Laura le hizo pasar a su despacho. Pablo estaba con un voluntario haciendo tiempo. El padre del informático era un tipo delgado y elegante, aunque tenía la espalda un poco encorvada. Venía con un traje de chaqueta gris, una camisa blanca y una corbata color perla.

-Desde que empezó a beber, mi hijo ya no era el mismo. Mentía y no cumplía nada de lo que prometía, y acabo robándome. Y a su hermana también. Todo por el alcohol.

-Tal vez sea el momento de cambiar todo eso. Y ya no bebe -le dijo Laura.

El hombre se aflojó un poco el cuello de la camisa. Se le veía inquieto y nervioso, pero contento de poder volver a ver a su hijo, después de casi un año, aunque la impresión que se llevó cuando lo vio aparecer por la puerta fue mucho peor de la esperada. Su aspecto era horrible: tenía el rostro demacrado, varias cicatrices le cruzaban la frente y la cara y un parche negro cubría su ojo derecho. Y cojeaba ostensiblemente.

-¿Qué te ha pasado, hijo? Tienes mala cara -le dijo.

-He estado en el hospital casi un mes, pero ya estoy mejor.

-¿Dónde vives?

-Con un ex compañero de la fábrica en un piso de la plaza de San Pedro.

-¿Necesitas dinero?

-No -mintió él.

-¿Y qué tal llevas lo del alcohol?

-Llevo cinco meses sin probar una gota. Siento todo lo que pasó pero ya no voy a beber nunca más.

El padre lo miró a los ojos y quiso creerlo, aunque no era la primera vez que le hacía esta promesa.

-Pásate por casa cuando quieras. Allí siempre tendrás una cama y un plato de comida, por si lo necesitas.

-Gracias. Es una buena oferta.

Se abrazaron durante algunos segundos y el padre salió rápidamente del despacho.

Cuando el informático volvió a casa y llegó al portal vio a Álvaro hablando con un señor bastante mayor. El hombre tenía un gesto muy serio y se llevaba las manos a la cabeza, mientras Álvaro gesticulaba mucho con los brazos y remarcaba lo que decía con un dedo hacia arriba. Aunque no pudo escuchar la conversación, por el lenguaje corporal de ambos dedujo que era un asunto serio. Subió al piso, encendió el ordenador y esperó. A los quince minutos escuchó el ruido de las llaves y el sonido de la puerta.

-Hola Álvaro.

El ingeniero cruzó el pasillo sin decir nada y se metió en su dormitorio. La casa estaba helada. Ya no escuchó ningún ruido más hasta el día siguiente.

1.

Álvaro fue aquella mañana muy temprano al comedor. La trabajadora social estaba en su despacho, revisando varios casos nuevos. No se habían visto las caras desde su cita del viernes, cuando Álvaro se quedó a dormir en su casa. Por la mañana, muy temprano, él se había ido dejándole una nota en la que le daba las gracias por “una noche inolvidable”. Laura guardó la nota en un cajón de su mesita de noche junto con otros recuerdos de su adolescencia y juventud.

-Hola Laura.

A ella se le encendieron los ojos. Se levantó de la silla, se acercó a la puerta, le dio un beso en la mejilla y le pidió que pasara con una sonrisa.

-¡Qué pronto vienes hoy!- exclamó ella.

Álvaro se sentó con gesto serio.

-Laura, ¿a qué personas le dijiste que Pablo se iba a vivir conmigo a mi casa?

Ella se dio cuenta de que no se trataba de una visita de cortesía ni que venía a proponerle una cita para ese fin de semana.

-Pues, a nadie. ¿A quién se lo iba a decir?

-Es importante, por favor. Intenta recordar si se lo comentaste a alguien sin darte cuenta.

-¿Qué pasa, Álvaro? Me estás preocupando.

El ingeniero se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos.

-Alguien se ha enterado de que Pablo está en mi casa. Alguien relacionado con la pandilla de chavales que le pegó.

-¿Cómo lo sabes?

-Anoche tiraron un petardo en el portal. Era muy tarde, casi la una de la mañana. Despertaron a todos los vecinos. Antes de irse, les dio tiempo de hacer una pintada en la pared que decía: “Mendigos= Basura. Iros de aquí”.

Laura cruzó las manos sobre su boca.

-¡Dios mío!

-¿Quién podría saberlo, aparte de nosotros tres?

-Yo no se lo he dicho a nadie, Álvaro. ¿Le has preguntado a Pablo?

-No, no quiero preocuparlo. La pintada la borraron hoy y creo que él no llegó a verla.

-¿Has llamado a la Policía?

-El presidente de la comunidad ha puesto una denuncia esta mañana.

-Lo siento, Álvaro.

-No es culpa tuya.

-¿Qué te ha dicho el presidente?

-Los vecinos saben ya toda la historia. La vieron en la tele y la leyeron en los periódicos. Lo que no sabían era que el tipo al que el hijo del torero le había sacado un ojo vivía conmigo en mi casa.

-¿Y?

-Quieren que lo eche.

-¿Que lo eches?

-Sí. Eso me dijo el presidente de la comunidad. Dijo que su presencia pone en peligro la seguridad de todos los vecinos. Que la pintada y el petardo solo han sido un aviso. Que esos tíos están locos y todo eso.

-¡Cobardes!

-También me quieren echar a mí, aunque en eso no tiene nada que ver Pablo. Debo más de un año de comunidad. Ahora tienen una excusa perfecta para pedirme que venda el piso, lo alquile, o lo que sea, pero que me vaya.

Laura se rascó la barbilla:

-No tienen derecho a decirte eso.

-Soy un moroso. Hay que admitirlo.

¿Y qué vas a hacer?

-No lo sé, pero no pienso echar a Pablo en este momento. Fuera su vida corre peligro.

-Uff, esto es una cosa de la Policía.

-Sí, supongo que sí.

-¿Quieres que vayamos a la Comisaría a ver al subinspector? Parece un tío majo. Y el tío se ha movido y le ha echado valor, igual que el juez.

-Sí, hacer detener al hijo de un torero famoso en Sevilla es casi como meter en la cárcel al presidente del Sevilla o del Betis.

Laura se quitó la bata blanca y se puso el abrigo que tenía colgado en el perchero de su despacho. Salieron rápidamente del comedor y se dirigieron a pie a la Comisaría de la Macarena. Por el camino apenas hablaron. Álvaro no podía quitarse de la cabeza la imagen del hijo del torero saliendo de los Juzgados ni su mirada de odio a las cámaras gritando que era inocente.

-¿Sabes una cosa? Conozco a alguno de los chavales que pegaron a Pablo.

-¿Sí? -dijo ella.

-Sus padres eran socios del Club de Campo, al que yo iba con Clara casi todos los fines de semana hasta que nos borramos hace tres años para quitarnos gastos. He comido más de una vez con el padre de alguno de ellos. Uno era catedrático de Derecho Penal; otro era médico. Parecían unos chavales normales, alegres, sanos. Entonces tendrían 13 ó 14 años. ¿Qué les ha podido pasar para volverse así?

-Eso es trabajo para un psicólogo -dijo ella en el momento en que apareció el subinspector.

-Ustedes me dirán qué se les ofrece.

-Lo primero -intervino Álvaro- darle las gracias por su trabajo. Pensaba que no se iba a tomar en serio la denuncia.

-Me alegro de haberle decepcionado en eso. Dígame en qué más puedo ayudarles.

-¿Tiene usted alguna idea de cómo esos chavales o algún amigo de esos chavales ha podido averiguar donde vivo?

El subinspector se rascó la cabeza.

-¿Qué ha pasado?

Álvaro le explicó lo sucedido la noche anterior con todo lujo de detalles. El policía se rascó entonces la barbilla.

-Ya veo. No han dado la batalla por perdida. Y no se rinden.

-No -terció Laura.

-En la denuncia que puso su amigo contra Rafael Montoya venían sus datos personales y su domicilio. ¿Lo recuerda?

El ingeniero se acordó, en efecto, de que cuando el policía le preguntó a Pablo su lugar de residencia, éste se quedó callado y él intervino rápidamente dando el suyo. No quería que figurara que era un indigente que no tenía techo donde dormir.

-Sí, lo recuerdo. ¿Y esa denuncia quién la ha podido conseguir?

-Esa denuncia está en un archivo informático al que puede acceder cualquier policía o funcionario simplemente con la clave de su ordenador.

-¿Un policía le ha pasado ese dato a estos cafres?

-No lo creo, pero ha podido ser cualquier funcionario, un administrativo, lo que sea. Si tienes un amigo trabajando en una comisaría, conseguir una denuncia es fácil. Y también la tiene el abogado del chico. Es una documentación a la que tiene derecho.

-Pues si ha sido él, habrá que prepararse para una defensa muy sucia- dijo Álvaro.

Laura le preguntó al policía si pensaba hacer algo.

-Le pondremos un dispositivo de contravigilancia en su casa. No puedo hacer mucho más en este momento.

-¿Y no puede llamar a declarar a Rafael Montoya o a sus amigos?

-¿Para qué? Lo negarán todo...

-¿No piensa investigarles?

-Señora, esos cinco chicos están internados en centros de menores desde ayer por la tarde. No han podido ser ellos.

-¿Y a sus amigos? ¿No piensa investigarlos?

Laura estaba realmente insistente y Álvaro temió que el subinspector diera por finalizada la conversación y la visita.

-Haremos lo que podamos.

-De acuerdo -dijo Álvaro-. Se lo agradecemos mucho, subinspector.

Ella no salió más tranquila de la comisaría, aunque era consciente de que el subinspector estaba de su parte. Se le notaba que aquellos pijos o niños de papá que se meaban encima de los mendigos los sábados por la noche le daban tanta grima como a ellos.

De vuelta al comedor, dando un paseo por el centro, la trabajadora social le preguntó a Álvaro por sus tos y sus achaques de salud.

-Tengo algunos, pero no pienso decírtelos.

Ella puso una sonrisa picarona.

-El otro día no pude apreciar ninguno...

-Jaja. Los supe disimular...

Cuando llegaron a la puerta del comedor, Álvaro se despidió. No pensaba comer hoy allí. Se fue a casa preocupado y rápidamente buscó a Pablo. No lo veía por ninguna parte. Empezó a abrir las puertas de las habitaciones, llamándolo. ¡Pablo, Pablo! Nadie contestó. Se puso nervioso y empezó a correr por el pasillo. De repente, el informático abrió la puerta del baño y casi se choca contra él. “¿Ocurre algo?”. “No, qué va a ocurrir” contestó él, tratando de tranquilizarse. “¿Por qué corrías por el pasillo, Álvaro?”. “¿Correr yo? ¿Para qué iba a correr yo por el pasillo?”

Pablo se rascó la cabeza y puso cara de no entender nada. Luego se metió en su cuarto a seguir trabajando con el ordenador.

3.

Álvaro sí fue al comedor al día siguiente, acompañado de Pablo, que le preguntó mientras comían qué había sido ese ruido de la otra noche. El ingeniero le dijo que un petardo que habría tirado algún niño, pero el informático no le creyó. Era muy tarde y no tenía sentido tirarlo en una plaza privada. Álvaro sabía que no podría ocultárselo por más tiempo y le contó lo de las pintadas. Pablo dejó el plato que se estaba comiendo y se quedó pensando un momento.

-Tal vez sería mejor que me fuera de tu casa. No quiero causarte más problemas. Ya has hecho bastante por mí.

Álvaro se tomó una cucharada de puchero, aparentando calma.

-No te preocupes. Deben ser unos niños que quieren asustarnos. Todo se calmará.

El informático seguía pensativo, dándole vueltas al plato con la cuchara pero sin llevarse nada a la boca. Se le había quitado el hambre.

-¿Y si no lo son? ¿y si entran en casa o te cogen en la puerta?

El ingeniero no se alteraba y seguía comiendo como si nada.

-Laura y yo fuimos a la Policía, a la comisaría donde pusiste la denuncia. El subinspector Ramírez nos dijo que van a poner un servicio de contravigilancia en casa para pillarlos, por si volvieran, lo cual no es muy probable.

En ese momento se acercó a la mesa el músico de la Sinfónica. Los saludó y se sentó con ellos. Estaba un poco pálido, como si estuviera enfermo, aunque tenía las mismas ganas de hablar que siempre. Les puso al tanto de las últimas novedades del comedor. El médico francés llevaba varios días sin venir y el de la empresa de riego había encontrado un trabajo en una pequeña empresa dedicada a mantenimiento de piscinas y jardines de urbanizaciones privadas.

-¿Qué tal van tus cosas? -le preguntó Álvaro.

-Pues estoy con un resfriado muy fuerte y llevo varios días sin tocar. En la calle Tetuán hay una corriente de aire muy mala que me hace daño en los pulmones. Es la que me ha provocado este catarro, dijo, y empezó a toser.

El ingeniero le dio una pequeña palmada en la espalda. “Cuídate esa tos. Y espera a curarte antes de volver a la calle. Un catarro mal curado se puede complicar mucho”, le aconsejó.

-¿También eres médico? -le preguntó Pedro sin dejar de toser.

-No, pero yo también tengo una tos mala, de no haberme curado bien un catarro.

-Ahhh, dijo el músico.

Al poco rato, vino a la mesa el mendigo apóstol. También estaba acatarrado y tenía una tos feroz.

-Hay que tener cuidado. Hay otra banda suelta que se dedica a pegarle a la gente que vive en la calle.

Pablo, que seguía dándole vueltas al puchero con la cuchara sin llevársela a la boca, soltó el cubierto en el plato.

-¿Otra banda?

-Sí. Al parecer, son amigos de la del hijo del torero, el que han internado en un centro de menores.

El mendigo apóstol parecía muy puesto en ese tema aunque ignoraba que Pablo hubiera sido su víctima.

-Ya le han pegado a dos y siempre dejan pintadas con espray rojo por donde pasan.

Pablo abrió los ojos sorprendido.

-¿Y qué ponían las pintadas?

-“Mendigos=Basura”,

4.

Esa misma noche dos personas con pasamontañas y bates de béisbol destruyeron la pequeña plaza ajardinada que daba acceso al bloque de viviendas de Álvaro. Fue una acción rápida, ejecutada en menos de dos minutos. Rompieron las farolas y los cristales del portal de entrada a la casa. El presidente de la comunidad llamó a la policía y una pareja de agentes se presentó allí a los cinco minutos. El dispositivo de contravigilancia aún no se había puesto en marcha y no había testigos. Solo una descripción lejana y vaga de un vecino que lo había visto todo desde el balcón

de su casa y que aseguró que eran dos personas que empezaron a destrozarlo todo con dos bates de béisbol. Iban encapuchados, pero cuando se fueron uno de ellos gritó: “Mendigos, iros de aquí”.

Al día siguiente, Pablo tenía que identificar a su agresor en comisaría. Lo había citado el subinspector Ramírez y Álvaro pensaba acompañarle pero le dijo que a la misma hora tenía una cita con el dentista que le estaba haciendo los empastes de manera desinteresada. Pablo le dijo que no hacía falta que cambiara la cita, que podía ir solo. Junto al informático, en una pequeña sala de espera de la comisaría del distrito Macarena, había una mujer mayor con el pelo blanco y con parkinson, la vecina de la plaza que lo vio todo. El único testigo de la paliza.

-Es solo un trámite” -les dijo el policía, que lo iba a interrogar brevemente mientras ellos podrían ver el interrogatorio desde esa pequeña sala, a través de un espejo, sin que el sospechoso los viera. La rueda de reconocimiento sería inmediatamente después.

El chico estaba sentado en una silla, en una habitación completamente vacía, a excepción de una mesa no muy grande de dos módulos. El subinspector Ramírez se sentó frente de él. Le preguntó qué tal estaba y cómo le trataban en el centro de menores. El chico contestó con monosílabos: “sí”, “no”, “bien”. No parecía tener demasiadas ganas de hablar. Luego el policía le preguntó por otra banda que estaba actuando en los lugares que ellos solían frecuentar. Su “modus operandi” era el mismo: buscar mendigos o indigentes en las plazas, insultarlos, mearles encima y pegarles. “No sé nada de esa banda”, dijo él. “¿Estás seguro?”. El policía le pasó entonces unas fotos. Eran de las pintadas del portal de la casa de Álvaro.

-¿Te suenan estas pintadas?

-Esas son las pintadas que poníamos siempre nosotros, pero el sitio no me suena.

-Exacto. Las mismas pintadas que vosotros, pero no fuisteis vosotros. ¿Quién pudo ser?

-No lo sé.

-¿Siempre fuisteis cinco?

-No, hace un año salían también otros dos colegas del club, pero ellos se echaron novia y se retiraron.

-Dime sus nombres.

-¿Por qué se los iba a decir?

-¿Quieres saber por qué? Porque si no me los das, te van a pasar cosas muy malas en el centro de menores.

-¿Cosas malas?

-Sí, allí hay gente muy peligrosa, mucho más peligrosa que tú y tus amigos. Chavales que se drogan desde los 8 años, que han matado a sus padres o a sus vecinos por alguna discusión tonta. Gente que no tiene temor de Dios ni de nada y yo me voy a encargar de que tú te conviertas en su enemigo. ¿Y sabes cómo?

El chaval lo miró con displicencia.

-Haciendo circular un bulo. Todos estos cabrones tienen hermanas, hermanas de tu edad. Pues si no me das los nombres, voy a hacer circular el bulo de que os pasasteis con una de ellas en una noche de caza y que por eso estais ahí. Cuando se enteren, no van a preguntarle a su hermana qué le hiciste. Eso lo hacen después, si lo hacen. Antes van a disfrutar cortándote los huevos o la polla.

Rafael Montoya se puso pálido y le dio los dos nombres al instante.

Álvaro le dijo a Pablo que tenía que ir al dentista a hacerse unos empastes mientras él iba a Comisaría a prestar de nuevo declaración, pero en realidad tenía una cita con Rafael Montoya. El torero colaboraba en causas benéficas y Laura había conseguido su teléfono a través de un contacto de la Orden y se lo había pasado. La noche anterior le había llamado para decirle que tenía que hablar con él por un asunto muy urgente relacionado con su hijo. Aunque no se identificó, el hombre aceptó que se encontraran de manera discreta en un parque situado en un populoso barrio de la ciudad. Álvaro llegó cinco minutos antes de las once al lugar convenido, un banco verde oxidado que estaba junto a un pequeño puente que cruzaba un estanque donde jugueteaban varias familias de patos. En el parque había bastante gente a esa hora: madres con niños pequeños, gente haciendo deporte y algunas pandillas de adolescentes que ocupaban el césped colindante al estanque. Rafael Montoya llegó acompañado por dos tipos ya talluditos que tenían pinta de chóferes o guardaespaldas, aunque uno de ellos era su antiguo mozo de espadas y el otro el capataz de su finca. “¿Es usted policía?” le preguntó a Álvaro. “No” contestó él. “¿Periodista?”. “Tampoco”. “¿Abogado?”. “Sí, -mintió-. Soy el abogado de Pablo Chacón”.

El torero hizo entonces un gesto a sus dos empleados para que lo esperaran en el coche, que los hombres acataron al instante.

Rafael Montoya se sentó entonces en el banco. Estaban los dos solos.

-Debe ser un abogado de esos que no cobran a sus clientes pero quieren salir en la tele. Dígame qué es lo que quiere de mí.

El ingeniero lo tenía muy claro.

-Sólo quería satisfacer una curiosidad y creo que usted es la única persona que podría ayudarme.

-Si puedo ayudarle sin que eso perjudique a mi hijo, lo haré encantado.

Álvaro lo miró a los ojos. El torero le aguantó la mirada.

-¿Por qué su hijo odia a las personas que viven en la calle? ¿Qué es lo que le han hecho los indigentes para que actúe con esa violencia contra ellos? ¿O es que su hijo es realmente un psicópata?

Al torero se le hinchó una vena en el cuello cuando Álvaro llamó a su hijo psicópata, pero se contuvo y logró controlarse.

-Mi hijo ha cometido un error, pero no es ningún psicópata. Ni siquiera es mala persona. Lo conozco muy bien.

Ahora era Álvaro a quien se le hinchó la vena del cuello.

-¿No es mala persona? Le clavó un sacacorchos en el ojo a una persona. Le pegó patadas y puñetazos en la cara. Pudo haberlo matado. Y no era la primera vez que lo hacía.

-Mi hijo ha reconocido que se le meó encima y lo insultó, lo cual está muy mal, pero no le pegó ni le sacó ningún sacacorchos. Debió ser otra persona. Él se ha equivocado y debe darse cuenta de ello y yo responderé por mi hijo para compensar a su cliente por las molestias causadas.

-¿Molestias causadas? ¿Se refiere usted a las dos operaciones en la cara, a la pérdida completa de visión en un ojo y a los 22 días en el hospital donde llegó con la cara hecha un cristo y una costilla rota?

-Sí, a todo eso me refiero. Estoy dispuesto a compensarle generosamente, si retira la denuncia y se olvida del asunto.

-¿Retirar la denuncia?

-Sí. Esto se puede arreglar de una manera satisfactoria para ambas partes sin policías ni jueces por medio. Con 50.000 euros, por ejemplo. Su cliente saldría de la calle y de la pobreza y usted cobraría una buena comisión por sus servicios.

-Mi cliente no va a retirar la denuncia, se lo puedo asegurar -dijo Álvaro poniéndose en el pellejo de Pablo.

-Debería consultárselo a él.

-Si retirara la denuncia, su hijo volvería a la calle y seguiría pegándole a la gente. ¿Eso es lo que quiere? ¿Qué su hijo acabe matando a alguien?

El torero tenía el semblante compungido y se mordía los labios sin querer, como si le costara mucho decir lo que en ese momento iba a decir.

-Mire, sé que mi hijo necesita un psicólogo o un psiquiatra y yo me voy a encargar de eso. Pero ya le digo que no es mala persona, sólo está confundido. Tiene unas ideas equivocadas.

Álvaro se llevó la mano a la frente.

-Una de esas ideas debe ser no dejar a Pablo en paz, ¿verdad?

El torero frunció la nariz extrañado.

-No entiendo por qué después de darle una paliza y destrozarle la cara, aún sigue jodiéndole. Esa es la razón por la que le he pedido que venga, para que me diga por qué sigue jodiéndole.

-La verdad es que no sé de qué me habla.

-Alguien ha ido a amenazarlo a la casa donde él se aloja provisionalmente. Ha tirado petardos de madrugada, ha destrozado farolas y puertas y ha dejado una pintada que decía “Mendigos= Basura. Iros de aquí”.

El hombre se quedó pensativo e hizo una mueca displicente.

-Mi hijo no ha podido ser. Lleva varios días internado en un centro de menores, como usted sabe.

-Su hijo no ha podido ser pero sin duda ha enviado a alguien. Le pido por favor que hable con su hijo y le diga que deje a Pablo en paz de una vez. Que no vaya a su casa a molestarle, que se olvide de él. Si lo sigue haciendo, le aseguro que me tomaré este asunto como algo muy personal. Por mi trabajo conozco a gente que lo que hace su hijo con un sacacorchos parece un juego de niños comparado con lo que ellos son capaces de hacer con una navaja o con una pistola. ¿Me entiende usted?

Álvaro no conocía ni de lejos a nadie de esas características, pero se acordó de una película sobre la mafia que le inspiró para decir eso.

-¿Me está usted amenazando?

-A usted no, desde luego.

-Hablaré con él, pero dudo que tenga nada que ver con lo que me está contando.

-Espero que lo haga pronto. Buenas tardes.

Álvaro se levantó rápidamente del banco y se fue de allí a paso rápido. Su viejo abrigo austríaco de paño, pasado de moda, le hacía parecer un letrado cuyo mejor momento ya había pasado.



## XIV. LA INMOBILIARIA

Durante las semanas que Pablo estuvo hospitalizado, recuperándose de la paliza, a Álvaro le había salido un trabajo a comisión para una inmobiliaria. También sin contrato. Tenía que enseñar viviendas y convencer a sus potenciales compradores de que no iban a encontrar nada mejor a ese precio. Era un trabajo menos duro que los seguros, porque aquí no tenía que buscar a los clientes, pero resultaba igual de incierto. La crisis había reducido mucho la compra-venta de viviendas en Sevilla y el ingeniero se centró más en los alquileres, donde las comisiones eran mucho más pequeñas. Por cada contrato la inmobiliaria se llevaba una mensualidad, de la que Álvaro se llevaba el 20 por ciento, unos 125 euros. En dos meses de trabajo apenas había ganado 400 euros cerrando contratos de alquiler, pero llevaba ocho semanas trabajando en algo grande: la venta de un piso de lujo de 300.000 euros. Había enseñado la vivienda siete veces y se había reunido en otras tantas ocasiones con el comprador y el vendedor, por separado, para acercar posturas. Tras largas negociaciones, logró por fin que ambas partes aceptaran un precio “ni para ti ni para mí” y se citó con ambos en la puerta de la vivienda para firmar el acuerdo. Era el día D, pero ninguno de los dos apareció. Álvaro los llamó, pero sus teléfonos estaban apagados. Habían desaparecido del mapa sin dar señales de vida, como si se los hubiera tragado la tierra. Pero no era eso: comprador y vendedor habían firmado un acuerdo al margen de la inmobiliaria que les permitía ahorrarse los 20.000 euros de la comisión de la intermediaria, de la que a Álvaro le correspondían 4.000 euros, un 20 por ciento. Esas cosas pasaban a veces en el negocio de la intermediación inmobiliaria: el comprador conseguía el número del vendedor en la guía telefónica o de cualquier otra forma, y le proponía un trato directo al vendedor, o viceversa. En la inmobiliaria, que estaba al borde de la quiebra, culparon a Álvaro. Y lo echaron y contrataron en su lugar a otro parado de larga duración. Fue tres días antes de Navidad.

Un día después, en la víspera de Nochebuena, el comedor social estaba desbordado. Con capacidad para unos ciento cincuenta comensales, cerca de doscientos hacían cola para comer. Laura debía abrir fichas a todos los nuevos y lo debía de hacer sin que el procedimiento alterara los horarios de comidas. Álvaro llegó cariacontecido y un poco más tarde de lo habitual con su viejo anorak gris. El comedor estaba completamente lleno y tuvo que esperar unos minutos a que fueran acabando los comensales que le precedían. Esperaba su turno en un pasillo cercano cuando el músico de la Sinfónica se le acercó:

-¿Qué pasa Álvaro? No te veo muy contento.

El ingeniero le explicó sucintamente lo que había ocurrido con la inmobiliaria. “Lástima que se te escapara esa comisión, pero no fue culpa tuya. Tú hiciste bien tu trabajo”, lo consoló. “Las inmobiliarias ganaron mucho dinero con el boom y ahora, con la crisis, nadie quiere pagarles su comisión. Por eso todas están cerrando. La gente no quiere pagar por un servicio que no es necesario o que ya no necesitan. Es igual que con los discos o los periódicos: ¿quién va a querer comprar uno, si lo tiene gratis en Internet?”, le dijo.

Álvaro estaba abatido. Con esos 4.000 euros pensaba liquidar la deuda con la comunidad de vecinos y aún le habría sobrado dinero para arreglar la calefacción y las goteras de la casa.

-No le des más vueltas, Álvaro. No merece la pena. Por cierto, ¿te acuerdas de Pierre, el médico francés?

El ingeniero recordaba perfectamente su historia.

-¿El que vino a España a cuidar de su hijo, enfermo de cáncer?

-Sí, al que su nuera echó de casa, cuando el hijo murió. Me acabo de enterar de que ha muerto. Álvaro se mordió los labios y agachó la cabeza. Otra mala noticia.

-¿Estaba enfermo? Parecía bastante sano.

-Se ha ahorcado. Llevaba seis días muerto, cuando un vecino llamó a la Policía por el olor de la casa. Los bomberos echaron la puerta abajo y lo encontraron.

-Lo siento mucho, sé que era amigo tuyo -dijo Álvaro.

-Era un buen tipo, te lo aseguro. Y también le gustaba la música clásica. Tenía una gran colección de óperas. También de música del barroco. Me había hablado de ella alguna vez. La nuera seguro que la tirará a la basura o la venderá al peso.

Álvaro se acordó de “Madama Butterfly” y de Laura con la cara bañada en lágrimas. La protagonista también se había suicidado.

-Pedro, ¿qué tal estás de tu catarro?

El músico de la Sinfónica tosió un poco, confirmando que la pregunta era procedente.

-Me duele un poco el pecho y con este frío no puedo tocar en la calle. La corriente me hiela los huesos y la garganta.

-Cúidate. Ahora tengo que volver a casa.

-De acuerdo. Te veo mañana por aquí, ¿no?

-Eso espero.

Cuando pasó por la puerta del despacho de Laura, vio que la trabajadora social tenía una visita y que había varias personas esperándola. Eran los nuevos: había dos hombres de mediana edad y un chico de menos de 30 años. El ingeniero pasó de largo en dirección a la puerta que daba a la calle. Cuando salió, se levantó el cuello de su anorak para taparse el cuello y respiró profundamente. Nadie le esperaba en casa ni tenía nada que hacer allí, pero algo, no sabía exactamente el qué, le hacía volver sin ni siquiera haber comido.

El frigorífico solo tenía unos cuantos huevos, yogures y un poco de leche. Álvaro se sirvió un vaso y se lo llevó al salón para bebérselo. Esa iba a ser su comida del día, aunque tampoco tenía hambre. Entre la inmobiliaria y Pierre, el médico francés, se le había cerrado el estómago. Escuchó entonces el ruido de una puerta al fondo de la casa. “¿Pablo?” preguntó, aunque el informático le había dicho por la mañana que había quedado para comer con su padre.

Escuchó entonces a alguien andar por el pasillo, acercándose a donde él estaba. Eran unos pasos diferentes a los suyos o a los del informático, producidos por unos zapatos de mujer.

-Hola, Álvaro.

Clara tenía buen aspecto. Llevaba el pelo más corto que la última vez y tenía algo más marcadas las pequeñas arrugas de expresión que la edad había hecho surgir alrededor de sus ojos. Las incipientes bolsas que empezaban a aparecer debajo de ellos le daban un aire melancólico. La piel de su cara se mantenía lisa y blanca como la porcelana, sin una sola mancha, y seguía recordándole a Audrey Hepburn de “Desayuno con diamantes”.

-Llamé a la puerta pero no había nadie y entré con mis llaves para no esperarte fuera. Hacía un poco de frío. Espero que no te importe -dijo ella.

El corazón del ingeniero latía a doscientos por hora. Llevaba un año esperando ver aparecer a Clara en casa y ahí estaba, por fin. Intentó tranquilizarse antes de que le diera un infarto.

-No, no me importa. Sabes que esta casa es tan tuya como mía.

-¿Qué tal estás, Álvaro?

Él no sabía qué decir ni por dónde empezar.

-Voy tirando, aunque no tengo muchas novedades. Sigo sin trabajo y sigo buscando.

Clara miró a su marido de arriba abajo. Realmente había envejecido durante ese año: tenía más

arrugas, más bolsas debajo de los ojos y menos pelo, a pesar de lo cual le seguía pareciendo el hombre maduro más interesante del mundo.

-¿Ha habido alguna novedad con las preferentes?

-No. Eso va despacio. Me dice el abogado que con suerte podría recuperar un 30 por ciento de la inversión, pero que tardará aún algún tiempo.

Clara se levantó entonces. Vestía unos vaqueros que resaltaban su delgadez y llevaba un pañuelo rojo en el cuello.

-¿Por qué no quieres aceptar el dinero de Marcos hasta que las cosas cambien? Es tu amigo y lo hace de corazón. Él sabe que tú harías lo mismo por él. Acéptalo como un préstamo, si quieres.

Escuchar el nombre de Marcos de sus labios le hizo levantarse a él también.

-¿Has venido a eso, a hablarme de dinero?

-He venido a verte y a pedirte que aceptes nuestra ayuda. Sé que Marcos te ha llamado todos estos meses insistiéndote, pero que siempre le dices lo mismo, que no te hace falta.

-¿Vuestra ayuda?

El plural que ella había utilizado le sentó como una patada en el estómago. Y empezó a toser. La tos mala.

-Da igual. Necesitas el dinero. La casa tiene muchas humedades y hace mucho frío. Tienes que arreglarla y poner la calefacción. Si no, esa tos va a empeorar y vas a enfermar gravemente.

Álvaro sabía que tenía razón, pero no pensaba dársela. A los pocos segundos, consiguió contener su tos.

-¿Qué tal te va ti en Barcelona?

-Bien. Es una ciudad muy diferente a Sevilla. La gente no está tan pendiente de uno y hay más posibilidades de todo. ¿Por qué no te vienes?

-No tengo dinero para el viaje ni para alojarme allí. Aquí, por lo menos, no tengo que pagar alquiler.

-Allí quizás tengas más posibilidades de encontrar trabajo. Todo está muy mal pero en Barcelona se mueven más cosas.

-¿Es que no vas a volver nunca a Sevilla?

Clara bajó los ojos, dulcificó el gesto y miró a Álvaro con la ternura de una madre a un hijo que le pregunta quiénes son los reyes magos.

-No.

Álvaro escuchó perfectamente cómo le crujió el corazón, como una nuez cuando se abre. Y no pudo evitar llevarse la mano al pecho en un gesto reflejo.

-¿Nunca vas a perdonarme?

Clara acercó su mano a la suya y se la acarició.

-Ya te he perdonado, Álvaro. También ha venido para decírtelo. Sé que estás arrepentido y que no querías hacerme daño. Te conozco bien. No debes sentirte culpable. A cualquiera le podría haber pasado eso. Yo no te guardo ningún rencor.

Álvaro metió su mano entre las suyas, como un sándwich, y la empezó a acariciar suavemente. Entonces la miró fijamente a los ojos.

-¿Ya no me quieres?

Clara levantó los ojos y miró a la persona que había amado durante 25 años, la mitad de su vida. Amado, querido, adorado, venerado. La persona al lado de la cual había deseado morir, viejecita, rodeada de sus hijos y de sus nietos. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla y Álvaro acercó un dedo y la detuvo. Luego lo subió, desandando su camino, para secarla. Lo mismo que hizo con Laura en la ópera.

-No puedo dejar de quererte. Me sentiría vacía sin eso, pero ya no puedo volver atrás. Quiero seguir andando hacia delante. Quiero tener un buen recuerdo de lo nuestro, lo necesito. Han sido los mejores años de mi vida, los 25 mejores años de mi vida, pero ya no puedo volver. Ya no somos los mismos y sé que no saldría bien.

El ingeniero se quedó sin fuerzas de repente, como si la sangre dejara de circular por sus venas o lo hiciera tan lentamente que el corazón se le quedara seco. También sintió que se ahogaba, como si a los pulmones no les llegara el aire. Solo una vez se había sentido así: una mañana en el patio de su colegio, jugando de portero, cuando un compañero le dio un balonazo en el estómago. Cayó al suelo a plomo, no podía respirar, y pensó que se moría.

-¿Te encuentras bien? Te noto un poco pálido.

Álvaro respiró varias veces, como hizo aquel día, cuando tenía 12 años. Tardó varios segundos en recuperarse.

-Gracias por perdonarme, Clara. Y por venir a decírmelo en persona. Ha sido un largo viaje. Podrías habérmelo dicho por teléfono.

-En el bolso traigo cinco mil euros. Cuando se te acaben, si la cosa no se arregla, te daré más.

Álvaro soltó la mano de Clara y se levantó de la silla.

-No te preocupes por mí. Es posible que me hagan algún encargo externo de la fábrica -mintió.

-Por favor, Álvaro, acepta el dinero. Y si quieres, cuando salga todo eso, me lo devuelves.

Álvaro cogió a Clara por el brazo suavemente y la acompañó a la puerta.

-Si me hace falta el dinero, te llamo. Gracias, Clara.

-Por favor, Álvaro -le suplicó.

Abrió la puerta, se despidió de ella y dijo: “Dale también las gracias a Marcos”.

Cuando cerró la puerta, se agachó y se cayó al suelo de rodillas con las manos en el estómago. Quiso dar un grito, pero no le salió. Entonces rompió a llorar, pero en silencio.

1.

El subinspector Ramírez localizó a los dos amigos de Rafael Montoya. Vivían con sus padres en un chalé en el Porvenir, uno de los mejores barrios de Sevilla. Se había construido frente al Parque de María Luisa, con motivo de la Exposición Iberoamericana de 1929 y con el paso del tiempo se había llenado de ejecutivos, empresarios y altos funcionarios. También había futbolistas, artistas y gente de alto poder adquisitivo. La casa del primero tenía un frondoso jardín. Le abrió la puerta una ecuatoriana con un uniforme. El policía preguntó por Rodrigo Esquinza y la mujer le preguntó si padre o hijo. Hijo, aclaró él. La empleada le pidió que esperara en el recibidor. A los dos minutos apareció un chaval de 17 ó 18 años con el pelo largo y pinta de universitario.

-¿Es usted Rodrigo Esquinza?

-Sí, ¿quién es usted?

-Soy el subinspector Ramírez. Me gustaría que me acompañara a Comisaría a hacerle unas preguntas.

El chico no pareció muy sorprendido porque rápidamente le preguntó si traía una orden de detención. El policía le contestó que no, que sólo quería hacerle unas preguntas. El chaval se quedó pensativo y dubitativo, sin decir nada.

-Si no viene conmigo y contesta mis preguntas, señor Esquinza, le voy a decir lo que va pasar. Voy a pedir al juez una orden de detención y entonces vendré aquí con dos policías más y me verá obligado a esposarle delante de su familia. Usted elige.

El chaval entró rápidamente a su dormitorio a por una cazadora y le dijo a la ecuatoriana que volvería “enseguida”.

Ya en comisaría, el subinspector le pidió al chico que se sentara en la sala donde lo iba a interrogar. Luego le preguntó si quería una botella de agua o una coca-cola.

-Una coca-cola estaría bien.

El policía hizo un gesto a un compañero para que le trajera una lata de coca-cola de la máquina. Y empezó a tutear al sospechoso.

-Bien, Rodrigo. ¿Me puedes decir dónde estuviste el lunes hacia las 12,30 de la noche?.

-¿El lunes? Supongo que en casa. Entresemana no salgo nunca. Por cierto, ¿por qué me tutea ahora y me llama Rodrigo, en vez de señor Esquinza como en mi casa”.

El policía no le dio ninguna explicación.

-Intenta recordar bien lo que hiciste el lunes por la noche.

-Ya se lo he dicho, estuve en casa.

-¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

El chaval dudó. Mala señal, pensó el policía.

-Mis padres no sé si estaban y Belinda, la sirvienta, se acuesta temprano.

-¿A qué hora llegaste a casa esa noche?

-Pronto. Ya le dije que no salgo entresemana.

-¿Qué hora es pronto para ti?

-No sé, las 11 o las 12.

-Ummmm. ¿No serían las 12,30?

-No lo recuerdo exactamente. Puede ser.

-¿Puede ser?

-Sí, puede ser.

El subinspector se rascó la cabeza de manera ostensible.

-¿Y de dónde venías esa noche a las 12 o 12,30?

-Estuve con un amigo tomando unas tapas después de clase.

-¿Con Borja Palazuelo?

-Sí

-¿Después de tomarse esas tapas, fueron a algún sitio antes de que se fueran cada uno a su casa?

-No lo recuerdo.

El policía les pasó unas fotos. Eran las mismas que le había enseñado hacía unos días a Rafael Montoya hijo. Se veía el portal de la casa de Álvaro y una pintada en letras rojas en la pared que decía: “Mendigos=Basura. Iros de aquí”.

Cuando el chaval vio las fotos, enrojeció.

-¿Le suena de algo ese portal y esas pintadas?

El chico volvió a dudar.

-Mira, Rodrigo. Sabemos lo que pasó. Hemos hablado con tu amigo y con varios testigos. Lo que quiero saber es por qué lo hicisteis.

El policía no había hablado con su amigo y tampoco tenía testigos que lo inculpasen, pero Rodrigo no lo sabía.

-Fue idea de Borja, quería darle un susto a un tío con el que se había peleado.

-¿Se había peleado con un mendigo?

-Bueno, algo así.

-¿Qué mendigo? ¿Cómo se llamaba?

-No lo recuerdo.

-¿Dónde se peleó con él?

-No lo recuerdo.

El policía empezaba a impacientarse.

-Rodrigo, entre un tipo con mala memoria y otro que lo recuerda todo y me lo cuenta, ¿a quién crees que empujaría antes?

El chico comenzó a ponerse nervioso y a suponer que su amigo le había traicionado.

-No conozco al mendigo. No sé quién es, ni Borja tampoco.

-¿No lo conocíais?

-No.

-Entonces ¿a qué vino el petardo y la pintada?

-Fue por un favor a un amigo.

-¿Un favor a qué amigo?

-A Rafael Montoya.

El subinspector Ramírez estaba grabando todo el interrogatorio.

-¿Os pidió Rafael Montoya que asustarais a ese mendigo?

-Sí.

-¿Y por qué lo hicieron?

-Se lo acabo de decir: un favor.

-¿Tan amigo eres de Montoya? Tengo entendido que llevabais seis meses sin veros.

-Bueno, sí. Antes salíamos juntos, pero hace dos años que me separé de su pandilla.

-¿Por qué?

-Porque empecé a salir con una chica y a ella no le gustaba.

-¿Y por qué no le gustaba?

-Decía que eran muy violentos.

-¿Lo eran?

-Les gustaba reírse de los mendigos y de los indigentes. Algunos los insultaban, pero no eran muy violentos.

-Pues una vez sí se pasaron de ahí.

-Yo no sé nada de eso. Ya no estaba con ellos.

-¿Y a ti no te hacía gracia, verdad?

-¿El qué?

-Lo que le hacían a esas personas.

-No mucha.

El curtido policía trataba de llevar el agua a su molino y a su interrogado también.

-¿Y fuiste entonces allí a tirar petardos y a poner una pintada claramente ofensiva por hacerle el favor a un tipo que no te hacía gracia? ¿Sabes que te pueden caer 2 años por vandalismo y amenazas?

Rodrigo volvió a quedarse pensativo. Parecía descolocado.

-¿Dos años encerrado por una pintada y unos petardos?

-Sí, dos años. ¿Te parece poco?

-No, me parece mucho.

-Pues es lo que dice la ley. Te repito la pregunta: ¿Fuiste allí a amenazar al mendigo por hacerle el favor a un tipo que no te hacía gracia?

Los dos años de prisión sobrevolaban la cabeza de Rodrigo y habían erosionado su resistencia a decir la verdad.

-Bueno, no fue exactamente un favor.  
-¿No? ¿Qué fue entonces?  
-Un encargo.  
-¿Por dinero?  
-Sí, por dinero.  
-¿Cuánto dinero?  
-5.000 euros cada uno.  
-Eso es mucho dinero por tirar un petardo y hacer una pintada.  
-Al tipo le sobra el dinero. Quería asustar al mendigo para que retirara una denuncia. Yo no hice preguntas, no quería ni saber quién era, pero los 5.000 euros me venían muy bien. Mi padre me da una paga de 20 euros a la semana.  
-¿Quién es el tipo?  
Rodrigo volvió a quedarse mudo.  
-Me gustaría no decirlo.  
El policía empezó a reír.  
-¿Te gustaría no decirlo? ¡No me jodas, chico! Has cometido varios delitos y durante dos noches seguidas. ¿Crees que vas a salir impune de esta si no me dices quién te pagó por hacerlo?  
Rodrigo se tocó la frente, como si tuviera fiebre.  
-¿Si le digo quién me pagó, no presentarán cargos contra mí?  
-No presentaremos cargos contra ti ni contra tu amigo. Sólo os caerá una multa. Tienes mi palabra  
-¿Una multa?  
-Sí, una multa. Es mejor que dos años en un centro de internamiento, ¿no?  
-Rafael Montoya.  
-¿Estás seguro?  
-Sí.  
-No puede ser. ¿De dónde iba a sacar los 10.000 euros para pagarlos?  
-No, él no. Su padre, el torero.

El subinspector Ramírez salió de la habitación y fue a buscar a un agente, al que ordenó que fuera inmediatamente a casa de Borja Palazuelo, su cómplice, y lo trajera para acá. Necesitaba las declaraciones de los dos antes de dar el siguiente paso y quería evitar que alguno de ellos se echara atrás. Si Moreno se resistía a confesar que el torero les había pagado, le presentaría la declaración firmada de su amigo. No tendría escapatoria.

2.

Después de que se fuera Clara, Álvaro pasó toda la tarde en casa. No comió nada y apenas bebió un vaso de agua. Estuvo horas sentado en el sillón del salón sin hacer nada, escuchando en su viejo tocadiscos la serenata nocturna de Mozart y la novena sinfonía de Beethoven en la grabación de la Filarmónica de Berlín que le había regalado Pedro. Centrifugaba los recuerdos como una lavadora, pero no conseguía sacudirse la imagen de ella diciéndole que había cerrado una etapa e iniciado otra. Se resistía a admitir que ella no volvería, pese a que había tenido un año parar hacerse a la idea. Era como una alergia alimentaria: aunque lo necesitaba, su organismo no admitía ese ingrediente.

Pablo llegó a la casa ya de noche. Encontró al ingeniero sentado en el salón, a oscuras, escuchando la “serenata nocturna”. El informático encendió una luz y se sentó a su lado. Tenía

algo que decirle.

-Mira Álvaro, he estado dándole vueltas a la cabeza a lo del otro día, lo de las pintadas, los petardos, los destrozos del portal, lo del presidente de la comunidad. No quiero causarte más problemas con tus vecinos, ya has hecho bastante por mí. Te lo digo para que se lo digas al presidente de la comunidad y te deje ya en paz. Me iré mañana por la mañana.

Álvaro seguía abstraído en sus pensamientos y apenas estaba escuchando lo que le decía Pablo.

-Me voy a ir a casa de mi padre hasta que pueda pagarme un alquiler. He estado comiendo hoy con él, como te dije, y luego hemos estado en casa de mi hermana. Vamos a intentar empezar de cero los tres, a ver si recuperamos la relación que teníamos antes de que empezara a beber.

El ingeniero mantenía la mirada perdida.

-¿Me estás escuchando, Álvaro? ¿Te pasa algo?

-No es nada. Me duele un poco la cabeza.

-¿Te has enterado de lo que te he dicho?

-Sí. Y me alegro mucho por ti, Pablo.

El ingeniero se levantó del sillón y se fue a su dormitorio arrastrando los pies como un zombi. “Buenas noches”, le dijo.

3.

A la mañana siguiente el informático metió en la pequeña maleta que le había regalado Laura sus escasas pertenencias y fue a despedirse de su anfitrión y a darle las gracias, pero el ingeniero no estaba en su cuarto. O al menos no contestó a sus llamadas. Buscó un papel y un bolígrafo y le escribió una nota, que le dejó encima de la mesa del salón. Pablo había pasado mucho frío en esa casa y se había tomado demasiados bocatas de mortadela, pero la iba a echar de menos. Y también a Álvaro, con quien había compartido veladas agradables y noches de confianzas. Allí se había repuesto de sus lesiones y sobre todo había encontrado ese hogar que no tenía con una persona a la que apenas conocía, pero a la que le había cogido un cariño y aprecio sinceros. Cerró la puerta del piso de Álvaro, dejando atrás dos de los mejores meses de su vida, de la parte mala de su vida, la que se inició cuando empezó a beber, perdió su trabajo y a su mujer. Dos meses, además, enormemente productivos, en los que había avanzado mucho en su red social y en su app semanastera, que tenía prácticamente terminada e iba a intentar colocarle a Telefónica o a alguna compañía de la competencia. Estaba seguro de que lo lograría y de que a partir de ahí podría recuperar su vida, una vida normal, como la de todo el mundo, con una casa de alquiler y con el dinero suficiente para poder hacer algún viaje de vez en cuando y comer fuera algún fin de semana. Una vida lejos de las plazas, de los bancos de los parques y de las noches largas y frías en la calle entre cartoneros y orines. Una vida, en fin, lejos de los comedores sociales.

Pablo fue aquella mañana por última vez al comedor de la Orden de San Juan de Dios, pero no a comer un plato de puchero ni unas lentejas caseras ni unos huevos con patatas, sino a despedirse de Laura. La trabajadora social se alegró de verlo tan recuperado de sus lesiones y de su reconciliación con su padre. “La familia es lo más importante”, le dijo. “Espero que esta vez lo sea también para mí”, trató de animarse a sí mismo.

El informático le agradeció mucho todo lo que había hecho por él y que fuera a verlo al hospital y lo acompañara a la Policía a poner la denuncia. Laura le preguntó por Álvaro y él le contestó que había estado hablando con él la noche anterior de la comida con su padre y de la visita a casa de su hermana. “Lo encontré un poco raro, pero no me quiso contar qué le pasaba”, le



comentó. Se dieron dos besos en la puerta de su despacho y ella lo vio marchar en dirección a la puerta de salida. Llevaba más de un año viéndole entrar y salir casi a diario y confiaba en no volver a verlo más por allí, salvo de visita. Aparte del parche en el ojo, a Pablo le había quedado una cojera que le hacía andar con dificultad y Laura no pudo reprimir su tristeza y su rabia contra quienes le habían hecho eso.

4.

El subinspector Ramírez se presentó en el despacho del juez. La pequeña estancia estaba atestada de papeles. De los bordes de las estanterías que empapelaban las paredes chorreaban los expedientes como estalactitas de una gruta. Los jueces de Sevilla no contaban con medios humanos y materiales suficientes para resolver en un tiempo razonable todos los casos que recibían. Con la crisis económica, los juzgados mercantiles habían sido los más afectados y estaban señalando juicios para dos o tres años más tarde. Este colapso se había acabado extendiendo a todas las sedes judiciales de la ciudad: civiles, penales, de familia, sociales, etcétera, desbordadas por miles de asuntos que dormían durante años el sueño de los justos. Sin embargo, los jueces menos sobrecargados de trabajo en Sevilla eran los de menores, donde el Gobierno no había escatimado medios, o al menos no los había escatimado en la misma proporción.

-Señoría, le traigo la declaración firmada de estos menores por el asunto del mendigo al que le dieron una paliza en la plaza de los Azahares. ¿Lo recuerda?

El juez cogió los papeles que le había tendido el policía y empezó a leerlos.

-¡El mendigo de los Azahares! Claro que me acuerdo, Ramírez. Le sacaron un ojo con un sacacorchos.

-Exacto.

-El hijo de Rafael Montoya.

-Sí, el hijo del torero.

El juez llegó a la parte crucial de la declaración, la que señalaba a Montoya padre como el inductor de las amenazas y los actos vandálicos en el portal y el jardín del bloque de pisos donde vivía Álvaro.

-Ramírez, no me joda. ¿El torero le pagó para que fueran allí?

-Sí, señorita. No querían decirlo, pero al final lo han confesado.

-Pues tenemos un marrón. La prensa se va a poner las botas con esto.

-Me temo que sí, señorita.

El juez se acarició el lóbulo de su oreja derecha.

-¿Ve alguna posibilidad de que este hombre venga aquí a declarar discretamente?

-Cuando detuvimos a su hijo en su casa, todo se hizo discretamente, pero alguien del Juzgado debió enterarse y cuando salieron les esperaban fuera un montón de periodistas y de cámaras de televisión.

-Lo sé, Ramírez, por eso se lo digo. Si con el hijo pasó eso, qué no va a pasar con el padre, que es el famoso.

El policía se rascó la cabeza sin saber qué decir.

-Ramírez, voy a firmar la orden de detención. Dios nos coja confesados.

-Creía que usted no era creyente.

-No, no lo soy. Lo decía sólo por si acaso.

El juez le pasó la orden al subinspector, que rápidamente llamó a un agente de su confianza,

que no se iría de la lengua, para que lo acompañara a la finca del torero.

La propiedad estaba situada a unos veinticinco kilómetros de la capital, en el término municipal de Sanlúcar la Mayor. Era un cortijo impresionante propio de una gran figura del toreo. El portalón de entrada, de hierro forjado acabado en puntas de lanza, tenía más de cuatro metros de altura. Llamaron al telefonillo, preguntaron por Rafael Montoya, se identificaron como policías y sonó un ruido. A los pocos segundos la puerta empezó a abrirse hacia dentro dejando el paso expedito a la casa. Antes de llegar a ella, los policías tuvieron que recorrer un camino de tierra de unos doscientos metros en línea recta. La parcela era inmensa. El torero había salido a la puerta, acompañado de su antiguo mozo de espadas y su inseparable capataz. Ramírez le enseñó la orden de detención dictada por el juez. Montoya la leyó y dijo: “Espérenme un minuto. Les acompañaré”. El comentario irritó al subinspector, que a punto estuvo de decir “como si pudieras negarte a acompañarnos”, pero se limitó a decir un escueto y cortés “por supuesto”.

El torero fue a cambiarse de ropa y a los dos minutos se presentó en la puerta con un elegante traje de chaqueta de color gris y una corbata a juego. Los zapatos, unos Church's relucientes, debían costar casi lo que ganaba el policía en un mes. Los agentes no le esposaron, aunque lo habrían hecho seguramente con cualquier otra persona que no fuera un torero con el reconocimiento social y popular del que gozaba Montoya en Sevilla.

Durante el trayecto al juzgado en el coche patrulla, el diestro no abrió la boca. Fueron casi treinta minutos en silencio, apenas interrumpido por algún mensaje ininteligible de la radio de la policía a la que el vehículo estaba conectado. Montoya estuvo meditando durante ese viaje por la A-49 y por el centro de la ciudad en todas las decisiones que había adoptado y en todas las circunstancias que se habían dado para que él fuera en ese coche-patrulla esa tarde. ¿Podría haber evitado alguna de ellas o todo lo que le había conducido a ese momento había sido completamente irremediable?

Ramírez tenía la orden del juez de acercar el coche lo máximo posible a las puertas del juzgado para impedir que fuera reconocido por alguien. Quería evitar otro circo como el de la detención de su hijo. De momento, lo había conseguido. Montoya y los policías entraron en la sede judicial sin ningún periodista a la vista. Pasaron por un escáner y el subinspector condujo al torero al despacho del juez a través de unas escaleras y de un largo y gélido pasillo. Cuando entraron en su despacho, el titular del juzgado estaba consultando unos papeles que tenía encima de su mesa.

Siéntesse, señor Montoya -le dijo el juez, que llevaba una bufanda enroscada al cuello porque aquel día precisamente se había estropeado la calefacción.

El torero se sentó haciendo acopio de su gran elegancia y compostura y sin dar ninguna señal de incomodidad o contrariedad por el frío reinante en la habitación.

-Le voy a leer una declaración del señor Borja Palazuelo y luego la declaración del señor Rodrigo Esquinza. Creo que usted los conoce.

-Sí, los dos son amigos de mi hijo.

El juez empezó a leer las dos declaraciones, primero la de Palazuelo y luego la de Esquinza. Los dos acababan acusando a Montoya de haberles ofrecido 5.000 euros a cada uno por presentarse en el bloque de viviendas donde se alojaba Pablo Chacón y amenazarlo con pintadas y diversos actos vandálicos.

-¿Me puede decir si es cierto que ofreció ese dinero a estos amigos de su hijo?

-Sí, es cierto.

-¿No lo niega entonces?

-No, no lo niego.

-Dígame por qué lo hizo.

-Por proteger a mi hijo.

-¿Qué es lo que pretendía exactamente?

-Pretendía exactamente que se retirara la denuncia.

-¿Es consciente de que aparte del vandalismo y las amenazas ha podido incurrir en un delito de obstrucción a la Justicia?

-No sé mucho de leyes. Tuve que dejar de estudiar a los 13 años y ponerme a trabajar para sacar a mi familia adelante. Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo era muy “shico”.

El juez cabeceó sobre la mesa, como diciendo “si pretende usted darme pena con la típica historia del abandono familiar, va listo”.

-Señor Montoya, ¿es consciente de la gravedad de los delitos que se le atribuyen a su hijo?

-Mi hijo es muy joven y está equivocado, pero no es mala persona. No era consciente de que estaba haciendo nada malo. La culpa es mía.

-¿Clavarle un sacacorchos en un ojo a otra persona no le parece nada malo? ¿O pegarle patadas a alguien que está tumbado en el suelo?

-Me parece algo terrible, pero él dice que no lo ha hecho y yo lo creo. Debió ser otro, tal vez alguno de sus amigos.

-La víctima lo ha identificado y hay un testigo ocular que también lo ha identificado.

-Los dos están equivocados. Mi hijo nunca miente.

El juez tenía ya bastante claros los supuestos penales que le habría de aplicar al torero por su comportamiento, pero sentía una curiosidad invencible por profundizar en sus causas, aunque eso no fuera demasiado relevante a efectos jurídicos.

-Señor Montoya. ¿Por qué dice que las acciones de su hijo son culpa suya? ¿Le incitó alguna vez a actuar así?

El torero tardó unos segundos en contestar, como si tuviera que pensar la respuesta.

-No le incité a actuar así, pero tampoco le di razones para no hacerlo.

-¿Qué quiere decir?

-Tenía que haber sido más contundente en el rechazo a la violencia. No lo fui o no lo fui lo que debía.

-¿A la violencia en general?

-A la violencia contra los borrachos, los vagabundos y los mendigos.

El juez se quedó pensativo tras esta respuesta del torero.

-¿Qué tiene su hijo en contra de estas personas? ¿Alguno de ellos le ha hecho algo malo alguna vez?

-No que yo sepa.

-Usted ha reconocido su participación en los actos por los que ordené su detención. Como ha colaborado con este juzgado, le voy a dejar en libertad con cargos, con la obligación de presentarse ante mí los días 1 de cada mes hasta que se celebre el juicio. Porque habrá un juicio oral y usted se sentará en el banquillo, de eso no le quepa duda.

-Sí, señoría.

-Tampoco tengo ninguna duda, señor Montoya, de que usted no volverá a participar en ningún tipo de amenazas o conspiración contra el señor Pablo Chacón.

-Tiene mi palabra, señoría. Yo también he actuado de forma equivocada, como mi hijo. Y lo siento.

-Permítame decirle que su hijo ha actuado de una forma mucho peor que equivocada. Ha actuado de manera criminal, ha sido reincidente y ha podido matar a alguien. Si no fuera porque

aún es menor de edad, le aseguro que pasaría bastantes años en la cárcel por lo que ha hecho. Ahora puede marcharse, pero no tengo que advertirle que si Pablo Chacón fuera amenazado otra vez o sufriera algún daño, nos veremos las caras de nuevo. Y le aseguro que en tal caso no actuaría de la misma manera que lo estoy haciendo ahora.

-Entendido, señorita.

El torero salió del despacho tieso como una vela y con la misma compostura con la que entró una hora antes. Recorrió el largo y helado pasillo, bajó las escaleras y alcanzó la puerta principal. Allí le esperaba en su flamante mercedes blanco su antiguo mozo de espadas y el capataz de la finca, sus dos hombres de confianza, pero no estaban solos. Al igual que ocurrió con su hijo unas semanas antes, los dos estaban rodeados por una nube de periodistas con micrófonos y cámaras de televisión que se había apostado en las inmediaciones de la puerta de la sede judicial, esperando poder arrancarle alguna declaración. El enjambre mediático se activó rápidamente cuando vio a Montoya aparecer por fin por la puerta y lo abordó sin miramientos haciéndole todo tipo de preguntas durante los cincuenta metros mal contados que lo separaban de su coche. “¿Señor Montoya, ordenó usted matar al mendigo? ¿Contrató a dos sicarios? ¿Cuánto dinero les pagó? ¿Incita usted a su hijo a darle palizas a los mendigos?”. El torero no abrió la boca, aceleró el paso y apartó con la mano algunas alcachofas que periodistas demasiado audaces le metieron casi dentro de la boca. Así logró llegar finalmente a su coche, subirse por la parte de atrás y salir disparado de allí.

## XV. LA RENDICIÓN

Por primera vez en cinco años Álvaro no se levantó de la cama temprano para salir a buscar trabajo. Tampoco fue al comedor social. No tenía ganas de ver a nadie ni de meterse nada en el estómago. Dejó de tomar las pastillas antidepresivas y otras contra la tos que le recomendó la farmacéutica. Dejó de cargar la batería del teléfono de prepago que se había comprado hacía un año para recibir posibles llamadas de Clara o de ofertas de trabajo. Algo había hecho clic en su cabeza: la vida y el mundo exterior habían dejado de repente de interesarle. De la cama al baño y del baño a la cama eran ahora sus paseos más largos, agravados por una tos espantosa que le dejaba una quemazón atroz en la garganta y los pulmones.

El pintor abstracto, el único vecino que no quería echarlo de casa y que lo había defendido en las reuniones de la comunidad de propietarios, se presentó en su casa justo una semana después de que por esa misma puerta saliera Clara compungida y ya no entrara ni saliera nadie más. A ningún otro vecino le hubiera abierto, pero Ricardo Álvarez era un tipo distinto a los demás. Incluso había quitado la clave de seguridad a su conexión de Internet para que Álvaro se pudiera conectar a ella. Sabía que estaba en paro y que lo estaba pasando mal y que no tenía dinero para pagar la cuota de ADSL y pensó que navegar le mantendría entretenido, aunque lo que no sabía era que quien se conectaba a su red era, en realidad, Pablo, el mendigo de las pintadas y los petardos.

-Hola Ricardo.

-Hola Álvaro, ¿puedo pasar un momento?

El ingeniero lo dejó pasar.

-¿Qué tal estás? Llevo una semana sin verte, ni coincidir contigo en el portal, y quería saber si te pasaba algo, si estabas enfermo o necesitabas alguna cosa.

A Álvaro le pasaba de todo, estaba enfermo, aunque no sabía exactamente la enfermedad, y necesitaba, sin duda, muchas cosas, pero ninguna que su único vecino agradable le pudiera proporcionar. Tenía el pelo grasiento, barba de una semana y presentaba un aspecto, en general, desmejorado.

-Estoy bien, Ricardo. No necesito nada, de verdad, pero muchas gracias.

El pintor no se quedó muy convencido con sus explicaciones, pero tampoco quiso insistir ni molestarle. Se dio cuenta de que no tenía ganas de visitas.

-Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que bajar las escaleras y llamar a mi puerta. A la hora que sea. De verdad.

-Gracias, Ricardo. Lo haré si lo necesito.

El pintor se dirigió hacia la puerta y se despidió de él con un apretón de manos.

-Si lo único que necesitas es hablar o que te hablen, ya sabes dónde estoy -insistió.

1.

Laura también estaba preocupada por Álvaro. Llevaba dos semanas sin ir al comedor ni dar señales de vida, algo que nunca había hecho desde que vio aparecer su cuerpo de ciento noventa centímetros de altura por primera vez en su despacho. Lo había llamado varias veces, pero su móvil siempre estaba apagado. Le preguntó a Pablo por teléfono, pero tampoco sabía nada. Desde que se había quedado a dormir en su pequeño apartamento el día que fueron a bailar, no había vuelto a quedar con él. Aunque había sido una noche maravillosa y el ingeniero le había dejado una nota cariñosa en la almohada por la mañana, antes de irse, Laura no pudo dejar de pensar en si

habría hecho algo que le molestara ¿Se sentía decepcionado por algo? ¿Por qué no la había vuelto a llamar? ¿Por qué había dejado de ir al comedor? Eran muchas preguntas a las que buscaba respuesta, aunque durante los quince días que había estado sin verlo ni saber de él, se había dado cuenta de varias cosas de las que antes no era consciente, o, al menos, no del todo. La primera era que no podía dejar de pensar en él. La segunda, que lo echaba de menos. La tercera era la que más le inquietaba: había desarrollado algunos síntomas inequívocos de enamoramiento. Se reía sola de algunas cosas sin venir a cuento, le costaba conciliar el sueño y se le había cerrado el estómago. La imagen de Álvaro se le aparecía a todas horas y todo, o casi todo, incluso las cosas más tontas, le recordaban a él. Hasta había soñado que estaban de viaje juntos en un país asiático y que él le regalaba un anillo de compromiso. Laura iba a cumplir 40 años y no quería dejarse dominar por una pasión adolescente, pero algo grande había brotado en su corazón y echado raíces que crecían de forma vigorosa, sin que ella pudiera ni quisiera, tal vez, evitarlo.

La trabajadora social sabía dónde vivía el ingeniero porque los acompañó a Pablo y a él hasta la puerta de su casa el día que le dieron el alta en el hospital. Estuvo toda la mañana deshojando la margarita de si ir o no ir y pensando si era buena idea o no presentarse allí sin avisar, pero al final decidió hacerlo. Tenía ganas de verlo pero por encima de esas ganas estaba muy preocupada. ¿Le habría pasado algo? ¿Estaría enfermo? La tos que tenía cuando llegó el primer día al comedor se le había agravado en pocos meses y eso también le preocupaba.

Acabó su jornada laboral en el comedor a las tres de la tarde. Cerró la puerta de su despacho, se despidió de los voluntarios que se fue encontrando por los pasillos como hacía cada día, de lunes a viernes, sobre esa hora, desde hacía cuatro años, y salió a la calle. El comedor de la Orden de San Juan de Dios ocupaba los números 3 y 5 de la calle Misericordia, una pequeña vía por la que apenas pasaban automóviles porque el alcalde había decidido que al centro de su ciudad no se podía ir en coche. Para evitarlo, había rodeado todo su perímetro de cámaras delatoras que fichaban tu matrícula si osabas acercarte. Eran más de veinte cámaras colocadas en otras tantas calles las que vigilaban día y noche que no se colara nadie. La prensa local había denominado a este plan audiovisual “el gran hermano” y la multa era de 90 euros. Sevilla había estrenado no hacía mucho una línea de metro, cuyas primeras obras se habían iniciado treinta años antes y que, tras estar paralizadas durante más de veinte, fueron terminadas en 2011, pocos meses antes de unas elecciones municipales, con un elevado sobrecoste respecto a lo presupuestado. Curiosamente ninguna estación de esa línea entraba en el centro. Los autobuses municipales tardaban mucho en llegar e iban siempre atestados de gente, de modo que la otra alternativa era ir andando o en bici. Los carriles-bici habían brotado como hongos por toda la ciudad, comiéndose aceras y plazas de aparcamiento, para indignación de los residentes de algunas barriadas. No es que estuvieran en contra de los carriles-bici, pero les gustaba aparcar a menos de un cuarto de hora de su casa.

Laura pudo hacer el camino desde el comedor a casa de Álvaro, unos ochocientos metros aproximadamente, sin tropezar casi con ningún coche. Pasó por las Setas, por la Plaza de la Encarnación, por la calle Imagen y llegó por fin a la Plaza del Cristo de Burgos. Rodeó la farmacia de Doña Carmen, la que le fiaba las medicinas a Álvaro, y entró en la placita ajardinada que pertenecía a la comunidad de propietarios de la que formaba parte el ingeniero. Llamó al portero electrónico varias veces pero nadie le abrió. Esperó unos minutos a que pasara algo hasta que un señor muy mayor que se ayudaba de un bastón bajó y abrió la puerta, momento que aprovechó ella para entrar. Como no sabía el piso en el que vivía el ingeniero, buscó su nombre en los buzones. Tercero derecha. Cogió el ascensor, que sonaba como un viejo tren que frena antes de llegar a la estación, y pulsó el número 3. Se puso frente a la puerta y llamó al timbre. Nadie le

abrió. Volvió a llamar. Nada. Esperó un par de minutos y se volvió decepcionada hacia el ascensor, pero en ese momento escuchó abrirse la puerta y a alguien asomarse. Era él. Tenía puesta una bata de color azul de las que venden en los chinos.

-¿Laura?

-Hola Álvaro.

-¿Qué haces aquí?

-He venido a verte. Estaba preocupada. Hace dos semanas que no vienes por el comedor y tampoco tienes operativo el teléfono. Siempre aparece como apagado.

El ingeniero estaba bastante más delgado que la última vez que lo vio y tenía la mirada vidriosa. Se había dejado la barba, una barba entrecana que necesitaba un repaso urgente.

-Estoy bien, gracias.

Laura notó a Álvaro distinto, cambiado. Distante.

-¿Te importa que pase un momento? Hace un poco de frío en la escalera. No te entretendré mucho.

Álvaro hizo un gesto de asentimiento con la cara y ella pasó.

-No tengo mucho que ofrecerte de beber. Un vaso de agua o un vaso de leche.

-No me apetece nada, gracias.

Álvaro le indicó a Laura que se sentara en una silla y él hizo lo mismo.

-¿Te pasa algo? No tienes muy buen aspecto.

El ingeniero le dijo que estaba un poco resfriado y que había preferido quedarse en casa para no ponerse peor.

-¿Sabes cómo le va a Pablo?

-Creo que le va muy bien en casa de su padre. Seguramente te habrá llamado, pero como tienes apagado el teléfono, no habrá podido localizarte.

-Seguramente. Soy muy despistado y tampoco es que reciba muchas llamadas.

Realmente a Álvaro le pasaba algo.

-¿Has comido?

-Sí -mintió él.

-¿Te apetece que vayamos a tomar un café a algún sitio?

-Me gustaría invitarte, pero sabes que no tengo dinero.

-No te preocupes por eso.

Álvaro empezó a cabecear y a hacer movimientos extraños con la cara.

-Laura, tú eres una mujer joven, guapa y con un trabajo. Seguro que tienes muchos planes mejores que tomar un café conmigo.

Álvaro nunca le había hablado con esa frialdad.

-Te aseguro que no tengo ningún plan mejor ahora mismo que tomar un café contigo.

El ingeniero se levantó de la silla y empezó a andar con dificultad por el salón, como si tuviera las piernas dormidas.

-¿Conmigo? ¿Pero tú me has mirado bien? Soy mucho mayor que tú, no tengo ni para invitarte a un café y, lo que es peor, no tengo futuro. Si fueras lista, te alejarías de mí pitando.

-¿A qué viene esto, Álvaro? ¿Qué te pasa?

-No me pasa nada, al menos, nada nuevo. Soy un puto perdedor que no tiene nada. El peor partido posible para cualquier mujer. Y peor aún para una mujer como tú.

Laura se levantó de la silla y se puso frente a él.

-Tú no eres ningún perdedor y yo no busco ningún partido. Solo quiero una persona honesta, con valores y que me quiera. Lo demás, no me importa. Sé que tú eres honesto y que eres una

persona con valores, porque lo has demostrado ayudando a Pablo y sacándolo de la calle. Lo que no sé es lo tercero, si tú me quieres.

La sinceridad con que Laura se expresó le sorprendió incluso a ella misma. Realmente no había ido allí a decirle eso. Nunca había sido una mujer muy expresiva y prefería nadar y guardar la ropa en materia amorosa, si no lo veía claro. Pero las duras palabras de Álvaro contra sí mismo le habían atravesado el alma y había reaccionado así. Para ella, él no era ningún perdedor.

Él también se quedó sorprendido, pero le lanzó una mirada fría como el acero.

-Apenas me conoces, no soy como crees y es mejor para ti que te alejes de mí. Conmigo no tienes futuro.

Ella se acercó más a él y se quedó mirándolo. Luego le agarró la cara con las dos manos como quien sostiene una joya muy delicada.

-Dime que no sientes nada por mí y te prometo que me iré y que ya no te molestaré más.

Álvaro la miró a los ojos y vio claramente que ella era lo único bueno que le quedaba en su vida. Algo realmente bueno.

-Laura, yo....

-¿No sientes nada por mí?

Álvaro se quedó callado y ella retiró lentamente las manos de la cara del ingeniero.

Luego empezó a andar para atrás unos pasos sin dejar de mirarlo. Llegó a la puerta, la abrió y desapareció.

Álvaro se quedó varios segundos mirando el lugar exacto por donde se había ido.

2.

Los periódicos de Sevilla llevaban en su primera página la noticia de la detención de Rafael Montoya, de la que también se habían hecho eco las radios, los telediarios y los diarios de difusión nacional, aunque sin darle tanto espacio. Los periodistas locales conjeturaban en sus crónicas con los motivos de la detención y la decisión del juez de dejarlo en libertad con cargos, aunque sin fianza, al menos, de momento. Todos coincidían en relacionar este caso con el de la banda que atacaba a los indigentes que lideraba su hijo y especulaban con la participación del torero en esos hechos. Algunos hablaban de un posible encubrimiento; otros iban más lejos y consideraban que el torero podría haber presionado al mendigo apaleado para que retirara la denuncia y llegar luego a un acuerdo económico extrajudicial.

Al subinspector Ramírez, con más de veinte años de experiencia en el Cuerpo, nunca le había gustado el caso por el ruido que sospechaba que se iba a montar a su alrededor. La prensa del corazón y los programas de telebasura lo habían hecho suyo desde la detención del hijo y ahora, con la del padre, la noticia-bomba del día, le sacarían hasta los higadillos. Supuestos expertos ya estaban lanzando por televisión distintas tesis sobre lo sucedido y muchos periodistas buceaban en el pasado de Montoya, hablando con amigos, vecinos o conocidos, buscando algún antecedente delictivo o cualquier otra cosa a la que agarrarse para continuar con la historia del torero. A un culebrón sucedía otro y hacía poco que se les había acabado el último con el juicio y la condena de unos padres gallegos que habían estrangulado a su hija adoptiva de 10 años. Aquí no había ningún infanticida ni ningún cadáver, pero sí varios heridos de consideración, todos ellos personas sin trabajo y sin dinero que vivían en la calle.

Al policía no le gustaba el caso, pero le intrigaba. Había algo que no le cuadraba y su instinto no solía fallarle. Se puso a indagar en los archivos policiales buscando alguna explicación. Al igual que la Justicia, pero a diferencia de la Agencia Tributaria, a la que nunca se



recortaban recursos humanos y técnicos, la Policía Nacional no tenía informatizadas sus bases de datos más allá de treinta años y el subinspector no había encontrado nada sobre el torero antes de esa fecha. Creía que la clave de este caso podría estar más lejos en el tiempo e hizo una llamada a un compañero de la Brigada Central de Madrid para que le buscara todo lo relacionado con el torero o su familia antes de 1985. Sabía que no era fácil pero tenía que intentarlo. Estaba convencido de que Montoya escondía algo. Tal vez algo suyo o alguien de su familia, o de su mujer, algún secreto del pasado que podría tener alguna relación con lo sucedido. Era solo una corazonada.

Sus contactos de Madrid le prometieron que hurgarían en los viejos archivos centrales y que en unos días tendría todo sobre el torero, desde su partida de nacimiento hasta las notas que sacó en el colegio, multas de aparcamiento, propiedades, cuentas corrientes, declaraciones de Hacienda, todo lo que las administraciones públicas tuvieran sobre él. Ramírez leyó con extraordinaria atención todo lo que se publicó aquel día en medios impresos y digitales, por si encontraba alguna pista a la que agarrarse. Pero nada de lo que se decía sobre el torero en los periódicos arrojaba ninguna luz. Metió su nombre en google y exploró cientos de informaciones de los 420.425 resultados que le aparecieron en el buscador. No encontró nada relevante: la mayoría de las informaciones eran relativas a su carrera como matador de toros o a su esposa, la hija de un conocido ganadero que colaboraba con varias firmas de moda. No había nada anterior a su etapa de torero. Leyó más de cincuenta entrevistas, pero en ninguna de ellas se aludía a su infancia. Sí le llamó la atención que en ninguna de ellas mencionara a su padre. Su madre, que debía tener cerca de ochenta años, vivía con ellos en la finca familiar de Sanlúcar la Mayor y era prácticamente la que había criado a su nieto mayor, Rafael, según se deducía de algunas de las declaraciones del diestro, que tuvo que viajar mucho por toda España y cruzar el charco todos los inviernos durante los treinta años largos de su carrera como matador de toros. Ramírez sospechaba que esa mujer tendría que saber muchas cosas interesantes, pero sabía que a él no se le iba a contar, si es que aún las recordaba. A esa edad muchos recuerdos empiezan a evaporarse.

3.

-Ramírez, dichosos los oídos ¿cómo estás, sevillano?

Paco Gil, su interlocutor, era inspector de la Brigada Central y compañero de promoción en la academia, un tipo peculiar al que el subinspector Ramírez conocía desde hacía treinta años y con el que de joven se había corrido más de una juerga memorable.

-¿Gil?, ¿Paco Gil? ¡No me jodas! ¿eres tú?, ¡cuánto tiempo! ¿No me digas que tú también has acabado en la Brigada Central?

-Pues ya ves, Ramírez, aquí hemos acabado. Pero tampoco se está tan mal. Nos libramos de todos los casos de mierda con los que tú tendrás que lidiar en tu comisaría de barrio. Aquí sólo tenemos los casos grandes: delitos económicos, blanqueo de dinero, terrorismo islámico, corrupción, tú ya sabes. No nos aburrimos.

Siete años antes, al subinspector Ramírez le habían ofrecido una plaza de inspector en la Brigada Central. Su efectividad casi del cien por cien en la resolución de casos difíciles había llegado a los oídos de varios mandamases de arriba, que quisieron ficharlo por sus dotes para la investigación y por ese sexto sentido que nunca le fallaba para saber dónde había gato encerrado. Era un puesto apetecible en el que ganaba casi un 30 por ciento más y en el que tenía muchas posibilidades de ascender, si las cosas marchaban bien, pero su mujer no quería irse a Madrid, ni sus dos hijas adolescentes. Tenían sus amigas y su colegio. En la Policía, si rechazabas un ascenso

o la movilidad geográfica, no te expulsaban del cuerpo ni te abrían un expediente, pero te borraban de la lista y se olvidaban de ti. Su presente y su futuro era, pues, seguir trabajando en una comisaría de barrio ganando 2.000 euros al mes y llevando casos de violencia de género o borrachos que la armaban en los bares.

-Paco, me dijo Pepe que iba a poner con lo mío a un tal Gil, pero con un apellido tan corriente cómo coño iba a pensar qué eras tú.

-Pues ya ves, cabronazo, el mundo es un pañuelo. Antes que nada, cuéntame cómo te va la vida.

-Tirando. Las niñas ya están en la Universidad y apenas les vemos el pelo. Solo vienen a casa a comer y a dormir. Y no siempre. Prefieren estudiar en la biblioteca y los fines de semana se quedan a menudo en casas de amigas. O eso dicen.

-¿Y tu mujer?

-Pufff, ella nunca ha tenido muy buen carácter, pero ahora, con los 50, está peor.

-Sí, los 50 nos sientan mal a todos, Ramírez, a hombres y mujeres. La mía ahora no quiere follar conmigo. Dice que le duele. Y mi libido no se apacigua con la edad. Yo creo que estoy peor que con 30.

-Paco, creo que tienes un problema, jaja, pero no eres el único. Mi mujer también ha perdido bastante deseo sexual. Cuando nos conocimos de jóvenes, e incluso cuando las niñas eran pequeñas, siempre estaba buscándome. Le encantaba el sexo y me hacía disfrutar mucho. A veces incluso me hacía llegar tarde al trabajo, porque me cogía por la mañana en el cuarto de baño arreglándome y no me dejaba hasta que echábamos uno rápido, pero hace ya algunos años que eso pasó a la historia. Y mira que intento crear ambiente: cenita con velas, música de fondo y un buen rioja.

-Ramírez, tú sigue así, que vas por buen camino. La vida es cuestión de paciencia y de no rendirse. El que resiste, gana.

-Bueno, y volviendo a lo nuestro ¿qué tienes para mí?

-Pues algo tengo.

-Pues dispara...

-Tu torero no tiene antecedentes penales, pero con 15 años, es decir, en 1970, se vio envuelto en una reyerta.

-¿Una pelea de bandas?

-No exactamente. Unos amigos y él le pegaron a unos indigentes. A uno le dejaron sin dientes y a otro lo mandaron al hospital.

-¡No jodas! ¿Y qué pasó?

-Nada. No hubo ningún juicio. El caso se sobreesayó. Debió haber alguien influyente que lo paró.

-¿Sospechas quién?

-Alguien que ya está muerto. Estábamos todavía en una dictadura. Pero debió ser alguien del Gobierno Civil, seguramente el mismo gobernador. Era muy taurino y el chico ya despuntaba como novillero. Le llamaban “el nuevo Manolete”.

-Pues lo de su hijo no lo va a poder tapar. Ya no estamos en una dictadura.

-Hay algo más, Ramírez. Esto te va a gustar.

-Pues dispara, que ya estás tardando...

-El padre del torero.

-¿Qué pasa con él? Me he leído cientos de entrevistas e informaciones y no hay nada sobre su padre. Montoya jamás lo menciona.

-No me extraña. Se llamaba Rafael Montoya Domínguez. He conseguido su ficha policial. Una

reliquia, Ramírez, imagínate, hablamos de hace 70 años, casi de la posguerra. El tipo era un borracho que pegaba a su mujer. Ella se separó de él cuando el torero tenía 8 años. Es posible que también le pegara al niño. En esa época no había divorcio, por lo que siguieron legalmente casados. El tipo fue detenido varias veces y se le aplicó la ley de Vagos y Maleantes. Acabó viviendo en la calle como un indigente. Murió cuando el torero tenía 13 años. Nadie reclamó su cadáver y fue enterrado en una fosa común en el cementerio de San Fernando de Sevilla. ¿Qué te parece?

-Muy interesante.

-Me alegro de veras de haberte podido ayudar.

-Paco, te estoy muy agradecido. Aunque no lo creas, me has proporcionado un móvil para este caso. Un móvil muy viejo, de 70 años pero un gran móvil.

-¿En serio? Creo que a ese chico, al hijo del torero, deberían encerrarlo en un manicomio. Mear encima de los indigentes y luego pegarles. ¡Qué chiflado y qué hijo de puta!

-No está loco, Paco. Actúa racionalmente, siguiendo un patrón. Todo tiene un significado y tú me has dado la clave. Y te digo que ese cabronazo saldrá a la calle en ocho años como máximo. Esa es la ley que tenemos. Y cuando salga, con 24 tacos, seguirá haciendo lo mismo. Habría que vigilarlo para evitarlo, pero no tendremos medios para hacerlo. Aquí no se cubren ni las bajas. Dicen que no hay dinero. En los institutos y en los hospitales pasa lo mismo. Está todo igual. Se lo han gastado todo y lo que no se han gastado en cosas absurdas como campos de césped artificial, jacuzzis y piscinas climatizadas en cada pueblecito de España, lo han mangado directamente.

-Para el carro, hombre, que te ha salido un mitin.

-Lo que quería decir era que a Rafael Montoya, cuando salga del centro de internamiento, volverá a las andadas y tal vez acabe cargándose a alguien.

-Y a ti te caerá el caso otra vez. Ya verás.

-Con la suerte que tengo, seguro que sí, salvo que me llaméis otra vez para irme con vosotros a la Brigada Central.

-Pues comentáselo a mi jefe. A ver si queda alguna plaza libre y te vienes.

-Oye, a ver si arreglas el tema del sexo con tu mujer.

-¡Joder!, Dios te oiga. Pero esto tiene menos arreglo que lo del chico del torero. Voy a tener que acostumbrarme al autosexo o sexo en solitario.

-Hacer el amor con la persona que uno más quiere...

-Jaja, eso lo dijo Woody Allen. ¡Cuánto razón llevaba!

4.

Al informático no le resultó nada fácil, al principio, adaptarse a vivir con su padre. Tenía 45 años y él 75, con todos sus hábitos y manías, que tenían casi tantos años como él. Hábitos y manías de los que Pablo se había librado veinte años antes, cuando se emancipó del hogar familiar, pero que ahora le habían vuelto a caer encima por un capricho del destino. Algunos le resultaban especialmente molestos, como lo de sonarse la nariz todas las mañanas nada más levantarse y antes de acostarse. En esa ruidosa operación, que retumbaba por toda la casa, empleaba varios minutos hasta quedarse totalmente convencido de que no tenía nada dentro.

Otro hábito molesto era el volumen de la televisión. No era solo que la tuviera puesta prácticamente todo el día, sino que además la ponía altísima. El sonido entraba en su cuarto y no le dejaba concentrarse frente al ordenador. Tuvo que comprarse unos tapones de cera para los oídos, aunque esta solución no le convenía porque tenía la sensación de que con ellos puestos

escuchaba todos los sonidos internos de su cuerpo: zumbidos, pitidos, ruidos de la digestión, de la boca, de los dientes, en fin, un concierto de ruidos desasosegantes. Su padre, como muchas personas mayores, apenas dormía por la noche y se quedaba dormido en cualquier momento del día. Lo malo es que roncaba y que sus ronquidos eran espeluznantes, como bramidos de hipopótamo.

Quitando todo eso, Pablo se sentía agradecido y querido de nuevo por su familia. Su padre estaba muy pendiente de él, le escuchaba, le preguntaba por su red social y por su estado de salud, cada vez mejor. Además, la nevera siempre estaba llena y la asistenta a tiempo parcial que su progenitor tenía contratada para la casa se cuidaba siempre de que tuviera toda su ropa lavada y planchada. Toda una gozada, comparado con la vida en la calle entre cartones. A pesar de las comodidades del hogar paterno, el informático echaba de menos la casa de Álvaro. Aunque no tenía calefacción y el frigorífico estaba siempre bajo mínimos, tenía una gran tranquilidad y podía trabajar a gusto en su cuarto sin que nadie le molestara. Álvaro no roncaba, no ponía la tele y no se sonaba la nariz cada mañana o cada noche.

Lo había llamado varias veces durante las tres últimas semanas para quedar con él, pero el teléfono le salía siempre apagado. No se preocupó porque sabía que Álvaro hacía esas cosas de vez en cuando y pensó que ya lo encendería cuando tuviera ganas de hablar con alguien.

El informático había seguido por la televisión la detención del torero y la de los dos amigos de su hijos que destrozaron el portal de la casa de Álvaro. La pintada, en grandes letras rojas, “mendigos=basura”, que dejaron de recuerdo en una de las paredes del zaguán, iba por él. Eran las mismas pintadas que hacían en la plaza de los Azahares, donde él estuvo durmiendo cuatro meses, junto con otros indigentes. Algunas noches tenía pesadillas y se despertaba entre sudores y escalofríos viéndose de nuevo en la calle, rodeado de ratas tan grandes como gatos. Su padre, que sólo dormía de día, en pequeños plazos, lo escuchaba a menudo despertarse y se acercaba a su dormitorio a tranquilizarlo. Otras veces le traía un vaso de agua y le acariciaba el pelo sudoroso hasta que se volvía a dormir. Su hijo era como un pájaro con las alas rotas al que lamía las heridas y velaba sus sueños. Y se sentía tan feliz de tenerlo a su lado como cuando era niño.

## XVI. EL SUICIDIO

Algunos de los usuarios del comedor social tenían no sólo problemas económicos, sociales o familiares. Los había con problemas mentales graves que Laura no podía tratar ni combatir, porque ella no era psiquiatra. Ella los escuchaba y trataba de derivarlos a otros profesionales, pero la crisis, no sabía si la económica o la de todo el sistema capitalista, había hecho aumentar tanto estos casos durante los últimos años que los psicólogos de Sevilla que se ofrecían como voluntarios ya no daban abasto para tratar a tanta gente. Después de su visita a casa de Álvaro, le llegó al comedor uno nuevo. Un chico de unos 23 años muy delgado y de piel lechosa se presentó una mañana diciéndole que quería comer algo ese día. Laura lo recibió en su despacho, como hacía siempre, y le preguntó sus datos personales para hacerle la ficha. El chaval respondió sin emoción y con mirada de hielo a todo lo que le preguntó: sus estudios, dónde vivía, con quién, si tenía hermanos y a qué se dedicaban sus padres. El chico no tenía familia: su padre estaba en la cárcel y su madre había muerto. También le preguntó por lo que comía habitualmente, a lo que él contestó: “No suelo comer habitualmente”. Ella lo miró y le creyó. Cuando acabó con él y le dijo que podía pasar al comedor, el chaval se levantó de la silla y le dijo: “Gracias. Hoy me apetecía comer algo caliente, pero no volveré”. Laura le dijo que podía venir todos los días y el chico le dijo desde la puerta de su despacho, antes de abrirla para irse: “No voy a poder. Esta noche moriré”.

No era el primer usuario del comedor que le decía que pensaba suicidarse, pero tenía comprobado que la mayoría de los suicidas no anunciaban sus planes y menos a personas extrañas. Normalmente el que decía que se iba a suicidar es porque no estaba decidido y buscaba alguna reacción externa que le confirmara esas dudas o le diera algún motivo más para hacerlo. En estos casos, Laura le preguntaba al supuesto suicida por qué pensaba acabar con su vida y luego de una larga conversación intentaba que la persona en cuestión visitara a un especialista. Sin embargo, con este chico tuvo un mal presentimiento. No supo si fue su forma de mirar o la falta de emoción con la que pronunció esas palabras (“esta noche moriré”), pero le dio un mal palpito. Solo cuando una persona tiene totalmente asumido lo que va a pasar, puede hablar de la muerte, de su propia muerte, de esa manera. Laura se acercó al chico, puso la mano en la puerta para que no se fuera y le pidió que se sentara a hablar con ella unos minutos. Él esbozó una leve sonrisa y le dijo: “Está bien, pero tengo hambre. Comeré primero y luego hablamos. Vendré aquí, si quiere, dentro de media hora”. Ella lo traspasó con la mirada durante unos segundos, intentando averiguar en el fondo de sus ojos si pensaba matarse esa noche o si pensaba hablar con ella de eso después de comer. Retiró el brazo de la puerta y le dijo: “Está bien. Te espero aquí después de comer”. El chico asintió con la cabeza y se marchó.

Laura salió del despacho poco después y se acercó a la puerta exterior, donde estaba el vigilante, al que le dio una descripción del chico. “Por favor, es muy importante. No le deje bajo ningún concepto que se vaya y avíseme inmediatamente. Estaré en mi despacho”. “No se preocupe. Estaré atento y la avisaré”, la tranquilizó.

A los veinte minutos Laura seguía inquieta y se fue al comedor. Le preguntó a uno de los voluntarios por el chico y le dijo que había comido sus dos platos y su postre sin dejarse nada fuera y que acababa de irse. Salió corriendo hacia la puerta, cruzó el patio de la Virgen y el largo pasillo, pero no lo vio. Cuando llegó a la salida, le preguntó al vigilante de la puerta. “No, señora, por aquí no ha salido”.

Se tranquilizó un poco y volvió a su despacho. Tal vez haya ido al servicio, pensó. Pasaron

unos minutos sin que nadie llamara a su puerta. A los diez minutos, volvió a salir del despacho. En el pasillo se cruzó con varios usuarios, que la saludaron, y con un veterano voluntario, al que le preguntó por el chico. Le dijo que no lo había visto después de salir del comedor. Volvió otra vez a donde estaba el vigilante, que le dijo lo mismo. Entonces cayó. El comedor tenía una salida de emergencia, que el Ayuntamiento le obligó a poner y a la que se accedía cruzando el patio de la Virgen y un pequeño pasaje. Esa salida no daba a la calle Misericordia sino a un callejón trasero. Llegó a la puerta y no había nadie. La abrió y se asomó al callejón. Estaba desierto. Volvió a entrar y entonces vio un papel blanco, bien doblado, en el suelo. Se agachó a recogerlo y lo abrió. “Gracias por la comida. Discúlpeme que me haya ido. Le deseo suerte en la vida”. Laura se dejó caer con los brazos desmayados y se sentó. Luego se llevó las manos a la cabeza. Sabía que al chico no lo volvería a ver y que esa tarde intentaría poner fin a su vida. Viendo lo meticuloso que era, estaba segura de que lo conseguiría.

1.

El subinspector Ramírez se presentó en el despacho del juez.

-Señoría, ¿tiene un minuto?

-Pase, Ramírez, ¿qué se le ofrece?

El subinspector le explicó lo que había averiguado del padre del torero.

-Es muy interesante, pero ¿qué quiere que hagamos?

-Podríamos hacer un careo entre el padre y el hijo, sacando ese tema a colación.

-¿Para qué exactamente?

-Para saber si el chico actuó de “motu proprio” o inducido por el padre.

El juez se quitó las gafas y se rascó la cabeza con gran violencia, como si una araña gigante le estuviera mordiendo la coronilla.

-Ramírez, ¿cree realmente que el padre le dijo al hijo que se meara encima de todos los mendigos que se fuera encontrando por el camino y que luego les sacara un ojo con un sacacorchos?

-Francamente no lo creo, señoría, pero cuando declaró el hijo, noté una cierta hostilidad hacia su padre, no sé si lo recuerda. El padre le agarró el brazo recriminándole algo y él se soltó bruscamente. Le lanzó una mirada que se me quedó grabada. Creo que ocultan algo y me gustaría salir de dudas. Y no perdemos nada con el careo. Si no sale, pues no sale.

-De acuerdo. Tengo ahora mismo quince casos sobre la mesa, pero quiero acabar ya con esto. Daré orden al centro de internamiento para que lo traigan mañana y cursaré ahora mismo el aviso al padre para que se presente. Si no le importa, me gustaría que usted me ayudara en el careo. El fiscal, como usted sabe, no parece muy interesado.

-Por supuesto, señoría. ¿Quiere que le redacte algunas preguntas orientando la cuestión?

-Se lo agradecería, Ramírez.

-Mañana por la mañana las tendrá sobre su mesa, señoría.

-Por cierto, Ramírez. ¿Apareció el sacacorchos?

-No. Registramos la casa del torero, donde vivía el hijo, y no había ningún sacacorchos. Tampoco encontramos nada en las casas de los cuatro amigos. Tal vez se deshiciera de él después de clavárselo o lo tiró por una alcantarilla o a un contenedor, aunque lo buscamos por la plaza y por los alrededores.

-Siga buscándolo, Ramírez.

-Por supuesto, señoría.

2.

Rafael Montoya llegó a las 7 de la mañana a los juzgados en su mercedes blanco, acompañado por sus dos hombres de confianza. No había cámaras de televisión ni curiosos esperándoles. Su hijo había llegado poco antes en un furgón policial desde un centro de internamiento de menores de edad. El abogado del torero le esperaba en la puerta y juntos subieron al despacho del juez.

El hijo estaba sentado en una silla, esposado, y al padre lo sentaron en otra silla, enfrente de él. El juez le pidió al policía que lo custodiaba que le quitara las esposas.

-Les he citado tan temprano para evitar que se montara un lío en la puerta. Según tengo entendido, los periodistas de los programas de televisión hacen guardia en la puerta de la finca del señor Montoya desde las ocho de la mañana. Al que madruga, Dios le ayuda. Espero que acabemos antes de que se den cuenta.

Ésa no era la única razón. El subinspector Ramírez le había propuesto al juez esa hora tan temprana para coger al hijo medio dormido y con las defensas más bajas. El policía tenía una corazonada y que saliera o no lo que buscaba, podría depender de pequeños detalles.

El juez se puso las gafas y empezó a leer parte de la chuleta que le había preparado el policía la noche anterior. Primero se dirigió al hijo.

-Señor Montoya, dígame cuándo fue la primera vez que actuó contra vagabundos y personas sin techo.

El hijo bostezó.

-Hace año y medio, en verano.

-¿Iba usted solo?

-No, iba con mis amigos.

-¿Lo habían planeado?

-No lo recuerdo.

-¿No recuerda si lo habían planeado o simplemente vieron a un vagabundo y fueron a por él?

-Creo que lo habíamos planeado antes. Pero ya le dije en mi anterior declaración que no pensábamos pegarles, sólo asustarles para que se fueran.

-¿Meándoless encima?

-Sí.

-¿Eso también estaba planeado? Me refiero a lo de mearless encima. ¿O simplemente les entraron ganas de mear y lo hicieron encima de ellos?

-No lo recuerdo.

-Dice que no lesss querían pegar, solo asustarloss. ¿Por qué entonces les pegaban?

-Les zarandeábamos o les dábamos algún empujón, pero no les pegábamos. Salvo que nos insultaran o trataran de pegarnos a nosotros.

El juez seguía el guión que le había escrito el subinspector. Hizo una pausa y lanzó una pregunta que tenía subrayada en rojo.

-¿Se quedaría usted callado si alguien le meara encima?

El chico enrojeció e intentó levantarse de la silla indignado, pero el policía que lo custodiaba no se lo permitió y le obligó a sentarse de nuevo.

-No, por supuesto que no. ¿Cómo voy a dejar que alguien me mee encima?

-Entonces, ¿por qué lo hacía?

El chico miró entonces a su padre, que negó con la cabeza, como diciéndole que no dijera lo que iba a decir.

-No lo sé.

-¿No lo sabe?

-No lo recuerdo.

-¿Qué es lo que no recuerda?

-No lo sé.

El chico hundió la cabeza, rodeándola con sus manos, mientras el juez miró al subinspector y prosiguió con el interrogatorio.

-Señor Montoya –se dirigió ahora al padre-. ¿Tiene usted alguna idea de por qué su hijo hacía eso?

-No, señorita.

-¿Qué le parece ese comportamiento?

-Me parece un comportamiento equivocado.

-¿Le parece equivocado que alguien se mee encima de otra persona?

-Sí, señorita.

-¿Se refiere a que es un error?

-Sí, correcto.

-¿Sólo le parece eso: un error? ¿No le parece también una falta de respeto, una vejación o una humillación?

-Es posible.

El juez tragó saliva. En el cuestionario que le había preparado el subinspector Ramírez, venía otra pregunta subrayada en rojo. En cuanto la leyó, averiguó por qué.

-Señor Montoya, ¿me puede decir si alguien se ha meado encima de usted alguna vez?

El hijo miró al padre y ahora fue él el que negó con la cabeza y quiso levantarse de la silla. Su abogado trató de tranquilizarlo y el juez lo llamó al orden.

-¡Siéntese! -ordenó.

El torero se sentó, tras lanzar una mirada furiosa al juez.

-Señorita, ¿por qué me hace esa pregunta tan ofensiva?

-¿Ofensiva? Acaba de decir que eso era un comportamiento equivocado, un error. ¿Quiere que se lo pregunte de otra manera? Si alguien cometió con usted ese error...

El abogado asintió con la cabeza y miró al torero.

-Señor Montoya, no tenemos toda la mañana. Es una pregunta sencilla. Conteste sí o no y sea sincero. Esto no es un juicio, pero está ante un juez y esto es una declaración oficial.

El padre miró al hijo con tristeza y luego a su abogado.

-Sí, señorita.

Todas las miradas cayeron como un rayo sobre la cara del torero. Su abogado, la oficial que transcribía la declaración, el policía que vigilaba al hijo, éste, Ramírez, el fiscal, que aún no había abierto la boca, y el juez Eses. Todos lo miraron pero nadie dijo nada, salvo el juez, que tras unos segundos de silencio, prosiguió con sus preguntas.

-Dígame cuándo.

El hombre se había puesto pálido.

-Cuando era pequeño.

-¿Qué edad tenía exactamente?

-7 años.

-Dígame dónde ocurrió.

-En mi casa.

-¿Estaba usted solo?



-No, estaba con mi madre.

-¿Qué es lo que pasó?

Al torero le costaba mucho hablar. Se trataba de un recuerdo doloroso.

-Mi padre llegaba borracho, le pegaba a mi madre y luego se meaba encima de ella. Hacía tiempo que lo hacía, pero yo no lo sabía. Ese día lo vi y le dije a mi padre que no hiciera eso.

-¿Y qué hizo su padre?

El torero miraba hacia el suelo y se cogía la cabeza con las manos.

-Me dijo que no le contestara, que él era mi padre. Luego me dio un bofetón en la cara que me tiró al suelo. Y después de eso se me meó encima. “Para que no vuelvas a contestar a tu padre”, me gritó, mientras lo hacía.

El juez le preguntó al torero si quería un vaso de agua. Éste asintió con la cabeza. Un conserje trajo el agua, que el hombre se bebió con rapidez.

-Señor Montoya, ¿me puede decir qué pasó después?

-Mi madre abandonó a mi padre.

-¿Sabe qué fue de él?

-Murió a los pocos años. Eso me contó mi madre.

-¿Su padre acabó viviendo en la calle como un indigente?

-Eso me dijo mi madre. No me extrañó porque era un borracho y un vago. Y la gente así acaba viviendo en la calle.

El juez refutó al torero.

-Le aseguro, señor Montoya, que no todo el mundo que vive en la calle es vago ni es borracho, ni se mea encima de sus hijos.

El torero levantó la cabeza y miró al juez a los ojos, pero no dijo nada.

-¿Sabía usted que su abuelo era un vagabundo, un indigente?- le preguntó ahora al hijo, que estaba bostezando.

-Sí, me lo contó mi padre hace un par de años.

-¿Y lo que le hacía a su madre?

-Sí. Eso también me lo contó.

-¿Y qué sintió cuando se enteró?

El chico se puso rojo y apretó los puños.

-Para mí mi abuela es como una segunda madre, por no decir la primera. Ella me crió. ¿Cómo cree que me sentí?

-Dígame sin rodeos.

-Si mi abuelo viviera, lo habría matado. Pero antes me habría meado encima de él.

Los ojos del chico rezumaban odio hacia un abuelo que no conoció.

-¿Y por eso empezó a hacer eso con los indigentes que encontraba por la calle?

El abogado le dijo con un gesto con la cabeza que no contestara a esa pregunta, pero él no le hizo caso. Tenía sueño y ganas de terminar con el interrogatorio.

-Sí. Pensé que muchos de ellos podrían ser como mi abuelo. Para mí las personas que hacen eso con su mujer y con sus hijos son basura.

-Basura que usted y sus cuatro amigos se encargaban de retirar de la calle, ¿no es así?

-Yo creo que esas personas no merecen vivir.

El juez se mordió los labios para no preguntarle quién se creía que era para decidir quién merecía vivir y quién no, pero prefirió no desviarse de la ruta emprendida.

-¿Su padre sabía lo que hacía?

El chico parecía cansado y miró al abogado antes de responder.

-No lo sé.

-¿No se lo dijo?

-No lo recuerdo.

-Cuando su padre le contó lo de su abuelo, ¿qué le dijo?

-Me dijo que esas personas no merecen vivir.

-¿Los indigentes y borrachos como su abuelo?

-Sí.

-¿Por eso empezó a meterse con ellos?

El chico miró al padre, que no movió un músculo de la cara.

-Sí.

El juez se dirigió entonces al torero.

-Señor Montoya, ¿usted cree que esas personas no merecen vivir?

-No.

-Pero le dijo eso a su hijo, cuando le habló de su abuelo.

-Sí. Y cometí un error al decirle eso. Estaba equivocado, ahora lo sé y me arrepiento.

-¿Sabía usted lo que hacía su hijo los sábados por la noche?

-El me dijo que no le pegaba a nadie. Yo estoy en contra de la violencia y así se lo dije.

-¿Insultar a una persona, decirle que es basura y mearle encima no es violencia para usted?

-No exactamente.

El juez hizo una mueca de asco con la que dio por terminada la declaración. El policía le puso las esposas al chico y lo sacó de la sala. El padre intentó antes darle un abrazo de despedida, pero él le volvió la cara.

Cuando el despacho del juez quedó vacío, el subinspector Ramírez se acercó a su señoría. Eses le dio la mano, mientras guardaba algunos expedientes en una carpeta.

-Ramírez, debería usted haber estudiado Derecho y luego hacer las oposiciones a Judicatura o a Fiscalía. Sus preguntass eran certerass. Hubiera sido usted un buen fiscal, aunque se hubiera perdido un gran policía.

-Gracias, señoría.

-Llevo casi treinta añosss metido en esto, como abogado y como juez, y nunca me había encontrado con un móvil así para un crimen.

-Un móvil de 55 años, señoría.

-Un móvil demasiado viejo, Ramírez. Ojalá los psicólogosss logren enderezar la cabeza de ese chico. Van a tener ochos añosss para hacerlo.

-Señoría, me permite una pregunta.

-Dispare, Ramírez.

-No ha hecho una de las preguntas que le subrayé en rojo.

-Tiene razón.

-¿Me puede decir por qué?

-Porque no hizo falta. Se la hubiera hecho, si no hubiera reconocido que habló con su hijo y que sabía lo que hacía con los indigentes. Si él actuó alguna vez como su hijo cuando era un adolescente, como le dijeron los de la Central, lo tendrá sobre su conciencia. Y en tal caso, estoy seguro de que hoy habrá recordado en su cabeza aquel episodio que su hijo ha repetido, cuarenta años después. Su hijo va a estar encerrado ocho años en un centro para menores y creo que él ya estará muy arrepentido, pero, aunque no lo estuviera, para la ley ese delito está prescrito.

-Lo comprendo, señoría. Pero le ha quitado usted un buen titular a los periodistas del corazón: "El torero que le pegaba a los mendigos".

-Sí, aunque Montoya aún no había tomado la alternativa entonces. Tendría que haberlo visto usted torear, Ramírez. Cuando tenía el día inspirado, se paraban los relojes en la plaza. Era un artista.

-Ya sabe lo que pienso de los toros, señorita. Me parecen una salvajada.

El juez le dio una palmada en la espalda al policía mientras salían de su despacho.

-Ay, Ramírez, el mundo entero es una salvajada. Lo acabamos de ver. Pero no sabe usted lo que se pierde con los toros.

## XXVII. LA RED SOCIAL

Pablo seguía sufriendo de cuando en cuando pesadillas que le hacían despertarse sudoroso y en estado de pánico, en medio de la noche, pero esas espantosas visiones de él en la calle, envuelto en cartones, muerto de frío y rodeado de ratas tan grandes como gatos que le mordían los tobillos y le arrancaban los tendones, se iban alejando poco a poco de su cabeza. Al informático se le daba muy bien el fútbol y de pequeño estuvo jugando en varias ligas escolares. Jugaba de medio punta, era habilidoso con el balón, disparaba bien con la derecha y sabía regatear, aunque era un poco chupón. Con 17 años, durante un partido, en un regate innecesario, de los que uno hace para gustarse, se le quedaron los tacos clavados en el césped y se le torció la rodilla. Crack. Sus gritos se escucharon en dos kilómetros a la redonda. Se rompió el menisco y los ligamentos anteriores, la peor lesión que puede tener un futbolista. Y ahí acabó su prometedora carrera. Al año siguiente entró en la Facultad de Informática.

Pablo era bético, como su padre y como su abuelo. La mitad de los sevillanos eran sevillistas y la otra mitad béticos y la afición a unos colores se transmitía de unas generaciones a otras. Era raro que de un padre o un abuelo bético saliera un hijo sevillista, y viceversa. Con el fútbol pasaba lo mismo que con la Semana Santa, los dos acontecimientos que más gente movilizaban en la ciudad. Era frecuente que los padres hicieran a sus hijos socios del Betis o del Sevilla al nacer, y al mismo tiempo hermanos de la Macarena, la Trianera, el Cachorro o el Gran Poder. Los llevaban al estadio o a las procesiones casi desde que empezaban a andar, de modo que el fútbol y las cofradías comenzaban a formar parte muy pronto del paisaje habitual de sus vidas.

También era hermano de la Macarena, como su padre. Estuvo saliendo de nazareno desde que tenía 5 años, acompañado por su madre, que le hacía el avituallamiento durante las casi trece horas que duraba la procesión por las calles de Sevilla. Le daba agua cuando tenía sed y un bocadillo de jamón cuando tenía hambre. Con 13 le pidió a su madre salir solo y se metió el bocadillo de jamón debajo de la túnica. Con 18 quiso salir de costalero, pero su lesión en la rodilla se lo impidió.

La Hermandad no era solo sacar a la Virgen en la Madrugá. La Macarena, como todas las hermandades sevillanas, tenía un fondo social que se nutría de las cuotas de los hermanos con el que se ayudaba durante todo el año a las personas del barrio que más lo necesitaban. Se les proporcionaba alimentos, ropa y hasta se les abonaba los recibos de la luz y del agua. Pablo nunca quiso pedir ayuda a su hermandad, aunque estuvo pagando las cuotas mensuales hasta casi dos años después de ser despedido de la fábrica. Cuando dejó de cobrar el paro y se quedó sin ingresos, dejó de abonarlas.

1.

El informático había terminado por fin de diseñar su nueva red social, a la que puso el nombre de “Pasos”, y rematado su app cofradiera con la que sería posible conocer en tiempo real la marcha de todas las procesiones de Semana Santa, por dónde iba cada cofradía en cada momento y los sitios donde había más afluencia de público y los que menos, un dato muy útil para que la gente pudiera ver bien los pasos. Aparte de eso, incluía todos los datos de cada Hermandad y la historia de cada una e incluso se podrían buscar los nombres de cada hermano. Era como un facebook semanasanero.

Había logrado recuperar a través de linkedin el contacto con un viejo compañero de promoción, Joaquín Monedero, que ocupaba un puesto directivo en la sede de Telefónica en Sevilla, donde llevaba trabajando casi veinte años. Le habló de “Pasos” y de la aplicación cofradiera para móviles. Monedero se mostró muy interesado y le dijo que le concertaría una entrevista con una persona de la compañía que le podría ayudar. Pablo ya tenía en su cabeza cómo pondría en marcha la nueva red social y estaba esperanzado en que muchas personas de Sevilla abrirían una cuenta en ella.

Después de su entrevista con su antiguo compañero de promoción, llamó a Álvaro. El teléfono le aparecía de nuevo apagado y como no estaba muy lejos de su casa, decidió acercarse a verlo. El centro de la ciudad bullía de gente yendo y viniendo, de vendedores enchaquetados, funcionarios que salían a tomar el café de media mañana y turistas. Todavía hacía un poco de frío, pero la luz del sol, de color membrillo, anunciaba que la primavera estaba a la vuelta de la esquina. También los naranjos que rodeaban la catedral se preparaban para entrar en flor y perfumar con azahar la llegada de la nueva estación.

Cuando Pablo llegó al portal de la casa, sintió un pequeño escalofrío porque volvió a ver las pintadas y a recordar la noche de los cristales rotos. Llamó al telefonillo pero nadie contestó. Esperó a que algún vecino saliera para poder entrar y a los cinco minutos estaba llamando a su puerta, en la tercera planta. Tocó varias veces al timbre sin obtener respuesta. Esperó otros cinco minutos por si le había cogido en el baño y volvió a llamar. Nada. Estaba preocupado y entonces se acordó. Aún tenía una copia de la llave de la casa, porque el día que se fue del piso no pudo despedirse de él ni devolvérsela. Recordó que la noche anterior, cuando le dijo que se iba a casa de su padre, Álvaro estaba muy raro, como ido. No lo había vuelto a ver y ya había pasado casi un mes. Echó mano del bolsillo y ahí estaba la llave. Volvió a llamar de nuevo y a esperar una respuesta, antes de meterla en la cerradura.

Cuando abrió la puerta, fue como si entrara en una cueva. Todas las persianas estaban echadas y la casa estaba en tinieblas. Le dio a un interruptor pero no se encendió ninguna luz. Empezó a llamar a Álvaro y a avanzar, cojeando y casi a ciegas, hacia el salón. Olía a cerrado y a humedad, como si las ventanas llevaran semanas sin abrirse. Siguió llamando a Álvaro por el pasillo, pasó junto a “su” antiguo dormitorio, cuya puerta estaba cerrada, y se dirigió entonces hacia el del ingeniero, el último a la derecha. La puerta estaba abierta y pasó dentro. ¿Álvaro? Dio dos pasos y le pareció verlo en la cama, aunque estaba muy oscuro. Levantó un poco las persianas y sí, era él. Estaba acostado y le costó reconocerlo. Tenía barba de un mes y la cara chupada. Los ojos los tenía cubiertos de legañas. Debía haber perdido diez o doce kilos. Abrió las ventanas para que corriera un poco de aire. El hedor de la habitación era insoportable.

-Álvaro, ¿qué te pasa? ¿estás enfermo?

El ingeniero abrió los ojos y parpadeó varias veces sin decir nada.

El informático le ayudó a levantarse. Cuando lo vio de cuerpo entero, con su viejo pijama azul de algodón que parecía de dos o tres tallas más grandes que él, se dio cuenta de que había perdido bastante más de doce kilos. Estaba prácticamente en los huesos, como si lo hubiera consumido alguna enfermedad degenerativa.

-Vamos al baño, Álvaro. Tienes que asearte un poco. Esto apesta.

El ingeniero se dejaba hacer y Pablo, pese a su cojera, logró arrastrarlo por el pasillo, cogido por el hombro, hasta el cuarto de baño. Lo sentó en el váter y le dijo que esperara un momento, que enseguida volvía. Fue a la cocina y encendió el termo del agua caliente. Le costó arrancarlo, pero al fin lo logró. La casa no tenía luz, pero aún había gas. Álvaro seguía sentado en el váter y Pablo le quitó la ropa. Le ayudó luego a meterse en la bañera y le pidió que se sentara. Esperó a

que el agua de la ducha se calentara y entonces empezó a lavarlo. Le echó champú en el pelo y se lo extendió con los dedos por toda la cabeza. Lo tenía muy enredado y tuvo que repetir la operación para que le quedara completamente limpio. Hizo lo mismo con la cara, la barba, los hombros y los brazos. Le echó gel en las axilas y el ingeniero empezó por fin a reanimarse.

-Álvaro, joder, ¿por qué no me llamaste?

El ingeniero parecía haber salido de una sesión de electroshock mientras Pablo le echaba gel por la barriga y por el resto del cuerpo y le acercaba la ducha para que se aclarara. Estuvo así cinco minutos, dejándole caer el chorro del agua caliente por todo el cuerpo. Luego se fue a buscar una toalla y ropa limpia a su dormitorio. Encontró ropa interior y otro pijama, perfectamente ordenado, en un cajón de la cómoda. Volvió, le ayudó a levantarse del baño y le acercó la toalla para que se secara. Después le dejó la ropa en una silla, junto al lavabo.

Recorrió todas las habitaciones de la casa, levantando persianas y abriendo ventanas para airearlas. Luego fue a la cocina, abrió el frigorífico y vio que estaba completamente vacío, salvo un cartón de leche. La olió por si llevaba mucho tiempo allí pero olía bien. Buscó en los armarios de la cocina algo de comer y después de mucho rebuscar encontró una caja de galletas sin abrir. Estaba caducada, pero la abrió y probó un trozo de una. Estaba buena. Calentó un vaso de leche, le echó dos cucharadas de azúcar y cogió la caja de galletas. Lo llevó todo al salón y lo dejó sobre la mesa. Luego se acercó al baño y le dijo a Álvaro que le esperaba allí. Él no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

A los dos minutos se abrió la puerta del cuarto de baño y escuchó a Álvaro arrastrar los pies por el pasillo.

-Siéntate, Álvaro. Tómate este vaso de leche caliente y unas galletas. Te sentarán bien.

El ingeniero tenía mucho mejor aspecto con el pelo limpio y los ojos sin legañas, pero seguía pareciendo un espectro del que Pablo había visto hacía menos de un mes. Se sentó y empezó a beber la leche lentamente sin decir nada. De las galletas pasó olímpicamente. Cuando había dado cuenta de la mitad del vaso empezó a toser.

-Creo que te han cortado la luz.

Álvaro ni se había dado cuenta. Llevaba semanas sin salir de la cama.

-Te vas a venir ahora conmigo hasta que arreglemos lo de la luz.

El ingeniero lo miraba, hacía como que entendía todo lo que le decía el informático, pero no articulaba ni una sola palabra.

Casi una hora después, llegaron a la casa del padre de Pablo. Álvaro apenas podía andar por sí mismo y el informático lo traía cogido por la cintura.

-Papá, este es Álvaro. No se encuentra muy bien y se va a quedar unos días con nosotros.

Al padre le cogió todo de sorpresa, pero sabía quién era el ingeniero. Su hijo le había hablado de él.

-Vamos al dormitorio de tu hermana. Allí estará bien.

Lo condujeron entre los dos a la habitación que veinte años antes había ocupado la hermana de Pablo. Era alegre y espaciosa, con un gran balcón exterior por donde entraba mucha luz. La cama no era muy grande y a Álvaro, con su 1.90 de estatura, le colgaron un poco los pies.

2.

Los periódicos locales fueron los primeros que se enteraron del careo entre el torero y su hijo y todos lo llevaron a sus primeras páginas, titulando con que el torero sabía que su vástago adolescente salía de caza los sábados por la noche. Alguno fue un poco más lejos y sugirió que el

diestro podría haberlo incitado a hacerlo, directa o indirectamente, por el abandono de su padre, que acabó como un vagabundo y murió como tal en la calle, pero ninguno hizo público que el tipo en cuestión maltrataba y se meaba encima de él y de su madre, cuando el torero sólo tenía 6 años. Ninguno de los directores se atrevió a remover esa sórdida historia de familia de uno de los personajes más populares de la ciudad, a pesar de que su imagen pública se había visto ya muy dañada desde que estalló el caso y que aún tenía un juicio pendiente por haber pagado a dos amigos de su hijo para que asustaran a su víctima y retirara la denuncia. Aunque aún no había sido juzgado ni condenado a nada, Rafael Montoya ya no era tan bienvenido en todos los saraos que se organizaban en la ciudad y dejaron de llamarlo para colaborar en causas benéficas a las que su figura, antes favorecedora, podría ahora perjudicar. Algunos de sus compañeros de profesión marcaron distancias respecto a él haciendo declaraciones en las que defendían la dignidad de la gente que lo había perdido todo y vivía en la calle, aunque uno de ellos, de la misma quinta que Montoya y con el que compitió en los ruedos veinte años antes por el número uno en el escalafón, cosa que no logró, llegó a decir en una entrevista que “quien abusa o incita a abusar de una persona indefensa que no tiene nada, no merece llamarse persona”.

Los programas de televisión nacionales que se dedicaban a airear las intimidades y miserias de los famosos fueron menos condescendientes que los periódicos locales y no dejaron ni un solo grano del caso sin reventar. Y vieron en la historia del abuelo vagabundo un irresistible filón con el que aumentar la audiencia. En cuanto accedieron a la declaración de Montoya en la que reconocía que su padre le pegaba a su madre y luego le meaba encima, y que una vez hizo lo mismo con él, todos se lanzaron a degüello. Uno de esos programas tituló su espacio dedicado a la historia “el vagabundo meón” e incluso abrió un hashtag con ese nombre para que los internautas dieran su opinión a través de las redes sociales. Otro lo tituló con una alusión a la lucha de clases: “Los ricos se mean en los pobres”. Algunos llamaron a psicólogos y psicoterapeutas a sus programas para que explicaran las claves o significados ocultos que podría tener orinarse encima de alguien, que fueron “trending topic” en las redes sociales. Un conocido presentador de uno de esos programas le preguntó a uno de sus invitados, que tenía un doctorado por una prestigiosa universidad británica, si cagar encima de alguien tenía las mismas connotaciones que sólo hacer pis, y qué cual era peor, en su experta opinión. La pregunta, aclamada por el público presente en el plató con risas y carcajadas, dejó mudo al psicólogo. Otro presentador le preguntó a otro psicólogo de los que solían tirar en su programa para todo tipo de cuestiones y que era autor de varios exitosos libros de autoayuda, si mearse encima de alguien tenía alguna connotación sexual “como cuando uno eyacula en la cara de su pareja”. El psicólogo se quedó perplejo, pero habituado a la banalización de los debates en televisión, respondió: “Por mi experiencia profesional, me atrevería a afirmar que eso sólo pasa en las películas pornográficas, pero no descarto que en algunos casos excepcionales forme parte de un juego o de una fantasía libremente aceptada por ambas partes. Mearse encima de un desconocido no es en absoluto comparable”.

3.

El padre de Pablo estaba jubilado pero era médico de familia y mantenía buenos contactos en varios hospitales. La tarde que llegó a su casa examinó a Álvaro como hacía cuando trabajaba en su centro de salud de la calle María Auxiliadora y detectó indicios de varias cosas preocupantes en su estado de salud que quiso confirmar con unos análisis de sangre. Él mismo le extrajo una muestra y la envió a un colega suyo que trabajaba en unos laboratorios de la Seguridad Social para que le pasara los resultados lo antes posible. Si se confirmaban sus sospechas, el amigo de

su hijo sufría desnutrición severa, anemia, carencia de vitamina D por llevar más de un mes sin recibir la luz del sol, una posible diabetes, atrofia muscular en brazos y piernas y una neumonía. La tos indicaba que esa infección pulmonar estaba ya en una fase avanzada que, combinada con las carencias de su sistema inmunológico debidas a la mala alimentación, podría provocarle en cualquier momento un fallo multiorgánico. Si tal cosa sucediera, las posibilidades de sobrevivir eran del 5 por ciento.

Lo más urgente ante un cuadro de estas características era mejorar la dieta y las horas de sueño. Comer bien y dormir era lo que más le ayudaría en este momento a recuperarse. La neumonía habría que tratarla con antibióticos, pero si mejoraban sus defensas tenía un buen pronóstico. Dependiendo del tipo de diabetes que tuviera, necesitaría pastillas o inyecciones diarias de insulina, pero esa era una enfermedad, a pesar de sus efectos secundarios, bastante fácil de controlar.

Lo peor en el caso de Álvaro, según el padre de Pablo, eran sus pocas ganas de curarse. Por su lenguaje corporal había deducido que el amigo de su hijo no deseaba vivir. Por esa razón había dejado de comer y se había atrincherado en la cama de su cuarto: para no salir nunca más de allí, al menos vivo. Durante ese mes de ayuno voluntario había agotado todas sus reservas de grasa y gran parte de su masa muscular. Si Pablo no hubiera logrado entrar en la casa, en dos semanas como máximo habría fallecido, le dijo su padre.

Poco a poco, Álvaro fue empezando a ingerir en minúsculas cantidades algunos alimentos blandos: sopas, purés de verdura, frutas y también algunas proteínas en forma de huevos fritos y tortillas que la asistenta del padre le preparaba. Esa dieta era el primer capítulo de un plan de choque marcado por el médico y que el ingeniero se resistía a cumplir con las pocas fuerzas que le quedaban. El segundo era un plan de descanso y el tercero era un plan de ejercicio y de sol.

Álvaro no había dicho una sola palabra desde que Pablo lo encontró en la cama de su dormitorio, tres días antes. No dijo nada cuando su amigo lo metió en la bañera ni cuando le preparó el vaso de leche caliente en el salón de su casa, ni cuando, poco después, lo trasladó a la casa de su padre. Con él tampoco había hablado: ningún sonido había salido de su boca. El informático no quiso agobiarlo y le recomendó a su padre que hiciera lo mismo. “Cuando quiera, hablará. Lo importante es que coma y se cure”, le dijo. Los dos cuidaban de él y le ayudaban a moverse por la casa, cuando tenía que ir al cuarto de baño, porque no tenía fuerza en las piernas para sostenerse. Su debilidad era extrema. El padre de Pablo estaba intrigado con el silencio del amigo de su hijo y quería averiguar la causa: sabía que era ingeniero y que él y su hijo eran compañeros de trabajo cuando éste fue despedido de la fábrica. También sabía que había ido todos los días al hospital a ver a Pablo, mientras se recuperaba de sus heridas y lesiones. Y que luego lo había acogido en su casa, cuando él no tenía ningún sitio donde vivir. Eso es todo lo que le había contado su hijo de Álvaro. No sabía si tenía hijos, aunque supuso que no. Tampoco sabía si vivían sus padres o tenía hermanos, aunque imaginó que tampoco.

Un médico jubilado como el padre de Pablo había visto muchas cosas a lo largo de su vida. Gente sin familia, o como si no la tuviera; gente con familia pero que se sentía sola en el mundo, terriblemente sola; gente con enfermedades terribles que los iban consumiendo y arrebatando su autoestima; gente hipocondríaca con enfermedades imaginarias que les amargaban la vida y que acababan haciéndose reales; gente que quería acabar con su vida, pero que no se atrevía; y gente que quería lo mismo y lo conseguía; pero no había conocido ningún caso de nadie que decidiera voluntariamente morirse de hambre. Sabía que ésa era la muerte más atroz y dolorosa posible: una muerte lenta, extenuante, durante la cual ibas perdiendo todas las funciones vitales, de forma irreversible, una a una, antes del final. Te podías quedar ciego, o sordo, o en una silla de ruedas, o



sin capacidad para deglutir, por ese orden, o por un orden inverso o por otro completamente aleatorio. ¿Se habría quedado acaso mudo o, tal vez, sordo? Y si fuera así, ¿sería algo irreversible? se preguntaba el padre de Álvaro cuando lo veía rechazar una cucharada de un puré o tenía que ayudarlo a ir al baño.

Aunque no hablaba ni decía nada, al médico jubilado le cayó bien Álvaro, o lo que quedaba de Álvaro. Le agradaba tenerlo en casa y no lo veía como una carga: había algo en él, en su mirada, en sus manos, en su forma torpe de moverse, que le gustaba. A pesar de ser tan alto y de estar ya más cerca de los 60 que de los 50, era como un niño indefenso al que le gustaba cuidar sin que él lo notara. Lo observaba y vigilaba, intentaba que comiera dos o tres veces al día y le sacaba a la calle a que le diera el sol. Los primeros días iba a una placita que estaba en frente de casa y se sentaban en un banco de hierro durante algunos minutos. Álvaro no protestaba ni hacía ningún gesto que expresara sus sentimientos o sensaciones: simplemente observaba y miraba a su alrededor sumido en su silencio, interrumpido de cuando en cuando por algún fuerte ataque de tos. El médico le hablaba, le contaba lo primero que se le ocurría, cosas de Pablo cuando era pequeño, cosas de su mujer, a la que tanto echaba de menos, o cosas de su trabajo, antes de jubilarse, y Álvaro escuchaba, o hacía como que escuchaba. ¿Quién podría saberlo?

Los análisis de sangre y otras pruebas habían confirmado la desnutrición, la anemia, la carencia de vitamina D, la diabetes y la neumonía.

Pablo entraba y salía del piso de su padre todos los días buscando compradores para su aplicación y algún patrocinador para “Pasos”, pero siempre cenaba en casa con él y con Álvaro. El informático hablaba con el ingeniero todas las noches como si le escuchara. Le contaba los sucesos más interesantes del día, sus gestiones con Telefónica y las chicas guapas con las que se había cruzado por la calle Tetuán o por la calle Sierpes, las dos calles principales del centro de la ciudad. “Había una morenaza que quitaba el hipo. Deberías haberla visto. Unas piernas increíbles, una cintura de avispa, un culo respingón y unas tetas rebosantes. Apenas era un poco más baja que tú, pero bastante más guapa”, bromeó. Ni su parche de pirata en el ojo ni las cicatrices de su frente ni su ostensible cojera le habían hecho perder las ganas de vivir a Pablo, ni su sentido del humor. “Con 20 años me levantaba tías así. O casi. Ahora me tengo que trabajar a sus madres”, se reía. El padre sonreía también y se acordaba de su mujer, que nada tenía que envidiarle, según él, cuando era joven, a la morena que quitaba el hipo. De la mirada hierática del ingeniero era imposible deducir si estaba de acuerdo o no con el informático ni si estaba escuchando o no lo que decía.

Las dos semanas siguientes, Álvaro empeoró. No sólo no cogió peso sino que la tos se le agravó. A pesar de los cuidados que recibía y de la medicación que tomaba para la neumonía, su estado de salud se había vuelto extremadamente delicado. El médico habló con su hijo y le sugirió llevarlo al hospital, a lo que él se negó. “Allí, solo, rodeado de extraños, se morirá”. “Pero aquí también se morirá, si no come”, le dijo su padre. “Papá, en el hospital no va a comer más que aquí. De eso estoy seguro. Y esos ratitos al sol en la plaza contigo y las cenas que hacemos en familia, charlando con él, aunque no hable ni lo diga, sé que le están sentando bien”.

Al día siguiente, Pablo fue al comedor social a hablar con Laura. Le contó lo que había pasado y que Álvaro estaba con él en casa de su padre recuperándose. Aunque no quiso asustarla y omitió muchos detalles del estado en que lo encontró, sí le dijo que había perdido peso, aunque no especificó cuánto, y que tenía una anemia de caballo, obviando la diabetes, la neumonía y la desnutrición severa. Le preguntó después si le gustaría ir a verlo y ella le dijo que no. El informático le preguntó por qué y ella le dijo que se lo preguntara a él. Entonces Pablo le contó que Álvaro llevaba un mes sin pronunciar una sola palabra y que en la casa, cuando lo encontró,

no había nada de comida, sólo leche.”Quiere morirse”, resumió. Laura se llevó las manos a la cabeza y al estómago. “Hay casos –continuó el informático- en los que un tiempo prolongado de ayuno puede producir ceguera, sordera o incluso que una persona pierda la capacidad de hablar. Si ese no es el caso, había pensado que tal vez querría hablar contigo”. Ella aceptó entonces ir a verlo. “¿Mañana, por ejemplo?” preguntó él, “No, ahora mismo”. Se quitó la bata blanca, se puso una chaqueta marrón de piel que había traído ese día al trabajo y salieron juntos del despacho.

Laura pisó la calle y aceleró el paso como si su hija pequeña la estuviera esperando sola en el colegio y Pablo le aguantó el ritmo, sin ninguna queja, a pesar de su cojera. Ninguno de los dos dijo nada durante los diez minutos que duró el trayecto.

Cuando llegaron a casa, les abrió la puerta el padre. “¿Qué alegría verla!”, la saludó él. “Y yo de verlo a usted, don Pablo”, dijo ella. El viejo médico le estaba muy agradecido porque gracias a ella se había podido reencontrar con su hijo. “¿Dónde está Álvaro?”, preguntó. El hombre torció el gesto y bajó los ojos. “Hoy no se ha podido levantar. Está en la cama”. Laura le pidió que la condujeran a su dormitorio. El informático y su padre la acompañaron hasta la habitación en la que pasó su adolescencia y parte de su juventud la hermana pequeña de Pablo. Los dos se quedaron fuera y ella entró y cerró la puerta.

Cuando lo vio, entró en pánico. Lo que quedaba de Álvaro se parecía poco al que había visto en su casa hacía menos de dos meses. Le habían salido canas, había perdido muchísimo peso, los ojos se le habían hundido completamente y los pómulos se le marcaban tanto que parecía que la piel se le había encogido una o dos tallas, como cuando metes un jersey de lana en la lavadora a 90 grados. Estaba pálido y tenía la muerte pintada en su rostro. El ingeniero estaba tumbado en la cama mirando a la ventana. Las nubes tapaban el sol.

-Hola, Álvaro.

El ingeniero giró la cabeza lentamente y vio a la trabajadora social. Laura le sonrió. Tenía el pelo recogido en una coleta, lo que le daba un aspecto más juvenil. Ya no se parecía tanto a Clara, o Clara no se parecía tanto a ella, aunque el brillo de sus ojos y el perfecto dibujo de su cara le seguían recordando a Audrey Hepburn. Laura estaba delgada pero era más alta y tenía dos tallas más de pecho que la elegante y glamurosa actriz norteamericana.

-No te ha sentado bien dejar de ir al comedor -bromeó.

Álvaro hizo una mueca con la cara, un simulacro de sonrisa que no llegó a cuajar, como las primeras nevadas de diciembre.

-Pedro me pregunta todos los días por ti. Ayer me dijo: “¿qué le pasa al ingeniero: le ha tocado la lotería y ya se ha olvidado de nosotros?”

Álvaro la seguía mirando fijamente sin decir nada.

-Las cocineras también me han preguntado. Dicen que te echan de menos.

El ingeniero abrió un poco la boca, como si quisiera decir algo, pero no le salió nada.

-¿Sabes qué? Han abierto un bar de tapas en la Alameda que dicen que está muy bien. Se llama “No kitchen” porque no tiene cocina. Es de cosas frías y tiene sushi, uno de tus platos favoritos. ¿Te gustaría que fuéramos, cuando te pongas bien? Y luego podríamos irnos a bailar. ¿Te acuerdas? Nos lo pasamos muy bien. Y eso que tú no sabes bailar.

Laura se esforzaba por contener las lágrimas y por mantener su sonrisa, pero sentía que le faltaba el aire y que en cualquier momento podría romper a llorar. Álvaro la miraba fijamente sin abrir la boca.

Le cogió la mano, que tenía áspera y blanda, y se despidió.

-Tengo que volver al trabajo.

Cuando salió del cuarto, tenía los ojos húmedos y una lágrima le resbaló por la mejilla. Pablo

la acompañó a la puerta. “Gracias, Laura”, le dijo. Ella le dio un abrazo y empezó a llorar. El informático intentó consolarla y la mantuvo entre sus brazos durante varios segundos hasta que se calmó.

4.

La entrevista con el directivo de Telefónica no pudo salir mejor. El tipo debió poner una cara extraña en cuanto vio aparecer a Pablo, pues sólo le faltaba un garfio y un pañuelo negro en la cabeza para ser el capitán Largo, de la Isla del Tesoro. Pero en cuanto le enseñó la aplicación para móviles que había creado y le mostró cómo funcionaba “Pasos” se despejaron sus recelos. Era sevillano y le gustaba mucho la Semana Santa, como al 95 por ciento de sus paisanos, y se dio cuenta enseguida de que ese producto se adaptaba a los gustos de todos ellos. Y “Pasos” no solo triunfaría entre los nativos sino posiblemente en todas las ciudades que tuvieran cofradías y sacaran procesiones a la calle.

-Señor Chacón, ha hecho un gran trabajo. No le oculto que soy optimista respecto al recorrido comercial de estos productos y voy a consultar a mis jefes lo del patrocinio que me propone. Le daré una respuesta en cuanto pueda.

Pablo se lo contó a Álvaro por la noche, durante la cena, que trasladaron del salón al dormitorio, porque el ingeniero seguía sin poder levantarse. El informático se reía con su padre, recordando las últimas palabras del directivo: “Señor Chacón, ha hecho usted un gran trabajo”. Y comentó luego, mirando a Álvaro, y después a su padre: “Señor Chacón, eso no suena mal, cuando uno estaba viviendo en la calle hace cuatro meses”. “Nunca hay que rendirse, hijo. El que resiste, gana”, comentó su padre. Álvaro miró a los dos sin decir nada.

Pasaron unos días hasta que lo llamaron de Telefónica. Querían hablar con él en persona y Pablo se presentó esa misma mañana en el despacho del directivo con el que se había entrevistado hacía dos semanas.

Por la tarde, Álvaro se había puesto peor: seguía sin querer comer ni poder levantarse de la cama, y el médico le comunicó a su hijo que su amigo se estaba muriendo. “Es cuestión de días o de horas. Tenemos que llevarlo al hospital”, le dijo. “¿Y qué le van a hacer allí? ¿Le salvarán la vida?”, le gritó Pablo furioso. El médico miró a su hijo con resignación: “Nadie le puede salvar la vida a alguien que no quiere vivir. Allí le abrirán una vía intravenosa y lo alimentarán con suero, pero morirá igualmente.”. El informático le dijo que entonces Álvaro se quedaría en casa y moriría con ellos, no en una habitación con tres camas, rodeado de extraños. El padre asintió.

Esa noche, como las dos últimas semanas, fueron a cenar al dormitorio de Álvaro. Y como en las noches anteriores, le pusieron al ingeniero un plato de sopa caliente con trocitos de pollo, acompañado de varias lonchas de jamón serrano, a las que el ingeniero, como las noches anteriores, ni miró. Pablo tenía buenas noticias de trabajo, pero sabía que no era el momento y empezó a dar cuenta de su plato sin ningún entusiasmo. El médico también estaba abatido y se limitó a comer con desgana alguna cucharada de su sopa, sin decir nada. La impotencia de no poder hacer nada para salvar su vida era muy grande, pero la tristeza por el inminente desenlace era aún mayor.

Álvaro tenía la mirada perdida en la ventana pero, de repente, se irguió, casi en cámara lenta, apoyando su espalda sobre el cabecero de su cama. Era su primer movimiento en varios días. Luego le hizo un gesto con la mano a Pablo, pidiéndole que le acercara la bandeja con su plato. El informático se levantó de un salto y se la puso encima. El médico también soltó la cuchara y dejó de comer. Era la primera vez en casi un mes que veía al paciente hacer eso. Álvaro cogió

tembloroso la cuchara con su mano derecha, la hundió en el plato lentamente, la llenó de sopa como pudo y se la llevó muy despacio a la boca. Cuando el líquido atravesó su garganta y se precipitó por su esófago, hizo un gesto raro con la cara, como de disgusto, y soltó la cuchara bruscamente. El médico y su hijo, que seguían la inesperada operación con indecible expectación, agacharon la cabeza decepcionados, como cuando un jugador falla un penalti en el último minuto. Pasaron unos segundos que a los dos se les hicieron eternos hasta que Álvaro volvió a coger la cuchara con su mano derecha y a repetir lentamente la operación. Esta vez no hizo ningún gesto de contrariedad cuando se la tragó y volvió a hundir la cuchara en el plato y a llenarla, incluyendo esta vez un trocito de pollo. Pablo y su padre se miraron asombrados. No sabían qué decir. Álvaro se había olvidado de ellos y seguía llenando su cuchara una y otra vez, pausadamente, hasta que su plato se quedó completamente vacío. El viejo médico se quedó mirando ese plato como el egiptólogo que abrió por primera vez la tumba de Tutankamón. El informático seguía mudo, incapaz de decir nada. Entonces Álvaro, con la cara demacrada y con apenas un hilo de voz, salida del mundo de las tinieblas, dijo: “Quiero aprender a bailar”.

¡Podía hablar! El médico se tapó la cara con las manos pero Pablo se mantuvo sereno, se acercó a su amigo, le acarició la cabeza con su mano derecha y le dijo: “De acuerdo, tío, pero cómete el jamón”. El ingeniero dijo muy bajito “de acuerdo” y cogió una loncha de jamón y la troceó y empezó a comérsela poco a poco.

El padre de Pablo se quedó embobado viéndole comer el jamón y comentó a los dos que una chica del barrio “muy maja” daba clases de baile en su casa, por las tardes. Pablo le dijo que él también se apuntaría y su padre dijo que irían los tres. “A mi mujer le encantaba bailar y lo hacía maravillosamente. Era como si flotara. Yo, en cambio, era un poco torpe”, confesó el médico.

Álvaro dejó una loncha de jamón en el plato. “No puedo más”, se disculpó con voz ronca ante los dos. Y Pablo asintió con la cabeza: “No te preocupes. Poco a poco. Tu estómago se ha vuelto un poco vago por la falta de costumbre”, bromeó.

Los días siguientes Álvaro siguió comiendo y su estado de salud mejoró de forma espectacular. Empezó a recuperar peso y su cuerpo volvió a funcionar. Parecía un milagro. Ya se podía levantar de la cama y andar por la casa, ayudado por un bastón y hasta su fea tos empezaba a remitir con la medicación que estaba tomando y los alimentos que estaba ingiriendo. Ya no perdonaba ninguna loncha de jamón y empezaba a comer cosas más sólidas, esforzándose por no dejarse ninguna vitamina ni proteína necesaria en ningún plato encima de la mesa. En el último momento Álvaro había huido del abrazo de la muerte. Las defensas perdidas de su organismo, que lo habían dejado al borde del colapso, se habían activado de nuevo como un reloj parado al que le pones una pila rebosante de carga.

Pablo tenía una noticia importante que dar. La asistenta había dejado preparado de postre una abundante macedonia de frutas de la que el ingeniero estaba dando cuenta. El médico había optado por una infusión de valeriana y su hijo por un café descafeinado.

-Ejemmmm. Tengo algo que deciros, chicos. Telefónica está muy interesada en mi app Creen que va a ser un gran éxito en Sevilla y que ese éxito se puede extender a otras ciudades españolas. Y no sólo eso, se han puesto aún más cachondos con “Pasos”. Creen que con la cantidad de capillitas y friquis cofradieros que hay en la ciudad puede superar la cifra de usuarios de tuenti, su red social para adolescentes. El caso es que querían comprármela, pero como quiero cuidarla y verla crecer hemos llegado a un acuerdo intermedio. Me van a proporcionar un equipo de personas para ponerla en marcha y gestionarla y correrán con todos los gastos de ese equipo, a cambio de la mitad de los beneficios de publicidad que genere el tráfico de visitas. La otra mitad será para una empresa que voy a crear y con la que Telefónica firmará ese contrato de

colaboración. El acuerdo tendrá una duración de dos años, renovables.

-¡Joder, Pablo, eso es fantástico. Es más que fantástico! ¡Enhorabuena! -exclamó Álvaro.

El padre se fue raudo a la cocina a por una botella de Rioja, diciendo “esto tenemos que celebrarlo”, pero volvió con tres botellas de coca-cola, la bebida de su hijo desde hacía seis meses. Sirvió los refrescos en tres copas de champán y Álvaro hizo el primer brindis: “Por ti y por tu éxito”. Pablo le dio las gracias y chocó su copa con las otros dos.

-Bueno, es verdad que hay mucho trabajo por delante, pero estoy convencido de que va a ser un éxito.

-Siempre lo estuviste, Pablo. Desde que estabas en el hospital con ese horrible aspecto.

El padre lamentó no haberse enterado de la paliza y no haber visitado a su hijo a la clínica, pero eso ya pertenecía al pasado.

-Bueno, Álvaro, -sonrió Pablo- me hace gracia que hables tú de ese horrible aspecto. Tenías que haberte visto tú hace un par de semanas...

Álvaro empezó a reír y ambos pensaron en las vueltas que da la vida.

-Bueno, hay otra cosa importante que tengo que decir -dijo el informático, señalando a Álvaro con el dedo- y es que quiero que seas mi socio en la empresa que voy a crear. Socio al cincuenta por ciento. En todo.

El ingeniero se quedó sorprendido, pero rechazó la oferta con la cabeza.

-Te lo agradezco mucho, Pablo, pero este proyecto es tuyo, sólo tuyo. Yo no he tenido nada que ver.

El informático repitió el gesto del ingeniero: negar con la cabeza.

-Te equivocas. Tú eres la mitad de “Pasos”. Sin ti, no lo habría logrado.

-Pero si yo no he hecho nada...

-¿Nada? Me acogiste en tu casa cuando yo no tenía ningún sitio donde caerme muerto. Y me diste de comer, aunque no mucho, la verdad, -rió-. Y me dejaste un viejo portátil bastante lento, por cierto, menudo trasto -volvió a reír-, que no tenía conexión a Internet. Pero gracias a la conexión de tu vecino, el pintor, pude configurar la red social en ese arcaico artefacto.

El informático volvió a señalar al ingeniero con el dedo.

-De modo que si no es por ti, Álvaro, y por el apoyo que me diste, cuando estaba tan solo, no estaríamos celebrando nada ahora. Quizás estaría muerto. O sea, que no te puedes negar ni voy a permitir que te niegues, te pongas como te pongas, a ser mi socio.

El médico se sintió tan orgulloso en ese momento de su hijo que no pudo resistirse a darle un beso y abrazarlo. Y luego hizo lo mismo con Álvaro, que sintió ese abrazo como si se lo hubiera dado su padre. Después se quedó pensativo durante unos segundos.

-Pablo, si quieres que sea socio de la empresa, debes dejarme trabajar en tu equipo y ganarme el sueldo, contribuyendo a que “Pasos” sea un éxito. Ni la informática ni las redes sociales son mi especialidad, y menos aún la Semana Santa. A mí todas las cofradías me parecen iguales, pero estoy dispuesto a aprender.

-¿Todas las cofradías iguales? Jaja. Se parecen lo que un huevo a una castaña, aunque tienen una cosa en común: todos creen que la suya es la mejor -rió.

-Yo es que no sé distinguir una virgen de otra.

-Jaja, ya verás las diferencias y los diferentes que son unas hermandades de otras y unos hermanos de otros. Los hay elegantes, bastos, catetos, cultos, analfabetos, listos, tontos, humildes, creídos. La vida misma. En “Pasos” se retratarán.

-De acuerdo.

-Y por supuesto que vas a trabajar, ¿pero qué te creías? Trabajaremos juntos y formaremos un

buen equipo, aunque te debe quedar claro que no será como antes, que ahora el jefe seré yo.

El ingeniero lo miró y sonrió.

-¿Jefe capullo?

-Jaja.

-Queda claro. Y espero que seas mejor jefe que yo.

El informático le devolvió la mirada.

-No fuiste tan malo. En realidad, fuiste un jefe bastante eficiente. Un poco cuadrulado, tal vez.

-¿Cuadrulado yo? ¿Por qué lo dices?

-Bueno, los ingenieros sois todos así. Es como si tuvierais una hoja de cálculo en la cabeza.

-¿Y los informáticos cómo se supone que sois?

-Creativos y un poco caóticos.

-Entonces seremos bastante complementarios.

-Sí, formaremos un buen tándem.

-Una última cosa, Pablo. Mañana quiero que empecemos con lo del baile.

-¡Joder con lo del baile! ¡Estás como E.T. con el teléfono y su casa!

Al médico le pareció buena idea.

-De acuerdo, mañana por la tarde -dijo Pablo.

Tal y como se habían prometido, al día siguiente por la tarde se pasaron por la pequeña academia de baile que había tres bloques más allá de donde vivían ellos. Rosa era la propietaria de la casa y la profesora titular. Tendría la misma edad que Laura, en torno a 40 años, y también su misma talla. Era castaña, tenía los ojos pequeños y marrones y dos carreras, Psicología e Historia del Arte, pero la falta de trabajo en lo suyo la había llevado a encadenar durante más de diez años contratos como dependienta de una tienda de ropa, teleoperadora y reponedora en un hipermercado. La crisis la llevó al paro y tras una temporada como “paseadora de perros”, a tres euros la media hora de paseo, montó en el salón de su casa la academia de baile, a la que dedicaba tres tardes a la semana. Cobraba ocho euros por hora, lo mismo que una limpiadora. Por las mañanas, cosía para la calle y hacía todo tipo de arreglos de ropa, desde estrechar vestidos o faldas hasta poner coderas a camisas y jerséis, o ajustar bajos de pantalones. El desempleo y la brutal reducción de salarios habían rescatado del olvido a profesiones al borde de la extinción, como la de costurera o zapatero. A Rosa se le daba divinamente coser y bailar y con esas dos actividades se ganaba la vida.

-Me alegra verle, don Pablo -saludó la mujer al médico, al que conocía del barrio y de haberlo visto algunas veces en la parroquia, donde el padre del informático colaboraba en distintas actividades sociales y en campañas de recogidas de alimentos para las personas más necesitadas.

Él le devolvió el saludo y le presentó a su hijo Pablo, al que ella no había visto en su vida, o al menos, no recordaba, y a Álvaro. Formaban, sin duda, un extraño trío de baile: un anciano de 75 años con la espalda encorvada y problemas para andar; un cojo con un parche de pirata en un ojo; y un cincuentón desgarbado de 1,90 de estatura que necesitaba de un bastón para poder andar y que estaba tan delgado que parecía haber salido de una larga estancia en un campo de concentración.

-¿Y ustedes a qué vienen, a aprender o a perfeccionar?

-¡A aprender! -contestaron los tres al unísono.

La mujer se rascó la cabeza y dijo mirándolos uno a uno y de arriba a abajo:

-Está claro que a ninguno de los tres os van a coger para ningún casting de televisión, pero algo

podremos hacer con esos cuerpos y esos pies para que puedan dar el pego en una fiesta.

-Gracias, señorita -dijo el médico cortésmente.

-Lo primero y más urgente: si toman alguna medicación para alguna enfermedad o simplemente para mantenerse vivos, no deben dejar de tomarla bajo ningún concepto las tardes que vengan aquí. No quiero problemas con la policía, ¿entendido?

Los tres, puestos en fila, sonrieron y asintieron con la cabeza.

-Rosa, enséñenos a bailar y no se preocupe de nada más -comentó el padre de Pablo-. ¿Le he dicho alguna vez que mi esposa era una gran bailarina? Era digna de ver....

La mujer se dirigió despaciosamente al viejo equipo de música que había debajo de una estantería del mueble del salón y que podría tener el volumen y la altura de una silla, con su pedazo de ecualizador, su radio mastodóntica, un enorme reproductor con bandeja para cinco CDs y un tocadiscos, y empezó a rebuscar entre su abundante colección de músicas del mundo algo apropiado para iniciar la clase con un grupo de esas características. Tras unos segundos de búsqueda, puso "My way", de Frank Sinatra.

-Señores, un poco de atención. Empezaremos por el baile a cámara lenta, movimientos sencillos y repetitivos que nos permitirán sobrevivir durante estos primeros días sin riesgo de lesiones o torceduras. Cuando superemos esta fase, entraremos en otras fases y en otros bailes más rápidos y complejos, como la salsa o el funky. Si después de eso, no se quedan satisfechos, entraremos a la última fase: el tango, un baile divertido y sexy, pero bastante difícil.

Hora y cuarto después, los tres alumnos llegaron a casa sudorosos y sin apenas aire en los pulmones, tras su primera clase de baile, iniciada con una balada, a la que sucedieron otras baladas y que había finalizado con una balada. Fueron a la cocina a servirse cada uno un vaso de agua y luego se dejaron caer en el sofá del salón, tocándose las piernas y el estómago. Pablo estaba tan sorprendido como enfadado con su decepcionante condición física: "¡Joder, sí que estoy mal. Voy a tener que hacer bicicleta o algo si no quiero que me dé un infarto, cuando pasemos a los bailes rápidos". Su padre, que ya iba para los 80, era un poco más optimista: "Solo es cuestión de entrenamiento. Cuando llevemos tres o cuatro clases más, no nos sentiremos tan mal, aunque he escuchado un crujido en mi espalda durante una de las vueltas". Álvaro, que apenas había bailado un par de veces en su vida, era, sin duda, el más motivado. "En pocas semanas podremos sacar a bailar a alguien", comentó sonriendo.

5.

Telefónica le había habilitado a Pablo y a su equipo un despacho muy amplio en la planta cuarta de su sede central en Sevilla, que tenía vistas a la plaza Nueva y a la céntrica avenida de la Constitución, que los sevillanos conocían simplemente como "la Avenida", que bordeaba la Catedral y el Archivo de Indias y estaba atravesada por un moderno y carísimo tranvía eléctrico, un capricho del anterior alcalde que había costado 60 millones de euros y que completaba un recorrido de apenas mil cuatrocientos metros. Al parecer, había visto uno igual en Bilbao y no quería que Sevilla fuera menos. El Ayuntamiento, que a duras penas abonaba las nóminas a sus empleados, a los que les había rebajado el sueldo varias veces, aún estaba pagando la factura.

Telefónica le había ofrecido a Pablo a uno de sus mejores informáticos, que rondaba los 35 años, a un community manager experto en gestión de redes sociales que no pasaba de los 30, y a un ingeniero de sistemas de esa misma edad que se encargaría de la parte técnica. Pablo aceptó a los dos primeros, pero rechazó a este último, porque había reservado ese puesto para Álvaro.

Telefónica prefería aportar todo su equipo y el director de innovación insistió en ese punto durante las negociaciones, pero el informático fue inflexible y la compañía acabó aceptando sus condiciones. Pablo era el jefe del proyecto y no querían que se fuera a la competencia con él, de modo que le ofrecieron a Álvaro un contrato de un año, prorrogable, con unas condiciones económicas idénticas a las de sus ingenieros, que eran bastante mejores que las de todas las ofertas de trabajo que se podían encontrar en ese momento en infojobs. Cuando firmó el contrato, Álvaro se propuso demostrarle a Pablo, a los directivos de la compañía y, sobre todo, a sí mismo, que sería merecedor de hasta el último euro que le iban a pagar, para lo cual se apuntó a un master en ingeniería de sistemas informáticos que tenía las clases por las tardes, a las que él pensaba ir tras su jornada laboral en Telefónica, que empezaba a las 8 y acababa a las 5. Las clases de baile las tuvo que retrasar tres horas, pero las mantuvo martes y jueves. Casi de la noche a la mañana, Álvaro pasó de tener casi todo el día libre y de sobrarle tiempo para todo a tener prácticamente todo el día ocupado y a casi no disponer de tiempo para nada. Era un nuevo estrés para él gratificante. El paro estresaba mucho más.

El reciclaje profesional de Álvaro no resultó fácil. Hacía casi treinta años que había salido de la Universidad, y sus veinte años en la fábrica, donde había permanecido trabajando con el mismo producto, cajas de cambio de coches, durante todo ese tiempo, le habían mantenido aislado en una confortable burbuja que ahora le pasaba factura. Fuera de su departamento y de su fábrica, todo había cambiado mucho y aparte de las cosas que tenía olvidadas y que tuvo que refrescar, se vio obligado a aprender muchas cosas nuevas que no eran en absoluto sencillas. Él era el abuelo del master porque la mayoría de sus compañeros eran aún veinteañeros, pero eso no le importaba y se lo tomó igual de en serio, o más, que ellos.



## XXVIII. LA FARMACÉUTICA Y EL PINTOR

Tras cobrar su primer sueldo, Álvaro fue a la farmacia. Nada más verlo, la dueña, con su peinado, como siempre, impecable, y su catálogo de collares y pulseras plateadas en perfecto estado de revista, dejó al cliente que estaba atendiendo y pidió a la joven farmacéutica que tenía empleada que lo atendiera ella. Rápidamente se acercó a él y le dedicó una amplia sonrisa. Sus fundas dentales, de un blanco color nieve, estaban perfectamente alineadas.

-Don Álvaro, no sabe cuánto me alegra verle. Tiene usted mucho mejor aspecto que la última vez que le vi. Estaba preocupada porque llevaba varios meses sin venir por aquí y tampoco le he visto por el barrio. ¿Es que se ha mudado y ha cambiado acaso de farmacia?

Álvaro le sonrió.

-Gracias, doña Carmen. He estado viviendo temporalmente en casa de un amigo, curándome de una afección, pero ya estoy de vuelta.

-¡No sabe cuánto me alegro, de verdad! Dígame qué necesita. ¿Ibuprofeno? ¿Diazepán? ¿Prozac?

Álvaro le pasó un papel arrugado con una serie de anotaciones a mano. La mujer empezó a leer una larga lista de medicamentos con una fecha al lado de cada uno. Había por lo menos cincuenta nombres, la mayoría repetidos, aunque con fechas distintas, ordenadas cronológicamente. La primera fecha era de hacía siete meses.

-No entiendo muy bien, ¿necesita todo esto? -preguntó extrañada.

-No, doña Carmen. La verdad es que estoy mucho mejor de mis dolores de cabeza y ahora duermo bastante bien. Solo venía a pagarle los medicamentos que me había facilitado durante estos últimos meses. Esa es la lista. Como verá está apuntado el producto y la fecha en que me lo dispensó. Le rogaría, si es tan amable, que los sumara y me dijera cuánto es.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Ya le dije que no se preocupara por eso. Usted aquí no tiene problema. Ni hay ninguna prisa en que pague esto.

El ingeniero agachó un poco la cabeza, miró a la farmacéutica con agradecimiento y le puso tres billetes de 50 euros encima del mostrador.

-Le ruego que me permita saldar mis deudas con este establecimiento. No querría por nada del mundo tener que buscarme otra farmacia.

-Por supuesto, don Álvaro. Ahora mismo -aceptó rápidamente la farmacéutica.

La mujer empezó a sumar la lista, operación que le llevó más de dos minutos. Son 132 euros con 54. Él le indicó con un gesto que se cobrara del dinero que le había puesto en la mesa, cosa que la mujer hizo parsimoniosamente, sin demasiado entusiasmo. Cuando le dio la vuelta, Álvaro la miró a los ojos y le dijo:

-Le querría pedir otra cosa, si no le importa.

-Lo que sea, don Álvaro.

-¿Me permite usted que le dé un beso?

La farmacéutica, que ya había cumplido los 60, se puso colorada, pero asintió con la cabeza. Álvaro acercó su cara y le dio un beso en la mejilla derecha, que ella le devolvió con un abrazo que el ingeniero le correspondió. Fue un abrazo cálido entre dos personas que apenas se conocían, más allá del tráfico legal de medicamentos.

-Es usted muy buena persona, doña Carmen. Le estoy muy agradecido -le dijo al oído.

-No diga tonterías, don Álvaro. Y por favor, no tarde usted tanto en volver. No sabe la alegría

que me da verle.

El ingeniero se dio la vuelta y antes de salir por la puerta, exclamó: “¡Ah! Sepa usted también que aunque me mudara a la otra punta de Sevilla, esta seguirá siendo siempre mi farmacia. Hasta que me muera”.

De allí fue a su bloque de viviendas a liquidar otra deuda, ésta bastante mayor, la que tenía con la comunidad. Pablo le sugirió que arreglara primero las humedades de la casa y la calefacción y que más adelante cancelara la deuda, pero no le hizo caso. Cuando se presentó en casa del presidente de la comunidad con cuarenta billetes de cincuenta euros y se los soltó encima de la mesa, el viejo sastre se quedó perplejo y le preguntó: “¿Ha atracado usted un banco?”.

Los vecinos que le habían retirado el saludo y que le volvían la cara cuando se lo encontraban en el portal, como el directivo de la compañía de seguros, el matrimonio de funcionarios o el abogado especializado en divorcios, volvieron a saludarlo y a decirle “buenos días” y “buenas tardes”, pero Álvaro no les volvió a dirigir la palabra. Con el único con el que quiso hablar, aparte de con el sastre, era con el pintor contemporáneo, al que fue a visitar a su casa, nada más volver, a agradecerle su ayuda.

-Pero si no le he ayudado en nada, absolutamente en nada -le dijo el hombre, sorprendido.

-Aunque no se lo crea, usted me ha ayudado mucho, diciéndome solo que me ayudaría, si se lo pedía. Y se opuso a que la comunidad iniciara un procedimiento judicial contra mí por impago. Y me apoyó cuando unos vándalos destrozaron el portal e hicieron pintadas en la pared tratando de asustarles para que me obligaran a echar a un amigo que tenía acogido en casa.

-¿El del parche en el ojo?

-Sí.

-Lo recuerdo. ¿Y qué es de él? ¿Le van bien las cosas?

-Es informático y trabaja para Telefónica, o Telefónica trabaja para él, no estoy seguro.

-¿Informático en Telefónica?

-Sí. Pronto va a oír hablar mucho de él en Sevilla.

-¿En serio? Pues cuando usted lo trajo aquí, parecía un indigente.

-Sí. Un informático indigente. Con un ingeniero indigente, que era yo. Por eso, quiero agradecerle sus atenciones. Cuando llega ese momento en la vida en que nadie cree en ti, créame que eso es muchísimo.

El hombre le tendió la mano, que Álvaro estrechó con las dos suyas.

-Me alegro mucho de que le vayan bien las cosas.

-¡Ah! -le guiñó un ojo el ingeniero-, he contratado una conexión de ADSL con Telefónica, así que ya puede restaurar la clave de seguridad a la suya. Que la quitara todo este tiempo para que pudiera conectarme a su red me resultó de gran ayuda, a mí y al informático. No se puede imaginar cuánto.

-Si se da de baja otra vez, digámelo y la quito de nuevo.

Ahora fue el vecino el que le guiñó un ojo.

-Espero que no, pero gracias. Por cierto, ¿le gusta a usted la Semana Santa?

-Soy del Gran Poder y llevo saliendo muchos años de nazareno.

-¡Quién lo diría de un artista tan moderno!

-Mi padre y mi abuelo también fueron hermanos del Gran Poder. Ya sabe lo que pasa en Sevilla y lo que pesan aquí las tradiciones. Aquí a nadie le gusta lo que hago y nadie me compra un cuadro, menos mal que tengo un galerista en Madrid con una buena clientela a la que sí le atraen otras cosas.

-Hay mundo más allá de Sevilla...

-Sí que lo hay, afortunadamente, aunque es una lástima que no me haya gustado nunca el arte figurativo. Si me diera por pintar vírgenes, cristos, gitanas y toreros, tendría muchos clientes en esta ciudad.

-Ir por caminos poco trillados siempre es más difícil que ir por los que va todo el mundo.

-¿Y a usted le gusta la Semana Santa?

-Pues no mucho, aunque me estoy poniendo al día rápidamente. A mi amigo Pablo, el informático, sí que le gusta. Es de la Macarena desde que era un crío.

-Gran cofradía, la que tiene más nazarenos de Sevilla y de toda España.

-Creo entonces que le va a interesar mucho “Pasos” y una app para móvil de Telefónica sobre la Semana Santa. Las ha diseñado mi amigo. Es una nueva red social para gente amante de las hermandades y de las cofradías. Yo estoy trabajando con él en eso.

-¡Vaya con su amigo!. Pues cuente conmigo para esa red social y por supuesto que me bajaré la app.

1.

Tras semanas de intenso trabajo, todo estaba listo para el lanzamiento de “Pasos” y de la app semanansantera. Telefónica hizo una discreta campaña publicitaria en algunas marquesinas y carteles repartidos estratégicamente por el centro de la ciudad, pero puso sus ojos y su dinero en el proceloso mundo de las hermandades, colaborando con sus fondos sociales y patrocinando algunos eventos en los que empezó a dar a conocer su nueva red social. La Semana Santa en Sevilla era solo una semana al año, pero su preparación llevaba muchos meses y las cofradías y las hermandades seguían funcionando y participando en la vida cotidiana después de hacer sus estaciones de penitencia entre el fervor popular de una ciudad encantada consigo misma y su imaginería barroca. Durante los meses anteriores y posteriores a las procesiones se hacían triduos y novenas en honor de sus cristos y vírgenes y era raro el año en el que no se celebraba alguna efeméride o conmemoración religiosa que servía de excusa para sacar los pasos a la calle, en verano, otoño o invierno. Hasta el arzobispo de la diócesis había tenido que sacar una circular para frenar este frenesí procesional.

Álvaro logró adaptarse a sus nuevas competencias con la ayuda generosa de sus compañeros, empezando por la de Pablo, su jefe. Las dudas que le iban surgiendo las consultaba siempre con él o con el informático de Telefónica y todos los viernes a la una de la tarde celebraban una sesión donde debatían todas las nuevas ideas que se les habían ido ocurriendo a lo largo de la semana. Pablo tenía madera de líder y gracias a él el equipo progresaba y remaba siempre en la misma dirección. De las “brainstorming” de los viernes siempre salía algo que podía mejorar la app o la red social. Sus clases por la tarde en la universidad le estaban poniendo a Álvaro de nuevo en órbita y sus otras clases, las de baile, le servían para desconectar de su jornada laboral. Allí se juntaba con el médico y algunas veces con Pablo, que era el que más faltaba. Rosa ya los había pasado a la fase 2 y les estaba enseñando a bailar salsa y “funk”, aunque les advirtió que el funk no les pegaba mucho. No obstante, si una noche iban a una fiesta en la que les pusieran esa música, con un par de lecciones básicas podrían salir airosos del trance. Ella les decía que casi todos los bailes se parecían mucho, por diferentes que pudieran parecer. Todo era cuestión de intensidad y de ritmo, y de cambiar dos o tres pasos. Y les ponía el ejemplo de las bicicletas: hay muchos tipos de bicicletas pero si sabes montar en una es difícil que no sepas hacerlo en las restantes.

Después de las clases, a Álvaro le gustaba tomarse una cerveza o un vino con el médico, antes

de volver a casa a cenar. Le interesaban sus historias de cuando era joven y le admiraba escucharle hablar de su mujer, de cuando habían ido a Roma de luna de miel, de lo feliz que había sido con ella o de lo guapa y lo bien que bailaba. Envidiaba un amor inmortal como ese y había pensado durante mucho tiempo que así era el de Clara y él. Había hablado con ella la semana anterior, después de bastante tiempo sin hacerlo. Clara le había regañado por haber tenido el móvil apagado durante casi dos meses, de lo que él culpó a Vodafone por haberle cortado supuestamente la línea. No le contó nada de lo que había ocurrido en esas ocho semanas que él también trataba de olvidar y de dejar atrás. Clara volvió a ofrecerle dinero y él volvió a decirle que no le hacía falta. También le dijo que había empezado a trabajar en Telefónica. Su ex se mostró muy interesada en que le contara la historia y él le hizo un resumen. “Teniendo un buen trabajo, supongo que ya no querrás que te insista en que te vengas a Barcelona con nosotros”, le dijo. “No -contestó él- aunque si no tuviera trabajo, tampoco iría con vosotros”. Fue entonces, justo entonces, cuando Álvaro se dio cuenta de que ese “nosotros”, referido a Marcos y a Clara, había dejado de molestarle. Por primera vez desde que se había separado de su mujer, podía mirar por fin hacia adelante.

Tras una de las sesiones de baile, el médico le preguntó dónde estaba su familia y él le respondió que sus padres habían muerto, que no tenía hermanos y que se iba a divorciar de su mujer, con la que había estado casado veinticinco años.

-Mi madre me decía que tarde o temprano siempre llega un momento en la vida en el que te quedas solo, da igual que tengas hijos o no. A ella ese momento le llegó con 70 años, cuando murió mi padre, y a mí me llegó un poco antes.

El médico se acordó de su mujer y de lo solo que se sintió cuando murió.

-Tu madre tenía razón. Pero después de ese momento en el que te quedas solo, que puede durar poco o el resto de tu vida, puede llegar también otro momento en el que dejes de sentirte así.

Álvaro le preguntó si a él le había llegado ese otro momento y él le dijo que sí: “Cuando recuperé a Pablo hace unos meses”.

El ingeniero le preguntó cómo era Pablo de pequeño.

-Era un niño hiperactivo, muy listo, decidido, que se interesaba por todo, pero con poca capacidad para aceptar las frustraciones. Llevaba muy mal no conseguir lo que quería. Era un poco retorcido y era capaz de hacer cualquier cosa para salirse con la suya.

Álvaro comentó que casi todos los niños quieren salirse con la suya.

-Sí, supongo que sí, pero Pablo era diferente. Tenía una personalidad inestable y cuando las cosas no le salían bien, le entraban ataques de pánico. Todos los niños tienen rabieta pero las suyas eran diferentes: no duraban un rato, sino días enteros y no la pagaba con sus padres o con su hermana, sino con él mismo. Se hacía daño, se pegaba cabezazos contra la pared o contra la puerta, a veces se hacía mucho daño. Del cuarto de baño tuvimos que quitar las tijeras y mis cuchillas de afeitar. Más de una vez tuvimos que llevarlo al hospital a curarlo y los médicos nos miraban como si fuéramos unos maltratadores. Su madre lo llevó a varios psicólogos y le diagnosticaron un trastorno bipolar. La medicación que le pusieron acabó con todos esos ataques violentos contra sí mismo, pero lo dejaba un poco atontado. Y él se daba cuenta y de vez en cuando dejaba de tomarla.

Álvaro no había notado grandes cambios de humor en Pablo durante los dos meses que estuvo en su casa, aunque sí los notó en el hospital, cuando fue a verlo. Había días que estaba muy raro y que casi ni le hablaba, aunque él también estuvo casi dos meses sin querer hablar con nadie.

-Cuando se hizo mayor, la enfermedad remitió y le redujeron mucho la medicación. Hay mucha gente a la que se le agrava con los años, pero Pablo fue al revés. No tuvo problemas en la

Universidad ni cuando empezó a trabajar. Sin embargo, ese trastorno nunca se cura del todo, se queda alojado en tu mente como un depredador agazapado esperando su oportunidad para volver a atacarte, y sus problemas con su mujer debieron reactivarlo. Fue entonces cuando empezó a beber. Todo se le juntó: perdió a su mujer, que lo abandonó, y perdió a su madre, de un cáncer. Tenía un buen trabajo y lo despidieron y ese fue el tiro de gracia. Ya no levantó cabeza, ni encontró trabajo y fue hundiéndose cada vez más. Y cuando se quedó sin dinero para comprar alcohol, acabó robándolo en casa de su hermana y en la mía.

A Álvaro se le clavaron en el estómago las palabras “el tiro de gracia”. Él se lo había dado.

-¿Y qué pasó después?

-Intenté llevarlo a una clínica de desintoxicación, pero se negó. Yo creo que se quería morir y eligió el alcohol para matarse, pero esa idea de la red social que le rondaba en la cabeza le salvó la vida. Siempre ha sido muy orgulloso y después de dejar de beber, no quiso acudir de nuevo a nosotros, a pesar del desahucio. Supongo que esperaba a estar curado del todo y a tener resueltos todos sus problemas para volver a vernos.

Álvaro veía al anciano que tenía enfrente casi como a un segundo padre. Aunque no hablara y quisiera morirse, él lo estuvo cuidando todos los días como si fuera su progenitor. Le llevaba la comida que él no se tomaba, hablaba con él aunque no le contestara, le daba ánimos para seguir luchando y le acariciaba la cabeza como si fuera su hijo.

-¿Le contó su hijo que estuvimos trabajando juntos en la fábrica?

El médico asintió con la cabeza.

-¿Y le dijo que yo fui su jefe?

-¿Su jefe? No, no me lo dijo. Solo me dijo que erais compañeros de trabajo y que te había conocido allí. Supongo que a los dos os despidieron a la vez, con algún ERE. ¡Conozco tantos casos de hijos de amigos míos a los que les ha pasado! Y la mayoría no han vuelto a encontrar trabajo. Es muy triste e injusto lo que está pasando, especialmente con la gente de vuestra edad. Y no comprendo cómo a esos jefes que despiden a la gente y que arruinan la vida de tantas personas, los dueños de las empresas les suben los sueldos. Supongo que será por el dinero que les ahorran, pero esa maldad no la entiendo. Antes los empresarios no pensaban en ganar dinero a toda costa y no se les pasaba por la cabeza echar a los trabajadores o rebajarles el sueldo para ganar ellos más. Se sentían orgullosos de sus trabajadores y de pagarles dignamente. Para ellos eran personas, no números. Esa avaricia es la que lo ha estropeado todo y la que ha provocado esta crisis.

El médico se había puesto un poco rojo y había subido el tono de la voz. Álvaro lo escuchaba con atención y estaba de acuerdo con él en todo lo que decía, pero tenía que contarle la verdad. Aunque esa verdad supusiera alejarse del viejo médico al que consideraba parte de su única familia, junto con Pablo.

-Don Manuel, yo despedí a su hijo de la fábrica. Trabajaba conmigo en el departamento de control de calidad.

El médico lo miró perplejo.

-¿Cómo dices?

-Sí, fui yo el que lo despedí, pero no fue por avaricia ni por ganar más dinero.

-¿Y por qué fue entonces?

-Porque llegaba tarde y bebido.

El viejo se rascó con fuerza la barbilla.

-¿Y no le preguntaste qué le pasaba?

-No, no lo hice. La primera vez le di una advertencia. Y a la segunda, cumplí mi amenaza.

El médico encogió los labios y puso ojos de asombro.

-Mi hijo no me contó nada de eso.

-Supongo que lo hizo para protegerme. A ningún padre le gustaría acoger en su casa ni darle de comer a la persona que despidió a su hijo y le dio el tiro de gracia a su vida, como usted acaba de decir.

-¿Y por qué me lo has contado? No tenías necesidad.

-Porque tenía usted derecho a saberlo. Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí y no quiero ocultarle nada. Sé que si no hubiera sido por su hijo y por usted, hoy yo estaría muerto. Y sé que hace siete años tenía que haber actuado de otra manera, haberle preguntado a Pablo qué le pasaba y tratar de ayudarlo a que no perdiera su empleo. Entonces sólo me preocupaba el rendimiento en el trabajo, no los problemas personales de mi equipo. Siempre fui así en la fábrica. Pensaba que actuaba bien, que hacía lo correcto, pero no me siento nada orgulloso de haber actuado así con Pablo. De hecho estoy arrepentido y espero que me pueda perdonar algún día.

El médico empezó a toser y se sacó un pañuelo blando de su chaqueta y se lo llevó a la boca.

-¿Perdonarte? Yo no tengo nada que perdonarte, Álvaro. En todo caso, será Pablo el que tenga que hacerlo, aunque es evidente que él ya lo ha hecho. Tú lo ayudaste cuando estaba en la calle tirado y fuiste a verlo al hospital y luego lo acogiste en tu casa. Creo que con todo eso compensaste de sobra lo que pasó siete años antes. Álvaro miró al médico y éste sonrió.

-¡Las vueltas que da la vida! Ahora mi hijo y tú trabajáis juntos de nuevo, pero los dos habéis cambiado mucho, ¿no crees? En cierto modo, ahora sois dos personas distintas a las de hace siete años. Creo que mejores.

-Sí, los dos nos hemos reconciliado con la vida –dijo Álvaro.

-Sí, la vida te da siempre una segunda oportunidad. Pero hay que atreverse a cogerla.

-Sí. Y espero que no se nos escape a ninguno de los dos.

El médico cambió entonces de tema, aunque no del todo.

-No sé si te lo ha dicho Pablo, pero Laura ha estado preguntando por ti. Durante todo el tiempo que estuviste en mi casa llamó todos los días. Todos. ¿Recuerdas aquella mañana que fue a verte?

-Sí, la recuerdo.

-Ella salió llorando de la habitación, pero seguro que no fue por nada que tú le dijiste, porque tú no decías nada entonces. Ni bueno ni malo.

Álvaro sonrió.

-No, no le dije nada, pero escuché todo lo que ella me dijo.

-Cuando llegues a mi edad, quizás te des cuenta de algunas cosas que ahora no ves del todo claras. Con los años, los viejos desarrollamos un sexto sentido para detectar el alma de las personas, cómo son por dentro, tú me entiendes. En fin, que vemos un poco más allá de los gestos o las palabras. No digo que sea un instinto infalible, pero casi. Y veo que Laura es una mujer que merece la pena. Sin dobleces y con un gran corazón, como lo era mi mujer. No te molestes si te digo que creo que la vida te está ofreciendo con ella una segunda oportunidad y que no deberías dejarla escapar. Ese tren tal vez no vuelva a pasar.

Álvaro llevaba semanas dándole vueltas a la idea de acercarse al comedor a verla, pero algo en su interior le decía que era mejor que no. Estaba lejos de sentirse como el día que le dijo que se buscara otra persona más joven y con futuro, pero no tan lejos como para ir allí ahora a decirle todo lo contrario. Temía que la vida se le pudiera torcer otra vez.

-¿Sabe usted una cosa, don Manuel? Lamento mucho no haber conocido a su mujer.

-¿Sí? No te hubiera decepcionado y seguro que a ella también le hubiera gustado conocerte. Ahora te voy a pedir una cosa, Álvaro, si no te importa.

-Lo que sea. Dígame.

-Por favor, no me llames más de usted. Y otra cosa. No me llames más don Manuel.

3.

El equipo que lideraba Pablo y que trabajaba en la cuarta planta del edificio de Telefónica tenía ya operativa la web [www.pasos.es](http://www.pasos.es), la nueva red social. Por fin había llegado el día D, el del desembarco. Aunque había muchas webs cofradieras, la mayoría de ellas puestas en marcha por andaluces, especialmente por sevillanos, la que ese día iniciaba su andadura en Internet era distinta, un paso, o dos, más allá. Pablo había copiado algunas cosas de Facebook, otras de linked-in y algunas otras de twitter para crear una original red social que fomentaba la opinión, el debate y el libre intercambio de ideas y de archivos en torno al mundo de las hermandades. Se trataba de un mundo especialmente activo en Sevilla que tenía en su carácter transversal, más allá de las ideologías o las generaciones, una de sus peculiaridades y mayores potencialidades. En las cofradías estaban metidas personas de derechas, de centro y de izquierdas, ricos y pobres, béticos y sevillistas, abuelos y nietos. No tenían edad ni partido político ni clase social predominante. Ni siquiera las creencias religiosas constituían un impedimento para formar parte de ellas. Pablo había conocido en la Macarena a más de un ateo que salía de nazareno o de penitente con una cruz a cuestas, o se ponía debajo de un paso como costalero a levantar a la Virgen de la Esperanza. Negros, asiáticos, rusos e incluso personas de origen árabe se apuntaban a las hermandades por diferentes motivos. La Semana Santa había dejado de ser una celebración exclusivamente católica, como lo fue en sus inicios y durante cuatro siglos, desde que el cardenal Niño de Guevara autorizó las procesiones, para convertirse en un espectáculo de tintes paganos, una especie de espectacular “performance” homologable a las del arte contemporáneo en la que las emociones o la pasión estética iban mucho más allá del mero hecho religioso. Esa socialización y secularización de la Semana Santa la había convertido en un fenómeno global, como el carnaval o el fútbol, y esa universalidad es la que había convencido a Pablo de que “Pasos” se convertiría en la red social favorita de los cofradieros de toda España y de otras muchas personas que, sin serlo, sentían interés y curiosidad por todo lo que rodeaba a las hermandades y a las procesiones.

Un grupo de cinco informáticos gestionaría en principio la web, aunque había otros tantos en la reserva por si crecía mucho el tráfico.

A Pablo se le notaba el subidón por la emoción del estreno, a la vez que el cansancio y las pocas horas de sueño de que había disfrutado la noche anterior. Cuando entró en la página, puso su dirección de correo electrónico y creó una contraseña, se convirtió en el primer usuario de Pasos, momento que aprovechó para soltar unas palabras de agradecimiento a todo su equipo por los dos meses de intenso trabajo que habían precedido a ese día. Luego abrió una botella de cava, sirvió tres copas y una coca-cola para él, y como si le hubiera tocado la lotería o ganado una carrera de motos, roció con ella a sus tres compañeros de viaje, empezando por Álvaro, su exjefe y amigo, al que este proyecto le había devuelto su lugar en el mundo y una buena parte de su pérdida autoestima. Las caras eran de felicidad y alegría, aunque la procesión iba por dentro. En su fuero interno todos se preguntaban, de un modo o de otro, si la cosa funcionaría, si “Pasos” tendría el éxito esperado, si los cofradieros no se conformarían con estar en Facebook o en los foros de Internet o de whatsapp. La gente era imprevisible y los internautas más. Todos tenían esas dudas y se hacían esas preguntas, todos menos Pablo: su fe en la web era absoluta y descartaba por completo de su vocabulario la palabra fracaso.

4.

A ninguno de los tres alumnos más extraños que había tenido Rosa en su academia de baile les había dado un infarto o una angina de pecho. Ni un esguince ni un repentino ataque de lumbalgia. Los tres habían sobrevivido sanos y salvos a las tres fases iniciales y habían entrado en la cuarta, la más difícil, la del tango, sin lesiones de consideración. El médico se había quejado varias veces del tobillo, Pablo de la rodilla y Álvaro de la planta del pie, pero esas pequeñas molestias no les habían impedido progresar adecuadamente. No todos en la misma medida ni con parecida intensidad: el médico, con problemas auditivos, no le cogía el compás a la salsa ni al funk; y Pablo, con su cojera, no era capaz de ejecutar a tiempo los pasos, de modo que se le acababa la canción sin poder terminar la coreografía. El caso de Álvaro era distinto: a pesar de mostrarse en la fase uno como un ser arrítmico y antiarmónico en casi todos sus movimientos, había logrado llegar a la fase cuatro en mejor posición que sus compañeros. Su dedicación y su entrega habían hecho el milagro que se marcó como objetivo: aprender a bailar. Y la propia Rosa le dijo que viéndolo en su primer día de clase, costaría ahora reconocerlo de lo mucho que había mejorado.

Al acabar la primera lección de tango y tras una discreta actuación de los tres protagonistas, Álvaro le preguntó al médico si tenía alguna tiritita en casa. Se había hecho una rozadura en el talón y quería protegérsela para que no degenerara en ampolla. Subieron los tres y mientras el médico iba al cuarto de baño a buscarla y el informático a su dormitorio a cambiarse de ropa, Álvaro entró en la cocina sin darle al interruptor de la luz. Miró hacia atrás como si temiera que le siguieran y empezó a rebuscar en varios cajones. Abrió casi todos los que había en los distintos muebles hasta que por fin encontró lo que buscaba. Lo sacó y empezó a examinarlo de arriba a abajo, como si fuera un CSI. Sólo le faltaban las aparatosas gafas de Grissom en su laboratorio científico de las Vegas.

-¿Vas a abrir alguna botella de vino?

Era Pablo, que se acercaba a él cojeando. La cocina estaba en penumbra, pero bajo la luz velada que entraba por la ventana pudo entrever la cara de su amigo cruzada por sus dos aparatosas cicatrices de la frente. Al trasluz, por el juego de luces y sombras que provocaba la mortecina luz exterior, se apreciaba la profundidad de las heridas, que habían abombado su piel como un cráter. Pablo le quitó de las manos el sacacorchos y se tocó con él el parche del ojo. Luego se lo acercó al rostro del ingeniero y señaló con él su ojo izquierdo. Álvaro, que no se lo esperaba, se quedó inmóvil y paralizado con el sacacorchos rozando su cara.

-El chico ése no te clavó ningún sacacorchos, ¿verdad?

El ingeniero miró a su amigo, que seguía rozándole el ojo con el sacacorchos y movía nerviosamente la mano.

-No. No me lo clavó. Fui yo.

El ingeniero observaba a Pablo con la curiosidad de un entomólogo que examina a un insecto que acaba de capturar, pero no era agradable tener tan cerca de su ojo un objeto tan punzante y afilado.

-¿Cómo fue, Pablo? ¿Te lo clavaste después de que la vecina saliera al balcón y dijera que iba a llamar a la Policía y la pandilla se fuera corriendo, ¿verdad?

El informático mantenía el sacacorchos pegado a su ojo. Estaban los dos cara a cara, a muy pocos centímetros de distancia.

-Joder, eres un gran ingeniero pero como detective eres aún mejor.

A Álvaro se le aceleraban las pulsaciones de su corazón, pero seguía hablando, sin parpadear.

-Jamás me lo hubiera imaginado si no llega a ser porque tu padre me contó el otro día lo de tu



trastorno bipolar y que te pegabas cabezazos contra la pared cuando las cosas no salían como tú querías.

-¿Cabezazos contra la pared?

Pablo sonrió de una manera forzada. Su ojo bueno parecía estar viajando al pasado.

-Mi padre no debería ir contando por ahí los secretos de la familia. Aunque él ya te considera de la familia.

-No es culpa de él. Fui yo quien le preguntó y no quería contármelo. Por cierto, ¿estás tomando ahora medicación?

-¿Acaso tienes miedo a que te haga daño? ¿A que te saque un ojo con el sacacorchos?

Álvaro se puso realmente nervioso. Era imposible no estarlo, teniendo a un bipolar enfrente de ti con un sacacorchos acariciándote un ojo.

-No. ¿Por qué me ibas a hacer daño?

Pablo cerró entonces el puño y apretó el sacacorchos. Pero luego abrió la mano y lo dejó caer al suelo. Y empezó a reír.

-Perdona, Álvaro. Estaba gastándote una broma. Ya sabes cómo somos los bipolares.

El ingeniero respiró hondo e instintivamente se tocó el ojo que hacía diez segundos tenía a un afilado sacacorchos apuntándole. Pablo fue a sentarse en una silla que había junto a la mesa de la cocina, aunque antes recogió el sacacorchos y lo guardó en el cajón de los cubiertos.

-Sí, estoy tomando la medicación, pero cuando vivía en la calle dejé de tomarla. Y aquella noche estaba muy nervioso.

-¿Y qué pasó?

Pablo puso una mueca de asco y de dolor.

-¿Quieres saberlo? Cuando ese hijo de puta empezó a mearse encima de mí y a insultarme llamándome basura, escoria y todo eso, me dio un ataque. Creo que tuve hasta convulsiones y el chico y sus colegas se fueron corriendo, después de zarandear a uno de los que estaba allí conmigo y de quitarnos los cartones con los que nos protegíamos del frío. Cuando se fueron, le quité a uno de los indigentes que había en la plaza un sacacorchos que llevaba siempre encima para defenderse de una pandilla de nazis que también nos hacían visitas nocturnas. Me lo clavé en la cara y en la frente varias veces. En aquel momento me sentía realmente una basura, como ese niñoato cabrón me había llamado.

Álvaro estaba completamente de acuerdo con otorgar ese calificativo a Rafael Montoya.

-Me di cuenta de que me había hecho mucho daño en el ojo, porque empezó a sangrarme toda la cara y salí corriendo. El dolor era insoportable, me ardía el ojo por dentro. Debí tropezar con una barandilla o algo, no lo sé muy bien, porque era de noche y estaba oscuro y me caí rodando por unas escaleras que había en la plaza. Noté perfectamente todos los golpes que me iba dando en el cuerpo con los escalones, especialmente uno en la espalda. Escuché un crujido muy fuerte, como una rama cuando se rompe. ¡Crack! ¡Mala suerte! En menos de cinco minutos me quedé cojo y tuerto.

Álvaro estaba conmocionado con el relato, pero quería llegar hasta el final.

-¿Y qué pasó después?

-Debí perder el conocimiento, porque lo que recuerdo después es el hospital.

-¿Y por qué no me lo contaste?

-Recuerda que la primera vez que fuiste al hospital a verme no me caías muy bien.

-¿Y después?

-Después me insististe mucho en lo de poner una denuncia. ¿Lo recuerdas?

-Sí. Lo recuerdo.

-Y yo te dije que no quería.

-Sí, también lo recuerdo.

-No quería contarte lo de mi enfermedad, ni lo gilipollas que puedo llegar a ser. Y al final Laura y tú me convencisteis de que la pusiera. Fuisteis muy insistentes.

-Es verdad que lo fuimos.

-¿Y qué iba a denunciar yo? Que un niño de papá se había meado encima de mí y me había dicho basura. O que había zarandeado a uno de los indigentes que había allí. Esa denuncia no iría a ninguna parte. Como mucho los condenarían a una multa que pagarían sus padres. Pero fue entonces cuando me di cuenta de que se había puesto todo a huevo para que esos cabrones malnacidos que van riéndose de las personas más indefensas y vulnerables del mundo, algunas con la edad de sus abuelos, iban a pagar por mi cojera y por mi ojo muerto.

-¿Qué hiciste con el sacacorchos?

-Lo tiré antes de caerme. El indigente al que se lo quité debió recogerlo. Al fin y al cabo era suyo.

-¿Y sabes algo de él?

-Era rumano. Estaba de paso en Sevilla. Al menos eso me dijo. Venía del Algarve y se iba para Vitoria. Me dijo que allí les daban un subsidio de 1.200 euros a todos los inmigrantes que no tenían trabajo.

-¿En serio?

Eso me dijo.

Pablo miró a su amigo antes de hacerle la gran pregunta.

-¿Vas a ir a la Policía a contárselo?

-¿El qué?

-Lo de que me clavé el sacacorchos. Tú siempre tienes que decir la verdad, ¿no?

Álvaro sonrió y le tocó suavemente la mejilla del ojo malo. Luego pasó los dedos por las dos cicatrices de la frente. Todo lo que le había contado era terrible y le hubiera gustado ser Dios, si es que había un Dios, para haberle ahorrado tanto sufrimiento.

-No, no voy a ir.

-¿No?

Álvaro hizo una mueca y torció un poco la cabeza.

-No sé si se haría más justicia en este caso diciendo la verdad que no diciéndola. Creo que esos niños merecen un castigo y que, si siguen en la calle, acabarán matando a alguien. Tú eres el que debes decidir lo que tienes que hacer, siguiendo los dictados de tu conciencia. Y creo que ya lo decidiste.

## XXIX. LA MUERTE DE PEDRO

Una semana más tarde, Laura llamó a Pablo para decirle que Pedro había muerto. El músico tenía 72 años y tras quince tocando en ella con su viejo violín, la esquina de la calle Tetuán con la calle Rioja se quedaba vacía y en silencio, sin uno de sus violinistas más veteranos, aunque pronto vendría otro músico, otro mimo u otra estatua viviente, a ocupar su lugar. Alguien que sucedería a Pedro, que cubriría su hueco, como él cubrió quince años antes el de otro. Ley de vida.

El informático le dio la noticia a Álvaro en la cuarta planta del edificio de Telefónica donde cuidaban de “Pasos”. El ingeniero agachó la cabeza, apretó los puños y se maldijo a sí mismo, porque desde que había empezado a trabajar tenía en mente hacerle una visita a su esquina o ir a su casa para verlo, y por un motivo o por otro la había ido posponiendo. Hasta el punto de que el día anterior se había vuelto a acordar de él y se había prometido a sí mismo que de esa misma semana no pasaba sin tener noticias suyas. Tenía muchas cosas que contarle, su trabajo, las clases de baile... y otras muchas que preguntarle. Ya nada de eso sería posible. Pablo le dijo que lo enterrarían a las 12, es decir, una hora más tarde, en el cementerio de San Fernando. “¿Tan pronto?”, preguntó Álvaro. “Sí, un vecino llamó a la policía y encontraron su cuerpo esta mañana, pero debía llevar muerto varios días –contestó Pablo-. La policía llamó al comedor social porque encontraron una tarjeta de Laura encima de la mesa. Ya la conoces, ella le daba tarjetas a todos los usuarios por si necesitaban algo en cualquier momento. Al parecer, no había ningún familiar a quien comunicarle la noticia y todo va a ser muy rápido”.

Los dos salieron del despacho y se fueron al cementerio en un taxi. Por el camino, recordaron algunas de sus conversaciones con el músico y su extraordinario conocimiento sobre todo que pasaba en el comedor social; se sabía las vidas y milagros de todo el mundo que iba por allí. “Hubiera sido un buen periodista”, comentó Pablo. El ingeniero sonrió y le habló de la colección de vinilos de música clásica que tenía en su viejo piso de renta antigua y de la grabación que le había regalado de un concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Karajan. También recordaron cuando los dos se vieron en el comedor por primera vez y estuvieron a punto de pegarse y Pedro logró poner calma entre ellos. ¡Jefe capullo, jefe capullo...! Los dos rieron recordándolo: parecía que había pasado tanto tiempo desde entonces.

En la puerta del cementerio de San Fernando, uno de los más grandes de España, construido a mediados del siglo XIX sobre un antiguo parque en la zona norte de Sevilla, se arremolinaban los puestos de flores con varios grupos de personas vestidas con atuendos oscuros que esperaban dar su último adiós a algún allegado. Álvaro y Pablo fueron a la oficina municipal a preguntar por Pedro y allí los esperaba Laura, con el pelo recogido y un vestido negro suelto. Estaba guapa, pero había algo diferente en su cara, en su piel, en el brillo de sus ojos, que Álvaro no supo descifrar. Llevaban casi dos meses sin verse, desde la visita que ella le hizo a casa de Pablo.

-Hola Álvaro, tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi -le dijo ella.

-Gracias, Laura, aunque tampoco era difícil -sonrió.

-Y además, hablas.

Él volvió a sonreír y le dio un beso en la mejilla. Olía como siempre, a rosas recién cortadas.

Un funcionario bastante mayor que debía estar al borde de la jubilación les explicó cómo llegar a la calle donde se iba a efectuar la inhumación y que estaba a unos quince minutos andando de donde se encontraban. Cuando un indigente fallecía en Sevilla y ningún familiar se hacía cargo del cuerpo, el Ayuntamiento pagaba un féretro modelo básico, el traslado de los restos mortales y los

gastos de su inhumación en un nicho sin lápidas ni crucifijos, situado en la zona menos noble del cementerio, más conocida como “la zona de los pobres”. Fueron andando los tres a paso ligero, Pablo cojeando y Álvaro como un pato mareado, su forma habitual de caminar, hasta llegar a la zona indicada.

La muerte es el suceso más democrático del mundo, casi el único realmente democrático, porque se lleva por delante sin hacer distinciones a altos y bajos, buenos y malvados, guapos y feos, listos y tontos, pobres y ricos. Sin embargo, en las calles del cementerio de Sevilla, flanqueadas por cipreses, cedros, tuyas y palmeras perfectamente alineadas que querían simbolizar el triunfo de la vida y la eternidad, no todos los muertos eran iguales, ni mucho menos. Unos, toreros y cantaoras famosas, dormían entre claveles y azucenas el sueño de los justos, junto a impresionantes mausoleos de mármol y espectaculares esculturas que los representaban en lances airoso, como Paquirri, al que mató un toro en Pozoblanco, o Joselito, cuyo sepelio inmortalizó en bronce Mariano Benlliure; mientras que Pedro y tantos otros que no tenían dinero o familia con posibles dormían en la periferia sin urbanizar y sin árboles que les dieran sombra. Más allá de la vida, observó Álvaro, las clases seguían existiendo.

Durante el camino, tras recordar algunas anécdotas de Pedro, la trabajadora social le preguntó a Pablo por “Pasos”. “Llevamos solo una semana y ya tenemos a cuarenta mil personas conectadas. Está creciendo como la espuma”, le comentó con una sonrisa. Y añadió: “Y la app ya se la han bajado cien mil personas”. Laura felicitó a los dos por su éxito y Pablo le comunicó que ambos habían decidido volver al comedor social, pero como “voluntarios”, a echar una mano. Ella se mostró encantada con la idea. “Vais a ser para todos los usuarios el gran sueño americano, pero en carne y hueso”, comentó.

Cuando llegaron por fin al lugar indicado, vieron a Dimitri, con su violín, y a Collin, con su flauta. Álvaro les explicó quiénes eran y se acercaron a saludarlos. Los músicos callejeros estaban presenciando en silencio las mecánicas maniobras que dos operarios vestidos con un mono verde y unos guantes a juego empezaban a ejecutar con el ataúd barato, de conglomerado claro, en cuyo interior se encontraba lo que quedaba de Pedro. No había nadie más, pero hacía un día primaveral y la luz del sol recortaba sus figuras y le proporcionaba a toda la escena un aire cálido y familiar, mientras el nicho sin pintar en medio de la nada se tragaba lentamente el cadáver del viejo músico. Pablo rezó a su Virgen, la Macarena, y Laura a su Cristo, el Señor del Gran Poder, la venerada imagen de San Lorenzo. Cuando se tapó el nicho con cemento, Álvaro comentó que iba a encargarse de una lápida de mármol, sencilla, que recordara la fecha de su nacimiento y de su muerte y que pusiera su nombre y apellidos, seguido de la palabra “músico”. La trabajadora social comentó que había metido en el ataúd, pegado a su cuerpo, su último violín, con el que tocaba en la calle la serenata nocturna, para que los dos recorrieran juntos ese tránsito postrero a la otra vida. El ingeniero no creía en el más allá ni en ninguna otra vida, pero le reconfortó que Laura no tuviera dudas al respecto. En el fondo de su alma envidiaba su fe.

Tras los rezos y oraciones, el silencio se hizo de repente y Álvaro se colocó frente a ella, apenas a un par de metros del nicho donde reposaban los restos de Pedro. La miró muy fijamente como quien observa una puesta de sol y ella le devolvió la mirada sin decir nada.

-¿Te puedo preguntar algo, Laura? Es importante para mí.

-Claro.

-¿Quieres bailar?

Ella se quedó perpleja. Esa pregunta no se la esperaba.

-¿Bailar?

-Sí, bailar. Quiero bailar contigo.

-Pero si a ti no te gusta bailar.

-No me gustaba.

Las palabras de Álvaro dejaron a Laura descolocada.

-¿Aquí?

-Sí, ¿por qué no?

-Estamos en un cementerio.

-Estamos al lado de Pedro, un tipo que amaba la música y al que le gustaba bailar. Creo que le gustaría vernos bailar a los dos.

-Pero si no hay música...

-Eso se puede solucionar.

Álvaro les hizo entonces a Dimitri y a Collin un gesto con la mano, como tocando un violín imaginario, y los dos levantaron un dedo pulgar hacia arriba en señal de conformidad. Afinaron sus instrumentos y empezaron a tocar la serenata nocturna de Mozart, la pieza favorita de Pedro. Era un concierto realmente extraño, a violín y flauta, en medio de un cementerio y frente a varias filas de nichos.

-Yo no sé bailar esto, Álvaro.

-Yo tampoco, pero da igual. ¿Conoces "My way"?

-Claro, de Frank Sinatra.

Él dio un paso adelante y se colocó a muy pocos centímetros de su cara. Luego la cogió por la cintura con su brazo derecho, le agarró la mano con su otro brazo, con el que hizo un ángulo de noventa grados, y empezó a mover sus enormes pies en pequeños y rítmicos pasos, uno a la izquierda y luego uno a la derecha, balanceando el cuerpo suavemente a un lado y a otro.

Ella bajó los ojos mirando sus pies, sonrió sorprendida por su inesperada soltura, levantó de nuevo la mirada hacia él y deslizó el brazo que le quedaba libre alrededor de su cuello, acercándose otro pasito más a su pareja de baile, rozándose, o casi, con su cuerpo.

-No sabía que Mozart se pudiera bailar como una balada.

-Yo tampoco -dijo él, sonriendo.

Ella acercó entonces su cabeza a su pecho de gigante y la acurrucó junto a su corazón.

-¿Cómo has conseguido aprender a bailar? Parece un milagro -le susurró, sin separarse de su cuerpo ni un milímetro.

-Rosa.

-¿Rosa?

-Sí, mi profesora de baile. Una gran chica y una gran profesora. A Pablo y a su padre también les ha enseñado, pero a mí me han cundido más sus clases. Estaba más motivado.

-¿Y eso?

-Quería bailar contigo.

Laura se separó unos centímetros para poder verle los ojos.

-¿Por qué?

Álvaro bajó un poco la cabeza para poder verla mejor y dejó un momento de bailar.

-Cuando viniste a casa a verme, no tenía ninguna esperanza. Por mucho que me acordara de ti, por mucho que me apeteciera verte y abrazarte, por mucho que te deseara, por mucho que quisiera estar contigo, siempre llegaba a la misma conclusión: no tenía nada que ofrecerte.

La trabajadora social seguía abrazada a él, mirándolo. Aunque habían dejado de bailar, Mozart seguía sonando.

-Cuando fuiste a verme a casa de Pablo y me pediste que fuéramos juntos a bailar, me diste una esperanza para seguir luchando y no rendirme. Sé que te encanta bailar y tú sabes que yo era un

auténtico inútil para eso, pero me propuse aprender a bailar para poder estar contigo. Porque si a pesar de lo arrítmico que era, lo lograba, pensé que habría hecho algo por fin para merecerte, aunque fuera un tipo viejo y sin futuro. Y si era así, si conseguía bailar contigo, tenía la esperanza de que aún sintieras algo por mí, aunque sea un pésimo partido. Así que tú dirás. Si es así...

A Laura se le humedecieron los ojos. Luego lo miró, lo abrazó y le dio un beso en los labios. Un beso largo.

-Los besos, si son largos, mejor.

Luego cogió su mano derecha y la acercó a su vientre.

-Tiene casi cuatro meses de vida y ya empieza a moverse y dar patadas. Se llamará Álvaro.

-¿Álvaro?

-Sí, como su padre.

El ingeniero se quedó petrificado sin saber qué decir. Pero a los pocos segundos reaccionó.

-¿Es que no pensabas llamarme para contármelo?

-¿Llamarte? Siempre tienes el móvil apagado.

-¿Y no pensabas ir a casa a decírmelo?

-La última vez que fui no me dirigiste la palabra. Además, francamente no parecías muy motivado para ser padre.

Álvaro sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Entonces él la cogió en brazos y le dio un beso en los labios. Dio un par de vueltas en el aire, pero rápidamente la soltó.

-Oye, tú pesas mucho.

-No es eso, es que tú te has quedado muy flaco. Tienes que ponerte fuerte.

Pablo se acercó entonces a los dos y los abrazó. “Hey, parejita. Dejad de darme envidia”. Dimitri y Collin también los abrazaron. “¡Bonito baile, bonito beso y bonito coger en brazos!”, dijo éste, con acento escocés.

Laura agarró a Pablo por la cintura con un brazo y a Álvaro con otro y los cinco fueron caminando hacia la salida del cementerio como una pandilla de adolescentes.

-Pues yo tengo la esperanza –dijo Laura a los cuatro- de que siga abierto ese sitio en la Alameda de tapas frías y sushi del que me ha hablado Álvaro.

-Vayamos a comprobarlo –dijo el ingeniero-. Tenemos muchas cosas que celebrar. Invito yo.

-No, de ningún modo –dijo Pablo-, invito yo, que soy el jefe.

Entonces Dimitri, con su gastado violín en la mano, dijo con su acento ruso: “Yo no invito, no poder.” Y Collin, con su acento escocés, advirtió: “Yo tampoco”.

FIN

## Agradecimientos

A Carmen de Isla por sus sabrosísimas sugerencias que han servido para enriquecer el cocido de este libro. A Martín Sati por el talento y la creatividad con que ha diseñado la portada de esta novela. A Manuel Miranda por su gran ayuda profesional y su paciencia conmigo. A Mónica H. Barbon, mi "lectora cero", por sus ánimos y consejos desde Asturias con las que me ha ayudado tanto. A Rocío Domínguez, por su entusiasmo y contagiosa alegría. A Mabel Álvarez, por su impagable labor correctora.

Y a toda mi familia y a mi hijo Jesús, el lector más joven de "El ingeniero".

## Nota del Autor

En la Navidad de 2014 visité el comedor social de la Orden de San Juan de Dios, situado en la calle Misericordia de Sevilla. Me habían hablado muy bien de la labor que realizaba ayudando a cientos de personas y fui allí para realizar un reportaje periodístico que publiqué en ABC de Sevilla, el periódico para el que trabajo, el 24 de diciembre de ese año. Pude compartir sus duras experiencias con voluntarios y personas que trabajaban en él y fue una de ellas la que me habló de un ingeniero sevillano de 50 años que había perdido su empleo y que era usuario de sus instalaciones. No era el único caso: me hablaron también de maestros, arquitectos y empresarios que antes de la crisis tenían una economía saneada y un elevado nivel de vida y que por una razón u otra habían acabado allí. Quise conocer personalmente al ingeniero del que me hablaron y le pedí a uno de los voluntarios del comedor que le preguntara si aceptaría hablar conmigo. Aunque le transmitió cortésmente mi petición, su respuesta fue negativa, tajante y firme, según palabras de esa persona que hizo amablemente de intermediario. Comprendí y acepté su decisión de no querer contar su historia personal, que imaginaba dura, a un periodista desconocido, y de no salir de su voluntario y merecido anonimato. A pesar de esta negativa, saber que había personas en mi ciudad que habían estudiado y superado una larga y complicada ingeniería industrial con la que se habían podido ganar la vida dignamente durante muchos años pero a las que la crisis económica iniciada en 2007 les había arrebatado todo lo que tenían hasta conducirlos a una situación de indigencia me movió a escribir esta historia que retrata la peripecia de una persona, como la de este ingeniero sevillano, a la que un día se le torció la vida. Aunque inspirados en un personaje real y en un comedor social de Sevilla que realiza una labor admirable y al que todos los días acuden decenas de personas de carne y hueso que no tienen para comer, los hechos y personajes de esta novela son completamente ficticios.